K.M. MORONOVA

Serie Harlow Sanctum II

BALADA DE FANTASMAS Y ESPERANZA



Lit
RBA

K. M. MORONOVA

BALADA DE FANTASMAS Y ESPERANZA

Traducción de Nerea Gilabert Giménez

RBA

Índice

Nota de la autora
Lista de reproducción
Decir adiós
1. Lanston
2. Lanston
3. Lanston
4. Ophelia
5. Lanston
6. Ophelia
7. Lanston
8. Lanston
9. Lanston
10. Ophelia
11. Lanston
12. Ophelia
13. Lanston
14. Ophelia
15. Ophelia
16. Lanston
17. Lanston
18. Ophelia
19. Lanston
20. Lanston
21. Ophelia
22. Lanston

23. Ophelia
24. Lanston
25. Ophelia
26. Lanston
27. Ophelia
28. Lanston
29. Ophelia
30. Lanston
31. Lanston
32.. Ophelia
33. Lanston
34. Lanston
35. Ophelia
36. Lanston
37. Lanston
38. Lanston
39. Ophelia
Epílogo. Wynn
Agradecimientos



AVISO DE CONTENIDO

El contenido de este libro puede resultar perturbador e incómodo para algunos lectores. Se trata de un romance paranormal y con reflexiones profundas acerca de la muerte, el suicidio y la salud mental. Si las conversaciones sobre enfermedades mentales pueden herir tu sensibilidad, entonces este libro no es para ti.

Esta historia incluye escenas de violencia física, sexo explícito, humor macabro, suicidios e ideaciones suicidas explícitas, trauma por abuso físico y psicológico en la infancia, abuso emocional, muertes explícitas y vínculos forjados debido al trauma.

Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Título original inglés: A *Ballad of Phantoms and Hope*.

© del texto: K.M. Moronova, 2025 Los derechos de esta traducción se han gestionado con Triada US Literary Agency a través de IMC, Literary Agency
© de la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2026.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: OBEO005

ISBN: 978-84-1098-916-0

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Para las pobres almas cansadas de este mundo
que buscan un rayo de esperanza.

Nota de la autora

Es necesario leer *El tejido de nuestras almas* antes de adentrarse en esta historia, dado que es un *spin off* de uno de los personajes secundarios.

Este no es un libro de autoayuda. Todo es moralmente cuestionable y no es indicado para las personas que no disfrutan de temas morbosos. Aquí me sumerjo en las profundidades de las enfermedades mentales y los trastornos emocionales desde *mi* punto de vista. No todo el mundo experimenta la depresión o los pensamientos irracionales de la misma manera.

Este libro romantiza el hecho de estar muerto. El tema principal gira en torno a dos fantasmas que han sufrido mucho en vida y reflexionan sobre sus traumas. Aparecen personajes ficticios con enfermedades mentales. Harlow Sanctum es también un lugar ficticio y en ningún caso se basa en ubicaciones o instituciones reales.

Los personajes bromean sobre su condición y a veces le quitan importancia. Si eres susceptible a estos aspectos, por favor, no leas el libro. No pretendo ridiculizar la gravedad de sus enfermedades, sino transmitir mi propia perspectiva y experiencia en cuanto a la depresión y las enfermedades mentales.

Lista de reproducción

«The night we met», Lord Huron
«In the stars», Benson Boone
«This is home», Cavetown
«Atlantis», Seafret
«Chem trails», Lana Del Rey
«Ride», Lana Del Rey
«Oh, what a life», American Authors
«I'll love you till the end», The Pogues
«Everglow», Coldplay
«Iris», Goo Goo Dolls
«Cinnamon girl», Lana Del Rey
«Death bed», Powfu
«Until I found you», Stephen Sanchez
«Young and beautiful», Lana Del Rey
«Skin and bones», David Kushner
«Lovely», Billie Eilish
«Train wreck», James Arthur
«Bird set free», Sia
«Feeling you», Harrison storm
«Breathe», Cutts
«Let somebody go», Coldplay
«Don't let me lose you», Vyen
«Beautiful ghosts», Taylor Swift
«Wings», Birdy
«Follow you into the dark», Death Cab for Cutie
«Love story», Indila
«Ava», Famy

Decir adiós

Estamos en Boston. Está lloviendo. Estoy llorando… y tengo muchísimo frío.

Tardo un segundo en hacer memoria, pero ahora lo recuerdo con claridad. El hospital y mi cuerpo convulsionando, sucumbiendo a las heridas.

«Así es. Me… Nos…».

Miro los ojos marrones de Wynn, ahogándome en ese profundo charco de miel.

«Nos estamos muriendo».

—Vamos, tenemos que darnos prisa o nos quedaremos atrás.

Nuestras miradas se encuentran y niego con la cabeza.

—Esta vez no. Adelantaos, no me esperéis. Os veré luego. —Noto un calorcito en el pecho al mirarla; el frío que me tiene calado hasta los huesos empieza a desaparecer.

Ella levanta la mano y me acaricia la mejilla, trazando el contorno de la mandíbula y haciendo que mi corazón vuelva a la vida.

—¿Estás seguro?

Quiero decirle que no. Quiero suplicarle que no me deje solo. Quiero ir con ellos. Pero las lágrimas empiezan a caer mientras me trago todos esos pensamientos tan egoístas.

—Sí. Estoy seguro.

Ella se va. Liam se va.

Y yo me quedo solo en la oscuridad.

1

Lanston

—Deja de llorar —me decía mi padre con voz áspera—. Si lloras, te voy a dar más fuerte. Hasta que sangres, si es necesario.

Me estaba castigando por haber vuelto a dibujar. Él despreciaba el arte, decía que atontaba la mente y creaba almas ridículas. Me odiaba con cada fibra de su ser; lo sabía desde que tenía seis años. Me escupía, me miraba con desprecio y me decía cosas y palabras que yo aún no entendía.

Pero sí que entendía la emoción que había detrás, el odio que emanaba, la forma en que se comportaba, como si fuera a darme una hostia en cualquier momento. Sabía que quería más al perro que a mí.

El perro recibía cumplidos, caricias y chuches, mientras que yo recibía moratones y arañazos hechos con una percha o la alcachofa de la ducha. Fue a los ocho años cuando empecé a verbalizar lo injusto que me parecía recibir ese trato. Que yo tomara conciencia de su crueldad solo le daba más rabia.

Aunque sabía que no le caía bien, me esforcé por hacerle cambiar de opinión. Ojalá hubiera sabido entonces que no había nada que hacer.

Apretaba los dientes tanto como podía y me resguardaba en mi mente, pensando en el béisbol y en lugares tranquilos a los que

podría escapar una vez que esto terminara. Era lo único que funcionaba para no derrumbarme como la última vez. No había forma de luchar contra este destino.

Pam.

Un dolor agudo se extendió por la parte posterior de mi cráneo. Me mordí el labio inferior y empleé toda mi fuerza de voluntad en contener las lágrimas. Sabía que si lloraba sería mucho peor.

Pam. Pam. Pam. Pam. Pam.

Estaba sentado en la bañera, encorvado, sujetándome las rodillas con los brazos, esperando pacientemente a que mitigara el dolor. Sin embargo, aquel día parecía más enfadado de lo habitual; ya había perdido la cuenta de los golpes que me había dado con la alcachofa de la ducha.

Cuando terminó, vi que respiraba con dificultad y no dijo ni una palabra al marcharse.

Permanecí inmóvil un rato, dejando que mi mente volviera en sí. Las ganas de huir eran intensas y solo quería desaparecer.

«Si padre tiene tantas ganas de quitarme de en medio, ¿por qué no me voy?». Reflexioné sobre ello mientras me lavaba la sangre de la nuca y también mientras caminaba hacia el campo de béisbol. Le di vueltas durante horas y horas.

«Si tanto le amargo la existencia, entonces debería irme».

Pero con solo ocho años no sabía cómo huir ni adónde ir.

A medida que fui creciendo, comprendí que hay muchas maneras de marcharse.

Cuando tenía dieciséis años, intenté suicidarme por primera vez. La gente me señalaba y decía que era un egoísta y que solo quería

llamar la atención. Que, si de verdad quisiera morir, habría cogido un arma y me habría volado los sesos. Decían que era un cobarde.

A mí me parecían comentarios de muy mal gusto. ¿Qué hacían dándome ideas? Yo no quería volarme los sesos. Mi mente era la única parte de mí que realmente me gustaba. Era oscura y bella, como bien dijo mi abuela una vez, y destruirla no era una opción.

Tenía miedo. Quería desaparecer, convertirme en un recuerdo. Darle a mi padre el gusto de librarse de mi existencia.

No busqué ayuda hasta mucho tiempo después. En mi segundo año de carrera, algunas personas mencionaron que quizá sería buena idea que fuera a terapia. Al principio, me ofendí porque estaba convencido de que no me pasaba nada malo.

Sin embargo, me explicaron con calma y delicadeza que la terapia ayuda a entendernos mejor a nosotros mismos, y al final me convencieron. Ahí fue la primera vez que escuché a alguien decir:

—No es culpa tuya, Lanston.

—¿Qué parte? —pregunté.

—No es culpa tuya que tu padre abusara de ti y no te supiera valorar. Tampoco es culpa tuya que tengas un trastorno mental.

Me pasé el resto de la sesión llorando. Lloré como un bebé porque, por primera vez, sentía que aquel era un lugar seguro. Tenía la certeza de que la psicóloga no me iba a pegar ni a hacer daño.

Cuando, en un intento de ayudarme a procesar las emociones, me preguntó por qué lloraba, fui incapaz de hablar. Ni siquiera podía pensar. Lo único que conseguí fue negar con la cabeza mientras me repetía: «¿De verdad no fue culpa mía?».

Luego, años más tarde, cambié esa frase interrogativa por una afirmativa, y esas palabras se convirtieron en mi mantra.

«No fue culpa mía».

Entonces, ¿por qué sigo queriendo morirme?



Soy un romántico empedernido. Siempre lo he sido.

Creo en…, bueno, en el amor. En su forma más pura, en la intimidad y el altruismo en los que se debe basar. Y morir joven por proteger a las dos personas que más aprecio en este mundo es un acto de amor que volvería a cometer una infinidad de veces.

Siempre pensé que los fantasmas daban miedo o que estaban enfadados con el mundo sin venir a cuento. Ahora comprendo que solo son personas que sufren de la misma manera que se sufre en vida.

Los fantasmas somos tristeza y arrepentimiento. Nuestros corazones sangran tanto como los de los vivos.

Yo no disfruto recordando las cosas que duelen. Las palabras que magullan y supuran. He pensado largo y tendido sobre por qué aún no he pasado al más allá, o por qué no he ido al cielo o a lo que sea que nos espere después.

Y solo se me ocurre una razón: el temido «asunto pendiente».

Todas las películas de terror que he visto por obligación (gracias, Liam y Wynn) me han enseñado que los fantasmas están empeñados, o bien en vengarse porque les hicieron mucho daño, o bien en hacerle llegar un mensaje a alguien a quien buscan con desesperación.

Entonces, ¿por qué sigo aquí? No tengo sed de venganza ni un mensaje secreto que transmitir. Ya me he despedido. ¿No se supone

que ahora me toca…, no sé, ir hacia la luz o algo así?

«¿Por qué tengo el pecho tan lleno de dolor y tormento? ¿Por qué cojones sigo tan deprimido?».

La pregunta del millón.

Medito sobre ese horrible pensamiento mientras contemplo el campo de trigo desierto donde Crosby nos disparó. A veces pierdo la noción del tiempo; cuando estás muerto, tienes mucho tiempo para pensar en las cosas y ver cómo la vida sigue sin ti. He descubierto que me siento emocionalmente vinculado a este lugar, a pesar de que aquí se produjeron actos atroces y dos personas perdieron la vida aquella noche.

La brisa es fresca, aunque ya empiezan a florecer los primeros brotes de primavera. Respiro el olor a campo y pienso en Perry. Sin duda, si él ha podido encontrar la paz, yo también debería. Ojalá pudiera explicarle a Liam que Neil lo estaba esperando, tal y como él deseaba.

Fue catártico ver cómo Neil y Perry desaparecían en el más allá, sonriéndose el uno al otro con tanto alivio, liberándose del peso del dolor. He empezado a guardar notas en una cajita con las cosas que tengo que contarles a Liam y Wynn cuando nos volvamos a ver.

Ellos dos se marcharon a Boston hace cinco años. Visitan mi tumba varias veces al año para traerme gorras de béisbol y mantener conversaciones unilaterales que disfruto mucho.

Suelto una carcajada. Es ridículo, a decir verdad; ¿quién le trae gorras a un muerto? Pero me encanta cuando me dejan cosas. Rozo con los dedos el borde de la gorra que me dejaron hace unos meses.

Parece imposible que ya haya pasado tanto tiempo.

Al cabo de un rato me levanto y me sacudo los pantalones. Esta noche voy a volver temprano a Harlow Sanctum.



Cualquiera podría pensar que soy alguien importante en este sitio. Quiero decir, al fin y al cabo, el edificio lleva mi nombre; pero no, Jericho todavía sigue al mando. El mismo imbécil arrogante de siempre que no para de dar golpecitos en la mesa con el portapapeles, como si ya necesitara fumarse el quinto cigarrillo de la mañana.

Se construyó un nuevo edificio sobre Harlow que mis queridos Wynn y Liam decidieron llamar Never Haven, pero, en la dimensión de los espíritus, Harlow sigue en pie. Todo es igual de reconfortante y nostálgico. Hay muchos recuerdos que mantienen vivo este lugar y muchos fantasmas que me han hecho compañía durante los últimos cinco años.

Sin embargo, es bastante turbio que ninguno de nosotros haya podido seguir adelante como es debido.

Todo era muy injusto cuando estaba vivo; ¿por qué iba a ser diferente después de morir?

Supongo que era demasiado pedir. Al menos sufriremos juntos hasta el amargo final. Es mejor que hacerlo en solitario. Juntos en las tinieblas.

Lo único que ha cambiado es mi atormentada mente. Ya no me paso las noches mirando el techo y deseando morir. Ahora me las paso mirando el techo y deseando no existir. Pienso en la de desgracias que me habría ahorrado.

Nada es justo.

Jericho asoma la cabeza en mi habitación y da dos golpecitos en el marco.

—Has vuelto pronto —dice mientras se ajusta las gafas y me sonríe. Sus ojos verdes no están tan cansados como cuando nos encontramos por primera vez en el purgatorio. Ahora vuelven a estar llenos de esperanza y determinación.

Suelto un largo suspiro y estiro los brazos sobre la cabeza, me quito la gorra y me rasco el pelo.

—Sí, supongo que hoy no tenía tantas cosas en las que pensar. —Por algún motivo, mi tono suena más bien a decepcionado. ¿No se supone que es algo bueno? ¿No se debería considerar que he progresado por haber conseguido resolver al menos unas cuantas cosas? No obstante, vuelvo una y otra vez al porqué.

«¿Por qué seguimos aquí?».

Jericho entra y se sienta en el borde del escritorio, en vez de en la silla. Me incorporo y lo miro un poco molesto. Contempla mis dibujos más recientes, esparcidos por la mesa, y parpadea un par de veces ante esas imágenes tan morbosas. Las páginas son viejas y amarillentas, con esbozos de demonios oscuros y gente desesperada. Pero, como de costumbre, no comenta nada sobre las creaciones que surgen de mi mente. A veces, creo que las exteriorizo para que él las vea, con la esperanza de que diga algo sobre la perturbación que emana de esos bocetos a carboncillo.

No se los enseño a cualquiera, pero Jericho es como un hermano mayor para mí, la figura paterna que nunca tuve.

—¿En serio? Me sorprende. Tú siempre tienes cosas deprimentes sobre las que reflexionar. —Se ríe y se mira las manos pensativo

antes de levantar la mirada para encontrarse con la mía.

Era demasiado joven para morir. Todos lo éramos. Tengo la sospecha de que su asunto pendiente es estar con esa mujer con la que se veía en secreto en el Festival de Otoño hace años. Creo que estaba enamorado.

Jericho sonríe y dice:

—Yelina, Poppie y unos cuantos más van a venir conmigo al evento de primavera que se celebra este fin de semana en el pueblo. Deberías venir tú también.

Bajo los hombros y me dejo caer sobre la cama con un gemido. Me he convertido en uno de esos fantasmas gruñones que lo único que hacen es lamentarse y quejarse. Puede que incluso asustar a la gente que me oye desde el otro lado.

—Te aseguro que no va a estar tan mal. Voy todos los años y siempre es mejor que el anterior. —Jericho se levanta del escritorio con un salto y se pone frente a mí—. Tienes que intentar encontrar qué es lo que te retiene aquí, Lanston. Sería una pena que te quedaras tú solo durante todo un siglo después de que todos los demás espíritus nos hayamos marchado.

Lo miro con el ceño fruncido y él sonríe.

—Está bien, iré.

2

Lanston

Yo solía ser una persona de ciudad, llena de curiosidad y entusiasmo por lo que el mundo ofrecía. Me cuesta precisar qué fue exactamente lo que cambió mi visión de las bulliciosas calles repletas de gente.

Tal vez el hecho de que todo el mundo va por ahí con la cara larga. Su juventud y energía agotadas por el ritmo de vida que llevan.

La infelicidad es palpable.

Aquí el fantasma soy yo, pero cuesta creer que ellos no lo sean también, con esas pintas de agotamiento y desazón. Las personas estamos hechas para ser felices, relacionarnos y reír. Había olvidado lo frío y cruel que es el mundo real. Es fácil aislarse en la seguridad de Harlow Sanctum. Es como estar en un santuario que protege todas las cosas que aprecias.

Sin embargo, en palabras de Jericho, si no salgo, nunca encontraré lo que me retiene aquí.

Los pájaros alzan el vuelo mientras Yelina y Poppie entrelazan los brazos y salen corriendo hacia el gran estanque que hay en medio del parque de la ciudad. En el centro hay una fuente con un chorro constante que hace ondear toda la superficie del agua. Contemplo

con asombro el vuelo de una bandada de cuervos antes de que las risas de ellas dos vuelvan a captar mi atención.

Poppie lleva el pelo castaño recogido en una trenza con varios mechones sueltos alrededor de la cara. Yelina le sonríe y se aparta el pelo rubio hacia atrás antes de saltar al estanque. Hunde los tacones hasta tocar suelo y se moja el dobladillo de su vestido amarillo pastel. Poppie la sigue de cerca dando saltitos en el agua, que le llega hasta las rodillas. Las dos extienden los brazos y ríen como dos borrachas.

Ambas desvían la vista hacia las *boutiques* de la calle principal cuando se encienden las luces de los escaparates. Vuelven a entrelazar los brazos y se dirigen hacia ellas. Su vestimenta se seca al instante y salen del estanque como si nunca se hubieran metido en el agua.

Ventaja número uno de ser un espíritu: puedes hacer lo que quieras sin sufrir ninguna consecuencia. Tampoco podemos hacernos daño.

Jericho se ríe por lo bajo y se enciende un cigarrillo. Se lo coloca entre los labios antes de estirarse y darme una palmada en la espalda para indicarme que lo siga.

—Será mejor que vayamos con ellas si no queremos quedarnos atrás —murmura con cuidado de que no se le caiga el cigarro.

Suelto un gemido y me bajo más la gorra. Aunque solo somos visibles para otros fantasmas, me da vergüenza ir a este evento. Por lo visto, el tema de este año es la típica flipada ñoña de estilo musical.

Sin embargo, lo bueno de esta noche es el ambiente que se respira. Mientras el sol se pone sobre los modestos rascacielos de la

diminuta ciudad de Montana, se me escapa una sonrisa al ver cómo los rostros tristes de quienes nos rodean parecen volver a la vida.

Con la oscuridad de la noche, el alma humana encuentra consuelo en estar oculta; menos ojos inquisitivos que nos cohíben de mostrar las extrañas alegrías que guardamos en el corazón. Es curioso, antes nunca me fijaba en estas cosas. Me gustaría haberles prestado más atención cuando estaba vivo.

El caso es que siempre fui una de esas personas incapaz de mirar a los demás a los ojos cuando me los cruzaba por la calle. Me costaba mucho hacer contacto visual y sonreír como si nada. En Harlow era diferente; allí me sentía seguro. Al fin y al cabo, todo el mundo era como yo. Todos estábamos jodidos de una forma u otra.

Pero aquí, en el mundo real, era un completo desastre. Supongo que se debía sobre todo a las miradas que me lanzaba la gente. Por alguna razón, eso era lo que más me molestaba. Las miraditas que daban a entender que era un bicho raro y que a todo el mundo le caía mal, ya fuera por tener el pelo demasiado largo o porque no les gustaban mis tatuajes. Preferían que me escondiera y fingiera ser otra persona. Que pusiera la misma puta sonrisa falsa que todas las personas cuerdas del mundo.

Y no miento si digo que lo intenté con todas mis fuerzas. Fue la actuación del siglo. Y, como era de suponer, la gente compró entradas para ver ese espectáculo de satisfacción fingida, de una vida sin un pasado triste ni cicatrices.

Lo intenté hasta que dejó de funcionar.

Un día me desperté y ya no podía fingir ni un segundo más.

Así que dejé de buscar aprobación y, en su lugar, me quedé mirando el suelo porque el cemento y la tierra al menos eran

neutrales para mí. Indignado con quienes se atrevían a juzgarme, me replegué sobre mí mismo. Me escudé en la oscuridad.

Mi luz se apagó hace mucho. Primero parpadeaba cada vez que alguien me mostraba su desaprobación, hasta que, finalmente, se apagó por completo tras un fuerte soplido. Como una vela medio derretida abandonada al frío, seguramente con la intención de mitigarla y apagarla.

«Quería ser tantas cosas…».

A la mayoría de los hombres no se les educa para mostrar sus emociones. De nosotros se espera más bien dureza y crueldad. Tal vez por eso mi padre fue tan frío e insensible conmigo. No sabía ser de otra forma y odiaba que yo tuviera un corazón tan tierno, que derramara lágrimas con tanta facilidad.

A menudo me pregunto si él, de haber tenido un hombro sobre el que llorar cuando tenía siete años, habría sido una persona diferente. Nadie nace siendo un imbécil desalmado. Es algo que se aprende. Es la consecuencia de que otra gente malvada drene tu alma a fondo y desde una edad temprana. Aquellos que han sufrido tienden a provocar sufrimiento en los demás.

Es un ciclo. Triste pero cierto.

Me habría gustado ofrecerle mi hombro para llorar. Pero yo tampoco tuve ninguno a mi disposición, ni un abrazo, ni un lugar seguro al que acudir en mis momentos más oscuros. Y no por ello me convertí en un trozo de mierda cruel y despiadado. Entonces, ¿cuál es la excusa? ¿Cuál es la parte positiva de todo esto?

No es justo. Nunca lo fue, y yo tuve que sufrir las consecuencias.

Cuesta pasar página. Cuesta superar una situación tan injusta.

Y aquí sigo.

Aquí sigo… y nunca voy a recibir las disculpas que merezco.

En mi funeral, mi padre se limitó a quedarse observando el ataúd con una mirada fría y vacía mientras lo hundían en la tierra. Wynn y Liam lloraron hasta que el cielo empezó a llorar con ellos, pero él no. Mi padre no. No dijo ni una palabra. No derramó ni una sola lágrima, ni siquiera por la muerte de su único hijo. Y eso que mamá también había muerto y yo era lo único que le quedaba.

No. Los hombres no lloran. Los hombres como él, al menos.

—¿Estás bien?

Giro la cabeza hacia Jericho. Los cálidos orbes anaranjados de las farolas se ciernen tras él, y eso me devuelve al presente.

—¿Eh?

Se saca el cigarrillo de la boca y me mira con el ceño fruncido.

—Últimamente haces mucho eso, Nevers.

Me encojo de hombros. No insiste, aunque me lanza esa mirada de lástima que tanto le gusta dedicarme.

—Espero que esta noche coincidamos con otros fantasmas —dice cambiando de tema. Sus ojos color avellana tienen un brillo que me resulta familiar. Es un tío optimista y admiro lo fácil que le resulta estar alegre.

Hace cinco años, yo era el chico alegre del grupo. Bajo la vista hacia el brazo, justo por encima de la parte interior del codo. El tatuaje del iii me aporta calma. Aunque lleve la chaqueta y no pueda verlo, saber que está ahí me tranquiliza. Pienso en ellos todos los días.

—¿Por qué? Son tan desgraciados como nosotros —respondo de mala gana mientras meto las manos en los bolsillos de mi chupa de cuero negro.

Fantasmas. Uno podría pensar que nos llamamos espíritus o, no sé, simplemente personas. Pero la regla no escrita es que todos los muertos atrapados en la cuarta dimensión, como nosotros, suelen llamarse fantasmas.

Jericho se ríe e inclina la cabeza hacia el edificio alto que tiene una sala de conciertos dentro. Solo he estado ahí una vez, y no es que sea un lugar lujoso ni nada por el estilo, pero tiene ese aire rústico y nostálgico. Los viejos ladrillos son parte de la estructura original del siglo xix. Las ventanas y puertas son de metal negro, renovadas desde hace poco, lo que le da un bonito toque moderno al edificio histórico. Está justo al lado de la calle principal; los bulliciosos coches pasan a toda velocidad y la gente brinda en el bar que hay unas cuantas tiendas más abajo.

—No todos son desgraciados. Lo que pasa es que tú eliges verlos así. Yelina y Poppie se lo están pasando bien —murmura Jericho mientras atravesamos las puertas y nos deslizamos entre los vivos.

Al principio me costó acostumbrarme a que no pudieran sentirme como yo a ellos. Aunque nos abramos paso entre la multitud, ellos no nos ven ni nos perciben. Las cosas que rozamos o cogemos son aquellas que solo están en el purgatorio.

—Sí, bueno, Poppie y Yelina siguen estando tan majaras como siempre —refunfuño. El vestíbulo está abarrotado; por mucho que intento mantener el malhumor, me es imposible en este ambiente.

En la tienda se reparten camisetas a diestro y siniestro. Sus caras están llenas de felicidad y alegría. Ya han empezado los cánticos en la parte central de la sala. Miro a Jericho enarcando una ceja.

—Creía que habías dicho que era un simple evento de primavera —grito por encima del ruido.

Yelina y Poppie corren entre la multitud y me cogen del brazo.

—¡Me alegro mucho de que hayas decidido unirte a nosotros esta vez, Lanston! —dice Yelina con una gran sonrisa. Se la devuelvo y, por una vez, siento que es sincera. Me alegro de que me hayan sacado de Harlow esta noche. El aire fresco y las caras nuevas me recuerdan lo bien que nos lo podemos pasar todavía.

Jericho habla por encima de las dos chicas, que charlan animadamente a mi lado.

—Es un evento poco ortodoxo. Ya verás.

«Dios, ¿este hombre atiende a algo que no sea poco ortodoxo?».

Suelto un suspiro y meneo la cabeza. Da igual, estoy aquí e intentaré disfrutarlo lo máximo posible.

Poppie me tiende una camiseta y la cojo.

—He pensado que te gustaría más ponerte la de la calavera. —Me guiña un ojo y yo sonrío.

Es una camiseta negra con un dibujo desteñido de una calavera en el centro, no es nada superfluo ni vulgar. En realidad, es más triste que otra cosa. Se puede ver que el cráneo está quebrado y le sale una rosa de la parte superior, justo por donde está fracturado.

—Gracias —digo mientras me quito la chupa y me pongo la camiseta de manga corta por encima de la de manga larga. Me recuerda al instituto, cuando vestía así a diario. Sonrío al recordar mi etapa punk.

Jericho está ridículo con la camiseta negra varias tallas más grande que le ha regalado Yelina. Lleva un enorme corazón con unas manos que lo parten por la mitad. Con sus gafas de montura negra y su pelo rubio, corto y bien peinado, le pega más llevar traje, no una camiseta de conciertos.

Vuelvo a preguntar por si acaso:

—Pero ¿esto no iba a ser un musical?

Yelina me da un codazo.

—Pareces un disco rayado.

Las dos mujeres llevan camisetas con flores y palabras que no distingo porque la iluminación es tenue. El ruido sigue aumentando a nuestro alrededor.

—¡Mira, ya empieza! —Poppie salta de puntillas, Yelina suelta un chillido y las dos salen corriendo entre la multitud.

Frunzo el ceño. Odio los espacios abarrotados. La música alta lo empeora.

Jericho me mira y se ríe como si me estuviera leyendo la mente.

—¿Quieres que vayamos al palco? Soy demasiado viejo para la energía de la pista.

Sonrío y asiento. No sé qué haría sin mi orientador muerto.

Encontramos un sitio vacío cerca de la parte trasera del tercer palco. Está tan lejos del escenario que la visibilidad no es muy buena, pero el ruido sigue siendo infernal.

Apoyo los pies sobre el asiento vacío que tengo delante y Jericho se reclina en el suyo, casi como si fuera a echarse una siesta.

La primera mitad del espectáculo es entretenida; es un musical, pero muy sombrío y macabro. Me resulta ligeramente inquietante lo mucho que disfruto con esa parte. La forma en que los actores se visten con ropas oscuras y se asesinan unos a otros por cosas tan frívolas como los celos. Jericho divisa a un grupo de mujeres fantasmas unas filas a nuestra izquierda e intenta que vaya con él a saludarlas, pero niego con la cabeza.

—Madre mía, menos mal que estás muerto, si no, ya tendrías como quince hijos —refunfuño cuando pasa por mi lado. Él suelta una carcajada.

—Tú también estás muerto, chaval. Si no vives ahora, ¿cuándo lo harás? —dice con aire despreocupado antes de acercarse a las chicas.

Observo su actitud relajada y lo natural que le resulta iniciar una conversación. Las fantasmas se muestran amables y lo saludan con una sonrisa. Todas miran en mi dirección, curiosas por saber si me voy a unir, pero yo desvío la vista.

Me hundo aún más en el asiento, consciente de la oscuridad que me envuelve mientras estoy ahí sentado, solo. Yelina y Poppie están abajo, divirtiéndose y cantando lo más alto que pueden porque nadie las oye. Jericho se entretiene charlando con esas otras fantasmas que seguramente se llevará a casa más tarde.

Y luego estoy yo.

En estos momentos de soledad, pienso en ellos. Los tres deberíamos estar juntos.

Cuando estoy a punto de dejar que esos oscuros pensamientos se apoderen de mí, un destello morado cruza el escenario. Levanto la vista y me quedo mirando esa figura con los ojos desorbitados. Por primera vez desde el día en que vi a Wynn bailando bajo la lluvia en Harlow, mi corazón palpita.

Una hermosa mujer está bailando por el escenario. Lleva un vestido blanco precioso, con un estampado de pétalos rosas que destaca entre las monótonas prendas negras de los miembros del elenco. La cola del vestido es larga y ondea con gracia mientras ella salta majestuosamente de un lado a otro, girando a cada paso,

sincronizada a la perfección con la música. El dobladillo está rasgado y andrajoso, lo que le da un toque muy lúgubre a sus lánguidos movimientos.

Me levanto del asiento y me acerco, hipnotizado por ese ir y venir. Cada paso que da hace que mi corazón lata más deprisa y más despacio al mismo tiempo.

Lleva una serpentina de color morado pastel, la hace girar en el aire mientras baila, y eso me atrae como pez a un señuelo. «Tengo que acercarme a ella».

Bajo las escaleras de dos en dos y corro hacia la pista principal, abriéndome paso entre la multitud. Yelina y Poppie me ven y enarcan las cejas mientras yo corro hacia el escenario.

La mujer etérea echa la cabeza hacia atrás en un elegante salto final hacia el borde del escenario antes de desplomarse y apoyar ambas manos sobre mis hombros justo en el momento en el que yo termino de cruzar la pista.

Mi alma se ilumina con algo que no me había atrevido a sentir en media década.

Su pelo morado ondea a nuestro alrededor. El impulso y la gravedad han hecho que se le desprendan varios mechones, dándole un aire nostálgico, pero sus ojos me miran tan fijamente como los rayos de sol que se asoman entre las hojas de un árbol. Son de color marrón claro, salpicados de un verde seductor.

Es joven, igual que yo, y eso resulta trágico.

Porque, además de ser bella y devastadora, está muerta.

3

Lanston

Me quedo sin respiración. Es como si todos los engranajes de mi interior se hubieran atascado. El aire que en su día tanto me costaba respirar ahora es libre de entrar y salir, pero no puede.

Ella respira con dificultad mientras la canción «Love story», de Indila, llega al punto álgido. La melodía se intensifica, el sonido retumba en mi pecho y me pone la piel de gallina para luego decrecer: las cuerdas de los violines y los violonchelos emiten las últimas notas. Su pelo cae a la vez que la música cesa y nos quedamos mirándonos a los ojos.

Esta cautivadora fantasma es la viva imagen de la tragedia. Es una balada de movimientos funestos, huesos y encaje hecho jirones; una sinfonía como ninguna con la que me haya topado.

Por un instante, me olvido de que existo, pero entonces me doy cuenta de que me he quedado con la boca ligeramente abierta por el asombro. Levanto la comisura de los labios para formar una sonrisa justo cuando ella baja las cejas para arrugar el ceño, lo cual se carga por completo la magia del momento.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —me dice en tono acusador, y, de no ser por el rubor que se le extiende por las mejillas, seguramente sería capaz de responder con mayor rapidez,

pero me quedo tan prendado que solo puedo seguir sonriendo como un idiota.

La chica chasquea la lengua y se echa hacia atrás, no sin antes levantarme un poco la gorra para verme mejor. La cautivadora fantasma me dirige una última mirada. Se recrea en los pómulos y los labios antes de girarse y salir del escenario.

«Su genio ya me resulta adorable».

Empiezo a erguirme, dispuesto a perseguir a esa misteriosa mujer y averiguar por qué me encandila tanto, pero dos pares de manos se posan en mi cintura y me alejan del borde del escenario.

—¡Lanston! ¿Qué estás haciendo? —pregunta Yelina, claramente enfadada. No me molesto en mirarlas mientras tiran de mí. Mis ojos intentan desesperadamente seguir el rastro de la misteriosa fantasma.

Poppie gruñe cuando me tropiezo y caigo sobre ella.

—Por el amor de Dios, estás arruinando el espectáculo. —Yelina la ayuda a levantarse y ambas me fulminan con la mirada.

Me levanto del suelo y me enderezo la gorra mientras respondo:

—Somos fantasmas. No le estoy arruinando el espectáculo a nadie. —El público no nos mira, su atención pasa de largo, hacia los actores, tal y como yo esperaba. Los señalo con un gesto como para demostrar lo que estoy diciendo. Un instante después, Jericho se abre paso entre la multitud y me mira como si estuviera loco—. ¿Qué? —pregunto levantando las manos, exasperado.

—Esa mujer *es* el espectáculo. Hemos venido a verla actuar, idiota. —Jericho suelta una carcajada y me da una palmada en la espalda.

Se me desencaja la mandíbula y me quedo mirándolos a los tres con incredulidad.

—¿Venís todos los años a ver bailar a una fantasma entre los vivos?

Yelina se ríe como si tener que explicarlo fuera la cosa más absurda que ha tenido que hacer en la vida.

—Obviamente, Lanston. ¿Qué creías, que veníamos hasta aquí solo para ver una actuación aburrida? Ella es la razón por la que muchos de los fantasmas nos reunimos aquí. Un pequeño rayo de esperanza.

Me quedo meditándolo un momento. A pesar de ser una fantasma, esa chica actúa como si estuviera viva. Fingiendo que este público de gente que todavía respira ha venido aquí para verla. Un dolor se instala en lo más profundo de mi pecho.

—¿Cómo se llama? —pregunto volviendo a mirar hacia las cortinas por donde ha desaparecido. Me agarro a la tela de los pantalones mientras el impulso de perseguirla me araña el alma.

Jericho me acerca a él mientras la música vuelve a rugir a nuestro alrededor y silencia cualquier otro ruido.

—Se llama Ophelia —dice gritando para que lo oiga.

«Ophelia».

Qué nombre más bonito. Y también triste. ¿Por qué me atrae tanto lo melancólico? Tiene la misma mirada que Wynn. No de cuando ansiaba la muerte, no, sino de cuando encontró esperanza y motivos para despertar de nuevo; para salir de las profundidades de su oscura mente.

Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en mi querida Wynn, pero me paso rápidamente la manga por la cara antes de que los

demás lo vean.

«¿Por qué alguien con unos ojos tan cargados de esperanza está… muerta?». Esta chica no debería estar aquí, en la tierra de los solitarios y olvidados. «¿Por qué?». No es justo. Una persona tan bella y con tanto talento como ella… Su esencia todavía no ha terminado de darle al mundo todo lo que tiene que ofrecer; aún le queda mucho por decir, solo hace falta ver su actuación para saberlo. Cada movimiento suyo expresa y rebosa un significado profundo.

«Yo sí te oigo» quiero gritar. «Tus ganas de vivir son ensordecedoras».

—¿Estás bien? —Jericho me pone la mano en el hombro mirándome.

Niego con la cabeza y él me presiona un poco más con los dedos para mostrarme su apoyo. Aprieto los labios para combatir el temblor que los amenaza.

—Ay, Lan… —dice Poppie con pena mientras me abraza—. Todavía te cuesta aceptar esta situación, ¿verdad? No pasa nada. No todos estamos preparados para estar aquí, pero tienes que aprovecharlo al máximo —me susurra al oído, y tengo que apretar los dientes para contener las lágrimas.

La expresión de Yelina se suaviza y sonríe, aunque más bien parece que lo hace para sí misma ante una idea que se le acaba de ocurrir. Ladea la cabeza y me ofrece la mano.

—¿Quieres que vayamos a ver si la encontramos?

Jericho se ajusta las gafas y se recoloca un mechón de pelo antes de asentir.

—Buena idea, Yelina. Creo que a Nevers le gustaría —dice como si yo no estuviera a su lado, pero hago caso omiso.

Quiero conocerla. Hay algo dentro de mí que me dice que *tengo* que conocerla. En la vida se dan momentos en los que conectas con otra persona en cuestión de segundos. Algo se introduce en lo más profundo de tu alma, sembrando un anhelo que quizá nunca se desvanezca. Es como una canción que te cala los huesos y marca el ritmo al que te late el corazón.

«Debo conocerla».

Los cuatro salimos del edificio y nos dirigimos a la parte trasera. La puerta está entreabierta para que los artistas puedan entrar y salir. Cerca, dos jóvenes comparten un cigarrillo y ni siquiera parpadean cuando pasamos. Es algo a lo que no sé si llegaré a acostumbrarme del todo, pero ahora mismo tengo la cabeza en otro lado.

—¿Sabes cómo murió? —pregunto mientras entramos en la zona donde se ensaya. Parece una sala de coro como las que hay en algunos institutos, con escalones cada vez más altos a medida que te acercas al fondo de la estancia. La moqueta es gris, al igual que las paredes. Creo que aquí la mayoría de las cosas son grises y aburridas. Quién sabe si también lo son en el lado de los vivos. Es muy posible que ahí sea una habitación colorida.

Yelina está mirando a un grupo de hombres en una esquina que están calentando la voz. Después me mira a mí y procesa la pregunta. Sus ojos parpadean pensativos y vacilantes antes de responder:

—No. No sé nada de ella, solo que actúa aquí todos los años.

Poppie asiente.

—Sí, durante nuestro primer año algunos fantasmas nos contaron que había una mujer cautivadora que bailaba como los ángeles. Pero después de la actuación siempre se va corriendo, como si tuviera prisa, así que nunca hemos llegado a conocerla. Se rumorea que no es muy sociable, así que no nos hemos atrevido a hablar con ella.

Me huele a que solo usa esa antipatía como fachada. Mentiría si dijera que no hubo un momento en mi vida en el que me volví un borde con la única finalidad de protegerme. Me convencí a mí mismo de que, si me quedaba dentro de mi fortaleza y no dejaba entrar a nadie, estaría a salvo. Y funcionó durante mucho tiempo, pero también fue una época increíblemente solitaria y triste.

—Todos somos poco sociables a veces —digo sin pensar mientras mis ojos la buscan por toda la sala. Frunzo el ceño—. No la veo. ¿Crees que ya se habrá ido?

Jericho se cruza de brazos.

—Puede ser. Podemos separarnos para buscarla, y quedamos aquí dentro de veinte minutos. Si no la encontramos, seguimos con nuestra noche. He conocido a unas señoritas muy majas, será un placer presentártelas, Lanston. —Me sonríe y levanta una ceja de forma sugerente. Yo hago una mueca mientras Yelina y Poppie sueltan una risotada.

—¿Cómo es posible que tú fueras nuestro orientador? —espeta Yelina antes de girar bruscamente la cabeza.

Percibo cierto resentimiento en su voz. Creo que hace tiempo que está interesada en Jericho, pero, con lo idiota que es él, ¿cómo espera que se dé cuenta si no se lo dice? Él parece confundido por ese arranque de ira y le apoya la mano en el brazo con cuidado. Ella se pone rígida y le lanza una mirada de advertencia.

Enarco una ceja ante esa escena, pero decido que no es asunto mío.

—Sí, separémonos. Yo voy a mirar entre bastidores —digo mientras empiezo a caminar hacia el lugar de donde proviene la música, fuerte y distante.

Los pasillos están oscuros, cubiertos de largas cortinas negras que cuelgan desde al menos nueve metros de altura. Las tablas del suelo no parecen muy consistentes, como si estuvieran hechas de aglomerado más que de madera. Supongo que la mayoría de los escenarios son así para poder cambiarlos con facilidad en determinadas obras o decorados.

Busco por los camerinos y todos los lugares imaginables que se me ocurren antes de darme por vencido. Han pasado más de veinte minutos, así que no me sorprende que los demás no estén en la sala de ensayos esperándome.

Mierda, me pregunto si ya se habrán ido y regresado a Harlow.

Bueno, de todas formas, no hay por qué tener prisa; si algo me sobra es el tiempo. Decido ir andando tranquilamente por el viaducto del río. Este pueblo es muy bonito y algo que disfruto mucho de estar muerto es la capacidad para perderme en mis propios pensamientos y llegar a admirar las cosas más sencillas.

El viaducto es un puente muy alto y arquitectónicamente asombroso. Una serie de arcos estructuran los pilares que lo sostienen, creando un aspecto seductor. Se han instalado luces en los arcos que iluminan el agua desde las alturas, mientras que una serie de farolas de estilo clásico alumbran el camino que pasa por encima. Cada treinta metros hay bancos de madera rodeados de arbustos ornamentales.

Respiro hondo y finjo que no soy un espíritu. Me detengo en el banco del centro del puente, que está rodeado de rosales, y me subo encima para llegar al muro de cemento. Aquí arriba el universo está en silencio. Hace frío y el cielo está repleto de estrellas que ya no me hablan.

Me quedo mirando las que parpadean y después bajo la vista hacia el agua oscura del río.

Me parece cruelmente irónico. ¿Cuántas veces he estado en un puente como este? ¿Cuántas veces he querido morir solo para alejarme de este mundo tan despiadado? Me pregunto si tirándome sería capaz de pasar a la siguiente etapa y dejar de ser un fantasma. Ya estoy muerto, así que tampoco es que haya mucho que perder.

Rozo la esquina del cemento con el pie y siento un chute de adrenalina. Mi corazón cansado se acelera, tentado. Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, preguntándome si estoy cuerdo, debatiéndome sobre si importa.

—No cabe duda de que eres un hombre curioso, ¿me equivoco?

Abro los ojos de golpe y miro al lado, donde encuentro nada menos que a la cautivadora fantasma, Ophelia.

Su cabello morado está más tranquilo ahora que no va con el modo diosa bailarina activado. Los rizos sueltos le llegan hasta la mitad de la espalda y la brisa le echa algunos mechones sobre la cara. Vuelvo a quedarme hipnotizado. Por sus pómulos marcados, las cuencas alrededor de los ojos y por lo morbosos que resultan sus ágiles dedos acariciando con delicadeza la rosa que tiene entre las manos. Cierra los párpados, acompañados de sus largas y espesas pestañas, mientras huele la flor.

Me quedo mudo.

No veo qué puedo decir. Cualquier cosa perturbaría esta muestra de belleza y perfección. Esta mujer es la personificación de una rosa marchita.

Wynn hablaba a menudo sobre la belleza de las flores muertas; creo que, después de cinco largos años, por fin he comprendido ese deprimente sentimiento.

4

Ophelia

La vida es un circo de traiciones y miedos.

Lo bueno se acaba y lo malo nunca termina.

La muerte no es más que una sombría extensión de esa realidad. Una oda al cierre de ese último capítulo que quizá nunca pudiste finalizar. ¿Hay algo más triste que eso? Una historia inacabada.

Por supuesto, estoy amargada.

«Ophelia es una mujer desagradable, el ejemplo perfecto de una belleza desperdiciada en un alma podrida».

Pues ¿sabes qué? Que, por lo que a mí respecta, todo el mundo se puede ir a la mierda.

Estoy muerta. Que digan lo que quieran, tampoco es que se reprimieran mucho cuando estaba viva.

Dejé de preocuparme por lo que los demás pensaran de mí hace tiempo. Tal vez por eso estoy atrapada aquí; tal vez mi amargura es lo que me permite rondar este mundo.

Sin embargo, esta noche ha ocurrido algo extraño. Una luz ha parpadeado entre la oscuridad que me rodeaba en aquel escenario.

Algo diferente después de una década de vagabundeo.

Aquel hombre extraño me ha mirado con tanto dolor en los ojos… Es uno de los hombres más guapos que he visto nunca. Tiene los

ojos amables y color avellana, enriquecidos con muchos otros colores que había olvidado que existían en este mundo tan lúgubre.

Dejo de caminar por el puente y alzo la vista. Alguien está de pie en mi banco, acercándose al borde del viaducto. El pánico se apodera de mí y salgo corriendo para intentar evitar que salte, pero, a medida que me acerco, mis pasos se ralentizan y me doy cuenta de que no tiene sentido asustarme.

Es el fantasma de antes.

Ese hombre tan inquietantemente guapo.

Tiene el rostro inclinado hacia el cielo. Sus rasgos parecen los de una escultura, marcados y fríos. La chaqueta de cuero que lleva se le ciñe a los músculos y su gorra está algo desgastada. El hilo negro de los remates hace que parezca *vintage*.

Doy un par de vueltas detrás de él en silencio y no parece darse cuenta. Esbozo una sonrisa mientras arranco una de las rosas rojas y me subo al banco para colocarme a su lado, junto al borde.

—No cabe duda de que eres un hombre curioso, ¿me equivoco? —digo tratando de disimular el interés.

Supongo que el destino encuentra la manera de unir incluso a los fantasmas, aunque un hombre así de guapo no augura nada bueno. En el pasado ya me desviví por uno como él. Los hombres son así: parecen inocentes, pero lo que quieren es arrebatarte el corazón y exponerte a la vista de todos, desvelando secretos que eran solo para ellos.

Se sobresalta y me mira como si fuera un espectáculo digno de contemplar. Esos maravillosos ojos color avellana parpadean mientras me observa igual que hago yo con él. Tiene los labios de un color rojizo suave, como si tuviera frío y necesitara que alguien lo

calentara a base de besos. Unos mechones de pelo castaño claro le acarician la frente, asomando por debajo de la gorra.

Siento ganas de acariciarle la cara y recorrer con los dedos todos y cada uno de los surcos y hendiduras de su cuerpo. Notar la suavidad de su piel y la calidez que emite. Ay, espera, es verdad. Después de la muerte nada es cálido. A veces se me olvida, sobre todo ahora que estoy mirando a alguien que irradia tanta calidez como él. Un desafío a la muerte.

Me pregunto si su piel estará tan desprovista de calor como la mía.

Algo dentro de mí me dice que no quiero averiguarlo. Ciertas cosas es mejor no saberlas. Que se mantenga el misterio. Creo que prefiero no descubrirlo nunca.

No dice nada, pero hay mucha curiosidad y ternura en su mirada.

Sabía que era raro, pero creo que precisamente por eso me gusta. Es el silencio personificado. Es un alma herida. Quizá es alguien que piensa con tanta intensidad que los pensamientos le parecen suficiente y no ve la necesidad de verbalizarlos.

Me gusta.

Los hombres como él oyen cosas que la mayoría ignoran, como el susurro del corazón de los demás. La tristeza de sus ojos y las ojeras que acunan las puertas de su alma lo delatan.

Esbozo una débil sonrisa y me giro hacia el borde del puente, apretando la rosa contra el pecho mientras lo miro a los ojos. Parece confuso durante un instante, pero luego frunce el ceño y el horror se apodera de su hermoso rostro mientras me dejo caer hacia atrás, hacia las oscuras y mortíferas aguas que hay debajo.

He dado este mismo salto un montón de veces. Caigo, caigo y caigo en dirección a las profundidades.

Sujeto la rosa cerca del corazón, aguantándole la mirada con pocas expectativas. Nadie ha saltado detrás de mí antes; aunque, claro, ¿por qué iban a hacerlo? Ningún fantasma de los que están atrapados aquí es tan descuidado como para dejarse llevar por mi lado loco y morboso, por el salto de esperanza que doy sola.

«Pero él lo hace».

Abro los ojos sorprendida al verlo saltar. El encaje y los pétalos de rosa de mi vestido hecho jirones ondean en el aire. Mi pelo se agita con el viento, rodeándome de colores pálidos, mientras él, encima de mí, es un faro de luz.

La forma en que el viento lo acompaña mientras se acerca es como una balada. Una que he bailado un millón de veces, pero para la que nunca he encontrado el ritmo adecuado. Su pelo castaño claro es un caos y sus ojos son una tormenta de verdes, azules y toques de amarillo. Un pergamino de palabras dolorosas escritas y garabateadas. Me recuerda a una canción sombría y nostálgica, una sobre pena y muerte.

Una que nadie conoce.

Es una balada de fantasmas y… quizá también de esperanza.

Contemplo su inigualable belleza, incapaz de romper el hechizo mientras caemos hacia el agua oscura.

Ha saltado como si ya hubiera contemplado la idea tantas veces como yo. Y darme cuenta de eso me rompe el corazón. En algún momento, ha deseado la muerte.

Ninguna alma debería soportar tanto sufrimiento en este mundo. No deberíamos tener que existir en un plano tan frío y despiadado.

Ya me venció a mí, ¿acaso no fue suficiente? No conozco a este hombre, pero ¿por qué lo ha derrotado a él también?

Me agarra por los hombros y no duda en atraerme hacia él, apoyando mi cara contra su pecho y sosteniendo mi espíritu como si lleváramos siglos cayendo en una danza eterna.

Buscándonos. Anhelándonos.

Escuchando la misma canción triste una y otra vez, sin encontrar nunca al otro, hasta ahora. Hasta la muerte.

Huele a café recién hecho y a hojas secas de otoño.

Nuestros cuerpos aplastan la rosa que hay en medio, pero dudo que le importe. Se prepara para el impacto y yo suelto una risita justo antes de que el agua nos envuelva, engulléndonos enteros.

Entonces llega la oscuridad. La cálida luz naranja de la superficie centellea y se balancea, saciada y plena, antes de romperse.

Abro los ojos lentamente cuando ya estamos sumergidos. Él sigue con los suyos cerrados y aprovecho para estudiarlo con detenimiento. El agua le levanta la camiseta y deja al descubierto su duro abdomen. Los músculos se ven preciosos a la luz de la luna.

Abre poco a poco los ojos y me traspasa con la mirada, y entonces hace lo más demoledor que podría hacer.

Esboza una sonrisa triste.

5

Lanston

¿Acabo de saltar de un puto puente?

El pelo de Ophelia es como una ola morada, seductora y resplandeciente a la luz de la luna. Mis labios esbozan una sonrisa por voluntad propia. ¿Qué acaba de pasar?

Entonces, lentamente, recupero la cordura y me doy cuenta de que debería ser más severo con ella por haber sido tan imprudente. Convierto la sonrisa en un ceño fruncido y nado hasta la superficie del agua.

Nuestras cabezas irrumpen en el aire nocturno y yo respiro hondo, secándome el agua de los ojos antes de mirar a Ophelia.

—¿En qué estabas pensando? —La agarro por los hombros y ella suelta una carcajada.

Mi expresión se relaja al instante con el ligero sonido de su risita entrecortada.

—¿Has olvidado que somos fantasmas? Me resultas cada vez más curioso —dice con un tono burlón, y se aleja de mí, nadando hacia la orilla.

La sigo y vuelvo a fruncir el ceño, porque está poniendo a prueba mi paciencia. De algún modo, me irrita y me atrae a la vez.

—Te llamas Ophelia, ¿verdad? —Subo por el barro detrás de ella y me tumbo de espaldas en la arena, cansado por el esfuerzo. Inclino

la cabeza hacia la derecha y la miro. Está tan cerca de mí que podría tocarla si quisiera.

«Dios, me encantaría».

Levanta la rosa destrozada y empapada arrugando el entrecejo y me la arroja al pecho antes de responder:

—Ophelia Rosin, ¿y tú eres?

Agarro la rosa, ignorando las afiladas espinas, y la fulmino con la mirada.

—Lanston Nevers —murmuro, y se hace el silencio. ¿Qué se supone que debo decir ahora? Hace un rato me moría de ganas de conocerla y ahora no encuentro las palabras.

Es misteriosa, extraña, arisca.

Ophelia se lleva las rodillas al pecho y me tiende la mano. Me incorporo mirándole los dedos y después la cara.

—Encantada de conocer a su espíritu, señor Nevers. ¿Todavía no se ha familiarizado con la muerte? —Sonríe como si yo fuera una criatura fascinante, y todavía no sé muy bien por qué me resulta tan cautivadora.

Le cojo la mano y ambos abrimos los ojos al sentir la conexión. Tiene la piel suave y cálida, a diferencia de otros fantasmas que se han vuelto fríos.

Los dos decimos al unísono:

—Estás caliente.

Me entran ganas de estrecharla contra el pecho y absorber su calor. ¿Por qué es tan cálida? Otra cosa de ella que no me podré quitar de la cabeza durante días, estoy seguro.

Retiro la mano, vacilante, y me aclaro la garganta.

—Sí que estoy familiarizado con la muerte. Llevo cinco años muerto y, por favor, llámame Lanston. —Le ofrezco una sonrisa mientras me sacudo el pelo.

Ophelia se vuelve a reír. Suena a risa sincera, pero no me extrañaría que solo estuviera fingiendo para quedar bien; es algo que yo mismo hacía a menudo. Se ríe y sonríe demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que está hablando con alguien como yo, que no le ha dado ningún motivo para estar tan alegre.

Se levanta y se alisa el vestido, que se seca en cuestión de segundos, al igual que mi ropa. Un pequeño premio por ser fantasmas.

—¿Cinco años y sigues actuando como si no pudieras hacer lo que te dé la gana? —Suena a burla. Me pongo en pie y me doy cuenta de lo alto que soy comparado con ella. Sus ojos apenas me llegan a la altura de los hombros.

—Lo único que quiero hacer es pasar a la siguiente fase de la muerte —digo con tristeza. Sueno patético, pero la verdad no se puede ocultar con palabras bonitas—. Nunca voy a poder hacer las cosas que quería.

Con «cosas» me refiero a quedarme con las personas que quería.

Se hace el silencio a nuestro alrededor y me quedo mirando el río. El leve oleaje es el único ruido que me mantiene presente.

Me estremezco cuando Ophelia me pasa la mano por la mejilla con ternura. Nuestros ojos se encuentran y lucho contra el impulso de inclinar la cabeza hacia su palma. Me dedica una media sonrisa.

—¿Quién dice que la muerte es el fin? Estamos aquí por algo, ¿no? Tu espíritu sigue tan vivo como siempre. —Tras terminar la frase, se

queda con los labios entreabiertos, lo justo para que a mí me cueste respirar.

—¿Cuál es ese algo? No consigo encontrar el mío. ¿Por qué sigo aquí? —murmuro mientras vuelvo a desviar la mirada hacia el agua oscura que hay tras ella. Cada ola va lamiendo el suelo con fervor, hambrienta de almas descarriadas.

Ella se encoge de hombros.

—Todos tenemos un algo, Lanston. Un motivo que debemos descubrir por nosotros mismos. —Se queda con la mirada perdida y empieza a caminar hacia las sombras del puente.

—Ophelia. —Digo su nombre con cuidado. Ella se detiene y me mira por encima del hombro con las mejillas sonrosadas, esperando a que hable—. ¿Cómo moriste?

Sus ojos verdes se vuelven sombríos. El recuerdo debe de ser como un cuchillo clavado en el corazón.

Gira la cabeza, envuelta por la cálida luz de las farolas, antes de responderme:

—Me mataron. —Hace una pausa y aprieta los puños con rabia. Está claro que le duele que este haya sido su destino. Yo también siento rabia por ella—. ¿Y tú?

«La mataron».

Lo primero que pienso es quién y por qué.

¿Quién querría hacerle daño a esta fascinante mujer? No me extraña que sea reservada y un poco insensible. ¿Acaso no me ha pasado lo mismo a mí? Ahora me resguardo en mi mente y mi corazón porque me robaron la vida. A mis amigos. Al amor.

Sin embargo, creo que así es como tenía que ser. Esa vida tan bonita, tan corta y tan triste… nunca fue realmente mía.

Nunca habría conseguido las cosas que más anhelaba.

Y, no sé por qué, pero tengo la sensación de que esa es la razón de que esté atrapado aquí. El no saber. Morí sin saber lo que quería. ¿Alguien lo sabe? Mis deseos y placeres cambian de un año a otro, igual que las cosas que encuentro satisfactorias y significativas. Cuánto daría por saber la respuesta. ¿Cuál era mi propósito?

—A mí también me mataron —susurro. Me suena tan raro pronunciar esas palabras. ¿Es posible que sea la primera vez que hablo en voz alta de cómo morí? Fue tan cruel e injusto. Ambos nos hemos quedado atrás mientras el mundo sigue adelante.

Ophelia se vuelve hacia mí con una mirada de angustia.

—¿En serio? ¿A ti?

Esbozo una sonrisa torcida.

—A mí.

Se me queda mirando un rato, afligida. Tiene muchas preguntas. Yo también. Pero ninguno de los dos se atreve a preguntar.

—Lo siento, Lanston. Pareces un hombre que aún tenía mucho que ofrecer. —Empieza a caminar de nuevo hacia el puente y mis piernas la siguen instintivamente.

—Tú también, esperaba que…

—Para —me corta, y sigue caminando con paso firme, pero yo vacilo—. No busco un acompañante. Ha sido un placer conocerte, pero ahora cada uno seguirá por su camino.

Este debe de ser uno de sus muros. Me sorprende haber llegado hasta aquí siquiera.

—¿No te sientes sola? —Me meto las manos en los bolsillos del abrigo para controlarme a mí mismo.

Ella sigue andando con confianza y se lleva las manos a los costados. No puedo evitar sonreír ante su determinación.

—A todas horas —admite con una risa amarga—. Pero así me aseguro de que no me hacen daño. —Sus palabras esconden una triste verdad. Elige la soledad en lugar de abrirse a los demás.

Conozco ese dolor.

Estoy a punto de decir que es una forma muy trágica de existir, pero, un segundo después, toda la luz a nuestro alrededor se apaga y el aire se vuelve frío. La oscuridad lo consume todo, excepto a Ophelia y a mí. Siento que el pánico me inunda.

«¿Qué es esto?». Hace mucho frío y no veo nada. Por primera vez desde que entré en el reino de los fantasmas tengo miedo.

Miro hacia el abismo, pero una mano me agarra de la muñeca y tira de mí con vehemencia. Al bajar la vista me encuentro con Ophelia. Parece aterrorizada mientras dice en voz baja y con un tono inquietante:

—No mires atrás, oigas lo que oigas.

La arena bajo mis pies empieza a vibrar y ceder. La oscuridad se hace más espesa y el terror me impulsa hacia delante.

—¿Qué está pasando? —pregunto entre jadeos mientras ella avanza y me guía. No creo que vea mejor que yo, pero sus pasos son seguros. ¿Ya ha hecho esto antes?

No me responde; lo único que veo es su precioso pelo morado meciéndose tras ella.

Detrás de mí se oyen susurros y me estremezco al sentir el frío que desprende cada una de las palabras que pronuncian.

«¿Qué dicen?». No consigo entenderlo. Giro la cabeza por instinto; siento curiosidad por descubrir el origen de esos inquietantes

susurros.

—No lo hagas —me advierte Ophelia, y mi cuello se queda quieto.

—Pero ¿qué cojones es eso?

Pasan unos segundos hasta que dice:

—No lo sé, pero susurran cosas horribles. Los fantasmas que quedan atrapados bajo su mortaja acaban durmiendo durante largos periodos de tiempo, y no son los mismos cuando despiertan.

Abro la boca, pero ella vuelve a interrumpirme:

—Confía en mí, no quieres saberlo. —Gira bruscamente a la izquierda y me arrastra tras ella. Atravesamos el marco de una puerta a toda prisa y, en el momento en que paso la cabeza por debajo, una habitación toma forma a nuestro alrededor.

Ophelia cierra de un portazo. Se escuchan los inquietantes susurros al otro lado de la madera, que cruje bajo la presión. Un escalofrío me recorre la espalda. Estaban a tan solo unos pasos de nosotros. Podrían habernos alcanzado en cualquier momento. De repente, los sonidos cesan, el frío se desvanece y da paso al simple aire fresco de la noche.

Ophelia respira hondo unas cuantas veces antes de echar el cerrojo y suspirar mientras apoya la frente contra la puerta negra.

Lo primero que pienso es en volver a preguntarle qué ha sido eso, pero la forma en que le tiemblan los hombros me detiene. Echo un vistazo a la estancia.

—¿Dónde estamos?

Observo el techo y las paredes. Hay poca luz, pero por las ventanas tapiadas se filtra la suficiente como para ver la mayor parte de la habitación. Los techos son altos y solo veo que hay mesas y plantas. Cientos y cientos de plantas y enredaderas frondosas.

A medida que mis ojos se adaptan, queda claro que esto no es una casa ni un apartamento; es un antiguo teatro de ópera. Una gran sala de paredes negras, como una iglesia gótica. Los asientos han sido arrancados hace tiempo y sustituidos por mesas y bancos antiguos.

Está todo lleno de objetos olvidados y, a su manera, tiene cierto encanto. Las plantas son lo único que tiene vida aquí, verdes y delicadas. Me recuerdan al invernadero de Harlow, que debería haber estado tan rebosante como este lugar.

—Es una ópera abandonada —dice Ophelia con timidez. ¿Cree que voy a juzgarla?

—¿Todo esto lo has recogido tú? —Nuestras miradas se encuentran, pero ella aparta la vista, ruborizada—. Me gusta —añado con tono cauteloso.

Ophelia levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos entrecerrados y se la ve cansada.

Parece absurdo que los fantasmas nos podamos cansar, pero así es. Más que cuando estábamos vivos. Creo que se debe a la cantidad de energía que se necesita para existir aquí, en la cuarta dimensión. Cuanto más nos esforzamos, más nos cansamos, y a veces tardamos días en recargar las pilas.

Me mira con atención y pasa por mi lado para acercarse a la primera mesa, que está llena de macetas de barro. Hiedra inglesa, helechos de Boston, enredaderas y rosas. Baja la mano y acaricia con ternura las hojas de una de las enredaderas.

—Sí —contesta en un tono frío y seco.

Lo cierto es que antes ha dicho que no le gustaba estar en compañía de otros fantasmas… Me dirijo hacia la puerta. Odio sentir

que molesto o estar en un lugar en el que no soy bienvenido.

—Puedo irme si…

—No —dice con una voz dócil, y yo me quedo quieto.

Nuestras miradas se vuelven a cruzar. Intento entenderla, y ella hace lo mismo conmigo. Entonces suelta un suspiro y se mordisquea el labio inferior de una forma que me cautiva y me despierta el impulso de acariciárselo con el pulgar para acallar sus pesares.

—Deberías esperar hasta mañana. Los Que Susurran suelen quedarse merodeando un rato.

Me pongo rígido. Ya casi me había olvidado de ellos.

Me acerco despacio y me pongo a su lado. Cuando levanta la barbilla para mirarme a los ojos, mis pulmones se detienen ante su embriagador aroma a rosas.

—¿Los Que Susurran? —pregunto, y ella asiente.

—Traen consigo la oscuridad cuando vienen. No estoy segura de quiénes o qué son, pero son malvados, de eso estoy segura. —Su voz es suave y temblorosa. Un escalofrío me recorre la espalda con solo pensar en esas cosas. No saber qué forma o aspecto tiene algo a menudo da más miedo porque te imaginas exactamente lo que no quieres que sea.

—Nunca me había topado con ellos —comento.

Ophelia parpadea lentamente, mirando hacia la puerta que nos separa de la oscuridad exterior.

—Solo me siguen a mí —dice en voz baja.

Enarco una ceja.

—¿Por qué?

Abre la boca y niega con la cabeza.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Un día aparecieron y desde entonces no han dejado de seguirme. A veces paso días o incluso semanas sin cruzarme con ellos, pero siempre están merodeando cerca. Esperando pacientemente a que me olvide y me distraiga como hoy. —Me mira—. Esta noche casi me atrapan.

Se me eriza el vello de la nuca, pero disimulo el malestar.

—¿No tienes miedo aquí? No me imagino cómo debe de ser enfrentarse a eso estando a solas. —Mi voz es áspera. La imagen de ella en este sitio sola durante días, meses, años, una década, me rompe por dentro. Me la imagino cuidando de su jardín de plantas olvidadas. Este edificio abandonado guarda un espíritu que el mundo ha desterrado.

Ella extiende los brazos para señalar toda la estancia. Con una sonrisa, esquiva el tono sombrío de la conversación.

—No estoy sola. Me acompañan todas las plantas y trastos que una persona pueda desear.

Asiento, fuerzo una sonrisa cansada y vuelvo a mirar hacia la puerta.

—¿Te parece bien si paso aquí la noche? ¿Me prometes que no me entregarás a la oscuridad? —bromeo, y su actitud cautelosa se disipa para dar paso a una sonrisa encantadora.

—¿Te apetece un té? —me ofrece, y yo suelto una carcajada.

—Soy más de café. Solo, por favor.

6

Ophelia

¿Cómo es posible que el día de hoy me haya llevado a estar bebiendo té frente a un hombre guapísimo y su café?

Él contempla mi casucha y se entretiene observando las plantas y las mesas que he ido coleccionando a lo largo de los años. Estamos sentados cada uno en un sofá, ambos raídos; el mío es de color burdeos, el suyo, marrón, y hay una antigua mesa de centro entre nosotros. Es de madera auténtica, con una superficie de cristal que está repleta de rayas y golpes. Algo en mi interior me dice que estoy siendo juzgada a pesar de que él no ha hecho nada que me haga sospecharlo.

Las paredes negras con molduras de estilo gótico y las lámparas de araña hacen que la estancia sea de todo menos luminosa, pero me encantan estas cosas. Este lugar soy yo: vigas rotas que sobresalen del tejado podrido, goteras que riegan las plantas y un agradable silencio. Las velas oscuras arden, centellean y se reflejan en los cristales de las ventanas que tenemos detrás.

Mi colección de rarezas activa mi instinto protector.

Porque nadie las ha adorado como yo.

Ni el hombre que afirmó que me quería cuando yo tenía dieciséis años ni el hombre que me subyugó cuando tenía veinticinco. Me agarro de las rodillas y cierro los ojos ante los recuerdos de mi

último amor. Me prometí a mí misma que no volvería a pensar en ese hombre y, sin embargo, aún me persigue, como una sombra en el fondo de mi mente.

Estoy convencida de que son los vivos los que nos mantienen atrapados aquí. Desean hacernos daño incluso después de la muerte. El cuchillo siempre puede clavarse más hondo, aunque sea en un cuerpo sin vida.

—Bueno, ¿y cómo es que llevas el pelo morado?

Se me tensan los hombros al darme cuenta de que me he quedado absorta en mis pensamientos.

—¿Eh? —Levanto la vista. Sus amables ojos color avellana parpadean con curiosidad y puede que incluso algo de nostalgia. Me paso los dedos por los largos mechones de pelo y esbozo una sonrisa sarcástica—. ¿No te gusta el pelo de colores? —pregunto sin mala intención.

Deja la taza en la mesita y se inclina hacia delante, apoyando el codo en la rodilla y la cabeza en la palma de la mano mientras me sonríe como si tuviera un secretito que contarme.

—De hecho, creo que me atrae. —Su sonrisa se vuelve distante y parpadea unas cuantas veces, quizá rememorando algo o a alguien de cuando estaba vivo.

Agarro la taza con las dos manos, disfrutando del calor que desprende. No es de mi incumbencia, pero me resulta extrañamente fácil preguntarle cosas a Lanston porque siempre parece dispuesto a responder.

—Háblame de ella.

Lanston mira al suelo y sus ojos pierden brillo por un momento.

—Era mi alma gemela, tan perdida y enferma como yo. —Es evidente que la echa de menos, pero hay algo que no me está contando.

—¿Pero?

Me mira y se reclina en el sofá descolorido. Sus brazos descansan a los lados. Unos cuantos mechones de pelo se le asoman por debajo de la gorra de béisbol.

—Pero ella estaba enamorada de mi mejor amigo. Y él la quería como ella necesitaba que la quisieran. —Me cambia la cara y él me dedica una débil sonrisa—. Tranquila; cuando quieres a los demás más que a ti mismo, es fácil no dar importancia a estas cosas. Mi destino era marcharme. Y ya han pasado varios años. —Se pasa la mano por la mandíbula. Se nota que guarda mucha angustia dentro. Lo noto por la expresión de sus cejas y la dulzura de su corazón.

Frunzo el ceño y asiento.

—Tienes pinta de ser el típico que diría eso, pero ¿no te duele? ¿No te sientes solo? —Le hago la misma pregunta que me ha hecho él antes. Me inclino hacia delante para dejar la taza sobre la mesa antes de volver a acurrucarme en el sofá. Acerco las rodillas al pecho y miro a Lanston con los ojos entrecerrados.

Él echa la barbilla hacia atrás, apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos mientras el cansancio nos envuelve. Los fantasmas nos cansamos muy fácilmente. Nos sobrecogen rachas imprevistas en las que necesitamos descansar y no sabemos cuándo nos despertaremos. A juzgar por lo rojos que se le están poniendo los ojos, no creo que tarde mucho en caer.

Su voz es áspera pero dulce.

—Claro que duele… Creo que siempre dolerá. Pero la mayoría de las cosas que nos hacen tanto daño son las que merecen la pena. Solo nos duelen por lo mucho que las hemos apreciado. Nunca estoy del todo solo porque sé que siempre me llevan con ellos.

«Qué triste suena eso».

Ya noto un peso en el pecho que me ata a él, que no quiere que lo aleje. Lanston Nevers. No sé si he conocido a un hombre más lleno de pensamientos sombríos y palabras amables. Sus ojos bastan para hundirme en un océano oscuro. Eso es lo que más me asusta.

—Supongo que tú también tienes a alguien que mantiene vivo tu recuerdo, ¿no? —pregunta somnoliento.

Cierro los ojos y lo pienso un momento. Pienso en mi cruel madrastra y en mi padre. Ellos no serían capaces de mantener vivo mi recuerdo de una forma fiel a la realidad. Tampoco mis parientes lejanos. Ni mi último amor.

—No. Dudo que haya nadie que piense en mí. —Mantengo los ojos cerrados, pero oigo cómo se revuelve incómodo en el sofá ante mis palabras—. Aunque creo que lo prefiero así. Me gusta que me hayan olvidado. Es más poético y trágico. —Curvo ligeramente la comisura de los labios.

Estoy encantada de que Lanston fuera tan querido en vida, pero no puedo evitar sentir una punzada de celos en el corazón. Todos queremos amor incondicional, pero no se reparte como en las películas. En la vida real no te aman desde el momento en el que naces, o al menos en mi caso no fue así.

Es algo que te tienes que ganar. Sonriendo, diciendo que sí y portándote bien. Si te enfadas o replicas a tus agresores, pierdes el poco amor que te has ganado. ¿No va así la cosa? Bueno, para mí sí.

Nunca lo llegué a entender. Es una especie de sistema de puntos, un juego cruel de toma y daca en el que te vigilan y te juzgan a todas horas.

Los niños deben aprender rápido, no sea que sus corazones se corrompan como le pasó a mi último amor. Él fue creado y moldeado por unos seres humanos malvados. Después lo dejaron suelto por el mundo. Y me encontró a mí.

«Mi amor».

Su amor no era incondicional.

El silencio empieza a pesar, así que abro los ojos lo suficiente para ver a Lanston mirándome con preocupación. Me trago un quejido ante su expresión de lástima.

—Yo pensaré en ti —murmura mientras las últimas velas se apagan y nos envuelven las sombras, iluminados únicamente por la tenue luz de la luna.

Sonrío y espero que no vea las lágrimas que se me acumulan en los ojos.

—No me conoces, Lanston, y ya estás muerto.

—No necesito conocerte para pensar en ti, Ophelia. Ya te has quedado grabada en mi memoria. No te das cuenta de lo especial que eres, de lo cautivadora que resultas. —Vuelve a inclinarse hacia delante y, a pesar de estar cansada, me incorporo para mirarlo a los ojos. Mi cabello despeinado me acaricia los hombros—. Aunque no me importaría conocerte.

Le sostengo la mirada y me agarro los bordes del vestido mientras los nervios se agolpan en mi pecho.

—No querrías pensar en mí si me conocieras de verdad. Soy mala gente. Y muy egoísta.

El aire que nos rodea es cálido, algo que no había sentido nunca en compañía de otro fantasma. Cuando estoy cerca de Lanston es casi como… si estuviera viva de nuevo. Emociones que creí haber dejado en la tumba cobran vida. A cada segundo que pasa, me cuesta más respirar con normalidad.

—Yo tampoco soy un santo —dice enarcando una ceja y enseñando sus dientes perfectos con una sonrisa.

—No soy… buena persona —digo con una mueca.

Él se levanta, pasa junto a la mesita y me pide permiso para sentarse en mi sofá con un gesto. Asiento con la cabeza. Se acomoda a mi lado y el peso de su presencia lo consume todo. Mi corazón se ralentiza y se acelera al mismo tiempo, vacilante y preocupado por todas las cosas que él puede o no sentir y que yo está claro que siento en este momento.

—Nadie es buena persona. Simplemente, somos personas. —Se inclina más hacia mí y me aparta el pelo de la cara con delicadeza—. Tus emociones son más intensas que las del resto del mundo, ¿verdad? Te pareces a mí en ese sentido. Las miradas y las expectativas te consumen. ¿Me creerías si te dijera que cuando estaba vivo lo único que quería era morir?

Lo miro sorprendida. Hoy, cuando me lo he encontrado de pie junto al borde del puente, con esa expresión tan triste, me ha parecido reconocer una dolencia con la que estoy bastante familiarizada. ¿Lanston *quería* morirse? Él se ríe meneando la cabeza, como si recordara viejos tiempos.

—No estaba bien, pero sobre todo estaba… triste. En muchos sentidos, creo que siempre lo estaré. ¿Tú también estabas enferma? —Es evidente que lo que pregunta es si yo también tenía algún

trastorno mental. ¿Existe alguien que no lo tenga? Cada uno tiene una mente distinta y está enfermo de distintas maneras, si bien es cierto que nos reconforta saber que no estamos solos.

Dudo si responder, pero me aclaro la garganta.

—Me inculcaron que debía guardarme los pensamientos oscuros para mí. Mi familia no creía en la terapia. De hecho, a menudo la utilizaban como amenaza. —Me río al pensar en ese concepto—. Si estaba deprimida o algo distante, me amenazaban con llevarme al psicólogo para que confirmara lo horrible que era. Y a mí me daba miedo enfrentarme a la mirada de la gente, a los juicios que podían emitir.

Lanston baja la mano para coger la mía. El contacto con su piel cálida me produce escalofríos.

—Eso es terrible.

Asiento.

—Lo es…, pero entonces no lo sabía. Me aterrorizaba que el mundo descubriera lo perturbada y podrida que estaba. —Sacudo la cabeza para evitar que se me salten las lágrimas—. Estaba muy enferma y debería haber recibido algún tratamiento. Ojalá hubiera encontrado amigos, como te pasó a ti.

Él ladea ligeramente la cabeza, y entonces sus ojos se iluminan con una idea.

—¿Te gustaría conocer a algunos de ellos? De hecho, sigo viviendo en Harlow…, más o menos.

Me cambia la cara al darme cuenta.

Es de Harlow Sanctum.

Él tuerce el cuello al ver mi expresión.

—Conque has oído hablar de ese sitio, ¿eh?

Me inclino hacia delante para mirarlo más de cerca.

—No conozco a ningún fantasma que no haya oído hablar de él —murmuro sin pensar. Su sonrisa se ensancha mientras lo estudio con atención. No parece que haya muerto en un incendio, no hay ni rastro de humo alrededor de su espíritu. Toda muerte deja un rastro, por pequeño que sea. Si sabes cómo buscarlo, es fácil verlo.

Al incendio de Harlow lo siguió otro incidente, uno que me revolvió el estómago cuando oí hablar del tema en el bar del pueblo. Y, cuanto más me fijo en los amables ojos de Lanston, más comprendo que fue él.

—Eres el chico al que dispararon —digo con voz hueca. Aquel día salvó a sus dos amigos y perdió la vida en el proceso. Toda la población estaba conmocionada por la historia: más de cincuenta almas en Harlow y luego el asesinato. Durante semanas no se habló de otra cosa.

Lanston asiente y se encoge de hombros.

—De eso hace ya cinco años. Bueno, al caso: ¿te gustaría conocer a los residentes de Harlow? Jericho es mi orientador y terapeuta, y sé que te encantaría hablar con él.

Me recuesto hacia atrás. Parece mentira que haga un momento estuviésemos hablando de nuestros demonios. Tomo nota de su habilidad para cambiar de tema.

—No lo sé —respondo. Las palabras a las que me enfrenté durante los años de tormento vuelven a mi mente en susurros. «Te van a encerrar porque estás como una puta cabra. Bicho raro. La gente te tiene miedo. ¿Cómo vas a encontrar a alguien que te quiera? Vete de aquí. Te odio».

«Me la sudas. Me la sudáis tú y tus problemas».

Esa última me destruye el alma.

Lanston me mira y la forma en que su corazón me consuela con solo un lento movimiento de cabeza hace que me duela el pecho. Él me comprende. Sabe el miedo que da que otro vea el dolor y las heridas que tanto te esfuerzas por ocultar.

—Te prometo que te sentirás mucho mejor cuando lo hables con alguien. Y puedes estar tranquila, él no se lo contará a nadie si tú no quieres. —Levanta la mano y me extiende el meñique—. ¿Qué tienes que perder, Ophelia?

—La ínfima cantidad de amor propio a la que me aferro con todas mis fuerzas.

Sus ojos vacilan, pero levanto el meñique y él lo entrecruza con el suyo. Percibo que entre nosotros se irradia un calor que me hace sentir segura.

—Te prometo que no la perderás.

—No prometas nada que no puedes cumplir.

—Yo siempre cumplo mis promesas —murmura mientras nos quedamos así, conectados, sentados en la oscuridad, como si nos estuviésemos contando secretos que no queremos que nadie más oiga.

Entrecierra esos ojos color avellana que tiene y sonríe al verme asentir.

—Nunca he conocido a un hombre que cumpla sus promesas —digo en voz baja.

—Porque no me conocías a mí. —Ladea la cabeza como si estuviera orgulloso y no puedo evitar reírme.

Dejamos caer las manos sobre el regazo y, tras unos instantes de silencio, añado:

—Te ayudaré a averiguar por qué sigues aquí. —Él me lanza una mirada de confusión y yo me apresuro a aclarar—: Para devolverte el favor, ya que me estás ayudando.

Se apoya en el reposabrazos y sonríe.

—¿Lo que intentas decir es que quieres pasar más tiempo conmigo? —Enarca una ceja sugerente y sonríe—. ¿O es que hay algo que tú sabes y yo no sobre por qué seguimos aquí?

Miro hacia la única ventana de la estancia que no está tapiada. La luz de la luna se refleja en el cristal con unos suaves tonos azules. Es bonito. A menudo me quedo embobada contemplándolo.

—Tengo una teoría —contesto.

—Me muero de ganas de escucharla.

Le devuelvo la mirada y murmuro:

—La lista de cosas que hacer antes de morir.

7

Lanston

La lista de cosas que hacer antes de morir.

¿Por qué no se me había ocurrido a mí?

Ophelia lleva horas dormida, quizá incluso más de un día. La percepción del tiempo en el purgatorio es extraña. A veces, las noches parecen alargarse durante días. Sin embargo, ahí tumbado en uno de sus sofás, contemplando los techos altos y oscuros, reflexiono sobre su teoría. Una genialidad, la verdad.

Una lista de cosas que nunca llegamos a hacer. Esa es, literalmente, la definición de asuntos pendientes.

La observo mientras duerme profundamente en el sofá de enfrente. Siento las manos frías ahora que no están en contacto con las suyas. Un deseo que no había sentido en años me oprime el pecho. Quiero tocarla, pasarle los dedos por el pelo y abrazarla mientras sueña. Sus pestañas parecen más tupidas con los ojos cerrados.

Poco a poco empiezo a hacer una lista en mi cabeza: visitar París, navegar en uno de esos lujosos yates que se ven en las películas, contemplar las estrellas desde la playa. Pero me parecen cosas demasiado ridículas para estar en una última lista de deseos. ¿De verdad eso es lo único que se me ocurre?

Gimo y me presiono los ojos con las palmas de las manos. ¿Se supone que las listas de deseos deben estar repletas de tonterías? Cuando estaba vivo y pensaba en las ganas que tenía de hacerlas, no me parecían tonterías. Aunque ahora me cuesta imaginar que un viaje a París me vaya a mandar al más allá.

Ophelia suelta un suave suspiro y se pone en posición fetal, temblando por el frío que al parecer yo también siento. ¿Siempre he tenido tanto frío? Es como si ahora me diera cuenta de lo cruel que ha sido mi existencia sin ella. Nunca había sentido tanto calor y saciedad por la presencia de otra persona.

Cojo la manta que está doblada en el borde del sofá y me acerco a ella en silencio, la tapo y me permito contemplar con detenimiento todos sus rasgos faciales.

Ojalá me pareciera más a Liam. Él siempre sabía exactamente qué decirles a las mujeres. Incluso Jericho sabe tener una conversación interesante. Tal vez en el pasado yo también sabía. Sin embargo, desde que estoy muerto, solo quiero estar en silencio y escuchar los sonidos del mundo mientras avanza sin mí.

Pero ella es diferente. No siento que el mundo avance mientras yo permanezco estancado. No, con ella es como si el mundo se amoldara a nosotros. Nuestra fuerza de atracción es demasiado potente para los vivos. Orbitamos el uno alrededor del otro con las manos extendidas, en busca de la luz.

De repente, ella abre los ojos y yo me sobresalto. Joder, me ha pillado a su lado, mirándole la cara como un asqueroso.

—Eh… Verás, yo…

Ophelia se incorpora. Tiene toda su melena hacia el lado izquierdo, sobre el que estaba tumbada.

—Cuidado, Lanston. Tengo fama de arrojar hombres a una zanja por tocarme —dice con una mirada tensa y sombría.

Trago saliva. Madre mía, es como la versión femenina de Liam. ¿Por qué me resulta excitante?

—Me ha parecido que tenías frío, así que he… —Señalo la manta, pero, justo en ese momento, ella cambia de postura y le rozo el pecho con la mano. Me sonrojo y decido que quizá salir ahí fuera y enfrentarme a Los Que Susurran no sea tan mala idea.

Para colmo, se me engancha el pie en una de las patas de la mesita, me caigo encima de culo y la hago añicos. Los cristales y la madera se esparcen por el suelo. El estruendo ha sido lo bastante fuerte como para despertar a todo el puto pueblo.

Un segundo después, Ophelia me tiene inmovilizado contra el suelo. Se me ha puesto encima, con un muslo a cada lado de mi torso, una mano en el cuello y la otra agarrándome la muñeca, como si pensara que tengo un puto cuchillo en la mano.

La cordura me abandona y me quedo mirándola con los ojos muy abiertos. Respira con dificultad y tiene un aspecto feroz. No hay ni rastro de miedo en sus ojos, solo una furia abrasadora. Su expresión tierna y delicada ha desaparecido.

Tardo un momento en atar cabos.

«No confía en los hombres».

Quisiera sentirme herido u ofendido por la brutalidad con la que me ha inmovilizado, pero soy consciente de que lo más probable es que tenga una profunda herida y que su hostilidad sea una medida defensiva que ha desarrollado como respuesta. «No es justo». Nada en este mundo lo es. Lo único que sé es lo que me cuentan sus ojos y su reacción.

—Tranquila —susurro apretando los dientes ante el escozor que me producen los cristales clavándoseme en los codos. Menos mal que todo se desvanece rápido cuando eres un fantasma, especialmente el dolor. Esto no es nada comparado con lo que sentía en el mundo de los vivos.

Su expresión es severa y férrea, pero veo un leve destello en sus ojos.

—Jamás te haría daño, Ophelia. —Levanto la mano que tengo libre despacito. Los trozos de cristal van cayendo al suelo con el movimiento.

Ella me presiona el cuello con más fuerza y tomo una bocanada de aire estrangulada mientras se inclina y pega su nariz a la mía. Contemplo ese mar de oscuridad, inmóvil y a su merced.

—No vuelvas a hacerlo.

Su voz es grave, incluso diría que letal. Me recorren escalofríos y no me atrevo a apartar la mirada. No me cabe duda de que es capaz de arrojarme a una zanja, como ella misma ha dicho, y condenarme a una eternidad atrapado.

Es tan cruel como dicen por ahí.

Y, para la mayoría de la gente, eso es suficiente para que prefieran alejarse de ella, pero a mí lo único que hace es atraerme más. La culpa es de mi incesante necesidad de arreglar cosas y a personas.

«Muéstrame los cortes que te han hecho y que todavía siguen frescos».

Está rota en muchos sentidos, pero es fuerte. Esconde las emociones como si no existieran, pero yo sé que están ahí. Escondidas y encerradas con llave porque alguien la destruyó en un

momento dado. Como un relicario de titanio, se protege de la única forma que sabe.

Valoro eso de ella. Su crueldad, su maldad y todo lo demás.

Esbozo una media sonrisa y digo:

—Puedes contar con ello.

Me traspasa con su mirada, buscando la oscuridad que llevo dentro. No debe de encontrarla, porque afloja su agarre y se echa hacia atrás, apoyando el culo sobre mi entrepierna. Dado que no quiero acabar en una zanja, decido que es mejor no hacer nada que la pueda provocar.

Suelta un suspiro y se pasa la mano por el pelo, acariciándoselo como si estuviera decepcionada consigo misma.

—Lo siento… No pretendía…

Empiezo a reírme y ella se detiene, mirándome con curiosidad, como si no terminara de comprenderme.

—No tienes que disculparte. Siento haberte asustado. Yo también me cabrearía si viera a un tío mirándome de tan cerca mientras estoy en un estado vulnerable.

Ella relaja los músculos de la mandíbula y su rostro vuelve a adoptar esa expresión tierna y apacible.

—Me cuesta compartir espacio con los demás. Sé que soy rara y que siempre estoy a la defensiva. Lo siento —admite mientras juega con mi camiseta. Vuelvo a sentir que me ruborizo. No sé si es consciente de lo que está haciendo—. Por un momento, cuando me he despertado, he creído que había soñado que te había conocido. Verte ahí mirándome me ha recordado a otra cosa. A otra persona.

No hace más que disculparse. Alguien le hizo mucho daño a esta chica.

¿Dónde estaba yo en ese momento? ¿No había nadie dispuesto a ayudarla? No poder hacer nada para cambiar el pasado me duele en el alma. En cierto modo, creo que el pasado es la esencia de quienes fuimos. Ahora ya no hay nada que hacer al respecto. Y menos estando muertos.

Me apoyo la mano en el pecho, no sobre la suya, pero cerca. Ella posa la mirada en mis dedos y entrecierra los ojos con angustia. Eso me indica que quiere tocarme tanto como yo a ella. La temperatura ya ha subido varios grados.

—No eres una carga, Ophelia.

Ella me mira estupefacta y parece debatirse entre pegarme o salir corriendo.

—No eres rara. Eres perfecta como eres, con heridas y todo. No te disculpes. —Esbozo una leve sonrisa y solo espero que *yo* no sea demasiado raro para ella.

Vuelve a mirarme la mano y asiente con los ojos clavados en mi piel, como si deseara acariciarme los nudillos y seguir el rastro de mis venas.

Pero no lo hace, así que nos quedamos en silencio en la oscuridad.

Ambos con las ganas.

8

Lanston

Coloco mi casco negro sobre la cabeza de Ophelia y oigo su risita desde dentro. Aunque suene amortiguada, me hace sonreír. Me doy cuenta de que tiene las puntas del pelo mojadas, pero no le doy importancia.

—¿Así que nunca has montado en moto? —le pregunto mientras levanto la pierna para subirme. Al tiempo, ella niega con la cabeza. No soy capaz de verle la cara, pero la forma en que se agarra el vestido con inseguridad me provoca una sensación extraña.

Aunque quiero seguir mirándola, aparto la vista.

Vuelvo a pensar en la noche anterior.

Volvimos cada uno a su sofá después de aquella conversación. Me he pasado la noche en vela con un montón de cosas rondándome la cabeza. Ayer fue el primer día desde que soy un fantasma que no me sentí tan melancólico y desesperanzado. No pensé en Liam ni en Wynn en todo el día. Mi mente estaba total y absolutamente encapsulada por Ophelia.

Nos levantamos cuando salió el sol, a paso lento y con ojos somnolientos, y decidimos ir juntos a Harlow. Estoy algo nervioso y preocupado por si le van a caer bien los otros residentes con los que he convivido tanto tiempo y si la terapia le resultará tan útil como a mí.

—¿Quieres que te enseñe a conducirla o prefieres ir de paquete? —le pregunto. Doy por hecho que escogerá la segunda opción, pero, por supuesto, elige la primera.

Abro los ojos como platos cuando se sienta a horcajadas delante de mí, con el vestido subido casi hasta la cintura y su suave culo prácticamente en mi regazo.

Trago saliva.

—Venga, enséñame.

Mis neuronas tardan un segundo en volver a funcionar.

—Esto…, primero tienes que aprender a usar el embrague y el acelerador. —Le enseño dónde están y ella observa, memorizando todo lo que digo.

Se pone a ello, pero la primera marcha siempre es la más difícil. Ophelia suspira tras varios intentos fallidos.

—¿Puedes ponerla tú en marcha y yo conduzco?

Me río y me inclino sobre ella para alcanzar el manillar; ella mueve la mano para que yo pueda controlar el embrague.

—¿Preparada? —grito por encima del rugido del motor mientras doy gas sin llegar a arrancar.

Ella asiente enérgicamente. Por cómo se mueve, es evidente que está emocionada. Me encantaría poder verle el brillo en los ojos ahora mismo. Con el pecho tan pegado a su espalda, me pregunto si sentirá los latidos erráticos de mi corazón.

¿Alguna vez me había puesto tan nervioso al estar cerca de alguien? Se me escapa esa sonrisilla típica de cuando estás junto a la persona que te hace sentir mariposas en el estómago. La euforia que ella desprende es contagiosa.

Respiro hondo antes de empezar a soltar el embrague y le doy al acelerador. La moto se pone en marcha al momento. Ophelia se inclina hacia atrás, riendo a gritos mientras vamos calle abajo en dirección a la autopista. Sus chillidos de miedo no tardan en convertirse en gritos de alegría. Se incorpora hacia delante y abre los brazos hacia los lados.

Es mi sonido preferido: la risa de alguien cuando monta por primera vez. La emoción es adictiva.

El sol me da en los ojos cuando ella gira un poco la cabeza. El casco le tapa la cara, pero sé que me está mirando, resistiendo el patrón de mi pulso acelerado contra su espalda.

De pronto, soy muy consciente de mi cuerpo. ¿Qué estará mirando? ¿Mis ojos, mis labios, mi nariz? Quizá nunca lo sepa. Se gira de nuevo hacia la carretera y saca un poco el culo mientras se inclina hacia delante. Su mano se desliza sobre la mía, ambas sobre el acelerador, y siente la fuerza con la que lo agarro.

Ahí es cuando me doy cuenta de que no tengo escapatoria.

Cada célula de mi ser tiembla y responde ante ella. Ophelia se ha introducido en mis venas. Su risa me va a perseguir siempre.

A mitad de camino hacia Harlow paramos y nos cambiamos. Ella se sienta detrás y yo conduzco. Sus muslos me rodean y no puedo evitar mirar hacia abajo en varias ocasiones. El calor de su cuerpo me recorre por dentro. Extiende las manos por mi pecho y se apoya en mi espalda para sujetarse bien.

El trayecto es una tortura. Agradezco que no pueda ver la erección que me abulta los pantalones, y es posible que tome alguna que otra ruta alternativa para prolongar el viaje a Harlow y que la sangre tenga tiempo de volverme a la cabeza.

«Tranquilo, Nevers», me digo a mí mismo. Probablemente, ni siquiera le gusto.

Pero cuesta creerlo mientras ella está acariciándome el esternón, deslizando los dedos de arriba abajo. Los movimientos son lánguidos y lentos. Su mejilla me presiona el hombro y doy un brinco al darme cuenta de que se ha quitado mi casco.

—No lo habrás tirado, ¿no? —le pregunto sabiendo tan bien como ella que puedo robar otro cuando quiera. Nada de lo que tocamos o movemos cambia en el mundo de los vivos. Solo nos llevamos fragmentos de esos objetos, partes pequeñas e insignificantes como sus sombras. Aquí todo es falso, pero eso no significa que no sea divertido actuar como si fuera real para nosotros.

Apoya la barbilla en mi hombro y contesta:

—Ni siquiera lo necesitamos. ¿Podemos pasar antes por un sitio?

Sonrío, aunque ella no me ve.

—Me gusta cómo me queda. Me da un aire misterioso. Y sí, claro, ¿por dónde tengo que ir?

Se ríe.

—Está subiendo por esta carretera. Gira a la izquierda cuando llegues a la linde del bosque.

Sigo sus indicaciones y cojo la estrecha carretera que se adentra en las montañas. Aquí los pinos están más cerca del asfalto y crean una barrera que bloquea todos los sonidos del mundo. Otras montañas deberían ser ya visibles a lo lejos, pero hay niebla, la luz del sol que llega es tenue y el ambiente es un tanto siniestro.

La moto se ralentiza al soltar el acelerador.

—¿Adónde vamos? —pregunto. Esto me recuerda más a una escena de película de terror que el sótano de Harlow.

Hay tanto silencio y tan poca vida.

Las manos de Ophelia siguen aferradas a mí.

—A mi escondite —dice como si nada.

¿Escondite? ¿Tan lejos del pueblo?

Abro la boca para hacer más preguntas, pero ella me pasa suavemente los dedos por los labios. El aire frío se cuela entre mis dientes y me da escalofríos.

—Ya lo verás —me susurra contra la oreja.

«¿Quién eres, Ophelia Rosin, y por qué hemos tardado tanto en encontrarnos?».

Quiero preguntarle muchas cosas, como cuál es su música favorita y de dónde saca todas esas plantas abandonadas con las que llena el teatro. O cuándo encontró este lugar y cómo fue asesinada.

Llevo dentro un sinfín de pensamientos que me atormentan, pero mantengo el pico cerrado, paciente.

Tras unos minutos conduciendo por la serpenteante carretera forestal, aparece una pequeña señal de madera a la derecha. Ophelia lo señala y yo giro por ahí. El asfalto se convierte en grava y el camino conduce a un sendero. Hay una valla improvisada de madera podrida y un caminito cubierto de maleza. Las plantas y flores silvestres hace tiempo que han desbordado cualquier senda que pudiera haber.

No hay nadie a la vista.

Aquí reina la quietud, solo se escucha el sonido de los pájaros que se despiertan entre los árboles, con sus cantos cargados de tristeza, y el crujido de las ramas al ser pisadas por zorros y comadrejas. Por alguna razón, ese ruido calma la angustia que llevo dentro. La niebla, los pinos, el susurro de las hojas y el aire fresco casi parecen

haber anulado la ansiedad y la depresión que siempre me acompañan.

Cierro los ojos y me permito fusionarme con este lugar.

—Lanston. —Un susurro.

Por un momento, creo que es Wynn. La suavidad y el tono de su voz son acogedores.

—Lanston.

Abro los ojos, me doy la vuelta despacio y, en vez de unos cabellos rosados, me encuentro con una preciosa rosa. Tiene las mejillas enrojecidas por el frío propio de las mañanas primaverales, los ojos marrones con motas verdes y la piel pálida en contraste con los lúgubres pinos que la rodean.

Mi alma, agonizante y esperanzada, busca la suya.

Me doy cuenta de que no me entristece ni me decepciona que no sea Wynn. Y ese pensamiento me resulta impactante y sombrío porque significa que sí, que uno puede llegar a pasar página, incluso si se trata de un amor que arrasó con tu corazón de forma literal y figurada. No quiero que Wynn pase a ser solo una chica a la que quise en su día, pero, cuando miro a Ophelia, todo mi ser la reclama.

Me obsesiona y me resulta familiar.

Como si siempre hubiéramos estado destinados a conocernos.

Ophelia inclina la cabeza.

—¿Vienes? —Sonríe con timidez.

—Sí, perdona. Este lugar es tan… —No encuentro palabras para describirlo. Aun así, Ophelia asiente en señal de comprensión. Puede que realmente no haya palabras para describir un lugar como este. Aunque solo sea un bosque.

La sigo mientras me conduce por el empinado sendero. Si estuviera vivo, ya estaría agotado. A nuestro alrededor, la niebla se espesa y la humedad me oprime los pulmones.

Caminamos en silencio, observando el entorno y escuchando el balanceo de los árboles. Pienso en lo que ha dicho, en que este era su escondite. ¿De quién se escondía?

Mientras le doy vueltas a ese pensamiento, llegamos a la última colina y atravesamos el muro de niebla. Un escalofrío me recorre el cuerpo y me eriza el vello de la nuca. El cielo parece extenderse hasta la eternidad y las suaves tonalidades de los colores de primera hora de la mañana hacen que las nubes vayan del rosa al amarillo y a un naranja tan intenso y cargado de ira que uno podría creer que el apocalipsis ha llegado.

Nos quedamos el uno al lado del otro en el mirador, con los dedos peligrosamente cerca, mientras contemplamos el mundo que nos ha dejado atrás.

Es desolador y, sin embargo, estoy sonriendo.

—¿Por qué te escondías aquí? —le pregunto en voz baja. No es más que un susurro, pero hay tanto silencio en este punto entre el bosque y las estrellas que el sonido resulta atronador.

Ophelia me mira con un océano de dolor en los ojos:

—Porque sabía que aquí, donde el cielo besa la tierra, nadie me iba a encontrar. Aquí no era un lastre para los demás. Aquí yo era la diosa del bosque, la única persona respirando este aire frío y contándole mis penas a los árboles.

Miro en la misma dirección que ella ha mirado tantas veces.

«Creo que lo veo».

Ya sé por qué me atrae tanto y ansío saber todo lo que pasa por su mente. Es por la sonrisa triste. Por las palabras que no se han llegado a pronunciar.

—Te escondías aquí porque pensabas en dejar de existir.

Levanta la barbilla hacia las estrellas que apenas se ven y cierra los ojos. Giro la cabeza y la miro. Observo sus labios, que dibujan una sonrisa evocadora, como si se alegrara de que haya entendido su confesión silenciosa.

—Me escondía aquí… porque *sabía* que no quería seguir existiendo.

9

Lanston

Jericho nos mira perplejo mientras nosotros estamos de pie en el vestíbulo, con el pelo goteando.

Al bajar de la montaña, nos ha sorprendido una lluvia ligera, pero ha merecido la pena ver su escondite. Ya estoy pensando en cuándo podremos volver.

Ophelia está nerviosa. Noto cómo cambia su energía mientras se abraza a sí misma para reconfortarse. Su vestido negro es de manga larga y le llega justo por debajo de la rodilla. El borde a la altura de la clavícula está hecho de encaje, lo cual completa ese estilo gótico y mórbido que ella tiene.

Le queda muy bien esto de estar muerta.

Lo lleva con orgullo, sin miedo a hablar de fantasmas ni de su vida aquí, en el más allá. La admiro. Yo soy incapaz de aceptar mi realidad. Es algo que rechazo por completo.

No quiero estar muerto. Todavía no.

—Me preguntaba dónde te habrías metido —dice Jericho con un tono insinuante, y yo lucho contra el impulso de taparme la cara con las manos—. Parece que me podría haber ahorrado la preocupación. —Me dedica una sonrisa socarrona y a mí se me revuelve el estómago de los nervios.

«Te voy a retorcer el pescuezo».

Ophelia le sonríe como si nada, lo cual anula sus esfuerzos por avergonzarme, y le ofrece la mano con cordialidad.

—Tú debes de ser Jericho. Me suenas; llevas unos años viniendo a mis actuaciones, ¿verdad? —Su voz es ligera y sus hombros se relajan al reconocerlo.

Jericho asiente y le estrecha la mano con profesionalidad.

—Me encantan tus actuaciones. ¿Preparas tú misma la coreografía? —Ophelia se sonroja y asiente tímidamente—. Vaya, tienes mucho talento para lo joven que eres. Qué envidia.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, tenía veintiocho años cuando morí. De eso hace ya diez, así que en realidad soy mucho mayor de lo que parezco. —Se ríe y gira un poco la cabeza para mirarme.

Yo le devuelvo la sonrisa y le digo:

—Las almas no envejecen. Aunque tuvieras trescientos años, seguirías siendo joven, bailando y tirando hombres a las zanjas.

Le cambia la cara y lanza una mirada a Jericho, que ya se está riendo y alzando la mano para sacudirme del hombro.

—¿Tirar hombres a las zanjas? ¿Qué le has hecho a la pobre chica? —pregunta en voz alta, atrayendo la mirada de otros fantasmas que hay por el vestíbulo.

—Venga ya, ¿en serio? —respondo en voz baja.

Ophelia se tapa la boca para ocultar su sonrisa.

—Puede que haya arrojado a unos cuantos fantasmas a una zanja, pero no te preocupes: se lo merecían. —Levanta la barbilla y me maravilla su orgullo. Se hace un breve silencio y me doy cuenta de que Jericho nos está analizando.

—Sois adorables. —El orientador mantiene una ceja enarcada y su sonrisa solo hace que aumentar.

—En fin, a lo que iba: me preguntaba si podrías tener una sesión con Ophelia —murmuro. Su sonrisa se desvanece y cambia el peso de pierna.

Parece preocupado, pero tiene cierto brillo en los ojos cuando murmura:

—Por desgracia, tengo la agenda llena hasta la semana que viene, pero eres más que bienvenida a unirte a la terapia de grupo esta tarde. Imagino que tú también irás, ¿no, Lanston?

Ophelia baja los hombros y parece un poco decepcionada.

—Supongo que no hay prisa. Al fin y al cabo, tengo todo el tiempo del mundo —dice vacilante.

Jericho asiente pensativo, sus ojos se desvían hacia mí mientras junta las manos y una idea le ilumina el rostro.

—Deberías quedarte aquí mientras tanto. Harlow Sanctum siempre acoge a las almas perdidas. Todas las habitaciones están ocupadas ahora mismo, pero Lanston tiene una cama libre en la suya.

Sé perfectamente lo que pretende. Aprieto los puños y desvío la mirada hacia ella. Jericho aún no sabe nada de cómo funciona su mente. Ella no es como Wynn. Me preocupa que acabe tirándome a una zanja de verdad si nos vemos obligados a estar tan cerca.

—Fantástico. ¿Por dónde está? —me pregunta mirándome desde debajo con sus largas pestañas. El suave tono marrón verdoso de sus ojos me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

Me ha pillado por sorpresa su respuesta, así que la miro como esperando a que diga que es broma, pero no. Ella y Jericho empiezan a andar y yo los sigo.

Ophelia mantiene la mirada al frente, sin dejarse distraer por ninguna de las habitaciones por las que pasamos. Jericho se detiene ante mi puerta y la abre. Está oscura, prácticamente parece una cueva; tiendo a dejar las cortinas echadas para poder regodearme mejor en la tristeza. Si hubiera sabido que iba a venir la chica que me gusta, habría recogido y dejado las cortinas abiertas.

«Mierda». Va a ver lo vacía que está mi muerte. Ella tiene su espacio lleno de plantas y rarezas que son un reflejo de su personalidad. Yo no tengo nada. No soy más que una cáscara hueca. En cierto modo, creo que siempre lo he sido. No hay muchas cosas que me definan. Cosas físicas, al menos.

—Os veré más tarde en la sesión grupal. —Jericho me guiña un ojo al pasar. Me trago el miedo que se me está agolpando en la garganta.

Ophelia se adentra en la oscuridad de mi habitación y se dirige directamente a las cortinas. Las corre sin esfuerzo y abre la ventana para ventilar el espacio. Yo me quedo de pie en el umbral sin saber qué hacer y me froto la nuca mientras observo mi habitación con ojos nuevos.

Nada te hace ser tan consciente de cómo vives como que alguien que te interesa visite tu refugio. No sé por qué me importa lo que piense de mí, pero es innegable. Me importa y mucho.

Noto un calor en las mejillas y me bajo más la gorra para no tener que verle la cara.

—La cama de la izquierda es la mía… Te puedo enseñar los jardines, si quieres.

Ella hace un ruido pensativo mientras sonríe, y yo no puedo evitar observarla desde debajo de la visera. Repasa la habitación con los

ojos, estudiando con detenimiento los libros apilados en mi mesita. La luz se cuela en la habitación a través de las rendijas de las cortinas e ilumina las partículas de polvo suspendidas en el aire. Algunos dibujos arrancados de mi cuaderno de bocetos están cosidos con un poco de cuerda de cáñamo que encontré en la biblioteca. Ophelia parece especialmente cautivada por ellos.

Me acerco a toda prisa y cojo el libro improvisado con mis dibujos. Decir que me daría un infarto si ella viera lo oscura que es mi mente es quedarse corto. Desde el desastre de la exposición de arte que mi padre arruinó, nunca jamás dejo que nadie vea mis dibujos. Después de aquello, dejé de hablarle. Nunca les mostré a Liam ni a Wynn esta parte de mí.

Me entristece pensar en los secretos que guardamos para proteger nuestros corazones. Incluso de aquellos a los que más queremos.

—Solo son cuatro garabatos —le digo con el tono más despreocupado que soy capaz de poner y con la esperanza de que no pregunte por ellos.

Ella me observa mientras yo los guardo en el cajón de la mesilla de noche.

—¿Qué dibujas, Lanston? —Su voz no muestra que me esté juzgando, solo que siente curiosidad. Creo que eso es lo que más me gusta de ella. Tiene carácter, pero también mucha delicadeza cuando trata temas que pueden ser sensibles para los demás.

Como si comprendiera lo cruel que puede ser la mirada del mundo.

En mi casa nunca se me permitió dibujar. Ni hacer cosas artísticas o triviales. «Compórtate como un hombre, hostia», me decía mi

padre. «No tendrás ni un duro y te tocará vivir en la calle si sigues persiguiendo sueños tan ridículos». Yo soñaba con el arte y la belleza, con el morbo y las almas perdidas. Nunca comprendió por qué dibujaba criaturas tan tristes, por qué quería mostrarle al mundo lo que corría por mis venas.

«Si no dejas de soñar con estupideces, siempre serás un desgraciado».

Lo que yo quería era verter la tinta negra de mi corazón en las páginas y hacer que los demás lo sintieran todo. Que sintieran lo mismo que yo. Que experimentaran algo que quizá en algún momento también habían albergado en su interior. Pero ya es demasiado tarde. Malgasté el poco tiempo que tenía en la tierra sin hacer nada, dejé que mi enfermedad mental me arrastrara a las profundidades. A las tinieblas.

Hasta que llegó Liam.

Hasta que llegó Wynn.

Una lágrima desciende por mi mejilla y me devuelve al presente. Me apresuro a secármela con la manga, aliviado por estar de espaldas y que ella no lo haya visto.

—Uf, no quieras saberlo. Dibujo cosas chungas que me vienen a la mente cuando estoy cansado. Solo por sacarlas y tal. —Cierro el cajón y me vuelvo hacia ella, esbozando esa sonrisa alegre y desenfadada que siempre llevo cosida a la cara, independientemente de lo que me pase por la cabeza.

Ophelia me observa con atención, como si estuviera sopesando sus palabras, mientras se sienta en la otra cama.

—Me encantaría verlos algún día. Estoy segura de que tienes mucho talento. No sabes lo que me gusta el arte gótico con un

toque lúgubre. —Se recuesta sobre las sábanas y extiende los brazos mientras suspira—. Hace años que no duermo en una cama.

Ladeo la cabeza, pero entonces recuerdo que en su ópera solo había sofás. Los fantasmas no necesitan camas, pero supongo que dormir en una es a la vez reconfortante y nostálgico.

—Qué va, no tengo talento, pero quizá algún día te los enseñe, si me prometes que no me vas a tirar a una zanja.

Suelta una breve carcajada y vuelve a sentarse. Lleva el pelo suelto, con sus rizos naturales. El color morado queda perfecto con su vestido negro, realza su piel oliva y la hace brillar. «Ophelia». Quiero repetir su nombre una y otra vez hasta hartarme. «Ophelia. Qué ser tan asombroso».

Quiero saber todos los secretos que guarda en la cabeza. También todos sus pensamientos, del primero al último.

Ophelia asiente.

—Me parece bien. Siempre y cuando no vuelvas a quedarte mirándome de cerca mientras duermo.

Suelto una carcajada y me dirijo hacia la puerta.

—Trato hecho. Venga, vamos, quiero enseñarte algo.

10

Ophelia

El aire en el bosque que rodea Harlow Sanctum es fresco.

Montana es un lugar exageradamente frío. La mayor parte del año está vacío debido a lo breves que son las estaciones. Ahora es primavera y, sin embargo, casi todas las mañanas hay escarcha en la hierba.

Pero hoy hace calor.

El sol se asoma entre las nubes grises y un rayo de luz se proyecta sobre los pinos envueltos en niebla. Lanston me guía por el campo que rodea la mansión. Hay un sendero de piedra muy pintoresco; entre los bloques grises crece musgo verde esmeralda.

Levanto la vista y sonrío al acercarme al linde del bosque.

—¿Adónde lleva este caminito encantado?

Lanston sigue andando sin mirarme mientras contesta:

—Ya lo verás. —Tiene las manos en los bolsillos de la chaqueta. Si alguien nos viera, pensaría que vamos de camino a un funeral. Mi vestido negro y su chaqueta y pantalones negros encajan a la perfección.

Escucho a los pájaros cantar canciones distintas a las que cantan en mi bosque secreto. Los árboles tienen mucho que decir aquí; las almas que cruzaron este sendero tiempo atrás han dejado huellas.

Sus voces son suaves y me hacen cosquillas en la piel. Aunque no lo sepamos, todos dejamos trocitos de nosotros a nuestro paso.

Algunos fantasmas nunca se dan cuenta de que las huellas están ahí, pero yo las veo por todas partes. En el musgo que recubre el lado sombrío de las rocas, en las flores que se alzan hacia el sol… Están ahí, ocultas como gemas que no desean ser encontradas. Quizá por eso no me importa tanto estar muerta. He aprendido a aceptar la soledad e incluso a apreciarla. Sin embargo, la presencia de Lanston desafía la ley que me autoimpuse. Su espíritu atrae al mío. Nunca he ansiado conocer a alguien tan a fondo como a él.

Me doy un cabezazo contra la espalda de Lanston. Se ha parado de repente y no me he dado cuenta.

—¡Oye! —Me froto la nariz.

Él me mira por encima del hombro y sonríe.

—Ya hemos llegado. —Levanto la mirada hacia el campo que nos rodea y se me escapa un grito ahogado.

Las flores envuelven la zona central, donde hay algunos bancos. En medio hay una piedra negra pulida de unos dos metros de altura con varios nombres grabados. La parte superior de la piedra es irregular, mientras que el resto de los lados son lisos. Mis ojos vuelven al campo. Más allá de las florecitas blancas que están cerradas hay amapolas y lavanda. Es un lugar tranquilo y precioso. Aquí, los árboles susurrantes guardan silencio.

—¿Por qué están cerradas las flores blancas? Parecen listas para florecer —pregunto mientras las admiro desde lejos, deseando ver sus pétalos besados por la luz del sol.

—Son flores de luna; solo florecen bajo las estrellas —dice en voz baja y con un aire nostálgico.

Lanston cierra los ojos y respira hondo para absorber el aroma de las flores.

—Este es el monumento en memoria de todos los que murieron en el incendio —me explica con tristeza, pero con una sonrisa en los labios.

Me acerco a la columna de nombres y encuentro el de Jericho cerca de la cima. El de Lanston también. Mis dedos se detienen sobre su apellido. «Nevers». La piedra está fría y me transmite una sensación de pesadumbre.

—Es una lápida muy bonita. ¿Aquí es donde encontraron también a los pacientes desaparecidos? —le pregunto, y él asiente.

Esa historia, junto con la del incendio, fue lo único de lo que se habló durante meses. Personas que estuvieron desaparecidas durante una década, cuyos huesos se encontraron en este sitio. Fue horrible leerlo en el periódico, y es igual de desgarrador estar donde ellos estuvieron.

—A todos menos uno. Tuve que quedarme por aquí varias noches, pero al final vi a Monica, la única superviviente. Vino a visitar a sus amigos. Me alegro de que al menos ella lograra escapar, aunque sigue actuando como si la persiguieran, siempre alerta. Y no la culpo —murmura como si la conociera personalmente. Quién sabe, quizá sí. Quizá en sus horas muertas se ha dedicado a estudiar a las personas que iban viniendo a este lugar.

—¿Siguen aquí los fantasmas de los otros pacientes desaparecidos? En el purgatorio, quiero decir. —Me siento en el banco frente a la columna de piedra, y Lanston toma asiento a mi lado. Su aroma a libros y a café se mezcla con el de las flores.

—No, creo que lograron trascender hace mucho, pero no estoy seguro. Algunos de los fantasmas que también viven aquí dicen haber oído ruidos extraños en la sala de música por la noche, pero yo creo que ya han pasado a la siguiente fase. Lo que no sé es si fue antes o después de que se resolviera su asesinato. El caso es que me alegro de no haberlos visto por aquí. Me da esperanza. Si ellos pudieron encontrar la paz después de un asesinato sin resolver durante una década, quizá nosotros también tengamos posibilidades. —Sus ojos color avellana están cargados de cansancio. Anoche no debió de pegar ojo.

Sonrío.

—Bien. Me alegro de que hayan seguido adelante. Algunas almas no están destinadas a quedarse aquí. —Aunque no estoy segura de si realmente han pasado todos. A lo mejor vale la pena investigar los rumores.

Lanston inclina la cabeza hacia mí. Hay tanta tristeza en sus ojos que me duele. Es evidente que su espíritu no está destinado a morar por esta dimensión. Quiere marcharse y encontrar la paz, mientras que yo deseo quedarme. No coincidiremos por mucho tiempo. No entra en los planes del destino.

El primer fantasma de cuya compañía disfruto y resulta que se muere por salir de aquí.

—Oye, sobre Los Que Susurran… ¿Te seguirían hasta aquí? ¿Solo estás a salvo dentro de los edificios? —No me pregunta directamente si es seguro para los demás habitantes de Harlow Sanctum que yo esté aquí porque es amable, pero se le nota en la voz, aunque él no lo sepa.

Me agarro del vestido y mantengo la mirada baja.

—Estás preocupado por los demás.

Se queda unos segundos en silencio.

—¿Por eso prefieres estar sola? Tendría sentido. Alejas a los demás para mantenerlos a salvo, ¿verdad?

Agacho la cabeza. No estoy dispuesta a admitirlo abiertamente.

—No se me ocurriría venir aquí si sé que puedo causar problemas. No tienes de qué preocuparte. —Los Que Susurran no aparecen cuando hay grupos grandes de fantasmas. Normalmente, solo cuando estoy sola y por la noche, cuando el mundo duerme.

Lanston desliza su mano sobre la mía y un calor me oprime el pecho.

—No estoy preocupado por ellos, Ophelia. Me preocupas tú. —Su voz es ronca y atrae mi mirada—. Cuando uno pasa la mayor parte del tiempo solo, aprende a observar a los demás y a ver más allá de la máscara que se ponen. Tú has sido un poco más difícil de pillar, pero enseguida he sabido que alejas a la gente a propósito. ¿No te sientes sola? Déjame ayudarte.

Me quedo mirándolo, sorprendida.

Él entrecierra los ojos, pensativo, y hay algo más que no consigo descifrar.

—¿Qué te persigue, Ophelia?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Los susurros aparecieron poco después de morir y desde entonces huyo de ellos.

El único lugar donde parece que no pueden atraparme es en el antiguo teatro de ópera. Atribuyo el mérito de mantener alejada a la oscuridad a las plantas que he ido recogiendo. Es una tontería, lo sé, pero ¿quién pone las reglas cuando estás muerto? Si funciona, funciona. Nada tiene sentido en esta dimensión. Al fin y al cabo,

bien que podemos movernos entre los vivos y seguir disfrutando de la vida cotidiana. Y bien que todavía tenemos pensamientos y sentimientos.

—Dijiste que la gente que se deja atrapar no vuelve a ser la misma cuando despierta. ¿Sabes por qué?

Le miro y niego con la cabeza.

—No lo he preguntado. Me miran diferente cuando despiertan, así que… siempre he optado por irme. Pero es lo que susurra la oscuridad lo que más me impide preguntar. Dice cosas terribles. Prefiero no saberlo.

Él asiente y respira hondo.

—Bueno, tal vez encuentres algunas respuestas cuando hables con Jericho —dice mientras vuelve a mirar el campo con una leve sonrisa.

No me atrevo a decirle que no tengo pensado quedarme mucho tiempo.

Los susurros siempre andan cerca y, aunque dudo que aparezcan aquí, no quiero arriesgarme. Prefiero tomármelo como una excursión de un día y después volver.

—¿Qué te parece si te enseño el invernadero? —Lanston me cambia el ánimo con su amplia y atractiva sonrisa.

Se la devuelvo.

—Adelante.

El invernadero es exactamente lo que me gustaría que fuera mi ópera. Hay varios pasillos llenos de plantas de colores intensos. También cestas colgantes con flores que ocultan el techo, y el suelo está mojado porque han regado hace poco.

—¡Dios mío, me encanta!

Lanston se ríe.

—Sabía que te gustaría.

Camino por los pasillos, deslizando los dedos por las hojas y las suculentas antes de girarme y sonreírle. Él se ha quedado en la entrada con cara de satisfacción. Me observa como si yo fuera un recuerdo que creía haber olvidado.

Mi sonrisa se desvanece al darme cuenta de que llevo demasiado tiempo mirándolo. «No puedo encariñarme», me ordeno a mí misma. Miro las flores de la mesa de al lado y me quedo inmóvil.

Crisantemos.

La flor de la muerte y el luto.

Mi buen humor se desvanece al instante. Son exactamente del mismo tono granate que las que había en mi humilde entierro. El dolor que siento en el pecho aumenta; una bestia oscura, furiosa, inquieta y hambrienta.

Recuerdo los susurros de mi madrastra a mi padre durante el funeral: «Buen viaje».

Mi asesina estaba presente y pasó desapercibida. Se quedó ahí de pie, sola, observando en silencio. Quizá la única alma allí que estaba triste y arrepentida era la suya.

—¿Te gustan los crisantemos?

La voz de Lanston me devuelve la sonrisa y rápidamente aparto la mirada de las flores, desterrando los recuerdos marchitos. Sus ojos muestran curiosidad, y se ha acercado hasta quedarse a unos pocos centímetros de mí.

Niego con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

Esboza una sonrisa traviesa.

—Yo también las odio con toda mi alma.

11

Lanston

Ophelia mira nerviosa a los demás integrantes del círculo. Tiene los puños cerrados sobre las rodillas y no para de mover la pierna izquierda mientras esperamos a que se sienten los últimos fantasmas. Jericho los saluda con una plácida sonrisa y asiente mientras toman asiento.

Yo me reclino en la silla de plástico, mirando a Ophelia desde el otro lado de la sala.

Es injusto compararla con Wynn, pero, cuando miro a Ophelia, veo un montón de cosas distintas a las que veía en mi adorable Coldfox. Aquí veo a una mujer que está desesperada por mantener la farsa de que todo va bien. Sabe ocultar las cicatrices, pero están ahí, abiertas, pudriéndose bajo la superficie.

Levanta la mirada para encontrarse con la mía, y yo le ofrezco una sonrisa tranquilizadora.

Jericho se cruza de piernas, dejando al descubierto sus calcetines negros, a juego con el traje, se ajusta las gafas y mira a Ophelia.

—Chicos, hoy tenemos aquí con nosotros a una nueva fantasma, una que quizá reconozcáis si habéis ido a sus espectáculos, la señorita Ophelia Rosin.

Ella agacha la cabeza mientras todos dicen «hola» con poco entusiasmo.

—Señorita Rosin, nos gusta empezar diciendo cuánto tiempo llevamos muertos y por qué creemos que seguimos aquí. Cuando quiera. —Jericho deja el portapapeles sobre su regazo y la mira expectante.

Por un momento, pienso que va a negarse, pero me sorprende: levanta la barbilla y endereza la espalda.

—Llevo diez años muerta y sigo aquí porque no estoy preparada para irme. Quiero bailar; ha sido mi sueño desde que era niña. —Hace una pausa y mira a todo el mundo a la cara antes de cruzarse con la mía. Sus ojos marrones y verdes se suavizan, y añade en voz baja—: Aún tengo mucho que dar al mundo. Quiero que se sepa quién soy.

—¿Quiénes quieren que lo sepan? ¿Los vivos? —pregunta Jericho.

—Con que lo sepa una persona, bastará. Un desconocido que de vez en cuando piense en mí por cualquier motivo que no sea cómo morí —responde ella con tono severo. Tiene el ceño fruncido, pero su labio inferior amenaza con ponerse a temblar.

Se hace un silencio incómodo y Ophelia se da cuenta. Ha dado un gran paso al venir aquí para mostrarse vulnerable, y veo que se está empezando a arrepentir.

Está en fase de negación.

Joder, todos lo estamos, pero ella se ha convencido a sí misma de que aún puede aportar algo al mundo de los vivos. Se me forma un nudo en la garganta por la tristeza que comprende ese pensamiento.

Jericho se aclara la garganta y dice:

—Doy por hecho que sabe que eso no es posible.

Ophelia pone una expresión fría y carente de emoción mientras pregunta:

—¿Por qué no es posible?

El rostro del orientador se tuerce por la angustia.

—Señorita Rosin, porque está muerta.

—¿Y? ¿Mis actuaciones no han tenido un impacto sobre ti, por pequeño que sea? Tú mismo lo has dicho: llevas cinco años asistiendo a mis espectáculos. —Ophelia se encoge de hombros y algunas cabezas asienten.

Yelina y Poppie me miran de reojo. Parecen perplejas de que ella esté aquí. Encojo un hombro. Si lo que quieren saber es cómo he conseguido que venga conmigo hasta aquí, yo tampoco lo sé. Pura potra.

Poppie se aclara la garganta y empieza a hablar con un hilo de voz:

—A mí verte actuar me da esperanza. —Jericho la mira y su rostro se vuelve pensativo—. La forma en que vives tu vida en esta dimensión, con tanta plenitud, me parece admirable.

Ophelia parece sorprendida, pero sonríe. Y yo me quedo embelesado.

—Puede parecer que la vivo con plenitud, pero me temo que solo oculto la tristeza mejor que la mayoría. —Su mirada se apaga y entrelaza las manos con fuerza sobre el regazo. Le está costando tener esta conversación. La primera vez que asistes a una sesión grupal siempre cuesta.

No obstante, tiene mérito que sepa tomarse esto con tanta firmeza y resiliencia para no alterar a la gente de su alrededor. Ella sufre por dentro, como una planta enferma, pudriéndose desde las raíces; la podredumbre no es visible en la superficie, al menos al

principio. Aunque eso no quita que sea una forma muy lenta y trágica de morir.

Quiero consolarla. Conocer todos sus demonios y envolverla en mis brazos hasta que la oscuridad nos abandone. Ahuyentaremos juntos a las sombras que nos buscan si es necesario.

Oigo voces murmurando a mi alrededor, pero estoy sumido en mis pensamientos, dejando que mi mente reflexione sobre lo que podría esconder esa sonrisa tan encantadora. Esta mujer es un enigma; su sonrisa podría convencer a cualquiera. La forma en que baila y siente la música también.

—Nevers.

Levanto la cabeza. Mis pensamientos se silencian al instante.

—¿Sí?

Jericho me dirige esa mirada de preocupación que lleva años dedicándome. Le preocupa mi facilidad para desconcentrarme, igual que al resto del mundo.

—He dicho que es su turno. ¿Ha continuado pensando en por qué sigue aquí?

Enderezo la espalda y meto las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Ah, sí, perdón. Sigo pensando que tiene que ver con…, bueno, con todo el tema ese de haber tenido una muerte tan injusta. A veces me despierto en mitad del día, sin saber cuánto tiempo ha pasado ni qué día es. —Me detengo. No sé si quiero decir lo que realmente pienso. Me siento culpable de solo pensarlo. «Debería estar con ellos. Deberíamos estar los tres. ¿Por qué tuve que morir?».

Me alegro de haber sido yo y no ellos, pero la tristeza y la soledad pesan demasiado.

Mis ojos vacilan y miro a Ophelia. Sus mejillas sonrosadas y sus labios carnosos me provocan un dolor en el pecho. No quiero decirlo delante de ella, pero quiero ser sincero. Al fin y al cabo, no soy perfecto. Nadie lo es.

Todos estamos jodidos de una forma u otra, magullados y con cicatrices. Pero esas son las partes que más me gustan de los demás, así que quiero que ella también vea las mías. El amor no es condicional. Nuestros pedazos rotos deberían ser el punto de partida, no lo que acabamos desenterrando tras años extrayendo capas, porque para entonces ya estamos cansados y escépticos.

—Creo que sigo aquí porque hay cosas que no he llegado a hacer o experimentar. Nunca fui lo bastante egoísta para hacer lo que realmente quería. Hay partes de mí que aún no he encontrado, pero quiero hacerlo. Siento que hay gente que me debe cosas.

Ophelia abre los ojos de par en par y un destello de esperanza cruza su mirada, como si nunca hubiera oído a alguien ser tan sincero. Se inclina hacia delante desde la silla, como si se aferrara a mis palabras. Casi puedo ver la bombilla iluminándose cuando se le ocurre la idea: la lista de cosas que hacer antes de morir.

—Quiero que quienes me hicieron daño pidan disculpas —digo en voz baja; el dolor que me recorre el pecho es una agonía. Aprieto los puños con fuerza—. ¿Es mucho pedir? Lo siento. Te quiero. Estoy orgulloso de ti. ¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijeron? Con una vez sería suficiente, aunque fuera un susurro. Es que… —El nudo de la garganta aumenta e intento tragarlo varias veces, pero es en vano.

—Estás enfadado.

Es la voz de Ophelia: etérea y vacía de emoción.

Parpadeo para luchar contra las lágrimas mientras la miro con expresión atormentada. La comprensión y la empatía que encuentro en ella me reconfortan, y el dolor de mi corazón se apacigua un poco.

Asiento.

—Estoy cabreadísimo. Con mucha gente.

Jericho alterna la mirada entre ambos. Veo algo que no reconozco en su mirada, una especie de revelación.

—Parece que los dos tenéis asuntos pendientes fuera de los muros de Harlow Sanctum. ¿Por qué no los exploráis? Podéis haceros compañía —propone Jericho. Él también está inclinado hacia delante, el codo apoyado en la rodilla, tapándose la boca con la mano, como analizando el potencial que ve en nosotros, pero sin querer irse de la lengua.

Abandonar Harlow siempre ha sido una posibilidad, pero este es mi hogar. Sin embargo, la idea de recorrer el mundo paranormal es menos desalentadora si tengo acompañante. La lista de cosas que hacer antes de morir… no me parecía una opción viable cuando pensaba en hacerlas solo, pero, si me imagino yendo a la aventura con Ophelia…, abro los ojos, conmocionado por la necesidad que me inunda el pecho. Mi conciencia me susurra: «Ve. Cógele la mano y no mires atrás».

Nuestras miradas se encuentran, y es como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera desvanecido. Solo estamos nosotros mirándonos fijamente y las sillas en las que nos sentamos. Un sueño va tomando forma en mi corazón. Ophelia se inquieta al ver la luz en

mis ojos y eso hace que esos sueños efímeros se desvanezcan al momento.

Vuelvo a enfocar el resto de la habitación.

Al ver que ninguno de los dos dice nada, Jericho asiente y pasa al siguiente. Vuelven a sonar voces a mi alrededor y dejo que los sonidos difusos mitiguen la intensidad de mis pensamientos intrusivos.

Sé que no debería alterarme por una simple mirada. Ella no ha hecho nada malo. Soy consciente de que los pensamientos y emociones que surgen en mi interior pueden ser absurdos e irracionales. Sin embargo, eso no quita que sigan estando presentes y sean igual de horribles que siempre. Lo único que quiero es dejar de pensar. Liberarme de este tormento que yo mismo me he buscado.

¿Puede un espíritu ser suicida? Sigo teniendo ganas de desaparecer a menudo.

Me froto la manga del jersey con el índice y el pulgar, ansioso.

Ese deseo persistente de morir todavía está muy presente en mí. Me araña por dentro. Va y viene. Durante mucho tiempo no lo entendía, pero creo que ahora sí. Lo que pasa es que no quiero sentir nada.

Quiero *ser* la nada.

«Nunca debiste haber nacido». ¿Es ahí donde empezó, cuando mi padre pronunció esas crueles palabras? ¿Cuánto tiempo estuve deseando que se sintiera orgulloso de mí? No me atrevo a visitarlo. En mi funeral no dijo nada, no derramó una lágrima siquiera. ¿Rezará por mí para que encuentre la paz?

Eso me hace reír.

Los hombres que no creen en Dios no rezan, ni por sus hijos.



Afuera llueve a cántaros. El patio y el campo nunca han estado más verdes. Las nubes están bajas, rozando los árboles de hoja perenne que se ven en la distancia. Las piedras del suelo de Harlow están relucientes y resbaladizas. El musgo y las flores le añaden color al edificio, aunque no a la sala de música.

Cruzo los brazos agarrándome los codos, firmemente pegados al pecho, mientras observo la sala. Me niego a admitir que aún me dan mal rollo los fantasmas. Convertirse en uno no hace que lo desconocido sea menos aterrador.

—¿Qué dijeron los otros fantasmas sobre esta habitación que les hizo sospechar? —pregunta Ophelia. Lleva el pelo recogido en una coleta y unos mechones rizados de color morado le enmarcan la cara. Se vuelve para mirarme y me lanza una sonrisa burlona—. Venga ya, miedica.

Frunzo el ceño, pero bajo los brazos para no parecer tan cagado.

Ha tardado unas horas en recuperarse después de la sesión grupal, pero ahora vuelve a ser la de siempre. Eso, o se le da muy bien fingir.

—¿Seguro que quieres que te lo cuente? Da bastante miedo —contesto en tono sombrío.

Su cara muestra aún más curiosidad.

—Sí, cuéntame.

—Te advierto que después no querrás dormir sola.

Se ríe y se deja caer en el sofá estampado de flores que hay en el centro de la habitación.

—Ponme a prueba —me insta, atrevida, y da palmaditas a su lado en el sofá.

Sonrío y tomo asiento. Ophelia sube las piernas sin tener en cuenta que lleva un vestido. Debo concentrarme mucho para no apartar los ojos de su cara.

—¿Y bien? —me insta.

Carraspeo.

—Un total de quince residentes de Harlow Sanctum han afirmado haber oído o visto cosas extrañas y aterradoras en esta misma habitación. —Utilizo mi voz de narrador y, pese a que se esfuerza por evitarlo, se le curvan las comisuras de sus labios—. A veces, es un llanto ahogado al amparo de la noche, otras, un golpe seco sobre las teclas del piano. Alguien aseguró haber visto a un hombre corriendo de un extremo al otro de la sala, enloquecido. Pero lo que más se escucha es el chirrido de la puerta al abrirse, algo que se repite durante toda la noche, y el sonido de unos pasos sin vida recorriendo los pasillos y siempre siempre en dirección a esta habitación.

Ophelia tiene los ojos muy abiertos y veo que traga saliva.

—¿Qué opinas? ¿Es cosa de un fantasma?

Ella echa un vistazo a su alrededor con recelo, como si de repente fuera consciente de la penumbra que nos envuelve y del siniestro sonido de la lluvia contra la ventana. Sus ojos vuelven a posarse en mí y esbozo una amplia sonrisa.

—¿Quién es ahora la miedica? —digo para vacilarle.

Su risa es instantánea. Se inclina hacia delante y me empuja, y yo me dejo caer de espaldas sobre el sofá. Con el movimiento se me cae la gorra y acaba en el suelo. Me quedo mirando el techo y me río con ella.

De pronto, veo que apoya una mano a cada lado de mi cabeza y se inclina sobre mí. Nuestros cuerpos no llegan a tocarse, pero está tan cerca que el calor de su piel se entremezcla con el mío.

—Creo que te lo has inventado todo para asustarme —afirma con seguridad.

Hago una mueca con la boca. Ojalá me lo estuviera inventando.

—Lo siento, señorita Rosin, pero me temo que no —respondo mientras me apoyo sobre los codos. Ella se echa hacia atrás para volver a sentarse bien y yo me incorporo. No puedo evitar sentir un cosquilleo cuando nuestros hombros se tocan.

Estamos frente a unos grandes ventanales que dan a las montañas y a una espesa línea de árboles. Las nubes cada vez son más oscuras y amenazan con lluvia. Inhalo y capto de nuevo su aroma a rosas. Es sutil, delicado.

—La señorita Rosin era la gilipollas de mi madrastra. Llámame Ophelia —me dice, y detecto cierta ira en su tono, aunque la mirada que me lanza es juguetona.

Me obligo a volver a mirar hacia el bosque y las nubes. Sin apartar la vista de la ventana, respondo:

—De acuerdo. Ophelia, entonces.

Una pausa.

—O rosa, como la flor. No me importa que me llames rosa si prefieres usar un apodo. —Detecto vulnerabilidad en su tono. Vuelvo a centrar mi atención en ella, que parece minúscula a mi lado.

Sus ojos se cruzan con los míos, pero ninguno de los dos dice nada. Ambos estamos algo sonrojados. Antes de que pueda abrir la boca para hablar, las tablas del suelo de detrás del sofá crujen.

Los dos giramos la cabeza hacia atrás. El aire está más frío que hace un segundo, pero no hay nadie.

Nos miramos, nos ponemos de pie sin mediar palabra y salimos a toda hostia de la habitación. En cuanto estamos en el pasillo, Ophelia estalla en carcajadas y me da un susto de muerte. Sale corriendo por el pasillo en dirección al ala de los dormitorios y yo me apresuro a seguirla.

—¿Por qué te ríes? —grito tras ella, riéndome también, aunque estoy aterrado.

—Porque ¿qué coño ha sido eso? —contesta.

Sonrío. Al parecer, le entra la risa cuando tiene miedo.

No dejamos de correr hasta que volvemos a estar seguros en mi habitación. Bloqueo la puerta con una de mis endebles sillas antes de desplomarme en el suelo y respirar hondo.

—¿Qué probabilidades hay de que algunos fantasmas sean invisibles y les guste gastar bromas? —pregunto entre jadeos.

Ophelia suelta una risita.

—Tantas como de que me siga una nube de oscuridad susurrante.

Nuestras cabezas se rozan y nos giramos al notar ese contacto. Nos quedamos mirándonos a los ojos, tan cerca que puedo distinguir cada uno de sus cabellos, cada surco de sus labios. Sus ojos, tiernos y atrevidos, hacen que me ardan las mejillas.

—Me he dejado la gorra —suelto para romper el trance en el que me ha sumido. Si no lo hago, me da miedo cometer una estupidez.

—No jodas —dice con sorna.

Me contengo de apartarle un mechón de la cara.

—Mejor la voy a buscar mañana, ¿no? —Me río porque somos unos cobardes.

Ella asiente y se sienta.

—Mañana por la mañana. Cuando tengamos la cabeza más despejada.

—¿Vas a poder dormir sola esta noche, mi dulce rosa? —bromeo, y no esperaba que se girara a mirarme, pero lo hace. Tiene los ojos entrecerrados y llenos de deseo.

Espera, ¿acabo de decir «mi dulce rosa»? Menos mal que ella hace caso omiso.

—No me veo capaz. Y menos después de semejante susto —contesta con cuidado, estudiando mis facciones para averiguar adónde quiero ir a parar.

Noto un calor en el vientre y trago saliva.

—Puedo poner una película y preparar palomitas, si quieres. —Me levanto y le tiendo la mano. Ella la coge y me sonríe con cierta desconfianza.

—¿Qué clase de hombre eres, Lanston Nevers? —me pregunta mientras se dirige a la pared donde están el microondas y la cafetera. Abre los armarios hasta que encuentra una bolsa de palomitas y se pone a prepararlas.

¿Que qué clase de hombre soy? ¿Es una pregunta literal o genérica? Como cuando en una entrevista de trabajo te preguntan: «¿Cuál es tu mayor defecto?». Ya, claro, como si se pudiera responder con facilidad a algo así. Al final, opto por guiarme por el instinto.

—Soy un hombre que nunca consigue lo que quiere, pero que no pierde la sonrisa. —Enciendo la tele y saco el álbum de DVD. Las películas *slasher* y de terror quedan descartadas, así que voy a la sección de drama y escojo una.

El microondas pita, y Ophelia vierte las palomitas en un bol grande para compartir.

—¿Por qué?

Le doy al *play* y me giro para mirarla.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué no pierdes la sonrisa? —Deja las palomitas sobre la cama. Va hacia su lado de la habitación y se quita el vestido por la cabeza.

Mi cerebro deja de funcionar.

Se me encienden las mejillas y desvío bruscamente la mirada.

—¡Ophelia! ¿Qué haces?

Ella se ríe y siento la tentación de girarme para verla sonreír.

—Responde a la pregunta. ¿Por qué no pierdes la sonrisa?

La oigo trajinar por mi armario. No sé cómo, pero consigo concentrarme lo suficiente para responder.

—Ah, sí. Bueno, pues porque creo que, si sonrío, al menos la gente pensará que soy feliz. Es mejor que parecer un amargado como mi padre. —Hago una pausa y aprieto los puños. Mierda, debería haberme guardado eso último para mí.

—Pero ¿lo estás?

Me olvido de por qué me había puesto de espaldas a ella y me giro para mirarla. Lleva el pelo suelto y mi camiseta gris jaspeada. Le llega por medio muslo y… Madre mía, me está poniendo a prueba.

He soñado con tener una novia que durmiera con mis camisetas. Descarto ese pensamiento.

—¿Si estoy qué? —Mi voz suena grave.

—Amargado.

¿Estoy amargado? Me tomo un momento para reflexionar.

—No. —Acorto la distancia que nos separa con un par de pasos. Ella tensa la mandíbula cuando me detengo enfrente, a unos pocos centímetros—. Al menos no en las últimas veinticuatro horas. —La miro arrugando el ceño.

—¿Puedo contarte un secreto? —susurra.

—Dispara.

—Yo tampoco me he sentido como una amargada desde ayer.

12

Ophelia

Lanston se queda pensativo durante unos segundos. Veo cómo su mente procesa lo que acabo de decir. Esboza una media sonrisa y me entran ganas de darle un beso en la comisura de los labios.

Algo raro en mí, lo de querer besar a un hombre que acabo de conocer. Sin embargo, es el sentimiento más extraordinario que una persona puede experimentar. Un subidón. Una sensación que nace de lo más profundo de tu ser.

Posa la mirada en mis brazos desnudos. Es la primera vez que ve lo que hay debajo de los vestidos de manga larga que he llevado, y descubre los tatuajes de mariposas y polillas que se extienden por los antebrazos. En mi brazo derecho, una mariposa persigue a una polilla, entre ellas hay un hilo de humo; y en el izquierdo, una polilla persigue a una mariposa, unidas por el mismo hilo de humo.

Su sonrisa se ilumina un poco antes de darse cuenta de las cicatrices que se esconden bajo la tinta. Presencio el instante en que se le detiene el corazón, y una mueca de tristeza se dibuja en sus labios. Siente dolor, y tal vez un sinfín de cosas más, pero eso no impide que levante la mano con curiosidad, algo propio de él y parte del motivo de que me haya cautivado en tan poco tiempo. Roza los tatuajes con el pulgar.

—Conque polillas y mariposas, ¿eh? —Su mirada se suaviza y susurra—: ¿Cuál de las dos atrapó a la otra primero?

—Si la polilla atrapa a la mariposa, la devorará. Si la mariposa atrapa a la polilla, le arrancará las alas. ¿Cuál crees que debería atrapar a la otra? —planteo con una sonrisa maniaca. Lanston hace una mueca ante mi oscuro sentido del humor.

—Venga ya, ¿qué simbolizan realmente? —me insta, acariciando una vez más la tinta con el pulgar y provocándome escalofríos en el brazo.

Es muy perspicaz, a diferencia de mucha gente que me conoce desde hace tiempo.

Supongo que puedo contárselo.

—Representan mi interpretación de lo que es el anhelo. Mira, la polilla es la oscuridad, y persigue a la mariposa porque anhela su luz. Y la mariposa persigue a la polilla porque es incapaz de existir sin ella, porque no hay luz sin oscuridad.

Lanston sonríe.

—Muy bonito. ¿Y qué hay de lo que esconden debajo? —pregunta con más delicadeza, mirándome con sus preciosos ojos cubiertos de pestañas.

Vacilo. Nunca antes he hablado de esto con nadie.

Alzo la vista para mirarlo a los ojos. En ellos solo veo bondad y comprensión, y eso me hace sentir que se lo puedo contar.

—Nunca han podido ocultarlo por mucho tiempo.



Lanston decide dejarlo ahí. Se ha dado cuenta de que se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas y no insiste más. Su paciencia me resulta atractiva. Igual que su ternura y su capacidad de comprensión. Pero también me hace pensar en todos aquellos que no fueron amables y pacientes conmigo cuando aún respiraba y tenía sangre en las venas. Lanston me hace ver las cosas de otra manera.

Nos acurrucamos en su cama y disfrutamos de la película. En silencio y dejando que el miedo por lo que ha pasado en la sala de música se desvanezca. Sea lo que sea lo que hay ahí dentro, no es malo. Eso está claro. Si lo fuera, habría sido más aterrador, como Los Que Susurran. Pero me pareció que tenía una actitud más juguetona que cruel.

Cojo un puñado de palomitas a la vez que Lanston. Nos rozamos las manos. Nuestras miradas se encuentran. Estamos tan cerca que nuestras narices casi se tocan. Mi cerebro traidor fija la mirada en sus labios y después vuelve a sus ojos.

Por un momento, pienso que me va a besar.

Pero no lo hace. Así que vuelvo a centrarme en la pantalla. En la película, una chica llora y corre hacia su casa bajo la lluvia. Me siento identificada con ella en muchos aspectos.

También me siento tonta por pensar siquiera que Lanston comparte los mismos pensamientos lascivos que yo.

La película termina con un final feliz. El bol de palomitas está vacío. Lanston mira la puerta de la habitación como si estuviera pensando en levantarse y apartar la silla.

—Ni se te ocurra moverla. —Me levanto, cojo una almohada de mi cama y se la tiro. Él la pilla al vuelo y se ríe.

—Por supuesto que no. Estaba pensando en añadir una segunda silla.

Deja la almohada junto a la suya y me pongo roja. «Iba en serio lo de que puedo dormir en su cama».

Me observa pensativo y dice:

—¿Todavía tienes miedo? ¿O ya te sientes mejor?

Quiero dormir en su cama. De verdad que quiero. Pero no puedo encariñarme, así que niego con la cabeza.

—Me siento mucho mejor después de la película. Gracias, Lanston. —Mi sonrisa flaquea.

Él se desanima un poco, pero no deja que se note.

—¿Gracias por qué?

—Por ser tan amable.

Ya no queda mucha gente como él en el mundo. ¿Cuándo nos hemos vuelto tan fríos y retraídos? ¿Cuántos Lanstons necesitaba cuando estaba viva? Más de los que puedo contar.

Me meto en la otra cama y me tapo con la sábana mirando a Lanston. Él hace lo mismo, apaga la lámpara y me devuelve la mirada. Una vez más, lo único que se interpone entre nosotros es la luz de la luna, como en la ópera.

—Oye, chica triste.

Suelto una risita.

—¿Qué?

En la penumbra, apenas puedo distinguir sus pómulos marcados, pero, si cierro los ojos, lo veo perfectamente en mi mente: su suave pelo castaño y sus labios rosados. Las ojeras que revelan su desasosiego, pero que no impiden que siga siendo guapísimo.

—¿Quieres venir conmigo mañana a la sala de música para cazar un espíritu y recuperar la gorra? —Por cómo suena su voz, sé que está sonriendo.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Una cita fantasmal.

Los dos nos reímos en voz baja, como si alguien nos fuera a oír. Dos fantasmas bromeando en la oscuridad. Madre mía, qué lejos estamos de la típica representación de los fantasmas.

—Una cita de ultratumba —digo entre risitas.

Los hombros de Lanston tiemblan de risa.

Podría acostumbrarme al sonido de tanta felicidad. A esta sensación de estar flotando.



—Haz el favor de soltar la escoba. ¿Qué esperas conseguir con eso? —Le doy un codazo juguetón y Lanston me mira con cara de «no pienso soltar la escoba».

—Mejor eso que nada, ¿no? —No puede evitar sonreír.

Ambos nos asomamos a la sala de música, en busca de cualquier señal de que hay un fantasma oculto. Los ventanales dejan entrar una enorme cantidad de luz, por lo que es una tontería que nos dé miedo entrar.

—¿Qué estáis haciendo?

—¡Yelina! —exclama Lanston; luego, tras aclararse la garganta y recoger la escoba que ha tirado al suelo del susto, murmura—: Joder, ¿por qué nos asustas así?

Yelina se pone una mano en la cadera y nos mira a los dos de arriba abajo. Tiene cara de estar algo molesta, pero le puede la curiosidad de saber qué nos traemos entre manos. Me fijo en sus hombros. Un tenue rastro de humo asciende antes de desaparecer, y eso me indica que es una de las víctimas del incendio.

Es guapísima. Pelo largo y rubio platino, sin rastro de calidez. Su maquillaje es la definición de la perfección: el *eyeliner* negro le ha quedado impecable y lleva la cantidad justa de colorete para resultar encantadora.

Yelina intimida a más no poder.

—¿Qué hacéis merodeando y comportándoos como bichos raros? —pregunta mirando hacia la sala de música con recelo.

Lanston y yo intercambiamos una mirada.

¿Estamos dispuestos a contárselo y arriesgarnos a quedar como unos chalados?

Lanston se encoge de hombros.

—A ti qué te importa.

Yelina le arrebata la escoba de las manos y está a punto de soltar una ronda de insultos cuando otra chica aparece por el pasillo. Tiene una cara regordeta, una nariz pequeñita y unos ojos brillantes y amables. Lleva el pelo castaño recogido en una trenza suelta.

Se acerca a Yelina con una sonrisa tímida.

—¿De qué estáis discutiendo ahora? —Por cómo lo dice, no parece que sea un hecho aislado.

Lanston pone los ojos en blanco, y es la primera vez que lo veo hacerlo, así que esbozo una amplia sonrisa.

Yelina me mira y se me borra la sonrisa al instante. Me evalúa antes de dirigirse a la otra chica.

—De nada, Poppie. Es que estos dos están actuando… raro.

Poppie suelta una risita y me parece mucho más accesible que Yelina.

En un intento de impedir que sigan discutiendo, digo:

—¿Habéis oído el rumor de que hay un fantasma que ronda esta habitación?

Se miran entre ellas antes de volver a mí.

—¿Te refieres a Charlie? —pregunta Poppie.

Parpadeo varias veces, atónita.

Lanston también.

—Espera, ¿os referís a Charlie, el paciente desaparecido que murió? —suelta Lanston, y tanto Yelina como Poppie se echan a reír.

—No me digáis que os da miedo —dice Yelina con sorna, tapándose la boca—. Se pasa el día gastando bromas. Lanston, Jericho te lo presentó hace como dos años.

Lanston se ha quedado con cara de póker. Repasa mentalmente sus recuerdos en busca de ese momento, pero niega con la cabeza.

—Qué va, me acordaría.

—En fin, venid conmigo y os lo presento, así acabamos antes —concluye Yelina con una sonrisa malvada mientras pasa por encima de nosotros y entra en la sala de música.

Poppie suelta una risita y me ofrece la mano.

—Te juro que es simpática —susurra para que la otra no la oiga.

Me cuesta creerlo, pero supongo que lo averiguaré con el tiempo.

Lanston se endereza y espera a que Poppie entre antes de mirarme y murmurar:

—Perdón por la intromisión de estas dos. La verdad es que no recuerdo haber conocido a ese tipo, pero supongo que será guay

hablar con él un rato.

Asiento con la cabeza.

—Sí, hace quince años que está por aquí. Tengo curiosidad por saber qué sabe del purgatorio y por qué no ha trascendido. Es un poco triste. —Echo un vistazo a la polvorienta sala de música y me pregunto cuánto tiempo llevará siendo su prisión.

En el fondo de mi mente me asalta una duda aún peor.

¿Cuánto tiempo podemos quedarnos atrapados en esta dimensión?

13

Lanston

Yelina y Poppie se acercan al piano y se sientan en el banco de ébano. Ophelia repasa la habitación en busca de señales de la presencia de Charlie mientras rodea el sofá de flores y se sienta en silencio a mi lado.

Una parte de mí sigue pensando que nos están gastando una broma.

Aunque tendría sentido. Y, de todos los habitantes del centro, yo soy el que menos posibilidades tiene de estar enterado. Llevo años evitando la sala de música. Los únicos recuerdos que me trae son los de Wynn y Liam tocando esas canciones tristes que tanto les gustaban.

—Charlie, ¿otra vez asustando a la gente? —dice Yelina con un tono de reprimenda.

Poppie tiene una sonrisa de oreja a oreja, pero Ophelia se cruza de brazos. Se nota que aún no las tiene todas consigo. Y no es la única.

Suena una tecla del piano varias veces. El sonido, bastante grave, hace que Ophelia se sobresalte y que, al final, acabe en mi regazo. Sonrío y la rodeo con los brazos para que sepa que estoy aquí.

—¡Charlie! —Poppie se ríe y se pone las manos en las caderas. Yelina levanta la mano y, de pronto, empieza a formarse la figura de

un fantasma: un hombre de espalda ancha, probablemente de unos veinte años, con pelo rubio corto y unas gafas que le dan un aspecto inteligente.

No me lo imaginaba así.

Charlie le da un beso en el dorso de la mano a Yelina y le guiña el ojo a Poppie. Las dos se ríen mientras él desvía la atención hacia nosotros. Ophelia sigue entre mis brazos, aparentemente reacia a moverse.

El fantasma sonríe y dice:

—Perdón por lo de ayer. No pude contenerme al oír vuestras teorías. —Habla en un tono grave, pero suena ligero y etéreo.

Enarco una ceja.

—¿En serio te mató Crosby? —La pregunta es muy directa y repentina, pero tengo que saberlo.

Charlie se pone pálido.

—Sí, junto con mis amigos.

Yelina y Poppie me miran con mala cara; ambas le apoyan una mano en los hombros.

Ophelia se levanta despacio de mi regazo y se pone delante de Charlie. Solo le llega hasta el cuello.

—¿Por qué sigues aquí, Charlie? ¿Sabes cómo continuar con el curso de la muerte? ¿Dónde están los demás?

Él aprieta los labios, pensativo. Luego señala con la cabeza los sillones y el sofá.

—Sentémonos y os pongo al día.

Ophelia vuelve a su sitio, junto a mí, mientras Yelina y Poppie ocupan los dos sillones que tenemos enfrente.

Charlie se sienta en el suelo para cerrar el círculo que hemos formado. Tras juntar las manos sobre el regazo, empieza a hablar:

—Los demás se fueron después de que se resolvieran los asesinatos. La ira y la rabia eran lo que nos retenía aquí. Así que, tras encontrar los cuerpos y matar a Crosby, pudimos seguir adelante. Lo que pasa es que yo no puedo irme hasta que encuentre la foto de mi querida Lucie. Crosby escondió la bandolera de piel que contenía mis pertenencias más preciadas. Le gustaba gastarnos bromas pesadas. —Su tono se llena de pena.

¿Una foto de Lucie? ¿Lleva todo este tiempo aquí por una foto?

—¿No puedes ir a visitarla? —pregunto.

Charlie niega con la cabeza y mira con nostalgia por la ventana.

—No sé dónde vive, y el mundo es muy grande. Íbamos a casarnos cuando me pusiera bien. Pero entonces me declararon desaparecido durante una década. Probablemente, pensase que me había escapado y la había abandonado a ella y a todo lo que teníamos. —Hace una pausa y se queda mirando al infinito unos segundos—. Solo quiero verla una última vez antes de irme.

Ophelia me mira. Sus ojos están cargados de empatía y enseguida me doy cuenta de que quiere ayudarlo. Me encanta que sea tan transparente con lo que siente, aunque ella crea que no.

—¿Por dónde has buscado la bandolera? ¿Se te ocurren más sitios donde pueda estar? —pregunta Ophelia inclinándose hacia delante y cogiéndole la mano a Charlie en un intento por consolarlo.

—¿Me ayudaríais? —Nos mira a los cuatro y todos asentimos.

No puedo evitar pensar en lo triste que es que su espíritu se haya resistido a marcharse por una simple foto. ¿De verdad las razones

para quedarnos pueden ser tan nimias? No puede ser, tiene que haber algo más.

Yelina añade:

—Por supuesto que te ayudaremos. Al fin y al cabo, todos tenemos el objetivo de pasar a mejor vida.

El rostro de Charlie se relaja de alivio.

—He buscado a fondo en Harlow, así que dudo que esté aquí. Tengo la sensación de que la escondió por algún lugar de Bakersville, pero no sé qué sitios frecuentaba.

Se me congelan las venas como si fueran un riachuelo en invierno. Sé de un lugar donde podemos buscar.

—El mirador —murmuro.

Poppie me mira.

—¿El qué?

—Sé por dónde podemos empezar la búsqueda. —Me levanto, ansioso por ponernos en marcha y ayudar a Charlie a encontrar la paz que tanto merece. Esta puede ser la respuesta que estábamos buscando. Si encontrar la bandolera le permite trascender, por fin tendremos por dónde empezar a investigar.

Si con ver la foto es suficiente para él, quizá a mí me baste con cumplir con la lista de cosas que hacer antes de morir. Vacilante, alzo la vista hacia Ophelia. Está tan rota como yo. Quizá podamos encontrar la paz juntos.

Ella nota las ganas que tengo de encontrar la foto. Me mira con ternura y se levanta mientras dice:

—Vamos a ver qué encontramos.



Ophelia toma prestada una camiseta holgada de color crema de Poppie y unos vaqueros de cintura alta de Yelina. Se mete la parte delantera de la camiseta por dentro y se recoge el pelo con un coletero de flores rosas y beis.

Me quedo mirándola mientras se acerca a mí con dos vasos de papel en la mano, admirando sus tatuajes y preguntándome si soy la polilla o la mariposa.

Hemos aparcado en la calle principal y hemos decidido darnos un capricho ya que estábamos aquí. Yo me he quedado esperando en el banco donde me suelo sentar cuando me apetece observar a la gente. Cinco años. Sigue siendo igual que cuando estaba vivo. La vida tranquila de un pueblo pequeño, las sonrisas desestresadas de los lugareños que disfrutan de este lugar apacible. Los envidio a ellos y al hecho de que ignoren que hay fantasmas observando su día a día.

—Aquí tienes: café solo, tal y como te gusta, por incomprensible que sea. —Ophelia me tiende el vaso y yo le sonrío.

—Es cuestión de gustos —respondo haciéndome el digno. Ella frunce el ceño y pone los ojos en blanco antes de que le dé un codazo—. Es un pueblo muy bonito, ¿verdad?

Ella da un sorbo de café y asiente mientras mira las tiendas.

—Es una pena que todas las desgracias que han sucedido hayan manchado su nombre. He oído que el turismo se resintió y que algunas tiendas sufrieron las consecuencias. Pero el Festival de Otoño sigue siendo un éxito.

—Estás muy al día de lo que se comenta por el pueblo, ¿no? Empiezo a pensar que mi nueva compi de habitación se pasa el día

en el bar. —Le guiño un ojo cuando me fulmina con la mirada y su expresión se relaja de nuevo.

—En realidad, me suele gustar más pasarme el día en la cafetería. Es bonito ver a amigas reunirse después de mucho tiempo sin verse o a hermanas comiendo algo juntas en el descanso del trabajo. —Sonríe con los labios pegados a la tapa del café—. Es una excelente forma de ponerse al día.

Asiento. Somos tan parecidos y tan diferentes. A mí me gusta sentarme en este banco que siempre está vacío y disfrutar del silencio, mientras que ella pasa el rato en cafeterías concurridas para disfrutar de la energía que desprende la gente cuando charla y ríe en compañía.

Ella es la luz. Yo soy la oscuridad.

«Ella es la mariposa», concluyo. «Yo soy la polilla».

La verdadera pregunta es: ¿nos atraparemos algún día o seguiremos persiguiéndonos en un lúgubre ciclo sin fin? Supongo que el tiempo lo dirá, pero no tengo prisa. Estoy disfrutando bastante de este viaje que he emprendido con ella.

Cuando dejo de darle vueltas, me giro hacia ella y veo que sus suaves ojos marrones y verdes me están mirando. Rápidamente, aparta la mirada, como si la hubiera pillado infraganti, y oculto mi sonrisa dando un largo trago de café.

Es lo único que se me ocurre para no besarla. Las miradas furtivas que me echa me acaloran y me encienden por dentro. Quiero cogerle la mano y susurrarle palabras dulces, posar los labios en su cuello y darle un mordisquito suave para que se retuerza.

«Espera, quieto ahí. Ahora mismo no es momento de pensar en eso».

Me aclaro la garganta.

—Bueno, ¿vamos al mirador? —pregunto con voz ronca, y me pongo en pie a toda prisa. Ella se levanta un segundo después y me alcanza.

Caminamos por la calle principal, pasando por tiendas y salones antes de llegar al barrio residencial. Luego andamos unas cuantas manzanas hasta que llegamos al pie del acantilado. Tengo las escaleras de cemento grabadas en mi memoria. He venido muchas veces, en vida y después de morir. Recuerdo cada arbusto, cada farola y cada grieta, y me fijo en las nuevas que se han formado con los años.

Mis ojos siempre se desvían hacia el apartamento en el que nos alojamos Wynn y yo antes de que todo acabara. El propietario vendió el edificio hace unos años y ahora no es más que un trastero.

Alzo la mirada frente a la escalera, hacia la barandilla del mirador que hay arriba. La nostalgia me invade. Me asaltan pensamientos sobre Liam y Wynn, tatuajes y pelo rosa.

—¿Estás bien? —La mano de Ophelia me acaricia el costado del brazo y me devuelve al presente—. Pasó ahí arriba, ¿verdad? —pregunta con cuidado.

Asiento con tristeza y murmuro:

—Sí, y he venido por aquí muchas veces desde entonces. Me siento tan… —Hago una pausa porque no encuentro la palabra.

Ella me dedica una leve sonrisa.

—¿Triste?

—Sí…, supongo que sí. —Se acerca bastante, pero hay otras emociones entremezcladas con la tristeza.

—No pasa nada por estar triste, Lanston. —Me aprieta el brazo para transmitirme su apoyo y luego empieza a subir los escalones mientras dice—: Yo también estoy triste, más de lo que me atrevo a admitir.

La sigo y trato de concentrarme en buscar entre la maleza cualquier indicio de una bandolera. Aunque, ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que mi idea ha sido absurda. ¿Cómo voy a encontrar una bolsa escondida por aquí después de tantos años? Si la hubiera dejado en este sitio, a estas alturas ya la habría encontrado alguien o habría sido destruida por el entorno.

—¿Sí? ¿Por qué? —pregunto distraídamente, sin dejar de buscar. Por algún motivo, no puedo evitar acabar mirándola a ella.

Se detiene en cuanto llegamos al aparcamiento de la cima y se gira, lanzándome una mirada inquisitiva.

—Estoy triste porque desearía que no hubieras muerto aquí, Lanston. —Se queda mirando el campo—. Pero eso es justo lo que pasó.

Una brisa fresca me revuelve el pelo y me provoca un escalofrío.

—Pues sí.

—Y ahora nos toca vivir con las consecuencias. —Ophelia me mira, estoica. El viento le revuelve el pelo por encima del hombro—. Me alegro de haberte conocido como espíritu. Eres la primera persona que me hace sentir… —Frunce el ceño mientras piensa.

—¿Menos sola? —Doy un paso hacia ella. En este momento, la tierra podría inclinarse sobre su eje, y aun así no me movería de donde estoy, de donde está ella, a escasos centímetros de mí.

Sus facciones se suavizan.

—Como si nunca hubiera estado sola —confiesa, y se acerca, eliminando el espacio que nos separa. Los últimos rayos del atardecer nos acarician las mejillas.

Despega los labios y me mira con los ojos pesarosos.

Quiero besarla. De forma desesperada. Pero no quiero arruinar la poca confianza que ya tenemos. Así que esbozo una media sonrisa y desvío la mirada hacia el aparcamiento.

—Echemos un vistazo alrededor del muro de contención y del aparcamiento —propongo. Sueno decepcionado conmigo mismo.

Ella frunce el ceño y me doy cuenta de que la he hecho sentir indeseada. «Mierda». Llevo mucho tiempo en el banquillo en cuanto a esto de ligar. Abro la boca para decir algo, lo que sea, con intención de acabar con el incómodo silencio en el que nos hemos sumido, pero ella se gira bruscamente y se adelanta:

—Genial. Yo voy a mirar por ahí —dice con un tono frío.

«La madre que me…».

14

Ophelia

No hay nada de malo en mí, solamente está siendo educado, cortés. Lanston no es el tipo de tío que te come la boca al tercer día de conocerte.

Exhalo un suspiro.

Tengo que repetírmelo varias veces mientras busco una bandolera que lleva perdida quince años. Encima ya se ha hecho de noche. Buscamos durante más de media hora antes de reunirnos en lo alto de la escalera, donde la única fuente de luz proviene de las farolas. Lanston me está esperando, inclinado sobre la barandilla.

Es cierto que está atrapado en su pasado. Lo observo mientras me acerco, tratando de imaginármelo antes. Parece el tipo de persona que siempre iba con una sonrisa en la boca, el alma de la fiesta.

No puedo evitar sonreír al ocurrírseme algo que podría animarlo.

Paso a su lado y empiezo a bajar las escaleras. Echo una mirada por encima del hombro y veo que me está mirando. Tiene cara de confusión, pero solo le dura un segundo, luego capta mi sonrisa maliciosa y se aleja de la barandilla.

—¿Adónde vas? —me grita, pero yo acelero el paso y oigo cómo él también se pone a bajar más rápido.

Me cuesta contener la risa, pero lo consigo concentrándome en cada paso. En cuanto mis pies tocan el suelo de la calle, echo a

correr hacia un callejón.

Reduzco la velocidad al pasar por una casita amarilla con un patio trasero lleno de trastos. En el centro hay un viejo columpio con dos asientos. Mis pies vacilan al contemplar ese entorno que me resulta tan familiar: el aspecto descuidado de la casa y el desorden que se ha ido acumulando con el paso del tiempo.

En mi casa teníamos exactamente el mismo columpio. Las cadenas se mueven con la brisa. Oigo los pasos de Lanston acercándose, pero no me giro a verlo cuando reduce la velocidad. Se queda a mi lado; solo su respiración perturba el aire frío de la noche. Emana calor y su cautivador aroma a papel me invade los sentidos.

Aprieto la mandíbula y me niego a apartar la mirada del columpio.

—¿Qué pasa? —pregunta agachándose y agarrándome de los brazos para que nuestras caras estén a la misma altura. Me examina en busca de alguna herida, pero, al no encontrar ninguna, se centra en mis ojos.

Me obligo a aflojar la mandíbula y me muerdo el labio inferior. ¿Por qué me perturba tanto el columpio? Siento un nudo en el estómago.

Él sigue la dirección de mis ojos y lo observa. Afloja su agarre, pero no me suelta. En lugar de eso, me atrae hacia él y me abraza con fuerza. Me sorprende tanto que se me escapa un grito ahogado que queda atrapado en la tela de su jersey. Con una mano me sujeta por la espalda, manteniéndome cerca de su pecho, mientras que con la otra me acaricia la nuca. Apoya la cabeza sobre la mía y yo abro mucho los ojos.

Las lágrimas empiezan a caer y acaban en su jersey. No me había dado cuenta de que se me estaban llenando los ojos de agua.

—No pasa nada por estar triste, mi dulce rosa —susurra, y el sonido de su voz es lo único que oigo en este mundo tan oscuro.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que me abrazaron así? Cierro los ojos y decido que no me importa. No quiero recordar nada más que esto, que a él.

Levanto las manos y las apoyo en sus omóplatos, abrazándolo con el mismo cariño con el que él me abraza a mí. El calor de su pecho me transmite una sensación de seguridad.

Me da un beso en la coronilla y se aleja con cuidado. Menea la cabeza mientras esboza una sonrisa triste.

—¿Quieres contarme qué te pasa?

Es imposible no devolverle la sonrisa a un hombre como Lanston Nevers.

—Yo te cuento lo mío si tú me cuentas lo tuyo —contesto en voz baja, como si alguien pudiera oírnos.

Lanston me acaricia la mejilla con el pulgar y siento un calor que me ruboriza.

—Trato hecho. —Mira hacia el tejado de la casa y luego hacia mí —. ¿Alguna vez te has sentado en un tejado?

Esbozo una media sonrisa.

—Por supuesto.

—Ven, te ayudo a subir.

Ni siquiera se molesta en preguntar, me agarra de la mano y nos guía hasta el lateral de la casa amarilla. Me sube a un cubo de basura y consigo trepar desde allí. Él no tiene problema para subir por su cuenta y señala con la cabeza el centro del tejado, que es también la parte más alta.

Nos sentamos juntos, tocándonos de hombros y con las manos entrelazadas. Ya casi había olvidado para qué hemos subido, pero entonces él rompe el silencio:

—No dejo de pensar en que nunca podré crear nuevos recuerdos con ellos. —Mi corazón se rompe al escuchar la tristeza en su voz. Bajo la mirada hacia nuestras manos entrelazadas, con los dedos acariciándose suavemente—. Nunca llegué a ser más que el hijo problemático. El amigo que murió.

Respiro hondo y miro al cielo, cubierto de nubes y estrellas.

—Estoy segura de que eso no es cierto —le digo con delicadeza.

Él apoya su cabeza contra la mía y murmura:

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Tu mente te miente más que nadie, Lanston. No eras problemático y no eres solo «el amigo que murió». —Hago una pausa para que lo asimile—. Eres un héroe. ¿Por qué eres el único que no lo ve?

Él suelta una risa cansada.

—Porque no me siento como un héroe. Solo soy… yo. Triste. Deprimido… Muerto.

—Te lo recordaré durante el resto de mis días si es necesario —lo amenazo. No dice nada, pero siento su sonrisa contra mi hombro.

—Podría acostumbrarme.

—Estoy segura de que sí.

—Ahora tú.

Se me revuelve el estómago y vuelvo a mirar hacia el columpio de abajo. Me quedo un instante pensando, atrapada en un lugar que había olvidado o, más bien, que había decidido dejar atrás.

Lanston cambia de posición para apoyar la barbilla en mi hombro. Noto que me roza la oreja con los labios. Nuestras manos entrelazadas sobre su muslo arden con más intensidad.

—¿Tiene que ver con tu asesinato? —pregunta.

Mis ojos se cierran instintivamente ante esa palabra.

—En realidad, no, pero supongo que ahí es donde empezó todo.

Está tan cerca que siento cómo toma aire cada vez que respira, y eso me provoca escalofríos. Anhelo este tipo de afecto. El que es paciente y atento. Silencioso, pero fuerte en todos los demás sentidos.

Trago saliva.

—Mis padres tenían un columpio igual que ese. Y un jardín lleno de trastos también. Cuando me portaba mal, mi madrastra me dejaba sola en el jardín durante horas y cerraba la casa para que no pudiera entrar. Esperaba sentada en el columpio tanto tiempo que se me quedaba la marca en los muslos. —Siento un nudo en la garganta y sé que no puedo tragármelo—. Con el paso de los años y al hacerme mayor, lo que hacía era marcharme e irme a casa de algún amigo. Pero nunca olvidé el columpio ni el tiempo que pasé sentada allí, preguntándome por qué era tan mala. Lo intentaba de verdad. Me decía a mí misma: «Mañana seré mejor. Puedo cambiar».

Lanston levanta la cabeza de mi hombro y sé que me está mirando, pero no estoy preparada para encontrarme con sus ojos.

Suelto una risa triste y amarga.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que ellos entendían como portarme mal el hecho de hacer las típicas tonterías que hace cualquier niña. Empecé a odiar aquellas cosas que no podía cambiar

de mí misma. Sobre todo mi deseo de cantar y bailar. Empecé a odiarme a mí misma.

Me aprieta la mano con más fuerza, y solo entonces lo miro a los ojos. Están llenos de muchas palabras, muchas disculpas que nadie más me dijo a pesar de necesitarlas.

—Los columpios te recuerdan a tu infancia robada —dice finalmente.

Reflexiono sobre esa afirmación y luego asiento con la cabeza.

Desde aquí arriba empiezo a fijarme en lo pequeño que es el columpio en realidad. Lo insignificante e irrelevante que parece, a pesar del efecto que tiene en mí. Creo que sobre todo me hace sentir sola. Me recuerda a las horas de lágrimas y dedos fríos agarrados con fuerza a las cadenas.

—Cuando lo miro, el rechazo y la sensación de abandono vuelven. Y todo el progreso interno que he logrado se esfuma.

Silencio.

Lanston se pone de pie de un salto. Levanto la cabeza hacia él siguiendo el movimiento. Las lágrimas que habían comenzado a brotar de mis ojos se secan al instante. Me agarra del brazo y me levanta antes de que pueda pronunciar palabra.

—¡Vamos a destrozar ese columpio! —le grita al universo, levantando la barbilla de forma dramática, antes de volver a mirarme. De repente, me coge en brazos y empieza a correr por el tejado.

Yo suelto un chillido y me aferro a sus hombros.

—¡Lanston! —grito entre risas.

Pero él no se detiene. Salta del tejado, riendo como un completo psicópata, y aterriza sobre ambos pies. A medida que el aire frío de

la noche se disipa, un calorcito me recorre las venas.

Me deja en el suelo y coge un bate de uno de los montones de trastos del patio.

—Toma. Dale fuerte. —Su sonrisa es luminosa y despreocupada.

—¿Por qué? Esto es una locura…

—Te prometo que te sentirás mejor.

Me quedo mirándolo un momento, luego suspiro y agarro el bate de madera.

—Está bien. Pero me tienes que ayudar.

Él echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Te aseguro que no pensaba quedarme al margen. —Me guiña un ojo y coge un tubo largo.

Los siguientes cinco minutos son los mejores de mi vida. La descarga absoluta de adrenalina que me inunda las venas es embriagadora. La sangre se me sube a la cabeza y se me escapa la risa. Doy golpes con el bate como nunca antes lo había hecho. El columpio se va rompiendo en pedazos que se esparcen por todo el patio.

Lanston se ríe a mi lado, bateando con la misma fuerza y rompiendo las patas de la estructura de metal. Se le levanta la camiseta con cada golpe y observo que sus músculos se contraen y se estiran, impecables. Tiene la espalda definida y una pequeña marca roja y redonda en el centro que me detiene el corazón.

«El rastro de su muerte».

Ese triste pensamiento solo dura un segundo, porque su sonrisa maniaca y de oreja a oreja me devuelve al presente. Tira el tubo y me arrebata el bate de las manos para lanzarlo hacia atrás. Después me coge de la mano.

Vuelvo a reírme a carcajadas.

—¿Qué haces?

Tira de mí para que lo siga. Dos fantasmas corriendo por un callejón oscuro en mitad de la noche.

—¡Acabamos de destrozar una propiedad privada, tenemos que largarnos de aquí cagando leches! —grita.

Lanston sabe tan bien como yo que el columpio está intacto en el lado de los vivos. Nuestras locuras no nos pasan factura, pero le sigo el juego porque esta es, sin duda, la mejor noche de mi vida.

No dejamos de correr hasta llegar a su moto, en la calle principal. Durante el camino de vuelta a Harlow, me agarro a él con más fuerza de lo habitual y me paso todo el viaje con una sonrisa que me calienta el alma.

15

Ophelia

Llegamos a Harlow con las manos vacías, pero con el ánimo por las nubes.

Espero que Yelina y Poppie hayan tenido más suerte buscando por el campo de flores de luna, pero no tengo muchas esperanzas.

Pobre Charlie. La verdad es que lleva mucho tiempo merodeando por estos lares.

Lanston aparca en la entrada; no hay ni una sola luz encendida en la mansión, lo que hace que la niebla que se filtra entre los pinos en la distancia resulte aún más inquietante.

—Sabía que había pocas posibilidades, pero aun así me decepciona que no hayamos encontrado nada —digo mientras caminamos hacia la puerta principal.

Lanston me ofrece su mano y una sonrisilla se dibuja en mi sombría expresión.

—Hay otro lugar en el que podemos buscar. Aunque no tengo muchas esperanzas.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Ven, te lo enseño. —Lanston nos lleva por el lado del edificio y de vuelta hacia el invernadero. Pasamos junto a las plantas y vamos directos hacia la parte trasera.

Ayer no vi esa puerta por culpa de los helechos que la cubrían. Pero ahí está. El pomo es de latón y parece oxidado por falta de uso. Lanston lo gira y tiene que empujar la manija varias veces para que se abra.

—Un lugar muy agradable —digo arrugando la nariz por el olor a moho que llega del otro lado.

—No te haces una idea —dice él en voz baja mientras entra en la habitación. Enciende la única bombilla que cuelga de un cable en el techo. Es un lugar lúgubre y está cubierto de polvo. En el centro hay un desagüe oxidado.

—Por Dios, esto da asco. —Me tapo la boca y miro con recelo las estanterías repletas de cosas que nadie ha tocado en años, cajas y cajones llenos de papeles y herramientas de jardinería.

Mientras mis ojos recorren las estanterías, me fijo en que hay un perchero con chaquetas colgadas. Parece que podría haber algo debajo de ellas.

Le aprieto la mano a Lanston y él sigue la dirección de mi mirada.

—No puede ser —dice escéptico. Se dirige hacia el perchero y levanta la primera chaqueta, con cuidado de no mancharse de polvo o suciedad. El abrigo negro cae al suelo y el siguiente es marrón; luego hay un cárdigan de mujer.

Y, debajo, una bandolera de piel visiblemente gastada.

Los dos nos quedamos paralizados. Lanston me mira con expresión incrédula.

—¿Me estás diciendo en serio que lleva todo este tiempo aquí? —digo con tristeza.

Lanston asiente mientras la coge.

—Los mejores escondites son aquellos que están a la vista. Crosby venía aquí a menudo para castigar a Liam.

Se me revuelve el estómago al imaginarlo. No los conozco, ni sé en qué consistía el castigo, pero las manchas rojas en el suelo de cemento sugieren atrocidades.

Volvemos a Harlow a paso ligero, ansiosos por salir de ese lugar.

El pasillo que conduce a la sala de música está vacío. Todos los demás fantasmas deben de estar dormidos a estas horas. Aunque llegamos mucho más tarde de lo que dijimos, Yelina y Poppie nos esperan dentro, tumbadas en el suelo, con Charlie frente a ellas jugando al ajedrez. La chimenea de la esquina proyecta una luz cálida sobre ellos. El ambiente tranquilo y acogedor junto a las copas de vino y a sus sonrisas medio ebrias lo hace digno de ser pintado. Una escena que se podría encontrar en un museo, donde solo unas pocas personas se paran a mirar.

Los tres levantan la cabeza y veo cómo la incredulidad se extiende por sus rostros. Charlie se incorpora con los codos.

Lanston cruza la habitación y se arrodilla para entregarle la bolsa a su legítimo propietario. Charlie duda al principio, casi negándose a asumir que la hayamos encontrado. O tal vez sea el miedo a lo que le espera si esa foto le permite pasar al otro lado.

Me siento junto a Lanston y Poppie. Noto que tengo la respiración acelerada por la emoción y la incertidumbre mientras Charlie abre lentamente su bandolera.

Sus ojos marrones se relajan al reconocer el contenido.

—Es la mía —susurra.

El silencio que sigue es denso; ninguno de nosotros se atreve a respirar mientras saca unas gafas, un libro viejo y luego una

fotografía descolorida. La sostiene a la luz de la chimenea y las lágrimas le caen por las mejillas.

—Mi amor… —Su voz es débil. Aprieta la foto contra el pecho como si no pudiera soportar estar separado de ella ni un segundo más.

Admiro su devoción por ella. Su amor es inagotable, incluso después de tantos años. Mis ojos se desvían hacia Lanston. Desde donde estoy sentada, le veo el cuello y la parte posterior de la mandíbula. Todo en él me resulta cautivador. Me imagino cómo sería que él me amara tanto como Charlie a su prometida. Que anhelara mi presencia todos los días a todas horas. ¿Trazaría círculos en mi piel con los dedos? ¿Me comería el cuello a besos?

Lanston debe de percibir que lo estoy observando, porque se gira y me mira a los ojos. Su mirada me atraviesa el alma. En sus ojos color avellana veo miles de brasas titilando. Me encantaría besarlo y olvidarme del resto del mundo, porque en este momento no estoy segura de que nada más importe.

Solo él.

Yelina ahoga un grito.

—Charlie, ¿qué está pasando?

El pánico en su voz atrae nuestra atención hacia él. Lo miro estupefacta.

Está desapareciendo, pero se le ve completamente en paz y tiene una sonrisa reconfortante.

—Por fin estoy listo —dice. Nunca había oído una voz tan tranquila. Nos mira a cada uno de nosotros y cierra los ojos—. Gracias por ayudarme a pasar al otro lado. Ojalá nos volvamos a ver.

Poppie rompe a llorar y le agarra las manos.

—¡Ay, Charlie, por supuesto que sí! Te buscaré, jugaremos al ajedrez y nos contaremos historias como siempre hemos hecho. —Se seca los ojos con la manga. Yelina abraza a su amiga mientras contiene las lágrimas.

Charlie se inclina hacia delante y les sonríe con tristeza.

—Quizá algún día. Adiós.

Su espíritu se desvanece hasta que no queda nada de él, y los cuatro nos quedamos mirando el lugar donde estaba hace un instante. Ha sido bonito y apacible. Entonces, ¿por qué tengo un nudo en la garganta? El miedo me invade el pecho y se enreda en mis venas como una serpiente.

¿Cómo sabemos que todos vamos a irnos así? ¿Y si somos malos? ¿Adónde van las personas malas? Trago saliva e intento mantener los nervios bajo control.

Solo se oye el suave llanto de Poppie.

—Es la primera vez que veo a alguien pasar al otro lado —digo rompiendo el silencio. Los tres me miran, pero nadie dice nada.

Seguramente, todos debemos de estar pensando lo mismo.

¿Qué viene después?



A la deriva.

Así es como llamo a esta sensación rara que al parecer estamos experimentando, sumergidos en nuestros pensamientos como en las profundidades de un lago. A veces parece como si unas piedras nos tiraran de las piernas, dificultándonos escuchar lo que pasa en la superficie.

Es como si nos estuviéramos ahogando, lentamente y sin darnos cuenta.

Es aterrador sentir que te vas perdiendo poco a poco.

Lanston lleva horas de pie junto a la ventana. El sol está a punto de salir. Lo observo con curiosidad. Tiene la gorra en el borde de la cama. Sin ella está más guapo. Parece una hermosa estatua mirando hacia lo desconocido. Su piel es suave y tersa, y su rostro, afilado y anguloso.

Está taciturno desde que hemos vuelto a su habitación. La muerte de Charlie también ha sido difícil de asimilar para Poppie y Yelina. Me pregunto cómo lo llevará Jericho. Quizá ponga en práctica nuevas ideas para ayudar a los fantasmas a pasar al otro lado. Desempeña una gran labor en este sitio. Sin cobrar, cabe añadir. Pero se nota que le gusta y que se entrega en cuerpo y alma. Se nota por la forma en que recorre los pasillos, supongo que siguiendo los mismos patrones y rutinas que cuando estaba vivo.

Con el tiempo, nos cansamos de este mundo en el que nadie nos puede encontrar.

Queremos irnos.

Los hombros encorvados de Lanston me dicen que él es uno de los que quiere desaparecer y pasar a lo que sea que haya después. Un pensamiento triste me invade. «Nunca podremos estar juntos. Yo quiero quedarme». Si hay algo de lo que estoy segura, es de que no puedo irme. Los Que Susurran me han dicho adónde van las personas como yo. No pienso ir ahí.

La pena se adensa en mi interior y me vacía el corazón. ¿Por qué he venido a este sitio? ¿Por qué este hombre me resulta tan adictivo que no consigo mantener las distancias? «No. Debo volver a casa».

Es mejor así. Por mucho que desee estar cerca de él.

Me recuesto en la cama y giro la cabeza hacia el lado derecho. Su mesita de noche está vacía, pero al verla recuerdo que dejó su bloc de dibujo en el cajón. Echo un vistazo rápido para asegurarme de que no va a salir de su ensimismamiento pronto. El cajón se abre sin hacer ruido y, en silencio, saco la libreta repleta de papeles.

La encuadernación es antigua, de esas que te hacen sentir como si estuvieras en otra época, a la luz de las velas.

La abro con impaciencia y arqueo las cejas al ver las manchas negras y calcáreas que cubren las páginas. Son dibujos de criaturas desoladas y siniestras. La primera parece un alce con unos cuernos largos y enredados que se curvan por encima de la cabeza de la criatura. El cuerpo es ligero, como si la piel solo fuera una fina sábana cubriendo los huesos, sin músculos ni carne entre ellos.

Una criatura que es solo piel y huesos, con los ojos hundidos e insomnes.

A pesar de ser aterrador, me parece un dibujo precioso. Muestra una triste historia que no se ha llegado a contar.

«Yo te escucho». Paso los dedos por la superficie de la página, con cuidado de no embadurnar el carboncillo. Una sombra se mueve sobre las páginas y levanto la vista para encontrarme con los ojos cansados de Lanston. No hay ni una pizca de ira, solo comprensión por mi curiosidad y quizá también algo de vulnerabilidad.

—¿Qué ves? —pregunta con la voz quebrada.

Aparto la mirada al responder:

—Veo a un hombre cansado. Apenas puede sostenerse y lleva una piel falsa para ocultar lo que hay debajo. Una fachada.

Él no responde, pero parpadea mientras aprieta la mandíbula.

—Pero ya no necesita esconderse. Sus pies ya son visibles; solo tiene que dar un paso hacia el mundo que más teme —digo en voz baja, y algo cambia dentro de mí al ver cómo la esperanza vuelve a sus ojos.

Quizá si lo hubiera conocido antes, Los Que Susurran no me habrían encontrado.

Quizá le habría pedido hacer una lista conjunta de cosas que hacer antes de morir.

—Ophelia —dice con voz profunda y suave. Me tiende la mano y yo me quedo mirando sus hermosos dedos, callosos como los de un artista—. Ven conmigo a explorar el mundo.

Todo se detiene y mi corazón se rompe. No puedo ir con él. Me da miedo lo que me espera. Levanto la mirada y encuentro un millón de deseos en sus ojos. Mi mano se mueve por voluntad propia y le acaricia la mejilla.

—¿Por qué yo? —le pregunto. Me cuesta respirar.

Lanston se ríe.

—¿Cómo que por qué? Me gustas y… nos lo pasamos genial juntos. No recuerdo la última vez que me reí tanto con alguien —admite.

Niego con la cabeza

—No sé… No soy muy de viajar. —Se le levanta la comisura de los labios y me tira de la mano para que me levante.

—Bueno, ¿y si hacemos una lista de cosas que hacer antes de morir? Quizá si lo ves sobre el papel cambies de opinión. —Su voz está llena de esperanza, y el temor de decepcionarlo se apodera aún más de mí. Es como una barra de acero que me perfora los órganos.

Me suelta la mano y coge su cuaderno. Busca una página en blanco antes de sentarse en la cama. Da unas palmaditas en el centro del colchón para que me siente con él. Sonrío débilmente y accedo.

Nos sentamos en la penumbra, con solo una lámpara y la luz de la luna que entra por la ventana iluminando la página. Vamos bebiendo café mientras hacemos una lista cutre de cosas que queríamos hacer en vida:

Lista de cosas que hacer antes de morir de Lanston y Ophelia

Ir a París
Navegar en un yate
Practicar baile de salón
Beber en la playa por la noche / acampar
Viajar en tren a un lugar desconocido
Visitar la biblioteca del Trinity College en Irlanda
Salvar una planta abandonada

Ver nuestros objetivos mezclados así me tranquiliza. Parecen los planes de una parejita enamorada para su luna de miel. O sus sueños garabateados en la servilleta de una cafetería. Pienso en lo mucho que debe de significar esta lista para él. Para encontrar la paz.

Hago una mueca ante el último punto. Lanston se encoge de hombros y dice con naturalidad:

—Me has inspirado.

Sonrío y levanto el meñique.

—¿Me prometes que salvarás una?

Su sonrisa es lenta y pensativa, luego su meñique se une al mío y la calidez florece entre nosotros.

—Ya estoy planeando robar una regadera.

Los ojos de Lanston están enrojecidos, se le nota el cansancio. Sonrío a pesar de la angustia.

No puedo decirle que me voy.

Me mira los labios y se queda unos segundos así hasta que, finalmente, susurra:

—¿Te quedas conmigo?

«¿Me quedo?».

Se recuesta sobre las almohadas y entonces lo entiendo. Sonrío y asiento, aparto las sábanas, me acurruco a su lado y apago la lámpara de la mesilla. Nos miramos con las frentes casi tocándose.

—Lo de antes iba en serio, ¿eh? —dice en voz baja.

—¿El qué?

—Que me gustas. —Tiene los ojos entrecerrados y una sonrisa somnolienta que basta para pararme el corazón.

«No debería haber venido aquí con él».

—Tú también me gustas, Lanston —susurro con un tono culpable.

Él se limita a reírse un poco, me abraza y me da un beso en la coronilla.

—¿Me lo prometes?

Trago saliva.

—Sí.

Se hace el silencio. Su respiración se vuelve pesada.

Me giro lentamente hacia atrás y levanto la vista. Sus pestañas revolotean con el movimiento de los párpados. Está empezando a soñar. Me deslizo entre sus brazos con cuidado y me siento en el borde de la cama. Lo miro, muy consciente de que estoy haciendo exactamente lo mismo que él hizo hace un par de noches y que a mí me molestó. Su belleza atrae las miradas. La tristeza en su rostro dormido pide atención.

—Espero que encuentres todo lo que te mereces en este mundo —le susurro, con los labios tan cerca de los suyos que temo que se despierte. Mi voz apagada es absorbida por su mente soñadora—. Lo siento.

Su rostro no muestra ninguna reacción; no ha oído nada, pero me siento mejor por haberlo dicho.

—Eres un ser formidable, Lanston. Aunque tú te veas como un lobo con la piel fina y raída, yo veo el cálido pelaje blanco que hay debajo. Solo tienes miedo de que los demás vean tu belleza. Ignora ese miedo. Déjate llevar.

Le doy un beso en la frente y paso los dedos por su suave cabello castaño claro.

—Ophelia… —murmura Lanston en voz baja, soñando.

Mi sonrisa se desvanece y le acaricio la mejilla por última vez antes de levantarme y salir de la habitación. Cruzo las puertas de Harlow Sanctum y recorro el largo camino de entrada hasta la verja. Mis pies me llevan a cruzar pueblos y puentes hasta que vuelvo a encontrarme dentro de mi oscuro teatro de ópera.

No puedo marcharme. Soy una fantasma destinada a quedarse aquí, a rondar los lugares abandonados y solitarios del universo. No

habrá rincón oscuro en el que yo no esté presente. Porque pienso quedarme aquí.

—Espero que siga la lista de cosas que hacer antes de morir y encuentre la paz —le susurro a una de mis plantas.

Mi iPod es de primera generación y apenas funciona, pero pongo mi canción favorita para esos momentos en los que me odio a mí misma: «Ava», de Famy. Luego me subo al desgastado escenario y bailo sola.

Sola, como siempre he estado, como me desprecio por estar.

Pero es mejor así.

16

Lanston

La desesperación me consume mientras la busco.

Anoche la estreché entre mis brazos, pero, cuando he despertado, estaban vacíos y Ophelia se había ido. Un escalofrío me recorre las venas.

Ella no se iría así. No sería capaz.

Normalmente se me da bien reprimir emociones, pero ella ha sabido llegarme al alma y remover viejas heridas. Tengo la lista de cosas que hacer antes de morir arrugada en la mano. La aprieto con fuerza mientras busco en todos los sitios que se me ocurren. Termino mi búsqueda en el vestíbulo. Muy a mi pesar, llego a la conclusión de que no está aquí.

¿Esperó a que me durmiera para marcharse? ¿Por qué me duele tanto que lo hiciera así?

¿Por qué todas las personas por las que siento algo se terminan marchando?

Se me revuelven las tripas mientras la rabia y la tristeza me ciegan la mente. Me tapo la cara con las manos. «Abandono». Mi debilidad. Mi eterna cicatriz. Duele casi tanto como la puta bala que me mató. Ahora mismo tengo más emociones dolorosas de las que he sentido en años.

«Me ha abandonado».

Siempre soy el que se queda atrás.



Los días que quedan de primavera transcurren con lentitud. La luna pasa por sus fases y más fantasmas comienzan a abandonar Harlow.

«Es culpa suya», pienso para mis adentros, cansado y medio borracho de ron. Me he bebido la botella que tenía guardada. Frunzo el ceño mientras miro los libros apilados en la esquina de la habitación. Me los he leído ya cuatro veces; necesito ir a la librería. Suspiro y me recuesto contra la pared, con las palmas apoyadas en las frías baldosas del suelo.

Jericho se inspiró en la idea de la lista que tuvo Ophelia y en la capacidad de Charlie para trascender después de encontrar aquella foto. Tanto es así que lo ha implementado en su programa. Quiere que los fantasmas sigan adelante y encuentren sus razones, pero eso solo hace que drenar lo que queda de Harlow. Los pasillos se han quedado vacíos y en las terapias grupales ahora hay asientos libres.

Yelina y Poppie han decidido quedarse, pero son de las pocas que siguen por aquí. La mirada de Jericho ha cambiado, ahora veo en él un anhelo por el mundo más allá de estas paredes.

Me temo que pronto él también querrá seguir el curso de la muerte.

«La culpa de que Harlow esté cambiando es de ella», pienso mientras curioseo en la librería. Los demás clientes no tienen ni idea de mi existencia ni de mi presencia. Cada libro que saco de la

estantería es muy real para mí, pero, cuando vuelvo a mirar la balda, el original sigue en el mismo sitio, como si no lo hubiera tocado. Mi incapacidad para alcanzar el mundo de los vivos me desgarra y crea nuevas heridas sobre las que ya habían cicatrizado.

Un libro me llama la atención. Tiene una cubierta oscura y una estética muy gótica. Sonrío al pensar en lo mucho que le gustaría a Ophelia. Siento un dolor persistente en la mandíbula al apretar los dientes. Estoy enfadado con ella, pero lo cojo porque sé que le encantaría. Por si vuelvo a verla; un pensamiento que me irrita y llena el vacío que dejó en mi pecho.

A veces, finjo pasar por caja y pagar como una persona normal, pero hoy me siento bastante sombrío. Salgo de la librería con un puñado de libros en la mochila y miro por encima del hombro para asegurarme de que nadie me ha visto. No. Claro que no.

Mis piernas me llevan de vuelta al callejón que conduce al mirador, pero, en lugar de dirigirme a la cima como haría normalmente, me detengo en el columpio que tantos malos recuerdos le trajo a Ophelia. Aunque lo destrozamos por completo, vuelve a estar como estaba. De hecho, ya estaba así cuando huimos aquella noche.

Contemplo las viejas cadenas y el asiento de plástico durante un buen rato antes de permitirme sentarme. Me invade la nostalgia. De todas las veces que estuve solo en el patio del colegio, incluso después del horario escolar, cuando huía de casa para evitar la crueldad de mi padre.

¿Ella tenía pensamientos similares? Puede que peores.

Me aferro a las cadenas y empujo el suelo para que el columpio se mueva. No hace ni pizca de aire, pero ese leve balanceo calma algo dentro de mí. Miro el asiento que hay a mi lado. Su ausencia crea un

nuevo agujero en mi pecho. Uno mucho más profundo y doloroso de lo que jamás creí posible.

A ella nunca pareció importarle mi silencio, y a mí no me importaba el suyo. Pero su presencia es algo que añoro, igual que las miraditas furtivas y el rubor de sus mejillas. Las palabras que nadie más puede pronunciar.

«La echo de menos».



A mediados de verano, el sol es intenso y las paredes de Harlow han comenzado a volverse grises. Casi como si los fantasmas que residían en su interior fueran los que lo mantenían en este purgatorio. Ahora se desmorona; una triste imagen de lo que era.

Pienso a menudo en Ophelia, y con esos pensamientos llegan una ira y un dolor inmensos.

Mentiría si dijera que no me he planteado ir a ver cómo está. El deseo de hacerlo no hace más que aumentar. A veces es insoportable. Quiero verla y exigirle respuestas. Saber por qué me hizo creer algo que no era. Quiero ser cruel por una vez en mi puta vida. Pero yo no soy así.

Aprieto los puños mientras camino sin rumbo, de vuelta de los campos donde Crosby me disparó. El pueblo decidió vender el terreno y construir apartamentos durante la primavera; los cimientos ya están puestos y, por algún motivo, siento como si me hubieran robado otra parte de mí. Como si me hubieran olvidado.

Así transcurren las cálidas noches, acompañadas por la melancólica melodía de las cigarras y las bandadas de pájaros que surcan el cielo. Los espíritus caminan por el mundo que una vez conocimos. Esta noche mis pies se sienten pesados y me detengo más de una vez para descansar. Me miro la mano, donde desearía tener sus dedos entrelazados, con su pulgar acariciándome el dorso.

Cierro los ojos, tratando de alejar los pensamientos sobre ella. Sobre lo mucho que desearía poder dar un largo paseo juntos sin decirnos nada. O hablando sin parar porque tenemos más que decirnos que tiempo para caminar.

El asfalto y la tranquila carretera que conduce a Harlow siguen siendo los mismos. Hoy, como casi siempre, me apetecía dar un paseo a solas, algo que me ha ocupado todo el día, ya que tengo todo el tiempo del mundo. En eso me he convertido. En un buscador de silencio y soledad.

Me miro los pies mientras camino con dificultad por el largo camino de entrada. El sol se ha puesto hace horas. Las estrellas y la luna me han guiado hasta casa y no me importa ver que las luces están apagadas. Pienso en la botella de alcohol que hay en mi habitación y en qué es más triste, que un fantasma sea un alcohólico o que eso no pueda matarlo.

—Oscuridad, llévame contigo —les susurro a las estrellas.

Sonrío porque fue Ophelia quien me dio la idea de contarles mis penas. Como ella hace en su bosque, donde nadie más puede oírla. «Me pregunto si también les estará hablando ahora mismo».

Unos zapatos entran en mi campo de visión, botas con cordones negros.

Me detengo. Un aroma me envuelve… Rosas. No sé si estoy preparado para mirarla, pero lo hago de todos modos. Y con más entusiasmo de lo que cabría esperar. Penoso.

Su rostro es impasible; yo controlo el mío para reflejar la misma ausencia de emociones. Un estremecimiento me recorre al comprobar que mi cuerpo traicionero no puede evitar reaccionar al verla. El corazón me palpita, duele, se retuerce, y mi estómago se revuelve con una mezcla de temor y emoción.

Pensaba que estaba enfadado con ella. Supongo que me equivocaba.

La echaba muchísimo de menos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con frialdad.

Ella inclina un poco la cabeza y esboza una leve sonrisa, aunque sus ojos están notablemente tristes.

—He venido a verte.

Levanto las cejas con sorpresa, pero enseguida relajo las facciones.

—¿Por qué?

Ophelia asiente con la cabeza, comprendiendo mi tono cortante; sabe que lo que hizo estuvo mal.

Se encoge de hombros y dice:

—Quería ver si seguías aquí. —Y luego, con la misma naturalidad con la que me la he encontrado esperándome, se aleja caminando hacia la autopista—. Hasta la próxima, Lanston.

Su voz se queda flotando en el aire. Siento un dolor en el pecho.

Tenso la mandíbula y me obligo a quedarme donde estoy. No voy a girarme para ver cómo se marcha. No sé a qué juega, pero no quiero participar.

Ophelia. Fría y cruel, tal y como dice la gente.

Y, sin embargo, eso no impide que me pase la noche en vela, mirando al techo y apretando la mano sobre el pecho. Verla ha empeorado el sufrimiento, como un corte fresco sobre una vieja herida que ni siquiera había empezado a cicatrizar.



El otoño siempre me trae dolor y una profunda nostalgia. Es la estación en la que conocí a Liam. Luego, dos años después, a Wynn. También es la estación en la que morí. Y por eso ahora es la estación en la que mis amigos visitan mi tumba.

Aunque sé que llegarán a mediados de octubre, voy rondando el cementerio con ganas de verlos. A veces me quedo dormido por aquí, sobre todo en los días cercanos al festival.

Hoy es 2 de octubre y no he visto a Ophelia desde esa noche en que vino a visitarme, hace meses. Me quedo en la sala de música y me doy cuenta de que ahora pienso más en ella que en Liam y Wynn. Su determinación por ayudar a Charlie fue catártica y trajo mucha felicidad a Harlow. Aunque cada día se van más fantasmas, el miedo generalizado está desapareciendo. Todos estamos encontrando la paz. Bueno, todos menos yo.

Pero, aun así, disfruto de la tranquilidad y de la luz que entra aquí por las tardes. Desde que Charlie se fue, Yelina y Poppie ya no se pasan por esta habitación. He aprendido por mi cuenta a tocar algunas canciones en el piano e incluso he compuesto una, aunque no tengo intención de dejar que nadie la escuche. Pero la letra está escrita. Este también es un buen lugar para hojear un libro y perder

la noción del tiempo, pero, a medida que pasan los días y sigo mirando el hueco vacío en el sofá, sé que no dejaré de echarla de menos.

Me persigue. Una fantasma persiguiendo a otro fantasma. Incluso he visto películas sobre fantasmas en mi tiempo libre para intentar comprender el tormento que sufro al pensar en ella, pero, por supuesto, todas son inverosímiles en comparación con la realidad.

Así que recurro a las novelas románticas y encuentro allí un poco de consuelo. Según estas, tengo dos opciones: declararle mi amor como en una de esas películas cursis o ser un capullo e ir a visitarla para ver qué tal le sienta probar de su propia medicina.

Elijo lo segundo.

Tengo las manos frías y formando puños dentro de los bolsillos del abrigo mientras paseo por el puente que hay al lado de la ópera abandonada. Nunca había entendido el atractivo de espiar a alguien hasta ahora. Es divertido y entretenido observar a alguien. Da mal rollo, lo sé, pero soy un puto espíritu, así que me la suda.

Ophelia no ha salido del edificio en todo el día. Cuanto más tiempo paso dando vueltas y mirando otras cosas desde el puente, más dudo sobre si estará en casa. Me pregunto cuánto rato estuvo esperándome la noche que me la encontré en Harlow. Era evidente que se estaba marchando cuando nos encontramos. ¿Estuvo ahí todo el día? ¿Esperó hasta que le empezaron a doler los pies? No paro de darle vueltas.

Las aves surcan el cielo a la hora del crepúsculo. Las alborotadas calles se vuelven más ruidosas al caer la noche y encenderse las luces del puente.

Y yo sigo esperando.

Decido sentarme en el banco donde nos conocimos, con los rosales a ambos lados. Las flores rojas son preciosas y tienen un aire sombrío, dado que se están marchitando por la llegada del otoño. Arranco una y me recuesto. Las espinas son afiladas, pero no sale sangre cuando me las clavo en el índice. No siento dolor y, al cabo de unos segundos, la herida ha desaparecido. Miro más de cerca el lugar donde debería haber sangrado. Qué extraño es echar de menos la sensación de algo tan simple como el pinchazo de una espina.

Después de un rato, un movimiento junto al teatro llama mi atención. Sigo la figura con la mirada y me doy cuenta de que es Ophelia cuando veo su largo vestido color crema, cargado de encajes y motivos florales bordados. No conozco a nadie más que lleve vestidos así. Otro de los muchos motivos por los que me gusta.

Camina hacia mí.

Sonrío con la esperanza de sorprenderla tanto como me sorprendió ella a mí.

Camina despacio, sola, descalza. Tiene los ojos cansados y ojerosos. Tararea una canción que no consigo oír, pero, al acercarse al banco, levanta la mirada y se encuentra con la mía.

La sorpresa se apodera de sus facciones: abre mucho los ojos, endereza los hombros y junta las manos.

—Hola, Ophelia —le digo con la mayor naturalidad posible. La rosa se retuerce entre mis dedos mientras la voy girando entre el índice y el pulgar. Con ella delante, no hay manera de que mis nervios me concedan una tregua.

Traga saliva.

—L-Lanston. ¿Qué haces…? —Se queda callada. Me juego lo que quiera a que en este preciso instante está recordando la visita sorpresa a Harlow. Mi sonrisa maliciosa la ha debido de ayudar a refrescar la memoria.

Deja caer los hombros y se ríe.

—No me digas que has estado todo el día esperando igual que yo.

«¿Me estuvo esperando todo el día?». Se me calientan las mejillas y noto una sensación rara en el pecho, lo cual me complica el aferrarme a la rabia que siento.

—Por desgracia, sí —murmuro frunciendo el ceño.

Ophelia respira hondo y se ajusta el vestido antes de sentarse a mi lado. Su aroma floral es abrumador y me hace alegrarme de haber venido.

—Estás hecho una pena —dice, y eso acaba al instante con todos mis pensamientos positivos.

Pongo mala cara.

—Ah, ¿sí? Bueno, pues tú estás… —Hago una pausa para evaluarla. Ella arquea una ceja, aunque sin mostrar demasiado interés. Eso no impide que me fije en la angustia que hace que su boca se contraiga, en el color azulado debajo de sus ojos o la ausencia de color en sus labios, normalmente rosados—. Estás… para el arrastre.

Primero sonríe. Después se le escapa la risa, que también me hace reír a mí. Reímos juntos por un momento y me doy cuenta de que llevaba sin sentirme tan bien desde la noche en que me dormí abrazándola, antes de que se marchara. La sola presencia de Ophelia me transforma. Adoro el sonido de su risa.

El silencio nos envuelve como un manto de estrellas y promesas rotas. La observo bajo la fría luz de octubre, que se atenúa a medida que el sol se pone en el horizonte del pueblo. Su cabello ondulado es tan seductor como siempre. Sin embargo, sus ojos no están igual de llenos de esperanza. El fuego que desprendía se ha apagado. Ahora solo está sentada con los hombros encorvados y un aire sombrío.

—¿Por qué te fuiste, Ophelia?

Solo se escucha mi voz y el suave graznido de los cuervos en la lejanía.

Ella aprieta los labios y baja la barbilla, evitando mirarme a los ojos. Es evidente que también está sufriendo, pero no entiendo por qué se resiste a mí.

Finalmente, me mira con determinación. Tiene el contorno de los ojos enrojecido y se nota que está triste. Parece cansada de todo, diría.

—Lanston…, no soy una buena persona. —Meneo la cabeza, pero ella me lanza una mirada suplicante que me detiene—. La gente como yo no tiene nada bueno que esperar al otro lado… No podemos ir a donde van las personas como tú. —Le empiezan a temblar las manos, así que las junta sobre su regazo y entrelaza los dedos.

—Ophelia. —Pronunciar su nombre es como acariciar un manto de seda. Suena a súplica.

¿Acaso cree que le va a pasar algo malo después de trascender? ¿Cómo puede pensar eso? Me duele el pecho y ansío abrazarla, decirle cosas bonitas, quitarle todo ese dolor.

Ella parpadea lentamente y luego endereza la espalda.

—Te mereces algo mejor.

Niego con la cabeza.

—Vales más de lo que crees, más de lo que te permites considerar. ¿Qué se supone que es eso tan malo que has hecho?

Ella traga saliva y aprieta los puños en su regazo.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunta con descaro.

—Por supuesto.

—¿Prefieres los golpes físicos o el maltrato psicológico?

Aprieto la mandíbula. De repente, siento náuseas. Odio las dos cosas. Recuerdo no poder dormir porque me dolían los moratones. A veces, me pasaba la noche entera en vela. Pero las palabras… Esas aún me impiden dormir ahora.

—Prefiero los golpes —contesto en voz baja. No me ha hecho falta darle muchas vueltas.

La expresión de Ophelia se suaviza y desvía la mirada mientras susurra:

—Yo también preferiría los golpes.

Bajo la mirada hacia sus manos temblorosas. Quiero cogérselas y ofrecerle algo de consuelo, pero me contengo.

—Ojalá nunca hubieses tenido que elegir.

Ella respira hondo y entrecierra los ojos.

—Nunca entendí por qué la gente hacía eso. Por qué insistía en usar las palabras como arma arrojadiza. La manipulación que eso supone. «Da gracias que esta vez no te he pegado un bofetón», ya, sí, pero me has dicho que si algún día desarrollas cáncer será por culpa mía. Que el mero hecho de que yo exista te quita años de vida. —Hace una pausa y me mira con unos ojos tan apagados que me destrozan—. Al menos las heridas físicas no pasan de ahí. No calan hasta lo más profundo de mi ser. En cambio, cuando me

enumeran todas las razones por las que soy una persona horrible o por las que no valgo para nada, esas heridas me infestan el alma. Escuecen. Duelen. ¿Y sabes lo que pasa después de ese primer golpe?

—¿Qué?

—Que se pudre. Se infecta y se convierte en veneno. Las primeras veces no es tan grave. Aún eres capaz de mentirte a ti mismo y de quitar las hojas podridas. Pero se va extendiendo sin parar y, por mucho que intentes acabar con ella, no hay manera. Prefiero que me peguen porque es fácil dirigir el odio hacia el otro. Cuando te hacen odiarte a ti misma, en cambio…, eso sí que es chungo. Nunca desaparece. Nunca se cura. Siempre habrá ese dolor persistente en lo más profundo de tu corazón que te susurra que eres una mala persona. Y no sabes qué creer porque llevas mucho tiempo escuchándolo. Al final todos nos convertimos en la representación de lo que la gente ve, ¿no? ¿Acaso no acabamos cediendo ante esta locura?

Esta vez sí que le cojo la mano, y ella solo aprieta los labios y me mira con tristeza.

—Tú no eres mala persona, Ophelia.

Ella parpadea despacio.

—Yo creo que sí. Te he hecho daño, Lanston. Solo sé hacer daño. Es lo que soy.

Quiero gritar. A las estrellas, a cualquier cosa que haya sido testigo de su dolor. ¿Por qué se maltrata a las almas más maravillosas? Se me hace un nudo en la garganta. «Se equivoca».

—Deberías irte. Aunque me ha alegrado volver a verte. Siempre es un placer —admite, y se queda mirándome, repasando mis rasgos,

como si intentara grabarlo todo en su memoria.

El deseo me hace atrevido.

—También podría quedarme —propongo. Tengo tantas ganas de quedarme con ella… Pasaría toda la noche sentado en este banco si eso significara poder verla mañana. Y al día siguiente también.

Ella esboza una sonrisa triste y niega con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, Lanston.

Me duele. El escozor aumenta.

—Sí, tienes razón. —Suelto una risa triste y me paso los dedos por el pelo. Después me levanto lentamente y mantengo la mirada fija en sus ojos, dispuesto a aguantar hasta que sea ella quien los aparte.

—¿Vendrás a mi próxima actuación? —dice Ophelia rompiendo el silencio.

Una voz grita en mi cabeza: «Eso significa esperar hasta la primavera. ¿Es su forma de decirme que no quiere verme hasta entonces? Ese pensamiento me resulta extrañamente paralizante.

Asiento y le dedico una sonrisa forzada.

—Por supuesto.

—Bueno, pues…, hasta luego. —Tiene una sonrisa vacilante, pero bonita. Le entrego la rosa que he arrancado y ella la coge con delicadeza, sin apartar los ojos de los míos ni un instante. Su mirada refleja tristeza y no me atrevo a hacérselo pasar peor.

Así que le susurro:

—Hasta la próxima.

17

Lanston

Llega el Festival de Otoño y Bakersville se convierte en un paraíso turístico.

La prensa se hizo eco de la persecución de Crosby en el maizal. Lo pintó como una película de terror, haciendo especial hincapié en los terribles acontecimientos que vinieron después. Así que ahora el festival funciona mediante la compra de entradas para regular el aforo, de lo contrario, no hay suficiente aparcamiento para todos.

Muevo la pierna, nervioso, mientras espero sentado sobre mi lápida. Es sencilla, nada llamativo ni extravagante. Los robles que circundan este lugar me hacen sentir nostalgia. Las hojas se cayeron la semana pasada; ayer, el viento y unas fuertes tormentas las barrieron por completo, dejando el cementerio desprovisto de color.

«¿Dónde se habrán metido?».

Normalmente, a estas horas ya han pasado por el pueblo y han visitado mi tumba, pero esta vez aún no han venido. Ya es mediodía y el festival se está poniendo en marcha.

Sigo esperando.

Me muerdo el labio inferior con los dientes y finalmente decido ir a ver cómo lo han organizado todo este año.

La calle principal está abarrotada. Me sorprende lo mucho que cambian las cosas en seis años. Cuando yo estaba vivo, esto no era

más que un evento de pueblo. Ahora, ni siquiera parece el mismo festival. Los vendedores tienen puestos de madera más grandes y modernos, y sus carteles son elegantes. El laberinto de maíz es dos veces más grande que antes y han instalado micrófonos en postes que reproducen música de terror para que dé más miedo.

Busco en los puestos e incluso en la librería y la cafetería. El baile va a empezar pronto. ¿Dónde están? Mi preocupación crece como un tumor, pesada y agobiante. ¿Ha pasado algo?

El baile comienza y todavía no han dado señales. Me acerco a todas las parejas para asegurarme. Solo queda el laberinto.

Me quedo inmóvil y paralizado por el miedo mientras observo el único lugar al que juré no volver jamás. Mi corazón se acelera y la sangre se me sube a los oídos, lo que me dificulta escuchar.

Tras tragarme el nudo que tengo en la garganta, doy un paso hacia los tallos de maíz.

Empiezo a caminar con calma, pero al cabo de unos minutos estoy corriendo por los pasillos, buscando frenéticamente a las dos personas que más quiero en el mundo. No están. Me empiezan a zumbar los oídos y se me nubla la vista.

No están…

Me detengo en el centro del laberinto y me agacho, abrumado por mis emociones. ¿Se han olvidado? ¿No han tenido tiempo este año? Mi alma sufre y los pensamientos pesimistas se apoderan de mí.

«No. Por favor, no me olvidéis. Por favor, no me dejéis aquí». Me presiono los ojos con las palmas de las manos para contener las lágrimas, pero estas se acumulan igualmente. Son lágrimas de dolor que expresan mi confusión. No hay peor dolor que el de sentirse abandonado. Olvidado.

Se me revuelve el estómago y vomito. Ahora todo está en silencio; el festival ha terminado hace más de una hora. Los he buscado durante mucho más tiempo del que debía, pero… es que me parecía inconcebible que no aparecieran.

Levanto la mano y me froto la parte interior del brazo, justo antes del pliegue del codo. Acaricio el tatuaje que tenemos los tres. Se suponía que estábamos juntos en esto.

La fase de negación inicial se pasa y la sigue la culpa. No sé por qué esperaba que vinieran todos los años. Al fin y al cabo, están vivos. No se pasan el día deambulando y sin hacer nada, como yo.

Quizá hayan dado el primer paso para pasar página. «Me duele. No estoy preparado».

Me pesan los ojos durante el trayecto en moto de vuelta a Harlow. El sonido de la puerta principal de la mansión cerrándose es fuerte y resuena por todo el edificio.

Me planteo ir a hablar a Poppie o a Yelina, incluso a Jericho, pero decido que es mejor que no. No quiero que me vean así. Camino lenta y silenciosamente por los pasillos y dejo que mis dedos se deslicen por las paredes grises y desconchadas. La luz de la luna salpica el suelo de la sala de música. Entro y me envuelvo en una de las mantas. Luego me siento al piano, donde Wynn y Liam tocaban canciones bonitas. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en las teclas.

Si Ophelia estuviera conmigo, ¿me sentiría así de deprimido? Si ella estuviera a mi lado, acariciándome la piel, ¿sentiría tanto dolor en el pecho? Esta soledad me condena. Cada día más.

Vuelve a mi mente la lista de cosas que hacer antes de morir y pienso en qué cojones me retiene aquí mientras toco una sola tecla.

El sonido resuena por los pasillos y ahoga los latidos cansados de mi corazón.

Pienso en su nombre una y otra vez, y en el dolor que vive dentro de mí.

«Ophelia».



Ophelia vuelve a visitarme en Navidad. No sé muy bien por qué, pero la carga de mi corazón pesa más que la pregunta. ¿Ella tampoco puede dejar de pensar en mí? Bueno, puede que simplemente no tenga ningún otro sitio al que ir ni nadie más a quien perseguir en estas fechas. La observo desde la ventana del dormitorio y ella me estudia en silencio desde el patio. Nuestras miradas se cruzan y danzan juntas. La nieve es la única testigo.

Espero a ver qué hace, pero parece que ella también está esperando a ver qué hago yo. Cuando nos cansamos de tanto suspense, Ophelia asiente ligeramente y esboza una media sonrisa.

Nunca en mi vida me había agarrado con tanta fuerza al alféizar de una ventana. Me contengo para no correr tras ella y abrazarla. La deseo con tanta desesperación que no tenerla me corroe. Debo luchar contra el impulso de hundir los dedos en su piel y juntar nuestros labios.

Hay algo que la aleja de mí. No sé si son Los Que Susurran, sus demonios o el miedo a lo que viene después. Lo único que sé es que está haciendo todo lo posible por mantener las distancias. Sin

embargo, no estoy seguro de cuánto tiempo más podremos llevarle la contraria al universo.

El choque es inevitable, de eso estoy seguro.



—Vamos, no puedes quedarte aquí solo —se queja Yelina mientras me tira del brazo. La miro con mala cara y niego con la cabeza.

Lleva una chaqueta marrón de pana, vaqueros y una gorra con la palabra «Aventura» escrita en la parte superior. Se reajusta el bolso en el hombro y me mira suplicante.

—Solo vais a estar fuera unas semanas. Estaré bien —digo con firmeza, metiendo las manos en los bolsillos de la sudadera.

La verdad es que no tengo claro si estaré bien. Nunca he estado solo tanto tiempo. Aunque me han rogado que vaya con ellos, no me apetece. Estoy agotado. No importa cuánto duerma o cuánto tiempo pase contemplando la oscuridad, el descanso no llega a calar en mi alma.

Poppie se apoya sobre una cadera y pone los brazos en jarra, como si se estuviera cabreando. Con ese abrigo amarillo tiene mucha pinta de turista, y su maleta es excesivamente grande para un viaje de este tipo.

—¿Estás seguro? —pregunta mirando a Jericho y Yelina para que den su opinión.

Jericho me mira con preocupación y luego sonríe. Su atuendo es mucho menos llamativo: un suéter negro con cremallera y pantalones negros. Lleva una mochila no muy grande a la espalda.

—No os preocupéis, estará bien. Solo necesita encontrar un poco de paz interior. —Ambas lo miran muy serias y él suelta una risa nerviosa antes de añadir—: Lanston está bien. Sé que parece cansado, pero quiere volver a asistir al acto de primavera, ¿a que sí? —Su voz tiene un tono curioso e insinuante.

Quiere que vuelva a ver a Ophelia. «Yo también quiero volver a verla».

Pero estos últimos meses me han curtido. Estoy tan cansado que no tengo claro si voy a encontrar fuerzas para ir. Lo único que hago es mirar por la ventana, ver cómo cae la nieve, cómo se derrite, y observar cómo brotan las primeras flores de la tierra fría y yerma.

Asiento para tranquilizarlos.

—Sí.

Observo cómo se marchan desde las ventanas del vestíbulo. El viento primaveral les revuelve el pelo mientras se suben al todoterreno negro de Jericho. Él echa un último vistazo a Harlow y luego a mí antes de meterse en el coche.

Hace rato que se han ido, pero yo sigo aquí.

Durante mucho tiempo, permanezco de pie en el vestíbulo. Este lugar se ha convertido en una mansión encantada en cuestión de un año. «La culpa la tiene ella». Mis pensamientos intrusivos insisten con vehemencia. Mi parte racional sabe que no es cierto, pero tampoco es mentira que las cosas cambiaron a partir de ahí. Esa mujer me ha dejado completamente solo. Todos se han ido a buscar su forma de pasar al otro lado. Todos menos yo. La primera noche que Harlow está vacía me tumbo en el suelo de la sala de música. El sueño vuelve a eludirme y mis pensamientos se centran solo en ella,

como de costumbre. Doy golpecitos en el suelo con el dedo índice y contemplo el techo oscuro.

«Ophelia Rosin».

Al día siguiente, cojo la moto para ir a dar una vuelta. Al principio, no tengo ningún destino concreto; tomo las curvas y los caminos tal y como vienen, pero luego me doy cuenta de que me dirijo hacia el escondite de Ophelia. Aparco junto al viejo cartel de «Sendero cerrado» y subo por el camino rodeado de árboles susurrantes.

En la cima, con el atardecer de fondo, decido que sí voy a ir a verla actuar. Y esta vez no dejaré que se me escape. La retendré, la haré entrar en razón y le explicaré que lo que pasa entre nosotros no es cualquier cosa. Que debemos terminar lo que empezamos hace un año y embarcarnos en nuestro viaje final.

Ya no vale seguir mirando para otro lado.

18

Ophelia

Hay un precioso helecho de Boston en la esquina de la acera, abandonado por un inquilino de un complejo de apartamentos del centro de la ciudad. Me agacho y acaricio las hojas marchitas. La tristeza me invade al verla aquí olvidada.

—Te llevaré conmigo a casa —le susurro, y la llevo de vuelta a la ópera.

Pienso en Lanston mientras cruzo el puente. Lo tengo en la cabeza todos los días a todas horas, y pensar en él me hace sentir un dolor en el pecho. Recuerdo sus ojos curiosos y la curva de sus labios cada vez que me veía. La forma en que sus pestañas le acarician las mejillas al pestañear.

Miro el banco que hay junto a los rosales. Desde que vino a visitarme, me aseguro de revisar el puente todos los días. Espero pacientemente, aunque sin esperanza, que su espíritu regrese. A pesar de que soy yo quien se fue y lo mantiene alejado, anhelo su presencia como la oscuridad anhela la luz. «Yo soy la polilla», mis ojos se posan en el tatuaje, «él es la mariposa». Su luz es cegadora.

Tengo que sacudir la cabeza para alejar esos pensamientos. No ha vuelto a venir desde esa vez. No salió de Harlow cuando fui a verlo hace meses, en diciembre, así que ¿a santo de qué tendría que

aparecer ahora? Lo alejé y él se ha mantenido alejado. La mirada fría que me dirigió esa noche me heló la sangre.

Pero una cosa está clara. Estamos unidos. Atados. Encadenados. No podemos soltarnos.

Este anhelo duele más que cualquier desengaño amoroso que haya sufrido. Es posible que sea porque sé que me echa tanto de menos como yo a él. Y, en realidad, soy yo la que nos mantiene separados.

«No ha venido». Mis piernas se ralentizan.

Al llegar a casa, dejo el helecho junto a su nueva familia de plantas y me tumbo en mi desgastado sofá rojo, exasperada de tanto pensar y esperar. Cada día que al llegar no lo veo en el puente, me pierdo más a mí misma.

Mi actuación anual es esta noche, pero me aterra la idea de que él no esté allí. Esta noche se cumple un año del día en que nos conocimos; del día que mi mundo se detuvo y todo lo que me gustaba de ser una fantasma dejó de tener importancia.

Porque, después de conocerlo, descubrí que no vale la pena seguir pululando por este mundo si no puedo estar con él. El miedo que antes sentía al pensar en enfrentarme a la oscuridad que me espera al otro lado ha disminuido. Estaría dispuesta a lidiar con las pesadillas y los castigos eternos si eso significa que puedo estar con él.

Suspiro y dejo caer la cabeza hacia un lado. «La he cagado». Veo una sombra moverse por una de las ventanas tapiadas. Se me corta la respiración, me quedo paralizada y el miedo me recorre las venas.

Nadie viene por aquí, a la parte abandonada de la ciudad. ¿La oscuridad susurrante me está acechando a plena luz del día? Mi

corazón se acelera y me impide pensar con claridad.

Me incorporo lentamente y me abrazo las rodillas mientras entorno los ojos hacia la puerta que se abre con un sonido siniestro. Una cabeza se asoma. Unos cuantos mechones castaños caen sobre su frente al entrar. Sus ojos color avellana, llenos de angustia y tristeza, se encuentran con los míos e inmediatamente me pongo de pie.

—¿Lanston? —susurro su nombre con incredulidad.

—Ophelia. —Su voz es grave y tensa.

Las emociones se agitan en el aire polvoriento que nos separa, con las motas flotando contra los rayos dorados del sol que se cuelan desde fuera.

Me he lanzado a los brazos de muchos hombres en mi vida. Cuando el aire aún me llenaba los pulmones y la sangre me bombeaba por las venas.

No pienso hacer lo mismo con él. No quiero mostrarle cuánto ansío estar entre sus brazos.

«Te encanta comportarte como una puta, ¿verdad?». Una voz cruel circula por mi cerebro. He oído esas palabras tantas veces. «Tu mente podrida va a arrastrarlo a las profundidades contigo. Serás la causa de su declive».

Porque soy una mala persona.

Me muerdo el labio inferior con fuerza.

Lanston está de pie, con los puños apretados a los lados, mirándome, esperando. «Estoy tan cansada de esperar».

Abro la boca para preguntarle por qué ha venido, pero, en cuanto separo los labios, él se acerca rápido a mí, cruzando los rayos de sol dorados y levantando más polvo. Levanta los brazos despacio,

frunciendo el ceño, mientras se coloca frente a mí. Extiende sus palmas cálidas y suaves sobre mis mejillas y me entrelaza los dedos por el cabello.

Nuestros labios están cerca, casi tocándose, pero no llegan a hacerlo. Su respiración es entrecortada, como si hubiera venido corriendo desde Harlow. El sudor resbala por su pálida piel. Nunca había visto tendones y músculos tan bonitos como los suyos. Realzan el color rosado de sus mejillas, el rojo de sus labios. Me quedo mirando la curva de sus pestañas.

Y él, este hombre tan atractivo y devastador, dice:

—No puedo dejar de pensar en ti, Ophelia. Es como si me hubieras contagiado de tu esencia. Eres el único pensamiento que me atormenta por las noches. El techo me hace pensar en ti. Y el bosque. Y las rosas. Y también el mero hecho de *respirar*. No puedo tomar aire sin que tú acabes atentando contra mi cordura.

Inclina la frente para apoyarla contra la mía. Nuestros labios se rozan, pero sigue sin ser un beso.

«¿Piensa en mí?».

Sus ojos me penetran el alma y reavivan un fuego en mi corazón.

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti, Lanston —le susurro contra la boca. Un escalofrío me recorre el cuerpo y por un instante me olvido de dónde estoy. De quién soy. Porque no importa; lo único que importa somos nosotros. Ahora lo veo. Ahora lo entiendo.

—¿Mi recuerdo también ocupa todos tus pensamientos? —pregunta, ávido de mis palabras. Por dentro me recorre una sensación de felicidad, la más intensa desde hace años.

—Sí.

—Dímelo —susurra contra mis labios.

—Pienso en ti más que en bailar y coleccionar plantas. Cada canción que escucho me recuerda a ti. Cada vez que miro al cielo, a las estrellas, al sol…, te veo en todas partes, Lanston. Te siento en la brisa que me acaricia las mejillas, en el aroma de las páginas y los libros. Te has apoderado de todos mis pensamientos desde el día en que te conocí.

Respira hondo y aprieta los ojos como se aprietan cuando a uno le duele el corazón.

—Esta es la última vez que te lo voy a pedir. —Hace una pausa y traga saliva, cerrando los párpados de nuevo como si pidiera un deseo—. ¿Quieres venir conmigo? Podemos encontrar la paz juntos. Lo siento en lo más profundo de mi ser: estamos destinados a estar juntos. Estamos destinados a encontrar mano a mano qué es lo que nos retiene en este mundo. Por favor. Nunca le suplico nada a nadie, pero estoy dispuesto a hacerlo por ti.

Mantiene los ojos cerrados. Lo miro con remordimiento mientras se me acumulan las lágrimas.

Quiero ir con él… Lo deseo con todas mis fuerzas… Pero hay una oscuridad que me persigue. Y no me espera nada bueno después del purgatorio. Lanston tiene el alma pura. Sé que él irá a parar a unos campos dorados donde hallará la paz, pero ¿y yo? A mi alma lo único que le espera es el fuego.

He pecado. No soy buena persona.

Pero mi corazón vence al miedo que habita en mi interior. Quiero esta última cosa. A él. Aunque solo sea por un breve tiempo.

—De acuerdo.

Lanston me mira con los ojos llenos de esperanza.

—¿De verdad? —pregunta sin aliento.

Asiento. Un silencio nos envuelve mientras él estudia mis rasgos con una sonrisa radiante. Me acaricia la línea de la mandíbula antes de atraerme hacia él. Nuestros labios se juntan, como tanto he anhelado, como tantas veces he soñado. El olor a libro y café me envuelve. Le paso la mano por el cuello y la mandíbula, ansiosa por explorar su piel con el tacto y no solo con la vista. Unos labios tan suaves y envolventes como los suyos deberían ser pecado.

Rompemos el beso juntando las frentes.

—¿Puedes prometerme una cosa? —susurro.

—Lo que quieras.

Lo miro a los ojos.

—Prométeme que nos iremos a la vez. Que pasaremos juntos al otro lado.

Él suaviza la mirada y me acaricia el cuello hasta llegar a las clavículas.

—Juntos o nada.

19

Lanston

La casa de Ophelia es mucho más lúgubre a la luz del día. Los tablones de madera negra desgastados están a punto de desprenderse, es un milagro que no hayan derribado este lugar. Los cristales de las ventanas están medio rotos, pero las plantas que bordean el exterior son preciosas. En cierto sentido, este teatro tiene pinta de ser una casa encantada. Y lo es.

«Ay, Ophelia, alma poética».

Durante el día, las cosas que le gustan y colecciona resultan más entrañables. La música inunda la estancia de altos techos y yo apoyo la cabeza en el sofá para disfrutarla. Ophelia tiene un viejo reproductor conectado a un equipo de sonido. La triste melodía de «Iris», de los Goo Goo Dolls, suena entre las paredes. Levanto la vista y la veo bailando lento en el escenario de la ópera.

Me ha dicho que quería bailar una última vez en su escenario antes de emprender el viaje. Lleva un precioso vestido carmesí, largo y vaporoso, que se agita con sus movimientos. Las mangas le llegan hasta las muñecas y el escote es pronunciado.

Tiene los ojos cerrados y la suave curvatura de sus labios revela la paz que siente. Observo sus movimientos perfectos y ensayados; sus músculos se flexionan bajo la luz, con las sombras bailando en tándem.

Mi corazón se calma y me inclino hacia delante en el sofá, apoyando los codos en las rodillas mientras la observo. Ella levanta la mirada y esos ojos bellos y profundos se posan en mí. Su mirada me resulta inquietante, no en el sentido incómodo de la palabra, sino en uno que no había experimentado antes. Cada vez que me mira, sé que ve mucho más allá de lo que hay a simple vista. Ve la oscuridad, el dolor. Pero es una mirada tierna y de deseo.

Sus pasos se ralentizan y se detiene, ofreciéndome una tímida sonrisa mientras se aparta el pelo morado detrás de la oreja.

Me levanto del sofá y me acerco al escenario. Le extiendo la mano. Mi corazón se acelera al ver que ella la toma.

Esbozo una sonrisa de alivio.

—Empecemos por subirnos a un tren. Uno que vaya donde sea, no me importa.

«Mientras esté contigo», quisiera decir.

Ophelia respira hondo y mira a su alrededor por última vez. Puede que le dé un poco de miedo dejarlo todo atrás.

—Pero ¿volveremos? Tengo plantas que cuidar —se preocupa.

Sonrío.

—Si no, buscaremos una nueva casa para los dos.

Ella agranda los ojos con muchas preguntas.

—¿Para los dos? —dice con descaro.

Yo me sonrojo, pero, antes de que pueda responder, entrelaza sus dedos con los míos, haciéndome sentir que estoy cerca de alguien que no estoy seguro de que se vaya a quedar a mi lado. Sus labios son suaves, suplican afecto.

Se da cuenta de que los estoy mirando y levanta la otra mano para acariciarme con ternura el labio inferior. Mi corazón se salta

cuatro latidos y el embriagador aroma de las rosas y las madreselvas me envuelve.

La beso con ternura, como dos personas que llevan un siglo cortejándose. Pero hay otro deseo que me atrae, uno que hasta ahora no había experimentado. Es el deseo de hincar los dientes en su piel y morder con fuerza, el de ser tan cruel como sé que ella puede serlo.

—¿Tienes unos auriculares que podamos compartir? —pregunta contra mis labios con una sonrisa burlona.

—¿Eh? —Parpadeo para enfocar la vista.

Ophelia coge su reproductor de música y me lo lanza. Lo atrapo de milagro.

—Para nuestro viaje en tren.

Me sonrojo y asiento como un idiota, abrumado por la idea de estar tumbados juntos, escuchando las mismas canciones.

Ella se ríe de mí y coge una bolsa llena de ropa y cuadernos.

—¿Adónde vamos, Nevers?



Nunca se me han dado bien las despedidas, pero algo en lo más profundo de mi alma está cambiando. Quizá sea porque todo el mundo se ha ido de Harlow. Por la soledad a la que me he tenido que enfrentar. Pero, cuando Ophelia y yo hacemos una parada en el centro para coger mis cosas, me siento aliviado de ver el todoterreno de Jericho delante.

Yelina lo está ayudando a descargar el coche, pero no veo a Poppie por ningún lado.

Levantan la cabeza cuando nos acercamos y la cara de Yelina se ilumina. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos hinchados. ¿Ha estado llorando? Aparco la moto junto al coche.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Poppie? —pregunto.

Ophelia mantiene las manos entrelazadas con preocupación; ella también debe de presentir que algo va mal. Yelina se cubre los ojos y rompe a llorar. La sudadera con capucha negra que lleva puesta es de Jericho.

Él se acerca a mí, me pasa el brazo por los hombros para darme una especie de abrazo y dice apenado:

—Ha decidido quedarse en Roma. Su familia proviene de allí, y para ella era importante conocer sus raíces.

«Pero no he podido despedirme de ella».

Yelina se seca las lágrimas y añade:

—Siempre le costó sentirse integrada. Espero que encuentre su lugar en el mundo y que eso la salve.

Jericho exhala un largo suspiro y sonríe en medio del silencio que sigue.

—Yo he venido a hacer las maletas. Vamos a… —Me olvido de las palabras que tantas veces he ensayado. Se esfuman al pensar en que ellos dos son lo único que queda de Harlow.

Ophelia entrelaza sus dedos con los míos y se encuentra con mi mirada vacilante.

—Hemos decidido cumplir con nuestra lista de cosas que hacer antes de morir. ¿Os gustaría uniros a nosotros?

Ambos ahogan un grito. Sorprendidos, conmocionados. La esperanza que llena los ojos de Yelina, e incluso los de Jericho, es respuesta suficiente.

—Bueno, tendríamos que discutirlo. ¿Qué tal si lo pensamos y os damos una respuesta durante la cena? Pongamos que… ¿dentro de una hora? —responde Jericho con profesionalidad, mirándonos a los ojos antes de asentir.

Yelina lo agarra del brazo mientras regresan a la mansión. Parecen haber estrechado lazos durante el viaje. Me alegro. Los dos llevan bastante tiempo intercambiando miraditas furtivas. Una punzada de tristeza me atraviesa el pecho al pensar en que ahora Poppie y Yelina ya no estarán siempre juntas. Eran inseparables, incluso después de la muerte.

Ophelia se tumba en mi cama mientras yo recojo el material artístico y algunos libros que aún no he leído. Me observa con curiosidad. Algo brilla en su mirada, preguntas que no parece dispuesta a formular.

Cojo los carboncillos y también los auriculares, con la idea de tener algo con lo que entretenerme durante el viaje.

La hora pasa en un visto y no visto, y no hablamos mucho durante ese rato. Ophelia parece tener un don para captar las señales en este tipo de situaciones. Si uno necesita consuelo o conversación, ella escucha con paciencia y hace sabias reflexiones. Sin embargo, yo suelo estar callado, sumergido en mis pensamientos, rumiando. Y en esos casos ella responde de la misma manera. Ahora la veo respirando lentamente, mirando el mismo punto del techo que yo llevo tantos años contemplando.

Entre nosotros, el silencio es bienvenido y bastante agradable. Nos resulta natural.

Cuando tengo la maleta hecha, nos reunimos con Jericho y Yelina en el comedor. La sala tiene un aire inquietante, con solo cuatro

fantasmas sentados alrededor de una mesa, con una vela como única fuente de luz. Parece una reunión secreta.

—Iremos con vosotros —anuncia Jericho con un tono calmado. Esperaba que estuviera más contento o emocionado, pero parece melancólico. Antes, cuando le he enseñado la lista y ha visto que aparecían París e Irlanda, se ha mostrado mucho más entusiasmado.

—¡Ay, qué bien! —exclama Ophelia con una sonrisa alegre.

—Pero seguiremos una ruta distinta —interrumpe Yelina—. Nos reuniremos con vosotros en Irlanda y París, pero, aparte de eso, tenemos nuestros propios planes. —Se vuelve para mirar a Jericho. Ophelia y yo los observamos con curiosidad.

Él tiene las mejillas rojas y se limita a asentir. No me puedo aguantar las ganas de preguntar:

—Jericho, llevas casi un año animando a los demás fantasmas a terminar sus asuntos pendientes, ¿cómo es que ahora estás tan cabizbajo?

Él aprieta los labios y se aferra al tenedor.

—Nevers, llevo muchos años trabajando aquí. Desde que me gradué en la universidad, de hecho. Nunca he tenido otro trabajo ni he cumplido ninguno de mis sueños. —Hace una pausa, busca las palabras con la mirada fija en la mesa y luego concluye—: Este sitio es mi hogar. El hogar de todos nosotros. Donde nos hemos reído, curado, llorado…, y también es el lugar donde morimos.

Ophelia pone cara de pena, y Yelina coloca una mano sobre la de Jericho.

Él continúa:

—Pero debemos irnos. Debemos ser fuertes y embarcarnos en este nuevo viaje. Para encontrar la paz y dejar atrás la muerte y la

podredumbre del mundo. No estoy triste, Nevers. Solo me estoy despidiendo de las paredes que me han dado cobijo, a mí y a todos, después de morir.

Lo miro, abatido. Jericho es el mejor orientador que he tenido nunca, pero, aún más que eso, es mi amigo; una luz que me ha sabido guiar incluso en el purgatorio.

Mi silla cruje al empujarla hacia atrás. Rodeo la mesa para acercarme a él y le pongo la mano en la espalda.

—Siempre formaremos parte de este lugar, incluso cuando nos hayamos ido. Nuestras risas y lágrimas han impregnado la tierra. Ahora toca llevarnos con nosotros el significado de Harlow Sanctum. Hacia la noche, hacia el amanecer, hacia el más allá.

Ophelia sonríe más de lo que nunca la he visto sonreír y dice:

—El mundo nos espera. Debes mostrarle quién eres, Jericho. Grítalo si es necesario.

Yelina se ríe y le da un empujoncito a Jericho.

—¿No es demasiado tarde? —pregunta él con una sonrisa sombría.

—Todavía estamos aquí, ¿no? —Mi dulce rosa habla con una pasión que le nace del corazón. Su voz resuena en mis oídos y me deja grabado un mensaje en el alma.

Nunca olvidaré sus palabras.

Todavía estamos aquí. Siempre hemos estado y siempre estaremos.

20

Lanston

Los trenes no son tan fáciles de encontrar como uno podría pensar, al menos no en Montana. Tendremos que llegar hasta Whitefish para coger uno.

El todoterreno híbrido que cogemos del concesionario es nuevo, de color negro brillante, y tiene ese olor artificial a vehículo nuevo que da dolor de cabeza. Como fantasma, nunca me acostumbraré a lo extraño que es coger cosas sin preguntar. Los vendedores ni siquiera pestañean cuando cojo las llaves de su escritorio.

Me ha costado decirle adiós a mi moto. En cierto modo, me ha hecho comprender lo mucho que le ha dolido a Jericho dejar atrás Harlow. La moto ha sido una parte importante de mi vida, pero Ophelia me ha recordado que podíamos buscar otra durante el viaje.

Jericho y Yelina estaban nerviosos y emocionados. Apenas hemos tenido tiempo de despedirnos e intercambiar números de teléfono para poder estar en contacto más adelante. Después se han marchado. Su lista de cosas que hacer antes de morir los lleva primero a Hawái. Yelina jura que tener las vacaciones que siempre quiso hará feliz a su espíritu.

Le echo una última mirada a Harlow Sanctum por el retrovisor. Las emociones se me agolpan en el pecho, pero ya he sentido suficiente dolor y tristeza entre esas paredes; no voy a permitir que me

vuelvan a hacer daño. Así que respiro hondo y sonrío. La mano de Ophelia se aferra con fuerza a la mía mientras dejamos atrás el edificio y la montaña.

Adiós, Wynn. Adiós, Liam. Me tiembla un poco el labio, pero tengo esperanza. Mi historia puede comenzar aquí. Podemos dejar todo lo demás atrás.

Me concentro en conducir.

Hace mucho tiempo que no llevo nada que no sea una moto y, madre mía, qué gusto da volver a tener un volante entre las manos. Prefiero una moto de carreras, pero no voy a quejarme. Conducir a gran velocidad por la interestatal y escuchar música a todo volumen con una chica en el asiento del copiloto me hace sentir como si tuviera dieciocho años otra vez. Aunque tener veintinueve para siempre no está mal.

Ophelia me mira con el ceño fruncido y baja el volumen. Ni siquiera sé qué canción es; han salido un montón de artistas nuevos desde que morí, pero me gusta la melodía.

—Podrías haberme dicho que estabas mal de la cabeza. Habría conducido yo —bromea, poniendo los ojos en blanco y mirando por la ventanilla lateral.

Enarco una ceja ante ese comentario.

—¿Tan poco te gusta divertirte? —me río mientras piso el freno lo suficiente para que ella se incline hacia delante mientras intenta morder un dónut. El glaseado le mancha todo el labio superior y la nariz, y tengo que apretar los labios para no reírme a carcajadas.

—¡Lanston! —Me aplasta el dónut en la cara, manchándome la mejilla y el pelo con el glaseado pegajoso.

—¡Oye, que estoy conduciendo! —me quejo, porque estoy saliéndome de la carretera a ciento cuarenta por hora. El polvo se arremolina detrás de nosotros y el coche casi vuelca cuando piso el freno.

Ambos tenemos la respiración acelerada, glaseado en la cara y mechones de pelo pegados a la nariz y las mejillas. El dónut se desliza lentamente por el parabrisas, dejando un rastro de rayas azules, antes de caer sobre el salpicadero.

La miro y ella me mira a mí. Los dos tenemos los ojos muy abiertos por la adrenalina. No hay un preámbulo en el que sonreímos primero o soltamos una risita; ambos nos empezamos a partir el culo directamente.

Ella empieza a llorar de la risa mientras intenta sin éxito limpiarse el glaseado de la cara.

Agarro unas servilletas que he cogido en la tienda de dónuts, le paso una y me quedo otra para mí para intentar quitarme el glaseado del pelo.

Ella es más rápida que yo.

La servilleta que he usado no sirve para nada; necesito un puñado entero para quitarme el resto del glaseado de la mejilla. La miro con el ceño fruncido. Todavía tengo una sonrisa burlona en los labios porque es demasiado gracioso como para no reírse, aunque sea un fastidio.

—¿Ves lo que has hecho? —la reprendo.

Ella levanta la barbilla.

—Has empezado tú.

Me doy cuenta de que todavía tiene una mancha de glaseado en el labio superior. Mi mano se mueve sin siquiera pensarlo. Ella me

mira con ojos de sorpresa cuando mi pulgar le recorre suavemente la piel. Su boca se abre un poco y mis ojos se detienen allí, admirándola.

Ophelia respira hondo y aparta la mirada con las mejillas enrojecidas.

—Debemos darnos prisa o perderemos el tren —dice mirando por la ventana y negándose a girarse hacia mí. La miro entornando los ojos. Luego deslizo mi mano sobre la suya. Ella gira la cabeza, pero, en lugar de sorpresa, encuentro calidez ardiendo en sus ojos.

Le dedico una sonrisa sencilla pero encantadora.

—No se preocupe, señorita Rosin, me aseguraré de que coja ese tren. —Subo el volumen de la radio y esta vez es una canción que conozco: «Ride», de Lana Del Rey. Vuelvo a poner las manos en el volante y piso el acelerador a fondo.

Ella suelta un gritito muy mono al sentir la velocidad.

—¡Lanston!

Sin embargo, al cabo de unos instantes, empieza a cantar la canción y yo me uno a ella. La miro de reojo, con su salvaje melena morada ondeando al viento. Tiene la ventanilla bajada y los pies apoyados en el salpicadero, y lo único en lo que puedo pensar es en lo guapa que está y en toda la luz que irradia sobre mi alma cansada.



—Los billetes, por favor.

Observamos en silencio cómo el revisor comprueba los billetes de una familia de cuatro miembros y se los devuelve. Diría que los

niños tienen nueve y seis años. La madre sonríe amablemente y el padre mira a sus hijos con cara de emoción. Estos vitorean y ríen mientras sostienen sus billetes como si fueran nuevos tesoros. Es evidente que es su primer viaje en tren.

Sonrío ante esa interacción y envidio la ternura que desprende esta pequeña familia. Transmiten amabilidad, sin fingir ni forzar nada.

Se me hace un nudo en la garganta. Siento envidia de la ausencia de dolor en sus ojos, de la ausencia de miedo, pero me alegro muchísimo de que tengan la oportunidad de disfrutar de una familia funcional; de ver el mundo a través de una perspectiva cargada de amor y cariño.

—Mis padres tampoco me querían.

Miro a Ophelia con los ojos muy abiertos y sorprendidos. Ella encoge un hombro y luego lo relaja antes de sacar su iPod. Como el tren está bastante vacío, tenemos toda una sección para nosotros solos, pero ella ha preferido sentarse a mi lado. Nuestros hombros se rozan, lo que me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

Le paso unos auriculares no inalámbricos. He cogido a propósito unos antiguos con cable; a veces hay que echarle una mano al universo. ¿Es raro que me haga feliz estar conectados por el cable de los auriculares? Sacia al romántico empedernido que hay en mí.

—Yo no he dicho que los míos no me quisieran —respondo mirando de nuevo hacia la familia que llena el vagón de afecto. Sus risas son como una enfermedad; se contagian y hacen sonreír a los demás.

Creo que eso es lo que más me gusta.

«La enfermedad del amor».

—No hace falta que lo digas. A las personas como nosotros se nos nota. No podemos ocultar esa parte. Nos delata la mirada y la sombra en nuestro ceño fruncido. —No me mira mientras habla, se limita a pulsar el botón de reproducción. La música empieza a sonar en mis auriculares, haciéndome sonreír al reconocer la canción al instante. «Train wreck», de James Arthur.

Hago una mueca y una sonrisa incrédula se dibuja en mis labios.

—¿En serio escoges esta canción? —Le doy un codazo en el hombro y ella me empuja—. Vas a gafar este tren —le digo.

Ella levanta la barbilla y unos suaves mechones de pelo le caen sobre las clavículas.

—Anda ya, cierra el pico. Técnicamente, lleva fantasmas a bordo, o sea que ya se puede considerar un tren embrujado. —Se agarra al encaje de su vestido. La tela negra es delicada y combina bien con el bordado color granate. Parece como si hubiera rosas de verdad tejidas en su vestido.

—Si encontramos otro pasajero muerto, ¿significará que estamos en un tren paranormal?

Abre la boca solo un poco y me mira con el ceño fruncido.

—¡Es malísimo! —La sonrisa que se le escapa la delata.

—Quería poner a prueba tu sentido del humor. —Me río y relajo los hombros dejándome llevar por la solemnidad de la canción.

Ophelia se queda mirando a la familia al otro lado del pasillo. Tiene la misma envidia en su mirada. Sus ojos marrones y verdes me lanzan una mirada de reojo y yo me enderezo.

—¿Alguna vez quisiste tener hijos? —pregunta con una voz fría como el hielo.

Mi respuesta es inmediata.

—No.

—¿Por qué?

Me hundo en mi asiento y pongo los pies sobre los que están enfrente. Mis zapatillas negras combinan bien con la tela de las sillas.

—Odio la idea de convertirme en mi padre. Frío y ausente. Sé que yo no soy así, pero me perturba lo suficiente como para no querer tenerlos. —Mis palabras saben amargas. Ese hombre no merece siquiera que gaste saliva hablando de él—. ¿Y tú?

—No. Me encanta ser independiente y dedicar todo mi tiempo a las cosas que me gustan. —Sonríe con orgullo. La mayoría de la gente pensaría que es egoísta, pero yo la admiro por decirlo con tanta franqueza, sin complejos y firme en su elección.

Y es que ¿quién dice que no hay que planteárselo así? Debemos tener la vida que nos haga más felices. No hay que tener hijos solo porque tus padres insistan. Tu vida es tuya y de nadie más.

—¿Cosas como bailar y coleccionar plantas a lo loco? —le digo en tono burlón, y ella se retuerce en su asiento, tratando de ponerse cómoda.

—Sí, y ahora, al parecer, tú también estás incluido en esa lista.

La miro con una sutil sorpresa.

—¿Yo también te gusto? —La mayoría de la gente se cansa pronto de mi tristeza. Prefiero estar solo, como Ophelia, y, sin embargo, parece que ambos compartimos el deseo de disfrutar de la compañía del otro.

Ella asiente somnolienta. Apoya el hombro en mi brazo, pero no digo nada; su calor me consume.

—No quiero que la gente me vea, pero me gusta que tú sí. Además, eres guapo; eso también ayuda.

Me río entre dientes. Con cada respiración me pesan más los párpados.

—¿Crees que soy guapo?

Ella no responde, pero empieza a sonar la siguiente canción: «Jealous», de Labrinth. Sonrío como el romántico empedernido que soy, recostándome en el incómodo asiento y apoyando mi cabeza contra la suya.

Esto se parece mucho a una historia de amor. Quizá esta vez me toque a mí ser el protagonista.

21

Ophelia

El mayor descubrimiento en la historia de los fantasmas es la cafetería situada en la parte delantera de este tren. Me cuelo detrás de los trabajadores, que atienden con celeridad a los salvajes madrugadores hambrientos de cafeína. Me río al ver sus ceños fruncidos y su dedicación al trabajo. Me entristece un poco que no puedan verme mientras me escabullo y me familiarizo con las máquinas de café.

Mis años como barista en la universidad están dando sus frutos y, por suerte, la tecnología para preparar un buen expreso no ha cambiado mucho. Me preparo un café con leche con sirope de chocolate blanco y caramelo, y un americano para Lanston. También llevo dos magdalenas de arándanos envueltas en plástico colgando de la boca.

Camino por los vagones del tren hasta llegar al nuestro, situado en la parte trasera. Todos los viajeros ya se han bajado, así que ahora solo quedamos nosotros. Siento una opresión en el pecho cuando me detengo a unos metros de él. Tiene la cabeza inclinada hacia un lado y una expresión de paz. Sus pómulos marcados hacen que su rostro parezca afilado y frío, pero sé lo suave que tiene la piel y lo amable y seductor que es su corazón.

Se mueve cuando me siento frente a él. Coloco mi café entre los muslos y le entrego el suyo. Parpadea varias veces para despejarse y toma el vaso con una sonrisa encantadora.

—¿Le has echado veneno? —bromea cuando le lanzo su magdalena. Ni siquiera hace el intento de atraparla y acaba cayendo en su regazo. Cierra los ojos mientras da un sorbo al americano. La satisfacción se refleja en sus labios al exhalar.

—Quizá debería haberlo hecho —digo en tono burlón, sin mirarlo, dando un sorbo a mi café con leche.

Este hombre me hace sentir muchas cosas que había jurado evitar. El amor solo me ha traído dolor. Pienso en mi último novio, en cómo fracasó aquello.

Me estremezco al pensar en él. En mis últimas horas de vida, solo me causó angustia. No sé si era su intención o no, pero esa es la verdad. A veces pienso que es su recuerdo lo que atrae la oscuridad hacia mí. Puedo oler la amargura.

Al menos estamos moviéndonos. Los Que Susurran no podrán alcanzarnos por un tiempo a este ritmo. Eso espero.

Árboles y praderas de un verde intenso se extienden hasta donde alcanza la vista. Ha estado lloviendo desde que entramos en Oregón. Me encanta cómo se ven las gotas de lluvia contra el cristal, adhiriéndose hasta que caen dejando un rastro. Lanston ha estado leyendo un libro que pilló en la librería de la estación de tren de Portland. El cabello le cae sobre la frente mientras su mirada recorre las páginas. Observo sus bonitos ojos estudiando cuidadosamente las palabras, absorbiendo cada una de ellas en su imaginación.

A menudo me pregunto en qué piensa, si yo ocupo sus pensamientos tanto como él los míos.

Me fijo en que es una novela romántica.

Ahora que lo pienso, su habitación tenía varias pilas de libros de romance, desorganizados y colocados unos encima de otros de cualquier manera. «En fin, hombres». ¿Cómo es posible que sean capaces de lograr que una habitación desordenada resulte estéticamente atractiva? No me refiero a las que tienen ropa sucia tirada por el suelo, sino a aquellas en las que las cortinas están cerradas y hay ilustraciones esparcidas por todas partes. En la suya también había páginas arrancadas de dibujos que no le habían gustado y manchas de café en los bordes de sus novelas más antiguas.

Creo que esos son los libros que más me gustan. Esos que se nota que alguien se ha leído y ha adorado, manoseados como si cada palabra fuera un guion, los que tienen cositas escritas y frases subrayadas. Me gusta pensar que son una especie de tesoro.

—¿De qué va la historia?

Responde sin levantar la vista:

—Es un relato sobre la reencarnación en el que la protagonista quiere encontrar a quienes amó en vidas anteriores. —Su voz está llena de recuerdos y nostalgia.

Pienso en mi amor del pasado y en el dolor que me produce en el corazón. Es imposible que fuera un amante reencarnado de una vida anterior.

—Yo quisiera encontrar al amor de mi anterior vida —murmuro mientras miro por la ventana, imaginando cómo sería si fuera real. Por alguna razón, la única cara que me viene a la mente es la de Lanston. Seguramente, tendría el mismo cabello castaño claro y los ojos color avellana en cualquier vida.

Él deja el libro en su regazo y me mira. Intento fingir que no me he dado cuenta.

—No creo en la reencarnación —dice como si fuera una verdad innegable.

—¿Por qué no? Es divertido pensar que existe la posibilidad.

Él baja la cabeza.

—No estaríamos atrapados aquí si existiera.

«Atrapados». Es extraño que veamos esta dimensión de forma tan diferente. En cierto modo, siento que se me ha dado una segunda oportunidad, un tiempo para aceptar las cosas antes de desaparecer para siempre. Creo que eso es lo que más temo: la nada. Me cuesta aceptar que todos los pensamientos y emociones que he experimentado y las cosas que he dicho… se queden en nada.

—Lanston, ¿por qué tienes tantas ganas de saber lo que nos espera después de esto? —Vuelvo a mirarlo a los ojos y observo cómo sus dedos se aferran con rigidez al libro.

Hace una mueca de angustia.

—Si te lo contara, me mirarías de otra manera. —Me estudia, tratando de decidir si decir o no lo que siente.

—Cuéntamelo —digo impasible.

Él se ríe entre dientes.

—No es broma que te pareces a Liam. Él también era insistente. —Parpadeo y decido no seguirle el juego. Él me mira con ojos amables—. Solo quiero dejar de sentir. Es una inquietud que siempre he tenido, un lugar frío y oscuro que me he pasado la vida buscando. En ese sitio mis pensamientos ya no existen y todo lo que me ha hecho daño en esta vida ha desaparecido. Quiero saber lo

que es existir siendo solo piel y huesos contra las sombras, con mi cuerpo inmóvil, completamente ajeno a la tristeza que me envuelve.

Sus palabras me atraviesan como una hoja de acero. Me siento sobrevenida por el dolor y el agotamiento que desprenden.

«Él es como yo».

Un alma afín.

El vagón del tren permanece en silencio durante unos instantes. No se me ocurre ninguna respuesta. Soy la persona menos indicada para hablar de este tema; el tema de querer morir.

Siempre me han dicho que una persona enferma no puede ayudar a otra persona enferma. Que los seres humanos como nosotros, los que queremos morir, somos malos. Solo buscamos llamar la atención. Sin duda, si todo el mundo me ha dicho lo mismo, debe de ser cierto, ¿no?

«Soy una mala persona. Soy una pecadora por querer morir. Soy egoísta por no querer estar aquí. Si me suicido, acabaré en el puto infierno. Las personas como yo no van al cielo; eso es lo que me han dicho». ¿Cuántas noches pasé despierta, rezándole a un dios en el que no creía para que al día siguiente al despertar todo hubiera cambiado? Quería curarme. Quería ser buena. Quería dejar de ser una decepción para aquellos que no entendían la batalla que estaba librando con mi mente. Decían que era cosa de las sustancias químicas. Que las sustancias químicas de mi cerebro estaban mal.

Me decía a mí misma que no había nadie tan enfermo como yo, porque eso era lo que predicaban. No, los enfermos no pueden consolarse unos a otros porque ¿qué sabemos nosotros? Pero a veces tengo un presentimiento en lo más profundo de mi ser, que tal

vez saber que no somos malos ni los únicos que pensamos de este modo sí que ayuda.

Ojalá en su día hubiera sabido que no era la única persona con ganas de sentarse en un rincón oscuro y ser olvidada, de estar muerta. Claro que es raro y anormal anhelar algo así. No querer existir. Solo ser un espectador, como hacemos ahora. Mucha gente no lo entiende. Rechazan la idea por completo porque sus cerebros funcionan con normalidad. Sus sustancias químicas están equilibradas. ¿De verdad todo se reduce a eso? ¿A la química?

Las personas como nosotros recorremos el mundo solos porque nos hicieron creer que así es como tenemos que hacerlo.

Sonreír y fingir.

«Sonríe y finge. A nadie le importa tu depresión. Sonríe y finge. No dejes que vean cómo eres realmente. Si lo ven, te encerrarán». ¿Será por eso por lo que lo ignoré durante tanto tiempo? No quería que nadie me viera.

Pero Lanston…

Él quiere que yo lo vea.

Quiere que sepa que sufre mucho detrás de esos preciosos ojos que transmiten tanta calidez y cariño. No es malo. No tiene la culpa de que su cerebro esté mal calibrado. ¿Cómo puede alguien afirmar tal cosa? Nunca he observado una belleza tan divina en el alma de otra persona, ni tampoco tanta bondad.

«Te entiendo. Entiendo todas las batallas que libras dentro de tu cabeza contra ti mismo». Le paso los dedos por los labios y él se inclina hacia mi mano. «Te veo».

Sin embargo, todo lo que quiero decirle se queda corto. Mis palabras no están a la altura de lo que pienso. Si me arriesgo a

decirlo, me partiré en pedazos, y no quiero desenterrar lo que yace bajo tierra.

Así que, en lugar de decir lo que realmente quiero, digo:

—A mí también me gustaría encontrar un lugar así. Descansar para toda la eternidad, por fin. —Lanston parpadea, no sorprendido, sino confirmando algo que ya suponía. Imagino que sospechaba que era como él.

Nuestras olas encajan a la perfección en este mar de desesperación.

—Entonces, ¿por qué no tienes ganas de trascender? ¿Qué es aquello que te lo impide, mi dulce rosa? —pregunta al tiempo que esboza una sonrisa triste.

«Porque tengo miedo».

Me recuesto y miro por la ventana una vez más, presionando los dedos contra el cristal, con el frío calándome los huesos.

—Te lo dije en la sesión de Jericho… Aún no he terminado lo que quiero hacer aquí. —Suena más triste de lo que pretendía. Lo que realmente quiero decir es que me gustaría demostrar que soy una buena persona antes de enfrentarme a mi final.

Lanston me mira durante un largo rato. Todavía tenemos muchos secretos. Muchas cosas guardadas que no hemos compartido.

—Algún día te descifraré —dice, y suena más a un juramento que a una afirmación.

Sonrío.

—Eso espero.

22

Lanston

En los últimos cuatro días de viaje, he descubierto que Ophelia es más inspiradora de lo que pensaba. Cada mañana prueba un nuevo sabor de café, decidida a experimentar las cosas al máximo. Incluso he cedido algunas veces y he probado algunas de las combinaciones de café con leche más sofisticadas. Me cuesta admitirlo, pero creo que empiezo a entender por qué despierta tanto entusiasmo.

Exploramos los vagones, midiendo cuánto tiempo se tarda en ir de un extremo al otro. Absurdo, lo sé, pero nuestras risas son fuertes y sinceras. Descubrimos por las malas que los fantasmas sí pueden marearse. Quizá sea nuestra voluntad de seguir sintiéndonos vivos lo que provoca anomalías como las náuseas. Me toca a mí ser el encargado de apartarle el pelo de la cara mientras vomita en el lavabo.

En cada parada encontramos nuevos libros y diferentes alimentos que probar. La parte trasera del tren parece más bien una fortaleza de novelas apiladas, bolsas de patatas fritas y mantas que hemos ido amontonando para hacer una cama.

—Si mis padres pudieran verme ahora mismo, pensarían que estoy teniendo un comportamiento infantil —dice Ophelia con una risa entrecortada.

Estamos acurrucados bajo las mantas sintéticas que hemos extendido por el suelo. Ella tiene un regaliz rojo en la mano y se lo pasa perezosamente por el labio inferior. Sus dedos son delgados y los huesos que hay debajo crean protuberancias prominentes en los nudillos. El vestido que lleva se le pega al abdomen y se ajusta a su cadera. Quiero acariciarle las curvas y sentir cada centímetro de su piel, cada hueco y cada valle de su hermosa alma. Hasta ahora solo hemos llegado a besarnos, pero nuestros cuerpos parecen tener otros planes, unos más íntimos. Disocio un momento y dejo de oírla con claridad.

Ella se me queda mirando y me doy cuenta de que me ha debido de decir algo importante

—¿Eh?

—¡Lanston! —Se pone de morros, y yo me río a modo de disculpa. Su cuerpo está pegado al mío, nuestros muslos se rozan y nos damos calor el uno al otro.

—Lo siento. Estabas diciendo algo sobre tus padres, ¿verdad? —La miro con ojitos de pena. Ella frunce el ceño, pero lo deja pasar.

—Sí, siempre pensaron que era infantil. —Muerde el regaliz, arranca un trozo y me lo ofrece para que lo pruebe. Lo acepto con gusto.

Es difícil no poner los ojos en blanco ante la idea de lo que otros consideran infantil.

—Las personas infelices no quieren que los demás encuentren alegría en las cosas sencillas. Eso es todo —digo antes de dar un mordisco mientras pienso para mis adentros que me estoy comiendo algo que la boca de ella también ha tocado. Me sonrojo.

Ella inclina la cabeza en mi dirección. Su cabello morado forma unos rizos preciosos que crean un halo alrededor de su rostro. Sus ojos me atraviesan.

Tenemos los labios tan cerca que me llega el olor a dulce que desprende. Trago saliva con dificultad en un esfuerzo por controlarme antes de tener una erección.

—Sin duda, eran infelices —dice con el rostro inexpresivo.

Se queda mirándome los labios y sé que está pensando en lo mismo que yo: los dos revueltos debajo de las mantas, con nuestras extremidades enredadas, apretándonos el uno contra el otro, desnudos, conectando, dejándonos llevar.

Veo que se ruboriza y aparta la cabeza. Extiendo la mano y le agarro con cuidado la barbilla, atrayendo su rostro hacia mí.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le susurro.

En este oscuro vagón, solos, parece necesario hablar en voz baja, incluso siendo fantasmas. Su nariz está a solo unos centímetros de la mía. El aroma floral que se mezcla con su cabello y su sonrisa me hace desearla de todas las formas en que un humano puede desear a otro.

Ella contiene la respiración, dudando sobre si responder. Espero y, mientras pasan los segundos, me doy cuenta de que siempre estaré dispuesto a esperar pacientemente para escucharla decir lo que tenga que decir.

—Para ti es tan fácil hablar de lo que pasa por tu mente… Yo también quiero compartir cosas contigo, pero no me atrevo a decirlas. ¿Te importa si te las escribo? —Su tono muestra inseguridad, como si esperara que la rechazara. Me pregunto

cuántas veces habrá intentado abrirse y sus palabras e ideas habrán caído en saco roto o habrán sido recibidas con crueldad.

—Me encantaría —contesto. Se le iluminan los ojos y veo que eso la ha tranquilizado—. Con una condición.

Arquea una ceja con curiosidad.

Esbozo una sonrisa afectuosa. La más sincera en mucho tiempo.

—Cada vez que tú me des una carta, yo te daré un dibujo. No hace falta que hablemos de lo que leemos o vemos; solo tenemos que aceptarlo.

Suelta un breve suspiro y me sonríe radiante.

—Pero… ¿y si queremos hablarlo?

—Entonces podemos quedarnos toda la noche charlando si hace falta.

—¿Y si necesitamos más tiempo?

Me río, cautivado por esta dulce y herida fantasma.

—Pues hablaremos hasta que nuestras voces ya no puedan soportar el peso de las palabras.

Ella me dedica una sonrisa atrevida y dice:

—¿Y si necesitamos más?

—Cuando ya no nos quede voz, te recorreré la piel con los dedos y te contaré historias con el tacto.

Ophelia permanece en silencio, estudiando mis rasgos brevemente antes de murmurar:

—¿Por qué eres tan amable, Lanston? No soy buena persona. —La debilidad en su tono delata todas las emociones que se niega a mostrar.

Esa confesión me duele, me oprime el pecho con el mismo dolor que me causó la muerte en su momento.

—¿Por qué crees que no eres una buena persona? —le pregunto.

Ella cierra los ojos.

—Quizá algún día pueda contártelo en una carta.

Me inclino hacia delante y apoyo mi frente contra la suya. Ella me mira a los ojos y después cierra los párpados. Recorro la curva de su cintura con la mano y le doy un beso. Una parte de mi alma se abre y ella entra directa a mi pecho.

Arquea la espalda para acercarse más y nuestro beso se intensifica mientras me recorre la mandíbula con los dedos. La sangre fluye hacia abajo mientras nuestras lenguas se persiguen. El cuerpo de Ophelia se funde en mis brazos mientras se entrega a mí. Baja las manos por mi cuello hasta las clavículas, provocándome escalofríos. Me palpita la polla dentro de los pantalones mientras nos enredamos en las mantas.

Cuando la tengo tumbada debajo, aparto los labios y empiezo a cubrirle el cuello de besos, dándole mordisquitos no muy fuertes, lo suficiente como para que a ella se le escape algún gemido.

—Lanston —me suplica pasándome los dedos por el cabello mientras le deslizo el vestido por los hombros, dejando sus pechos al descubierto.

Paso la lengua por su tersa piel, le succiono un pezón y después giro la lengua a su alrededor.

Ella se retuerce debajo de mí, con gritos y gemidos entrecortados. Noto que quiere más y que está impaciente por que continúe.

Una risa oscura brota de mi garganta y levanto la cabeza para mirarla. Me encuentro unos ojos desesperados que me devuelven la mirada. Me inclino hacia arriba para besarla, y ella emite un leve gemido cuando presiono la erección contra su abdomen.

Desliza las manos por debajo de mi camiseta y las mete por la cinturilla de los pantalones.

Sonrío contra sus labios.

—¿Quieres más?

Ella asiente, embriagada por la lujuria.

Me desabrocha los pantalones y me los baja de un tirón. Se me escapa una risa seca y entierro la cara en su pelo, buscándole la oreja para darle un mordisquito en el cartílago. Ella respira con dificultad mientras me la saca de los calzoncillos, envolviéndola rápidamente con la mano y provocando que se me escape un gruñido grave.

—Uf, joder —digo mientras ella empieza a masturbarme. Sus suaves dedos suben hasta la punta y bajan hasta la base con un ritmo lento.

La miro a los ojos mientras le muerdo el labio inferior. Sus ojos transmiten pasión, están deseosos de que la toque. ¿Quién soy yo para negárselo?

Nuestros labios vuelven a fundirse y nos movemos con ferocidad, hambrientos después de tanto tiempo resistiendo las ganas. Deslizo la mano por su estómago y le levanto el vestido. Ella gime con entusiasmo, y no puedo evitar sonreír contra sus labios.

—Paciencia, Ophelia —digo en voz baja. Sus muslos están calientes. Ella mueve las caderas mientras le aprieto la carne, acercándome poco a poco y deteniéndome justo antes de llegar a sus bragas—. ¿Te he dicho ya lo preciosa que eres o solo lo he estado repitiendo en mi cabeza? —le pregunto sin aliento.

Ella me muerde el labio inferior, y eso envía una oleada de calor a mi pene.

—Debes de haberlo estado repitiendo en tu cabeza —responde sonriendo, y hunde la cara en el hueco de mi cuello—. Dímelo.

Cambia la posición de la mano sobre mi miembro y lo guía hacia su estómago. Gimo ante la sensación de su piel contra mi glande, me dejo caer sobre las mantas y ruedo hasta quedar bocarriba. Ella sigue el impulso de mi movimiento y se sienta a horcajadas sobre mí, colocándose justo encima de mi polla. Sus bragas son lo único que se interpone entre nosotros.

La miro con los ojos entrecerrados, embriagado por el éxtasis.

Ella apoya las manos en mi pecho y empieza a frotarse sobre mí. Yo muevo las caderas por instinto y aprieto las sábanas con los puños. Me mira como una diosa, expectante.

—No puedo apartar los ojos de ti ni un segundo. —Me cuesta mucho controlar el tono y las palabras mientras sigue frotándose contra mí, pero mantengo la voz firme. Quiero que sepa lo mucho que la deseo—. Lo supe desde el momento en que te vi en aquel escenario. Tus movimientos sombríos y la naturalidad con la que cargabas el peso del mundo. Tu belleza es de las que hacen que el mundo se quede callado y contemple en silencio.

Sus movimientos se ralentizan hasta que se queda quieta. Desliza las manos por mi pecho y se apoya sobre los codos, cada uno a un lado de mi cabeza.

—Dices unas cosas preciosas —susurra. Nuestras narices se rozan mientras nos miramos a los ojos—. ¿Un romántico empedernido o un poeta atormentado? —Esboza una maravillosa sonrisa y yo me río, abrazándola.

—Un romántico empedernido.

Ella asiente con complicidad.

—Por eso te he elegido. —Luego me besa y rodamos entre las mantas.

Ella se tumba de lado y yo hago lo mismo. Aparto su ropa interior y me encuentro la demostración de lo excitada que está. Se me escapa un grave gemido mientras le acaricio el clítoris. Su reacción es instantánea; se arquea, devorándome los labios, y gime mientras vuelve a agarrarme la polla.

Seguimos al unísono, con la respiración acelerada mientras nos aproximamos al clímax. Me acaricia, ahora más rápido, ahora más lento, hasta que dejo de ver con claridad y gruño mientras me corro en su mano. Reduce la velocidad y se centra en la punta hasta que mis caderas dejan de sacudirse.

Sé que ella también está a punto. Se muerde el labio y jadea cuando le introduzco un dedo. Nuestras bocas se encuentran de nuevo y le froto el clítoris hasta que empieza a temblar en mis brazos. No paro hasta que me suplica que lo haga porque entonces sé que está satisfecha.

Me mira por última vez antes de sonreír y acurrucar la cabeza en el hueco de mi cuello. Yo también sonrío, la rodeo con los brazos y le doy un beso en la cabeza.

—Sueña conmigo —susurra somnolienta. Una calidez me inunda el corazón mientras yacemos juntos; dos fantasmas en un tren, gravitando el uno hacia el otro. ¿Importan nuestros sueños? Espero que sí.

—Siempre lo hago.



Ophelia estira los brazos cuando por fin nos bajamos del último tren en Nueva York.

Dudo y me quedo en el último escalón. Nunca había llegado tan lejos. Ni siquiera cuando estaba vivo. Visitar la costa este siempre fue un sueño para mí. Me viene a la mente Boston, con las dos personas más importantes para mí en algún lugar de ese bosque de edificios y cemento. Me pregunto si pensarán en mí. Intento no machacarme con el hecho de que este año no vinieran el día del aniversario de mi muerte. No es justo enfadarme por ello. Al fin y al cabo, es natural que sigan adelante con sus vidas.

Ophelia se da cuenta y sonríe, ofreciéndome su mano.

—Vamos, podemos crear camas improvisadas en otro lugar si es necesario. —Su voz es ligera y alegre, me hace sonreír y me hace olvidar las penas que me oprimen el corazón.

—¿Como dos vagabundos viajeros? Podemos quedarnos donde queramos, ya lo sabes. Deberíamos escoger algún sitio bonito —propongo.

Ella levanta la barbilla y camina con orgullo por el andén. Está lleno de gente, todos con rostros serios y ropa de colores apagados. Por supuesto, no nos ven. Los pilares de ladrillo del andén son más grandes de lo que creía posible. Es como entrar en un mundo completamente nuevo. Mi expresión debe de delatar mi asombro, porque Ophelia se ríe a mi lado.

—Es increíble, ¿verdad? —dice con un brillo en los ojos.

Asiento.

—Así debe de sentirse la gente de ciudad cuando vienen a las montañas de Montana.

Ophelia se ríe y asiente.

—Sí, la verdad. Eso demuestra lo acostumbrados que estamos a nuestro entorno.

El asombro no me abandona mientras recorremos la ciudad cogidos de la mano y robándonos algún beso de vez en cuando.

Acabamos encontrando un bonito hotel en la costa. Elegante. Uno que nunca habríamos podido permitirnos cuando estábamos vivos. El ático es del tamaño de un salón de baile, con una cocina completa, cuatro dormitorios y una sala de estar para recibir a un grupo de invitados. Pero ella tenía razón: aunque estamos rodeados de camas de lujo y las mejores sábanas de algodón, acabamos apilando las mantas en el suelo de la sala de estar y extendemos todas las cosas que hemos acumulado por el camino. Libros, aperitivos que aún no hemos probado, ropa de tiendas de *souvenirs* y un ramo entero de rosas que Ophelia ha encontrado en una floristería al final de la calle. Las rosas son de color rojo granate y aún están llenas de vida.

Nuestro plan es salir a primera hora de la mañana y pasar al siguiente punto de la lista. Tacho «Viajar en tren a un lugar desconocido» y miro a Ophelia. Está tumbada boca abajo en el suelo, con las piernas dobladas y cruzadas en el aire, escribiendo en su cuaderno con una pluma clásica.

Lista de cosas que hacer antes de morir de Lanston y Ophelia

Ir a París

Navegar en un yate Practicar baile de salón

Beber en la playa por la noche / acampar

Viajar en tren a un lugar desconocido
Visitar la biblioteca del Trinity College en Irlanda
Salvar una planta abandonada

—¿Y si vamos en barco hasta Europa? Así también podremos tachar París e Irlanda de la lista —digo mientras guardo el papel en el bolsillo. Tengo un buen presentimiento sobre esto de la lista de cosas que hacer antes de morir. Mi alma ya se siente más tranquila. Aunque no estoy seguro de hasta qué punto es por los lugares que visito en vez de por la persona con la que los visito.

Ophelia me mira por encima del hombro y sonríe.

—Es un buen plan. —Le brillan los ojos con solo pensarlo—. Siempre he soñado con bailar en el escenario del Palais Garnier. Es uno de los teatros de ópera más famosos del mundo.

—¿El qué? —pregunto. Me siento tonto por no saberlo, pero ella es mucho más aficionada a la historia que yo.

Suelta una risita y se levanta para mirarme. Su vestido negro, de estilo campesino, con mangas largas rematadas en volantes, se arremolina alrededor de sus piernas.

—El Palais Garnier. Lo verás cuando lleguemos a Francia. Te enseñaría una foto, pero es mucho más impresionante en persona.

Intento imaginarme cómo es un teatro de ópera histórico; lo único que se me ocurre son edificios blancos con pilares enormes, como los que salen en las películas romanas con gladiadores.

—¿Actuarás sola? —Apoyo la cabeza en la palma de la mano.

—Sí, como siempre, aunque no me importaría tener un compañero para esa ocasión. Si te apetece, claro. —Me mira con esperanza y se

me revuelve el estómago. No esperaba que me lo pidiera.

—Eh…

—¡Te enseñaré! —me interrumpe, y se pone en pie de un salto, agarrándome de las manos y levantándome del sillón reclinable en el que estaba muy cómodo.

—Ophelia… —digo su nombre lentamente, dando a entender que no quiero aprender, pero ella me ignora y me enseña los pasos.

A regañadientes y con una sonrisa demasiado natural, me muevo siguiéndole el ritmo. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Inclinación, giro. Ella se ríe de mi torpeza mientras yo lucho por no tropezar.

—Bien, ahora cógeme las manos —dice tendiéndomelas.

Deslizo los dedos sobre sus suaves palmas. Su piel me produce escalofríos y el nerviosismo se apodera de mi estómago. No quiero hacer el ridículo; ella tiene unos movimientos fluidos y yo parezco un pato mareado.

—Perfecto, ahora esta va alrededor de mi cintura —murmura mientras coloca mi mano izquierda en su costado. Me acerco, acortando la distancia entre nosotros y respirando su dulce aroma. Trago saliva y bajo un poco más la mano hacia su espalda.

Ophelia lleva la iniciativa. Vamos siguiendo los pasos que me ha enseñado y, sorprendentemente, después de unos cuantos intentos, empezamos a movernos con soltura. Nuestros pies siguen el mismo ritmo y, cuando nos detenemos, con la respiración acelerada, no puedo apartar la mirada de sus ojos.

Hasta ahora solo había bailado con Wynn. Fue agradable y disfruté cada segundo, pero con Ophelia siento que es mucho más. Como si nuestras manos estuvieran hechas para encajar, como si las estrellas reclamaran nuestra unión y festejaran la tierra que pisamos.

Es íntimo y tierno.

Le aparto el pelo hacia atrás, recorriendo los ángulos de su rostro con la mirada. Nuestros labios casi se rozan. Cada respiración que tomo presiona mi pecho contra el suyo y me envía una intensa señal por todo el cuerpo, recordándome la noche anterior.

Pero, cuando bajo la cabeza y ella levanta la barbilla, ambos nos quedamos paralizados.

«Susurros».

Ophelia abre los ojos y el pánico se extiende por su rostro. A mí se me hiela la sangre. Giro la cabeza bruscamente para mirar detrás de mí y lo único que veo es oscuridad; el ático está envuelto en sombras, un agujero negro en pleno día.

¿Nos han seguido hasta aquí?

—¡Lanston! —grita Ophelia. El sonido de su voz es tan penetrante que sacude mi conciencia.

Empiezo a andar en su dirección antes incluso de terminar de girar la cabeza. Ella está medio asomada por la ventana y, en cuanto establece contacto visual conmigo y sabe que la veo, salta. Su cabello es lo último que veo antes de saltar tras ella. Me giro lo suficiente para ver filamentos negros de sombras aferrándose al borde de la ventana, donde unas oscuras espirales se retuercen con ira.

El corazón me va a mil por hora por el miedo. Ophelia parece mucho más tranquila ahora. Me mira con los ojos entrecerrados y una sonrisa de alivio mientras el viento azota su rostro.

Estamos cayendo desde un edificio de veinte plantas y de repente me invade un miedo diferente. Uno que es a la vez estimulante y aterrador. Racionalmente, sé que no podemos morir, pero no tengo

claro qué va a pasar cuando lleguemos al suelo. ¿Sangraremos? ¿Sentiremos dolor?

Detesto el dolor con todo mi ser.

El suelo se acerca a una velocidad alarmante, rápida y letal. Mi instinto me dice que me prepare para el final, pero me limito a cerrar los ojos.

El golpe es estrepitoso. Solo siento un leve cosquilleo en la piel, como si me hubieran picado unas cuantas abejas, pero la sensación se desvanece al instante.

Cuando abro los ojos, veo a Ophelia tumbada a mi lado. Yo también estoy tumbado. Parece que está dormida. No hay sangre ni huesos rotos sobresaliéndole de la piel. Solo está dormida. Sin embargo, las lágrimas que se forman bajo sus pestañas me indican que está muy despierta.

—No pasa nada —le susurro acariciándole el brazo en un intento de consolarla.

Ella se aparta, dejando mi mano en el aire. ¿Cree que es culpa suya que la oscuridad la persiga?

Ophelia niega con la cabeza.

—Sí que pasa.

Al ver que no respondo, se incorpora despacio y se seca las lágrimas. La observo mientras vuelve a encerrarse en su fortaleza.

Y en ese momento tengo la certeza de que va a intentar alejarse de nuevo.

23

Ophelia

El cielo es gris y amenazante, con unas nubes cargadas de lluvia. Lanston suelta el amarre para poder zarpar. El motor del yate ruge cuando salimos del muelle. Las olas oscuras golpean el barco, salpicándome las mejillas.

«Me han encontrado muy rápido».

Me siento en la proa de la inmensa y lujosa cubierta, con las rodillas recogidas contra el pecho, en silencio, mientras el viento del océano me saluda con besos salados.

Ha sido una estupidez. Sabía que Los Que Susurran me perseguirían. Mi instinto me dice que están dispuestos a cruzar el mar y el mundo entero si hace falta. No pararán hasta quedarse con mi alma.

¿Y si dejara de huir?

¿Y si abriera los brazos y me dejara atrapar? ¿Dejarían por fin de perseguirme? Supongo que lo que más me atormenta es la incertidumbre.

Casi no hemos intercambiado palabras desde que hemos huido del hotel. El plan era pasar la noche en un sitio bonito, pero nada sale nunca como queremos. La ley de Murphy y tal.

Al final hemos decidido que lo mejor era encontrar un yate y dormir a bordo, con la esperanza de que fuera más seguro que

descansar en tierra. Miro a Lanston por encima del hombro. Está al timón, conduciendo la embarcación hacia aguas profundas. Su cabello castaño claro está revuelto por el viento y sus ojos color avellana están alerta pero cansados después de un día largo. Aun así, está guapo. Tiene una postura robusta y sus músculos se tensan al agarrar el timón.

Se da cuenta de que lo estoy mirando y dirige su atención hacia mí, sonriendo brevemente, con cautela. No se la devuelvo. En su lugar, vuelvo a mirar hacia delante. Lo he puesto en peligro al venir con él y, aunque no se atreva a decírmelo, sé que probablemente piensa que ha sido un error.

Aprieto el puño y me doy un golpe en la frente. «Imbécil. Egoísta». ¿Por qué el mundo se niega a darme un respiro? Estoy agotada, joder. Pensaba que por una vez podría tener lo que verdaderamente quería.

«Lanston».

Esta noche me costará dormir.

Miro somnolienta las oscuras olas que se extienden ante mí y pienso en qué pasaría si me dejara caer y acabara en las profundidades del mar, donde todo es silencio y oscuridad, donde el universo puede absorberme hasta que solo quede mi recuerdo.



—Toma.

Aparto la mirada del océano, que reluce bajo la luz del mediodía, y la dirijo hacia Lanston. Me tiende un trozo de papel doblado. Parece nervioso.

—¿Qué es? —le pregunto cogiendo el papel. Se queda callado un instante demasiado largo. Está algo ruborizado.

—Ábrelo —dice con más autoridad de la que jamás le he visto emplear. Enarco una ceja, pero hago lo que me dice.

Él se mete las manos en los bolsillos y se apoya en el costado del yate. Sus ojos están fijos en la línea lejana donde el océano se encuentra con el cielo y noto que está ansioso. Es la primera vez que hablamos desde anoche. Quiso intentarlo varias veces antes de dormirnos; lo sé por lo inquieto que estaba y la cara que tenía, pero le faltaban las palabras igual que a mí. Así que no dijimos nada. De todas formas, fue agradable tenerlo a mi lado.

La *suite* principal del yate es lujosa. Nos dejamos caer sobre las mullidas sábanas y dormimos profundamente hasta el mediodía.

Desdoblo el papel.

Casi la página entera es negra, solo hay una calavera en el centro. Las pinceladas son largas y melancólicas, y me traen un torrente de emociones. Las cuencas de los ojos de la calavera están hundidas y forman una expresión de tristeza. El rojo, el crema y el gris se mezclan y se difuminan en una combinación perfecta de colores.

Podría quedarme contemplando la imagen para siempre. Lanston no me mira mientras estudio su obra. Es cruda y oscura, pero entraña mucho más que una simple imagen. Hay una voz más profunda que desea ser escuchada. «¿Qué es lo que quieres decirme?». La pregunta se me queda atascada.

Yo aún no le he dado una carta, por lo que no me parece justo preguntarle hasta que él no tenga también algo mío que devorar. Así pues, me controlo, guardo el dibujo en el bolsillo de los pantalones y entrelazo mis dedos con los suyos.

Lanston me mira con una expresión indescifrable. Sé que hay tristeza en su corazón. También la hay en el mío.

—¿Puedes hablarme de ellos? —pregunto.

Él parpadea y esboza una leve sonrisa.

—¿De quiénes?

—De tus amigos. Liam y Wynn. ¿Puedes contarme cosas de ellos?

Bajo la barbilla mientras él se sienta a mi lado. Sonríe con nostalgia, un poco triste, y asiente. Los rayos del sol nos alcanzan al asomar entre las nubes, calentándome la piel y molestándome la vista. Me tumbo con la cabeza en el regazo de Lanston y él me rodea los hombros con el brazo, enrollando mi pelo en su dedo.

Me cuenta lo bien que se lo pasaron y lo unidos que estuvieron en los pocos meses que pasaron juntos. Con Liam coincidió más tiempo, pero solo tuvieron unas semanas para formar el grupo de tres y conectar como lo hicieron. Cuando encuentras almas afines, el sentido común pasa a segundo plano. Así va la cosa.

Desearía haber tenido amistades como las que él tuvo. Es algo que siempre se me ha dado mal. No sé si es porque digo cosas inapropiadas o porque soy torpe. No obstante, disfruto escuchándole hablar de ellos, de sus aventuras y de las cosas que hicieron.

Quizá algún día brille tanto como lo hace su alma rota.



Una semana en el mar es una experiencia solitaria. Te aleja del mundo.

Aun así, disfrutamos del silencio y damos la bienvenida a las tormentas que lo vuelven todo ruidoso y tumultuoso. La presencia

de Lanston es un consuelo constante. Con el paso de los días, los besos y las risas que compartimos han vuelto a calar en mi corazón. Las noches son mi momento favorito, cuando mi piel desnuda entra en contacto con su pecho y él me abraza con adoración.

Procura no inmiscuirse demasiado si ve que estoy tramando algo. Cuando entró en el camarote del yate y me vio escribiendo cosas en un trozo de papel arrugado, solo me miró un momento antes de darse la vuelta y dejarme a mi aire. Llegué a ver que tenía una sonrisa de complicidad. Tiene ganas de leer la carta que le prometí.

A veces desearía que se entrometiera.

Debe de sentir curiosidad, igual que yo por lo que dibuja.

Arrugo la carta que le he escrito y la escondo debajo de la mesita auxiliar del dormitorio. Él me ha dado una parte de sí mismo con mucha facilidad y despreocupación, pero yo no estoy segura de estar preparada para que vea lo horrible que soy por dentro.

¿Me mirará de otra manera? Eso es lo que más miedo me da.

Me giro y lo miro, tumbado en la terraza, sin camiseta y tomando el sol. Tiene la cabeza echada hacia atrás, dejando al descubierto la garganta. Mis ojos se detienen en sus clavículas, en la suave línea que dibuja su pecho y en la uve que se adentra bajo sus pantalones. Debe de percibir que lo estoy mirando, porque gira la cabeza en mi dirección. Su rostro es impasible pero curioso.

Pienso en lo que hicimos en el tren y trago saliva. Me sonrojo y aparto rápidamente la mirada. No hay muchas emociones que me cueste manejar, pero el calor y el deseo que se generan entre nosotros, las ganas que aumentan por momentos… Eso sí que me da miedo afrontarlo. Lanston es diferente a cualquier otro hombre que haya conocido. Se toma su tiempo, disfruta tentándome.

Nos movemos en círculos alrededor del otro. Sabemos el peligro que eso supone. Ambos esperamos a que el otro se lance directo a la yugular. Cuando haya probado su sangre, y él la mía, no tengo idea de lo que ocurrirá después. Nuestros besos febriles y el encuentro en el suelo del tren casi nos destruyen.

Sacudo la cabeza y trato de pensar en otras cosas.

Es divertido hacer el paripé con él. «Fingir que estamos vivos».

Y, mientras finjo, he decidido enfrentarme a mi miedo al océano. Un poco tarde, lo sé. Pero, si no es ahora, ¿cuándo? No es que haya nada que temer ya. Los fantasmas son inmunes al dolor y a la muerte, así que ¿por qué sigo dudando?

No me molesto en comprobar si Lanston me está mirando mientras me quito el vestido y lo dejo a mis pies. Levanto una pierna y luego la otra, acercándome lentamente al borde.

Entonces me impulso con los pies sobre la proa del barco y me zambullo de cabeza. Mis miedos se esfuman y mi piel desnuda queda expuesta al mundo.

La brillante superficie del agua se rompe al engullirme por completo. Mi cuerpo es consumido por el frío y la salazón. Estoy medio tentada a intentar inhalar solo para ver si puedo respirar bajo el agua, pero decido que mejor no. Aunque sea una fantasma, no suena muy apetecible.

Al abrir los ojos, mi boca se contrae por el terror. La inmensidad del mar es abrumadora, se extiende hasta donde alcanza la vista con tonos azules cada vez más oscuros a medida que se adentra en las profundidades. Me estremezco al pensar en todo lo que se lleva el mar.

Nado hacia la superficie e inhalo el aire fresco. Lanston se inclina sobre la barandilla, con los antebrazos extendidos a lo largo del metal y las manos colgando.

Me observa con atención y fervor.

Sus ojos parecen prender fuego en mi piel, marcas que no desaparecerán hasta que él las toque. Soy consciente de que tengo el pecho desnudo y lucho contra el impulso de taparme. Quiero que me vea. A la luz del día, no solo en la penumbra de la noche.

Aparto la mirada y respiro hondo, sumergiéndome una vez más bajo la superficie. Mi cabello morado cobra vida en el agua y se arremolina a mi alrededor.

«Lanston».

Él consume cada uno de mis pensamientos. Cada vez que respiro, incluso cuando estamos hablando o comiendo, o en las noches en las que se duerme antes que yo, pienso en Lanston. Mientras sus pestañas ocultan sus seductores ojos y él debe de estar pensando en libros o en los dibujos que manchan de negro sus dedos, yo pienso en él.

Y eso me hace sentir tonta.

«Eres una mala persona, no te mereces a un hombre como él».

Aprieto los dientes al escuchar las palabras que he oído toda mi vida. Son irrefutables. No quiero que alguien tan encantador y puro como Lanston quede atrapado en mi oscuridad. Y, sin embargo, por mucho que desee mantenerlo a salvo, no puedo alejarme. Me quedaré tanto tiempo como él me permita.

Abro los ojos bajo el agua y de repente encuentro los suyos color avellana clavados en mí como anclas, envolviéndome el alma y deseosos de permanecer aquí, conmigo, en el corazón del océano.

Bajo el mundo, bajo el universo y las estrellas, solo estamos nosotros.

No hay palabras que decir ni lugares donde esconderse.

Solo nosotros.

Levanta la mano hacia mi cara y me acaricia con el pulgar. Con la otra me envuelve la cintura y me atrae hacia él hasta que nuestras pieles desnudas se rozan. Su duro abdomen me hace tragar saliva y la prueba de su deseo por mí se acomoda entre mis muslos.

Levanto la barbilla para mirarlo y encuentro los ojos de un alma bella y anhelante. Me pregunto si él ve lo mismo en los míos.

Noto que me agarra con más fuerza, pero no se mueve; solo me mira fijamente. Esperando. Observando. Hambriento de mí.

Un escalofrío me recorre los brazos. Mil razones por las que no debería volver a besarlo pasan por mi mente, pero hay un pensamiento que destaca por encima de todos los demás.

«Abrázame».

«Bésame».

«Ámame».

Ambos apretamos la mandíbula a la vez y, cuando levanto ambas manos para agarrarle la cara, él se acerca para besarme. Me da un beso apasionado, sin el tacto ni las caricias de las otras veces, pero la sorpresa solo hace que aumentar el placer que se extiende por mi cuerpo. Nuestros corazones se desean con desesperación, doloridos, latiendo al ritmo errático del deseo carnal.

Nos separamos, parpadeando aturdidos antes de darnos cuenta de que seguimos bajo el agua. Yo le empujo el pecho con suavidad y salgo primero, y él me sigue.

Una vez que nuestras cabezas están sobre la superficie, volvemos a juntarnos. Nuestros labios se chocan, esta vez con más ferocidad. Puedo oler el aroma a carboncillo, café y libros mientras paso los dedos por su cabello mojado.

—Ophelia… —susurra mi nombre con un suspiro. Es tan lánguido y ronco que hace que todo mi interior se estremezca de dolor y deseo. Todos mis pensamientos se han desvanecido. Me los ha robado en el momento en que me ha tocado.

—¿Sí? —susurro contra sus labios. Se aparta un poco y apoya su frente contra la mía. Nuestras extremidades se entrelazan mientras nos balanceamos rítmicamente con las olas.

Lanston flexiona la mandíbula.

—Ya no puedo ocultar la oscuridad en mi mirada. Las cosas que quiero hacerte son indescriptibles.

Me ruborizo, pero susurro:

—Dime, ¿qué es lo que quieres hacerme?

Frunce el ceño pensativo y una sonrisa maliciosa asoma por sus comisuras.

—¿Quieres que te lo diga o prefieres que te lo muestre? Desliza las manos por mis costillas, provocándome escalofríos.

—Muéstramelo —contesto dócilmente sobre sus labios. Nuestras frentes permanecen unidas y nuestras miradas fijas.

Todo lo que tiene que ver con Lanston me genera anhelo. Su mente, su cuerpo, su corazón.

Levanta mi mano y le da un beso en el dorso, salado y frío, antes de susurrar:

—Volvamos al barco.

24

Lanston

«Ophelia».

Su cuerpo cae sobre las sábanas. Nuestra piel se ha secado en cuanto hemos vuelto a subir al barco, y me alegro. La sal ha desaparecido y el frío del océano que nos había calado hasta los huesos se ha esfumado.

Ella se abre ante mí, relajada y provocadora. Su piel es cálida. Deslizo los dedos por su cuerpo, recorriendo cada curva y cada hueco.

Ninguno de los dos parece tener nada que decir, y creo que es mejor así, ya que somos bastante hábiles a la hora de autoconvencernos de parar en momentos como este.

Le beso la clavícula y luego el contorno del pecho. Ella se retuerce debajo de mí, ansiosa por recibir más estimulación. Sonrío mientras bajo la boca hacia su pezón. Lo acaricio suavemente con la lengua, amasando su otro pecho con la mano. Ella gime y el gruñido que sale de mi garganta me sorprende incluso a mí; muestra de que tengo un hambre tan primitiva que temo perderme en ella.

Recorro el pezón con los bordes de mis dientes. Ella inspira bruscamente y me agarra los hombros con más fuerza mientras sigo provocándola. Deslizo una mano por su vientre y voy bajando hasta encontrarme con su clítoris. Lo acaricio con movimientos lentos.

Arquea la espalda, presionando su vientre contra el mío, y una punzada de deseo me recorre. Suelto su pezón y la miro. Ella me observa con los ojos entrecerrados, embriagada por el placer y el deseo que hierve entre nosotros.

—No te enamores de mí, Lanston. —Su tono es arrepentido. Vuelve a respirar bruscamente cuando le meto dos dedos. Luego, con la voz llena de lujuria, dice—: Prométemelo.

No es fácil prometer eso. No podemos elegir de quién nos enamoramos. Sería demasiado sencillo si fuera así. Y ya me está resultando difícil alejarme de ella. El año que pasamos añorándonos no fue en vano. Nuestras almas están ancladas y unidas sin remedio por todos los dioses antiguos. Hay algo, una fuerza externa, que nos anima a que esto pase. Lo siento en lo más profundo de mi ser.

La miro a los ojos y le susurro:

—Solo tú eres capaz de pedir algo tan imposible, mi dulce Ophelia. Pero yo no hago promesas que no puedo cumplir.

Gime mientras empiezo a mover los dedos dentro de ella. Me encanta ver cómo se retuerce debajo de mí. Cómo levanta los hombros e inclina la cabeza. Me estremezco cuando me agarra la polla. La sujeta con fuerza, apretándola y acariciándola a buen ritmo.

—Está bien, pero será una insensatez por tu parte.

—Siempre soy un insensato cuando se trata de ti —le digo contra los labios. Ella se inclina hacia mí y nuestro beso me calienta hasta los huesos. Todo mi cuerpo se siente más vivo que nunca. Nuestros dientes se deslizan sobre los labios del otro y nuestras lenguas se persiguen con fervor.

«Te deseo. Te conozco más de lo que te imaginas. Oigo tus gritos pidiendo que alguien te comprenda».

Su aroma floral se mezcla con el mío a almizcle y parece que no podemos parar. Tampoco es que quiera. Ella es un océano que me ha arrastrado, llevándome a las profundidades, a un punto de no retorno. Juntos, estaremos perdidos por toda la eternidad, y esa idea me parece maravillosa.

Nos robamos gemidos el uno al otro hasta que nos falta el aire. Sus caricias en mi pene se vuelven lentas y comienza a centrarse en la punta. Yo le froto el clítoris, húmedo por su excitación, y veo cómo frunce el ceño con placer mientras abre la boca.

Se corre a lo bestia, cabalgando mi mano mientras me masturba, y yo me corro sobre sus dedos un momento después. Todo mi cuerpo convulsiona, vibrante y ansioso. Flexiono la mandíbula y gimo con el último espasmo del orgasmo. Ella sigue aturdida, apretando los muslos alrededor de mi mano y clavándome las uñas en la espalda.

Nos desenredamos. Tenemos la respiración acelerada mientras rodamos entre las sábanas. La inmovilizo debajo de mí y le sujeto los brazos por encima de la cabeza. Ella echa la cabeza hacia atrás, exponiendo la suave piel de su cuello a mis labios mientras le doy besos y juego con mi polla contra su entrepierna.

Ophelia se retuerce y mueve las caderas con entusiasmo.

—Por favor —suplica, y no puedo evitar la risa profunda que brota de mi pecho.

—Haré lo que me pidas si me lo pides así —le susurro, y meto la puntita lo suficiente como para que ambos tomemos aire de golpe.

Ella empuja las caderas para que entre más, y el gemido que sale de su boca desencadena algo en mí.

Le envuelvo la cintura con los brazos, clavándole los dedos en la carne y embistiéndola. Las manos de Ophelia se aferran a mis antebrazos, apretándolos con tanta fuerza como con la que sus músculos pélvicos me envuelven la polla.

La observo, gimiendo y deshaciéndose debajo de mí, con los ojos en blanco mientras la penetro. Nunca había visto nada tan bello. Tan grácil, tan encantador y destinado exclusivamente para mí.

Me dejo caer sobre ella, ávido del contacto con su piel y del sabor de sus labios, de su lengua. Empujo las caderas hasta que están totalmente unidas a las suyas y me dejo envolver por ella. Me clava las uñas en los brazos y el fuego se extiende por mis venas.

—Joder, eres perfecta —le susurro, y ella se ríe contra mis labios. Nos seguimos comiendo la boca mientras hablamos.

—Enséñame esas cosas indescriptibles que tenías en mente. —Su voz es suave y me genera pensamientos oscuros y lujuriosos.

Sigo embistiéndola, y ella grita, arqueando la espalda de nuevo mientras la lleno hasta el fondo.

—¿Estás segura? —digo en un tono ronco y peligroso.

Ella asiente y mueve las caderas como si ya no controlara su propio cuerpo.

Sonrío con picardía y me retiro, tirando de ella hacia el borde de la cama, donde el espejo de pie contra la pared nos refleja a ambos, desnudos y resbaladizos por el sudor.

—Uy —dice, y la veo tragar saliva, nerviosa.

Le ofrezco la mano y ella la toma, levantándose con suavidad mientras yo me siento en el borde.

—Date la vuelta y mira al espejo. Quiero que veas cómo te follo.

Ophelia me obedece y se pone de cara al espejo, bajando lentamente sobre mi polla. La guío agarrándola de los muslos hasta que estoy dentro de ella.

Gruño, rodeándole el torso con los brazos, acariciándole un pecho con una mano y el clítoris con la otra. Levanto la vista hacia el espejo, donde nos veo a los dos unidos. Una nueva ola de placer me recorre cuando veo que los ojos entrecerrados de Ophelia observan todos mis movimientos. Se muerde el labio y se retuerce entre mis brazos.

—Dios mío —exclama. Parece que esté en trance. Deja caer la cabeza sobre mi hombro mientras yo sigo moviendo las caderas contra ella.

Mi mano se desliza por su cuello hasta llegar a la barbilla, se la muevo para que vuelva a mirar el espejo.

—Sigue mirándote. Quiero que veas cómo te hago perder el control.

Las palabras me salen de forma natural y me siento a la vez horrorizado y curioso por saber de dónde provienen estos pensamientos tan lascivos. Lo único que sé es que esta mujer me vuelve loco.

Bajo los labios hasta su hombro y observo cómo mis embestidas la llevan al éxtasis. Su orgasmo llega justo cuando yo doy la última. Ambos temblamos y nos corremos juntos. Ella se estremece y pierde la fuerza en mis brazos mientras mi polla palpita en su interior y la llena de semen.

Agotado, caigo sobre las sábanas, abrazándola con fuerza y llenándole la cara de besos.

—Me gustas mucho, Lanston —susurra, como si fuera algo prohibido.

Sonrío y le aparto el pelo de la cara.

—Tú también me gustas mucho, Ophelia. —«Gustar se queda corto», quiero decirle, pero mejor no presionarla.

Bajo la tenue luz de la estancia parece triste. Las cortinas están corridas, lo que hace que parezca que es de noche. Quizá lo sea; he perdido la noción del tiempo. La culpa es de Ophelia. Me arrebata cosas tan volubles como el tiempo.

Nos giramos de lado para mirarnos y me quedo contemplando sus ojos marrones con motitas verdes. Ella me observa en silencio mientras yo hago lo mismo. Mi alma se siente desnuda bajo su mirada.

—¿En qué piensas? —le susurro. Las palabras flotan entre nosotros y se posan sobre las sábanas.

Me estudia unos instantes más y parpadea despacio.

Después se incorpora y se inclina sobre mí. Noto su cintura caliente contra la mía mientras se apoya para alcanzar algo debajo de la mesita de noche. Saca una carta de color marfil. El sobre está cerrado con un cordel y tiene atada una rosa roja seca, con las espinas sobresaliendo entre los hilos.

Siento un nudo en el pecho y tardo un momento en reaccionar. Ella se sienta sobre los talones, desnuda y expuesta ante mí, como una diosa del mar. Su largo cabello le cubre los pechos mientras mira la carta con el ceño fruncido.

—Puedo leerla fuera —digo en voz baja.

Ella me mira, más cansada de lo que creo haberla visto nunca. La oscuridad se acumula bajo sus ojos y desearía poder quitarle todos

esos demonios. Quizá algún día pueda.

Asiente con una media sonrisa y me entrega la carta. He conseguido que confíe lo suficiente en mí como para dejarme conocer las partes que no le muestra a nadie.



Espero hasta que se duerme. Acurrucada en la cama, agotada después de tanta pasión.

Cuando llego a la cubierta, está lloviendo a cántaros. Las nubes oscuras cubren el cielo, enfureciendo al mar y provocando grandes olas.

Si no fuera ya un fantasma, estaría aterrorizado. El océano siempre me ha dado miedo. Es capaz de tragarse a cualquiera y quizá no lo vuelvas a ver jamás.

Me siento en el extremo de una tumbona que apenas está cubierta por el toldo que protege de la lluvia. El agua me salpica las espinillas y las frías gotas me anclan a este momento mientras el cielo llora.

Los minutos pasan mientras mantengo la cabeza gacha, contemplando la rosa seca. «Ophelia». ¿Tengo la fuerza suficiente para leer algo que sale de tu corazón? Yo solo le he dado un dibujo ridículo que hice, uno del dolor que soportaba mi alma dolorida. Pero ella ha escrito cosas explícitas, en blanco y negro. Fieles a sí misma. ¿De verdad puedo leerlas? ¿Está bien que lo haga?

Tengo la espalda curvada y los codos apoyados en las rodillas. Levanto la cabeza y miro hacia la tormenta. El sol se asoma en

algunos lugares, rompiendo la oscuridad y derramando rayos dorados sobre el mar gris y embravecido.

Puedo leer esta carta con amor, con una comprensión que quizá solo yo muestro por ella.

El cordel se retuerce mientras lo desato y lo dejo a mi lado. La rosa permanece entrelazada entre mis dedos mientras desdoblo con cuidado el papel.

Lanston: Me has inspirado, así que te voy a contar una historia: mi historia. En ella leerás muchas cosas tristes, pero espero que encuentres respuestas a las preguntas que veo en tus ojos cuando me miras.

Sé desde hace mucho que no fui una niña deseada. No hubo solo una mirada de desprecio, sino muchas. ¿Debería una niña de cinco años saber lo que duele un golpe de cinturón? Yo lo sabía. Aprendes pronto a esconderte, a suplicar y, sobre todo, a aislarte del mundo.

No sería justo decir que soy una buena persona porque realmente no lo soy. Sé que soy fría y distante. Es el mecanismo de seguridad que mantiene mi frágil mente a salvo.

¿Recuerdas cuando te dije que me habían matado?

No es una historia bonita; las espinas son afiladas y pinchan.

Este es el principio del fin: la historia de cómo morí.

¿Quieres escucharla?

Bajo la carta, arrugada por donde la he pellizcado con el pulgar. Al ver que mis emociones deben de haber podido conmigo, aflojo el agarre.

¿Quién te mató, Ophelia, y por qué?

La lluvia amaina y el cielo brilla con las últimas gotas. La carta de Ophelia está a buen recaudo en mi bolsillo, esperando a ser leída una y otra vez. Su rosa sigue entre mis dedos, perforándome la piel y provocándome un ligero escozor.

Las espinas de Ophelia son punzantes, pero conservaré para siempre los cortes que dejan.

25

Ophelia

La cama se hunde cuando Lanston finalmente regresa. El sol se puso hace mucho y las olas han estado tranquilas desde entonces. He dormido a ratos durante unas horas, pero ahora llevo un rato mirando fijamente la ventanita que da al océano cristalino iluminado por las estrellas. Aquí, en medio de la nada, es como si el cosmos y nosotros fuéramos una misma cosa.

—¿Estás despierta? —pregunta en voz baja.

Me giro y lo miro por encima del hombro.

—Sí.

Él sonríe, me coge de la mano y me levanta. Las sábanas caen sobre mi regazo y mis pechos quedan al descubierto, pero sus ojos siguen mirándome con ternura. Me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y me susurra:

—Quiero que veas algo.

Me da una camiseta negra. Creo que es suya, pero está demasiado oscuro para saberlo. Me la pongo y lo sigo hasta la cubierta.

Me quedo sin aliento al contemplar el cielo nocturno. Esta noche no hay ni una nube a la vista. El aire es fresco y salen nubes de vaho al respirar.

El mar refleja las estrellas, haciendo que parezca que navegamos por el universo. Me pregunto si podríamos ir navegando hacia ellas.

—Dios mío, es precioso —digo en voz baja, porque estoy segura de que las estrellas pueden oírnos.

Lanston asiente y me sonríe. Sus ojos no son tan oscuros como antes. Me trago la imagen que tengo en mi cabeza de él leyendo mi carta.

—¿Ves la luz en el horizonte? —Se coloca detrás de mí. Se me pone la piel de gallina cuando su mano se desliza por mi brazo. Apoya la barbilla en mi hombro y sigo su otra mano mientras levanta el dedo hacia la línea donde el cielo se encuentra con el mar. Es casi indistinguible en la oscuridad, pero la luz que ilumina esa pequeña zona del cielo se hace notar.

—¿Es Irlanda?

Él asiente contra mi piel, apoyando la cabeza contra la mía.

—Primero pararemos en Dublín y veremos los castillos, probaremos sus patatas y visitaremos las bibliotecas.

—¿Y los museos?

Él se ríe; noto el movimiento de su pecho contra mi espalda.

—Por supuesto.

—¿Y los parques?

Lanston me abraza y me besa en la sien.

—Lo que mi rosa desee.



Nuestro primer destino es una tienda de ropa. Acordamos que queríamos vivir la experiencia al completo, así que debemos

vestirnos para la ocasión. Lanston encuentra unos vaqueros negros ajustados con zapatos de vestir y una camisa con unos tirantes a juego, mientras que yo consigo un vestido floral de color crema, con encaje blanco y flores bordadas.

Es un vestido que jamás habría podido permitirme. La tela es increíblemente suave y tiene un aspecto etéreo cuando le da la luz. Pensé que sería especial llevar algo tan inalcanzable, pero noto que ahora solo anhelo que esta sensación fugaz se repita con otra cosa que antes estaba fuera de mi alcance. ¿No es así como funciona? Nunca es suficiente.

Lanston se apoya contra la pared de ladrillo del probador. Aún no se ha dado cuenta de mi presencia, así que decido gastarle una broma. Salgo sigilosamente por el otro extremo del probador y doy la vuelta, observándolo desde su lado derecho, con la intención de asustarlo.

Sus manos están dibujando algo en negro sobre una página. El carboncillo se desliza por el papel con destreza mientras sus manos dan vida a la oscuridad de su mente.

Abandono mi idea de cogerlo por sorpresa y, en su lugar, cruzo las manos detrás de la espalda, un comportamiento más propio de una dama con un vestido como este según las normas sociales. Mis pasos son ligeros y me acerco a él en silencio.

Ni siquiera me mira cuando murmura:

—Pensaba que ibas a intentar asustarme. —Me pongo roja como un tomate. Como no respondo, finalmente levanta la vista hacia mí. La picardía se refleja en su rostro—. ¿Quieres ver el dibujo?

Asiento y me inclino más para mirar, pero, cuando lo hago, Lanston cierra el cuaderno y me lanza una sonrisa ridícula. Unos

mechones de pelo castaño le caen sobre la frente y, un segundo después, sale corriendo hacia la puerta de la tienda, huyendo de mí.

—¡Eh! —grito. No entiendo nada, pero lo persigo con una sonrisa.

Nadie en las concurridas calles de Dublín nos mira. No pueden vernos, pero yo soy tan real como siempre, respirando el aire fresco de la primavera y sintiendo la oleada de emociones mientras persigo a mi amado por las calles adoquinadas.

—¡Lanston, para! —grito riendo, jadeando y tratando de seguirle el ritmo.

Él se gira para mirarme y levanta su cuaderno de dibujo.

—¡Vamos, siempre he querido que me persiguiera una chica guapa!

En este momento no soy una fantasma, solo una mujer con un vestido caro que corre detrás de un hombre guapo y coqueto en un país extranjero. La frescura del aire y el bullicio de la calle me alegran el corazón.

Lanston se da cuenta de que estoy empezando a ralentizar el paso, así que finalmente se detiene en un animado parque en el centro de la ciudad. Las vallas que rodean la zona están cubiertas de obras de arte. Los artistas se yerguen orgullosos junto a sus obras y hablan con las personas que se han acercado lo suficiente para escuchar, hipnotizadas por las mentes creativas que habitan en la ciudad. He oído hablar de este lugar: Merrion Square.

Me siento atraída, incapaz de apartar la mirada de todas esas ilustraciones tan bonitas y que reflejan diferentes ámbitos de la vida, sacadas directamente del corazón de cada artista.

Lanston me dedica una sonrisa reconfortante, una que me hace sentir pena por todos los años que he existido sin conocerlo, todas

las sonrisas que me he perdido. Su respiración es entrecortada, pero el entusiasmo en sus ojos brilla con intensidad. Me explica, antes de que pueda preguntarle, cómo sabía que esto estaba aquí.

—Escuché a unas señoras hablar sobre la exposición de arte mientras esperaba a que te vistieras —dice entre jadeos.

Se me escapa la risa.

—Así que por eso me has hecho perseguirte hasta aquí, ¿no?

—No me digas que no ha sido divertido correr por la ciudad, sentir los adoquines bajo los pies con cada paso y vivir libres de las miradas que normalmente nos impiden ser nosotros mismos

Mis ojos se suavizan. Sigo sin entenderlo. Este hombre es una maravilla. Anhelo ver el mundo a través de sus ojos y sentir todo lo que él siente.

—Sí, ha sido una pasada —admito. La pena en mi pecho aumenta.

—¿Vamos? —me ofrece su brazo.

Paso el mío por el hueco y paseamos por el parque, contemplando con asombro todas las pinturas y dibujos. Nos detenemos ante algunos y miramos más detenidamente unas pinturas en blanco y negro que tienen unos trazos admirables.

Lanston se inclina y estudia las técnicas, intrigado por los estilos. Quizá más tarde pruebe algunos.

Ojalá hubiera podido comprar algún cuadro y decirles a los artistas lo bonitas que son sus obras. Sería fantástico poder hacerles saber que dos fantasmas admiran su arte. Cuando terminamos la vuelta, estoy melancólica, sumida en recuerdos. Lanston se separa de mí y se acerca a la valla negra que bordea el parque.

Me quedo hipnotizada por una pareja de ancianos que camina despacio por el sendero central del parque. Sus manos arrugadas

están bien cogidas y la paz de sus expresiones mientras atraviesan silenciosamente el parque me hace esbozar una leve sonrisa.

Es evidente que se conocen muy bien. El anciano le compra una flor y un cuadro con árboles de un verde intenso, como los que nos rodean ahora. Ella le sonríe con una alegría tan pura que me conmueve.

Los observo hasta que se van y entonces me doy cuenta de que me he quedado un buen rato ensimismada. ¿Dónde se ha metido Lanston? ¿Cuánto tiempo he estado observando a esa pareja? Miro a ambos lados. El sol se está poniendo y estoy sola.

El pánico se empieza a apoderar de mí. Doy un giro completo y miro hacia la valla, donde veo a Lanston sentado entre otros dos artistas. Tiene una sonrisa cansada en los labios cuando mis ojos se encuentran con los suyos.

Encaja en este sitio, entre los soñadores. Uno de los tirantes se le ha caído por el hombro y la camisa color crema que lleva debajo es holgada y ya está manchada de carbón. Con su cuaderno en la mano, arranca una página.

—Acabo de terminar —murmura con alegría.

Arqueo las cejas mientras me acerco a él. Tiene las mejillas rojas. Noto una energía inquieta entre nosotros.

—¿Piensas enseñármelo esta vez? —le insto.

Lanston sonríe antes de volverse hacia la valla. Pega el papel al acero y vuelve a mirarme con esos penetrantes ojos color avellana.

—Prohibido reírse.

Le doy un codazo, como si me hubiera ofendido.

—¿Me crees capaz? —Mi respuesta parece tranquilizarlo, así que se aparta con un solo movimiento.

Por un momento, me quedo sin aire y sin pulso.

Su dibujo… Soy yo hace un instante, mientras observaba a la pareja de ancianos.

La mujer de la imagen está sola, con la gente difuminada a su alrededor, como si fueran ellos los fantasmas. El vestido es llamativo, con flores y encajes que se mecen con la brisa. Lo agarra con una mano, no de forma violenta, sino con cuidado y nostalgia. Lo que más me llama la atención es la angustia que desprende su expresión, con lágrimas que no llegan a caer, pero que se le están acumulando en los ojos.

El dolor que siente al ver el amor en su fase final, tal y como debe ser.

«Este hombre me ve de verdad».

Se me hace un nudo en la garganta. Nunca había visto tanto talento, a alguien que pone todas sus emociones y sentimientos en una obra de arte. Y en conocer otra alma.

Las lágrimas empiezan a caer y me las seco antes de buscar a Lanston con la mirada. Él me observa en silencio, comprendiendo todas las emociones que me invaden en este momento.

Porque, bueno, nunca había visto lo triste que parezco vista desde la perspectiva de los demás.

Cuando me miro en el espejo, me siento obligada a sonreír. Es lo que nos enseñan, ¿no?

Sonríe. Ponte guapa. Sonríe. Aunque te duela, sonríe.

—Tú me ves —susurro, unas palabras que nunca antes había pronunciado.

Su rostro permanece impasible, estudiando mi expresión mientras responde:

—Te veo con tanta claridad como tú me ves a mí.

Dudo. ¿Él también aborrece el dolor que llevo dentro, la melancolía que me envuelve en su oscuro abrazo? Porque todas aquellas personas en las que he confiado en algún momento lo hacían.

—¿Ves la fealdad que se esconde bajo mi piel? —le pregunto entre lágrimas.

El rostro de Lanston se contrae con angustia.

—No, Ophelia. No veo nada malo ni feo en ti, mi dulce rosa. Eres lo más precioso que existe, posees mucha más belleza de la que se puede explicar.

Mis mejillas se sonrojan con sus palabras, al igual que las suyas.

Me tomo un momento para recomponerme, secándome las últimas lágrimas antes de obsequiarlo con una amplia sonrisa.

—Hola, señor. Me gustaría comprar este cuadro, por favor. —Saco la cartera, llena de una cantidad de dinero que jamás llegué a ver en vida.

Lanston inclina la cabeza con diversión y coge el papel de la valla, tendiéndomelo con esa sonrisa encantadora con la que tan fácilmente me ha robado el corazón.

—Se lo regalo.

Me río y le pongo unos cuantos billetes de cien dólares en la mano.

—¡Insisto! —digo en voz alta, arrebatándole el dibujo y tirándole el dinero.

Él se inclina hacia mí y me mira con los ojos entrecerrados. Grito cuando me levanta del suelo y nos hace girar en círculos antes de salir corriendo conmigo en brazos.

Nuestras risas resuenan en las calles, llenas de coches y gente.

Nadie puede oírnos.

Nuestra risa es un sonido cautivador, más potente que la vida que nos rodea.

26

Lanston

¿Cómo es posible que llegues a conocer a alguien más que a ti mismo? La reconocería en cualquier vida, de eso estoy seguro. No creo en esas cosas, pero si la reencarnación fuera real… Empiezo a pensar que Ophelia es mi amor eterno. Nos encontraríamos en cada vida, después de cada muerte, incluso como fantasmas. Lo sabríamos, igual que lo sé ahora. Nuestras almas se llaman y se atraen, esperando el inevitable reencuentro.

Ella me mira como solía hacerlo Wynn, pero mejor. Ella me libera y me ayuda a desplegar las alas, me anima a encontrar la luz que busco, uniéndose a mí en la aventura. Ella es una chispa de deseo y afecto incontenible.

Soy un romántico empedernido, lo sé, pero nunca supe que esta rosa tan bonita era lo que buscaba.

Ophelia observa con asombro los imponentes techos de la catedral de San Patricio.

Se queda boquiabierta contemplando la arquitectura. Literalmente. Veo cómo separa los labios maravillada varias veces. Me río para mis adentros ante su reacción. Este lugar es bonito, pero a la vez escalofriante.

El aire aquí dentro es pesado. Persiste un olor a humedad y a antigüedad, que es exactamente a lo que esperaba que oliera un

lugar tan antiguo como este. Las vidrieras son impresionantes, dejan pasar la luz de colores y salpican el suelo con los arcoíris de un dios venerado.

—Esto es… No sé. Ni siquiera puedo expresarlo —dice Ophelia mientras se dirige hacia el coro. Un sacerdote prepara su sermón y muchos turistas se reúnen en los bancos. Los pasillos no son muy amplios y la vieja madera cruje bajo el peso de los visitantes.

Pasamos junto al sacerdote y subimos a las partes restringidas del edificio.

Aquí arriba está oscuro, las piedras no están tan limpias y el aire está cargado de polvo y humedad. Sigo a Ophelia mientras voy echando un vistazo a las grandes pinturas que adornan las paredes.

—Aquí arriba se respira un ambiente raro —digo. Sé que puede parecer que les tengo miedo a los lugares oscuros y decrépitos. Y, bueno, lo cierto es que así es.

Ella no se vuelve para mirarme cuando dice:

—Venga ya, no seas tan miedica. Nadie más puede ver estas partes de la catedral. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

Le dedico una sonrisa sarcástica.

—No tengo de eso.

Ophelia se ríe y extiende la mano detrás de ella, abierta y esperándome. Junto nuestras palmas y dejo que me guíe.

—¿Y si este lugar está embrujado? —pregunto en un tono que pretende ser humorístico. El frío me cala los huesos mientras continuamos andando por la zona restringida. Mis palabras la detienen en seco. Se gira y me fulmina con la mirada.

—¿En serio?

—Bueno, obviamente no me refiero a nosotros, pero ¿y si hay fantasmas hostiles acechando? —Mis ojos recorren los oscuros pasillos y juraría que veo algo que se mueve en la puerta más lejana.

—¿Por qué das por hecho que son hostiles? —Me encojo de hombros y ella suspira—. Quizá los hostiles somos nosotros.

Espero a que vuelva a girarse antes de poner los ojos en blanco. Un destello blanco atraviesa el pasillo de una puerta a otra. Los dos nos quedamos paralizados y le pongo la mano en el hombro.

—Salgamos de aquí cagando leches —le susurro mientras empiezo a darme la vuelta. Ophelia me quita la mano del hombro y camina con paso firme hacia la habitación donde acaba de meterse un fantasma—. ¡Ophelia! —la llamo, pero me ignora.

Maldigo entre dientes antes de ir detrás de ella, con los puños cerrados a los lados por el miedo. Mi respiración se acelera.

—¿Hola? —dice Ophelia en voz baja. Su voz es como la seda, seductora y amable, cualquiera respondería a un sonido tan melódico.

Ambos nos detenemos en el umbral de la puerta y miramos la gran habitación vacía. Una fantasma alta y delgada baila sola. Su cabello blanco me recuerda a la luz de las estrellas y, mientras gira con los brazos levemente levantados, sonríe con nostalgia. Quizá esté recordando a su pareja de baile.

—Hola, fantasmas. —La monotonía de su voz me pilla por sorpresa. Sus pasos son ligeros y me doy cuenta de que no lleva zapatos, solo un vestido blanco parecido a un trapo que le cubre los hombros—. Estáis lejos de casa, ¿verdad?

Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Cómo lo sabe?

Dado que ninguno de los dos responde, la mujer deja de bailar y se dirige hacia las ventanas que dan a los jardines que hay debajo. La lluvia cae sin cesar sobre la tierra, espesando el aire. Tengo que parpadear varias veces cuando veo que una niebla comienza a envolver a la mujer.

Su postura es muy melancólica.

No nos mira mientras habla.

—¿Qué es lo que queréis?

Ophelia me mira y yo niego con la cabeza. «Tú eres la que ha querido ir tras ella», quiero decirle.

Se aclara la garganta y contesta:

—Solo estamos de paso.

La fantasma levanta un poco la cabeza, pero sigue sin girarse en nuestra dirección.

—¿Estáis de viaje? ¿Para qué querrían viajar dos fantasmas? ¿No tenéis una mansión que rondar?

Aprieto los labios para evitar que se me escape la risa. Esta mujer debe de llevar muerta mucho tiempo para pensar de forma tan arcaica. ¿Acaso los fantasmas tienen que rondar un sitio sí o sí?

—Tenemos una lista de cosas que hacer antes de morir —intervengo—. Bueno, de cosas que no pudimos hacer mientras estábamos vivos.

La mujer se queda callada unos segundos, evaluando lo que acabo de decir. Luego gira la cabeza lo justo para que podamos ver el perfil de su rostro. Tiemblo y resisto el impulso de retroceder. Los nervios me invaden y algo dentro de mí me pide que huya.

«¿Dónde están sus ojos?».

La mujer solo tiene boca. Su larga melena blanca parece llorar junto a ella y la pena que desprende. Ophelia también se tensa a mi lado, sorprendida por la revelación de sus rasgos.

—Nunca habíais visto a alguien como yo, ¿verdad? —dice con un tono calmado. Supongo que no debe de ser muy difícil adivinar el motivo de nuestro repentino silencio.

Ambos negamos con la cabeza, casi como niños. No queremos ser maleducados, pero también estamos conmocionados.

—Dad las gracias de que así sea y pasad al más allá. No sea que os convirtáis en alguien como yo.

Ophelia se acerca un poco más, vacilante. Quiero tirar de ella, pero mantengo las manos firmemente a los lados.

—¿Cómo llega un fantasma a este estado? —pregunta atrevida.

La fantasma levanta la mano y la luz de la ventana se filtra a través de sus huesos.

—Llevo aquí mucho más tiempo que cualquier otro fantasma de Dublín. Supongo que empecé a notar el cambio después de los primeros siglos.

«¿Siglos? Madre mía, qué desgracia». Frunzo el ceño con lástima. Estar atrapada aquí, en el limbo, durante tanto tiempo es un destino cruel.

—¿Podemos ayudarte de alguna manera? —le pregunto. Si ayudamos a Charlie, quizá podamos ayudarla a ella también. Sin embargo, no sé nada sobre la ciudad y sé que Ophelia tampoco.

La mujer se vuelve hacia la ventana y, tras respirar hondo, sus hombros se hunden.

—Hay una cosa.

A Ophelia se le ilumina el rostro y me lanza una mirada rápida y ansiosa por encima del hombro.

—No he salido de esta catedral desde hace más de trescientos años. Veréis, hubo un hombre al que amaba. Me traía rosas y me cantaba. Después de mi muerte, bueno, no sé qué le pasó. Si pudieras averiguarlo por mí, creo que sentiría alivio. Paz. —Levanta la cabeza una vez más. Creo que me está mirando, pero es difícil saberlo cuando solo hay sombras donde deberían estar los ojos—. Me llamo Elanor. Por favor, encontrad a mi querido Gregory Briggs.

No esperaba que nos encomendara una tarea como esta. Miro a Ophelia y veo que tiene lágrimas en los ojos, aunque no llegan a derramarse. Se me olvidaba que mi dulce rosa también es una romántica empedernida. Su corazón debe de estar destrozado por esta vieja fantasma olvidada que baila en la oscuridad, sola y alejada del mundo. Incluso su rostro ha quedado en el olvido.

—Averiguaré qué fue de él —dice, no como una afirmación, sino como una promesa.

Elanor parece complacida y reanuda su lento y melancólico baile.

Salimos de la catedral y no hablamos hasta que nos alejamos unas cuantas manzanas. Entramos en una cálida panadería para tomar una taza de té y cruasanes. Nos servimos la comida sin que el personal ni los clientes nos presten atención.

La ropa ya se ha secado hace rato, pero el pelo de Ophelia sigue mojado. A veces, me pregunto por qué tarda tanto en secarse. Una gota le resbala por la cara y le cae de la nariz. Frunzo el ceño y me inclino sobre la mesa con una bufanda que acabo de tomar prestada de la chica que está detrás de nosotros.

Ophelia tiene las mejillas sonrojadas y esboza una sonrisa triste mientras le seco la cara y el pelo.

—Gracias —murmura pensativa antes de dar un sorbo de té.

Me recuesto en la silla de madera y la observo. Tratar de entender a esta mujer es como intentar resolver el problema matemático más difícil del mundo. Y soy el primero en admitir que nunca se me dieron bien las matemáticas.

Ella lo resuelve por mí.

—¿Cómo vamos a encontrar a Gregory Briggs? Ni siquiera sabemos en qué periodo de tiempo tenemos que centrarnos —dice de mal humor mientras da otro largo sorbo.

Me río y le doy un mordisco al cruasán.

—Ophelia, es imposible que demos con él. La pobre fantasma tendrá que encontrar la paz de otra manera.

Me dedica una mirada asesina.

—Encontraremos la forma de dar con él.

Trago saliva con dificultad, sintiendo un calor en las venas. Odio las confrontaciones, incluso tan leves como esta.

—Ophelia, ni siquiera sabemos por dónde empezar. Tú misma lo dijiste: no puedes quedarte en un lugar durante mucho tiempo. Los Que Susurran podrían alcanzarnos de nuevo y ya llevamos aquí todo el día. —Intento razonar con calma, pero ella parece atormentada.

—Me he visto muy reflejada en ella, Lanston. No quiero irme sin darle algo, aunque sea un pequeño dato que pueda ayudarla a pasar al otro lado. —Sus ojos se apagan y se queda mirando fijamente la taza.

Lleva razón, tenemos tiempo al menos para hacer una búsqueda rápida en internet o rebuscar en las bibliotecas antiguas.

—¿Qué tal si empezamos a buscar en el Trinity College?

Levanta la cabeza y me mira a los ojos. Una preciosa sonrisa se dibuja en sus labios y dejo que mi mirada se detenga en ella. Haría cualquier cosa por verla sonreír así para siempre.

27

Ophelia

El Trinity College tiene un campus precioso y está llenísimo de turistas. No sé cómo los estudiantes pueden hacer nada aquí con tanto bullicio. El recinto está repleto de gente curiosa. Los jardines, más verdes que nunca y el olor a lluvia fresca… Podría quedarme en este sitio durante días, simplemente observando las flores y a los estudiantes. Es el lugar perfecto para abrir un libro nuevo y tomar notas.

Lanston tacha el punto de Trinity College de su lista de cosas que hacer antes de morir y sonríe.

—Llevamos casi la mitad de la lista. —Me mira con curiosidad y afecto bailando en sus ojos—. ¿Te sientes más cerca de cruzar al otro lado?

Niego con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

Guarda el papel en el bolsillo y exhala un largo suspiro.

—No, pero tampoco tengo ni idea de cómo identificar ese sentimiento. —Esboza una sonrisa, pero me doy cuenta de la tensión que se apodera de su mandíbula.

Le preocupa que tachemos todo lo de la lista y sigamos atrapados aquí.

Es un temor válido.

Yo también lo siento.

«Pero al menos seguiríamos juntos», pienso, y miro a Lanston mientras estudia la arquitectura de la universidad. Sus labios están rojos por el frío y su mirada está cargada de curiosidad. «Al menos seguiremos juntos».

Sonrío ante ese pensamiento, por fugaz que sea.

Nos aventuramos dentro de la biblioteca, deslizándonos entre los turistas que contemplan con asombro la impresionante sala. No, es más que una sala; es un gran salón, más grandioso que cualquier otro que haya visto jamás. Las estanterías son altas, de casi seis metros. Hay dos pisos de estanterías. Los techos son altos, hechos de una madera oscura, y están decorados con unos maravillosos arcos. Cada sección tiene una escalera que parece demasiado delgada para usarla. Bustos escultóricos de personas que murieron hace mucho tiempo descansan al final de cada fila. El centro de la estancia está formado por múltiples vitrinas de cristal que forman una línea perfecta. Cada una contiene artefactos y objetos propios de un museo.

Lanston recorre con los dedos las vitrinas de cristal y mira los libros, admirando el conocimiento que este lugar guarda. El dolor en mi pecho aumenta cuando sus ojos se nublan un poco.

—Aún puedes aprovechar la experiencia, ¿eh? —le digo en voz baja y sin dejar de mirarme las manos.

Él me lanza una mirada y veo un destello de esperanza en sus ojos.

—¿Haciendo qué?

—Lo que tú quieras. —Meto la mano en su bolsa y le pongo el cuaderno en las manos.

Uno de los tirantes se le ha deslizado y ahora su atuendo es más propio de él. Del hombre desordenado y desorganizado que es en realidad. Su cabello castaño claro está revuelto y sus ojos color avellana me miran con ternura.

—¿Me dejarías dibujarte otra vez?

Arqueo una ceja y sonrío con picardía, cruzando las manos sobre la parte baja de la espalda mientras me alejo de él como quien no quiere la cosa.

—Nunca me lo habías pedido, Nevers —digo con sarcasmo, y oigo cómo se ríe para sus adentros. El suave sonido de su voz enciende las brasas dentro de mi pecho.

La idea de enamorarme siendo una fantasma me parece ridícula. Ya tuve oportunidad de hacerlo en mi corta vida, y la cosa no acabó muy bien.

Subo por la escalera de caracol que hay al final del pasillo hasta el segundo piso. Aquí arriba huele a páginas polvorientas y madera vieja. El silencio de la biblioteca, aunque está llena de al menos un centenar de personas, es ensordecedor.

Mis ojos encuentran rápidamente a Lanston. Ha elegido un pilar contra el que apoyarse. Estudia las estanterías y las escaleras con los ojos mientras con la mano dibuja ávido y veloz. Tiene cara de concentración.

¿Cómo es posible que un talento y una pasión tan puros y bellos pasen desapercibidos? Lo observo con asombro mientras trabaja, admirando cada emoción que arranca de mi alma.

Quiero compartir cosas y abrirme como él. No obstante, primero necesito terminar de contarle mi historia; de lo contrario, no estoy segura de que lo entienda del todo.

Cuanto más lo observo, más triste me pongo.

¿Quién le impidió cumplir el sueño de ser él mismo? ¿Quién consideró que no era lo suficientemente bueno? La adoración y la inspiración que alimentaban su maravillosa mente deberían haber bastado. Ojalá alguien le hubiera dicho que su arte no tenía que permanecer oculto en una habitación de un centro psiquiátrico. Debería haberse difundido y proclamado a los cuatro vientos. «Mirad. Yo existí, y estas son las cosas que sentía. Estas son las imágenes que dibujé para que el mundo las viera, para que las sintiera conmigo».

Ojalá hubiera podido estar ahí para él. Ojalá estuviéramos vivos. Le mostraría a todo el mundo lo que sabe hacer.

Suspiro.

Mis ojos se desvían hacia una fila de libros etiquetados con nombres de diferentes religiones. Al lado de la sección hay un dibujo enmarcado de una mujer rodeada de demonios; el fuego la consume y el dolor en su expresión es evidente.

Noto que me pesan los pulmones mientras contemplo la tortura representada sin piedad.

¿Es esto lo que temo? «El lugar al que van a parar las personas malas».

¿Por eso sigo aquí?

Nos quedamos en la biblioteca el resto del día, observando a la gente ir y venir, ajena a los fantasmas que los observan. Busco al señor Briggs en los libros de historia, pero no encuentro nada sobre él. Me duele en el alma, pero tal vez esa fantasma atrapada en la catedral ya haya olvidado nuestra promesa. Parecía bastante dispersa. Espero que así sea, aunque pueda sonar egoísta. Como

mencionó Lanston, no podemos quedarnos mucho tiempo, pero eso no impide que sienta culpa.

Dedico el tiempo que me queda a escribirle a Lanston la segunda carta de mi historia y guardo las páginas en el bolsillo. Él ha dibujado al menos cinco ilustraciones en su cuaderno antes de venir a buscarme y dejar caer los hombros con cansancio.

—¿Listo? —le pregunto inclinando la cabeza un poco hacia un lado, ya que el cansancio también me pesa en los ojos.

Él asiente y me ofrece la mano.

Encontramos una habitación vacía en el campus universitario. La cama está sin hacer, y el armario, vacío. Lanston coloca su abrigo sobre el colchón y se tumba, levantando la cabeza con expectación para que yo también me acueste.

Me quedo en la puerta, frotando con el pulgar las páginas que he escrito para que lea esta noche. No hemos hablado de la primera carta. Ni de su dibujo.

Pero quiero verlo leerla esta noche. También tengo preguntas sobre su dibujo, sobre el dolor que esconde. Sobre la historia que le dio vida.

Lanston arquea una ceja y se incorpora. Ahora tiene los dos tirantes caídos, aunque a él no parece perturbarle lo más mínimo. La tenue luz se refleja en el contorno de sus labios.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Noto que la carta me pesa cuando la saco del bolsillo. Sus ojos se posan en las páginas y una sonrisa le ilumina el rostro, somnoliento.

—Quiero verte leerla.

No dice nada, solo se inclina sobre el borde de la cama y busca en su bolsa. Encuentra rápidamente una página suelta que ya está

doblada y me dedica una sonrisa tímida.

—Supongo que hemos tenido la misma idea.

28

Lanston

Ophelia se sienta a mi lado. Nuestras piernas se tocan y nos damos calor el uno al otro.

—Tú primero —digo nervioso, y le paso la página arrancada del cuaderno. Una de las cosas que más me gusta del arte es que está muy abierto a la interpretación. No necesito explicar toda la oscuridad que hay detrás. La gente siente o ve lo que quiere; lo que necesita ver.

Agarra con delicadeza la página doblada y la mira como si contuviera los secretos del universo. Sus largas pestañas le cubren los ojos.

La observo pacientemente mientras la despliega y contempla los trazos de carboncillo y los sombreados. Su rostro es impasible e ilegible. Mis piernas se inquietan, esperando a que diga algo, cualquier cosa.

Este lo he dibujado desde la rabia. Llevaba años instalado en mis pulmones, pesado y sofocante.

Un niño está sentado con las rodillas al pecho y los brazos alrededor de estas. Sus ojos son el centro de atención, encapsulando el miedo y la incomprensión que siente por no entender por qué le están dando tantos golpes. Tiene la piel

alrededor de la mejilla amoratada. Una figura alta y oscura se cierne sobre el muchacho: el que se llevó mi alma.

Ophelia se queda mirándolo durante mucho más tiempo del que pensaba. Se acerca a la cara del niño y pasa el dedo con cuidado por el papel, como si pudiera consolarlo. Luego levanta la vista, desolada.

—No es más que un niño. —Es una afirmación, no una pregunta. Su voz es débil por el dolor.

Asiento, mordiéndome la mejilla para sofocar las lágrimas. Su rostro está sombrío. Los pensamientos oscuros se revelan en el dolor de su mirada y en cómo aprieta los dedos.

Vuelve a bajar la mirada y acaricia de nuevo la página.

—Ojalá pudiera decirle que, sea lo que sea lo que ha hecho, no se merece esto. Ojalá poder hacérselo saber.

Algo viejo y maltratado en mi corazón se resquebraja cuando la oigo decir eso. Cómo anhelaba que otro ser humano me viera; a mí, al chico triste, al niño falto de amor. Que me mirara y viera la tristeza en mis ojos. Que dijera: «Te voy a ayudar». Esa persona nunca llegó. Nadie quiso verme hasta que conocí a Liam y Wynn.

Cuántas veces llamé a mi madre… «Por favor, ayúdame. ¿Por qué permites que me haga esto?». Y a mi padre… «Por favor, para. Siento haber nacido».

«Duele».

Me pudre el interior del cerebro como una enfermedad.

Ophelia se acerca a mí, me agarra por los hombros y me abraza con impaciencia, desesperadamente. Ese gesto libera las lágrimas que había mantenido a raya hasta ahora. El calor de sus manos se

extiende por mi alma dolorida y encuentra los lugares donde aún tenía frío.

—¿Puedes contarme más cosas sobre ese chico? Me encantaría oír su voz, aunque ahora ya sea un hombre adulto. A veces, solo necesitamos soltar las partes rotas de nuestra alma. Desencadenarlas y liberarlas —me susurra contra la oreja, con sus suaves labios rozándome la piel.

La rodeo lentamente con los brazos, me aferro a la espalda de su vestido y la acerco más a mí. Mis lágrimas le manchan el hombro, pero no le importa.

Ophelia tararea una canción que reconozco mientras me acaricia la nuca con movimientos lentos y cariñosos. La canción es «Death bed», de Powfu. Dejo caer la cabeza contra ella y me aprieta más con el otro brazo, dándome un tierno beso en el cuello.

Es más fácil confesar cosas cuando no estás mirando a los ojos a una persona a la que amas. No quiero que me mire de otra forma, pero tampoco quiero seguir escondiéndome de mis demonios. Ya lo he hecho bastante.

—Normalmente era mi sentido del humor lo que le hacía enfadarse. —Empiezo, y ella se queda quieta unos segundos antes de reanudar las caricias—. Pero luego, a medida que me hacía mayor, se sumaron más cosas que no podía evitar. No era porque causara problemas, ni siquiera porque dijera cosas fuera de lugar. Simplemente, me odiaba. Odiaba mis características. Que me gustara aprender literatura y arte. Que mis ojos brillaran de esperanza cuando soñaba con una vida mejor que la suya. Que me fuera tan fácil sonreír sin que el peso del mundo lograra impedirlo.

—Hago una pausa, pensando, recordando las horribles miradas que me dirigía—. Creo que eso era lo que más odiaba.

Ophelia se aparta lo suficiente para mirarme a los ojos. Su nariz roza la mía mientras contempla mi alma. Me asusta encontrar compasión en sus ojos, pero, en vez de eso, lo que veo es comprensión y rabia.

—Tu padre era un hijo de puta. Un malnacido que te tenía celos porque eras capaz de ser feliz. —Nunca había oído tanta furia en su voz, y eso hace que mis ojos se abran por la sorpresa.

—No sabía que se te daba tan bien soltar palabrotas —le digo para aligerar el ambiente, pero ella hace caso omiso.

—Te mereces mucho amor, Lanston. Espero que lo sepas.

Miento.

—Lo sé.

Ella frunce el ceño y me aprieta la camisa, pellizcándome la piel con sus emociones.

—No mientas. Eres… Eres el alma más pura que he conocido. En tu piel veo las heridas que hace tiempo que cicatrizaron, veo la sombra de los moratones que dejaron los golpes, los persistentes pensamientos suicidas con los que tuviste que cargar porque querías que aquello acabara. Intentaste quitarte de en medio. Muchas veces.

«Es cierto, intenté quitarme de en medio», admito para mis adentros, con las lágrimas cayendo silenciosamente por mis mejillas. «Muchas veces». Levanto la vista hacia el brazo de Ophelia: la mariposa y la polilla persiguiéndose. Sé que esconden muchas cosas que ella no me quiere contar. Todavía.

—Sé lo que se siente. Ese tipo de dolor no tiene piedad, ¿verdad? Conozco lo que es padecer esa enfermedad tanto como te conozco a

ti. Es cancerosa y crece bajo un manto de carne, oculta, porque no es bonita. Cuando intentas hablar de ella, la gente te manda callar enseguida. No quieren ver las cosas feas y malas que llevamos dentro. La enfermedad que se lleva a muchos de los nuestros. Se los lleva por la noche, mientras nosotros esperamos. Esperamos y esperamos. —Hace una pausa y respira hondo. Sus ojos también se han llenado de lágrimas—. Hemos esperado tanto. Para que nos oyeran. Para que nos escucharan. Para que nos comprendieran. Esperábamos la luz. Esa mañana que parecía estar tan fuera de nuestro alcance. Y, sin embargo, no podíamos parar de intentar alcanzarla, ¿verdad? Balanceándonos, cansados, y siempre soñando con que llegara ese día.

Aprieto la palma de la mano contra su mejilla mientras ella deja caer las lágrimas. Se inclina hacia mí y le susurro:

—Te contaré un secreto, mi dulce rosa. —Tiene los ojos empañados, pero espera atenta a que continúe—. Nosotros somos la luz.

Ophelia abre los ojos y después casi los vuelve a cerrar cuando una nueva oleada de emociones la invade. Tiene las puntas del pelo mojadas y noto su cuerpo más frío. Paso los dedos por su piel, consolándola lo mejor que puedo.

—Juntos ya no somos una vela pequeña e insignificante contra los oscuros pilares del mundo. Somos un incendio, una bestia que crece y exige ser tomada en cuenta, que busca encontrar sus almas afines —le digo con dulzura.

Ella estudia mis rasgos antes de murmurar:

—Como el ave fénix; el símbolo del renacimiento tras la tragedia. —Esboza una sonrisa esperanzada, y yo le devuelvo el gesto.

—La verdadera pregunta es si alguna vez lograremos volar de verdad.

Parpadea con unas llamas en los ojos que hacía tiempo que se habían apagado.

—Espero que sí.

Me entrega su carta. Traga saliva y una arruga de preocupación aparece en su frente.

—¿Estás segura de que quieres quedarte mientras la leo?

Asiente decidida.

La cojo de la mano y tiro de ella para que se siente en mi regazo. Se relaja contra mi pecho y suspira aliviada al estar en contacto. Nuestros dedos se entrelazan y la abrazo con cariño, como se debe abrazar a una fantasma tan valiosa como ella.

Lanston:

Ey, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, el principio del fin. Ese juego enfermizo que tanto le gusta a la muerte. ¿Por dónde empiezo mi historia? Supongo que por el principio... Cuando tenía cinco años, mi prima se suicidó. A esa edad, yo aún no comprendía la gravedad de lo sucedido, pero mi familia dijo cosas horribles sobre ella después del funeral. Dijeron que era egoísta y que iría al infierno por haber cometido «el peor de los pecados». Que ardería en llamas por lo que había hecho.

Ya de pequeña pensaba en lo injusto que era aquello que decían. Era una persona amable, eso era lo único que yo recordaba de ella, y sabía que no era mala. Era la persona más generosa y cariñosa que había conocido.

Pero también recordaba las cosas que decían de ella. Lo guardé en un compartimento de mi cerebro para el día en que el mío empezara a volverse en mi contra también.

Patrick fue el primer chico del que me enamoré. No era muy simpático, pero salimos durante unos años, hasta que cumplí diecisiete. Fue entonces cuando aprendí lo mucho que una persona puede herirte sin necesidad de un arma. Me engañó con una rubia alta y ahí se acabó todo. Una traición que llevaría conmigo el resto de mi vida.

«No eres una buena persona. Ya lo sabes. Iba a pasar tarde o temprano», me dijo mi madrastra.

Lo que yo no sabía era que otro me había fichado, a mí y a mi sufrimiento, como una parca atraída por la podredumbre, esperando pacientemente a que madurara. Alguien me estuvo vigilando hasta que me vine abajo.

Mi asesino siempre estuvo cerca. Rondando.
Ojalá lo hubiera sabido.

Las páginas se doblan al dejar de sujetarlas con tanta fuerza. Ophelia no levanta la cabeza de mi pecho. Respira pausadamente, sin duda escuchando los latidos de mi corazón.

—¿Cómo moriste?

Mi pregunta es directa y su cuerpo se tensa. Al ver que no contesta, lo tomo como que no está preparada para hablar del tema. Pero entonces levanta la cabeza y se sienta sobre sus rodillas para mirarme.

—Te lo contaré, te lo prometo. Pero primero tienes que escuchar toda la historia. Me preocupa que, si no, no lo entiendas —me explica con la cabeza gacha.

Le hago un gesto de conformidad.

—Cuando estés preparada.

Dormimos corazón contra corazón. De lado, ella entre mis brazos, con la cara contra mi pecho.

Sueño que se ahoga. Veo su pelo meciéndose entre las olas. Me despierto sobresaltado, respirando con dificultad, pero ella sigue aquí, durmiendo profundamente en mis brazos.

Vuelvo a acercar mi cabeza a la suya. No consigo volver a conciliar el sueño, así que me quedo mirando la oscuridad. Me da demasiado miedo cerrar los ojos y volver a soñar con su muerte.



Ophelia se sujeta el sombrero beis mientras una ráfaga de viento amenaza con quitárselo de la cabeza.

—¿En qué pub habíamos quedado con ellos? —grito por encima del aullido de los acantilados de Moher. Miro con los ojos entornados el móvil que hemos traído por si necesitábamos ponernos en contacto.

—Se llama Old Stones, está en Galway. —Se apoya en mi hombro y lo señala. Aprovecha para rozarme la mejilla con los labios antes de apartarse, y yo sonrío.

—Estoy deseando ver a Jericho y a Yelina. Espero que hayan avanzado más que nosotros —digo. Ha pasado poco menos de un mes desde la última vez que nos vimos. El tiempo vuela cuando estoy con ella.

Ophelia se ríe.

—Espero que no. Eso implicaría que igual no aparecen y nos toca esperarlos toda la noche para nada. —Su sonrisa genuina me levanta el ánimo.

En los acantilados hace frío y hay bastante humedad, como en gran parte de Irlanda. Las nubes están bajas y se funden con la tierra y las rocas. El verdor del mundo aquí es vivo y estrepitoso, mucho más impresionante que en las fotos. Pero hace un frío del copón.

Exploramos los castillos que nos vamos encontrando de camino a Galway. También paramos a coger tonterías de las tiendas de *souvenirs* y pillamos libros y libretas. Es curioso, las cosas que más apreciamos en nuestro viaje no son nada caras. Son cosas que tienen que ver con nuestro corazón.

Galway tiene las típicas callejuelas con casitas acogedoras que tanto triunfan en Pinterest. Hay sobre todo casas adosadas, tiendas de dos pisos y música. Todo cierra temprano para que la gente pueda acudir en masa a los pubs.

La emoción de Ophelia es incontenible y, sinceramente, la mía también. Caminamos arriba y abajo por las calles, admirando todo lo que vemos, entrando en cada tienda y probando pasteles y dulces. Cuando el sol empieza a ponerse, nos dirigimos al Old Stones. El pub está que no cabe ni un alfiler. En cualquier otro lugar, mi ansiedad y mi estrés estarían por las nubes, pero aquí la gente es alegre. La energía bulliciosa mezclada con risas y bailes llena el ambiente y nos hace sonreír a los dos.

—Debería haberme vestido más informal —dice Ophelia en voz alta entre los gritos y las canciones. Su vestido no es elegante ni mucho menos, pero entiendo a qué se refiere: unos vaqueros y una camiseta habrían sido más apropiados. Nadie nos ve, así que da igual, pero no está de más sentir que encajamos.

—Estás espectacular —le digo sin pensármelo, y ella abre los ojos como platos. Se pone roja como un tomate y decido seguir por ahí —. No sé de qué te sorprendes, ya sabes que para mí eres la mujer más guapa del mundo.

Abre la boca para replicar, pero nos interrumpe una mujer que se abalanza sobre ella. Ophelia grita antes de darse cuenta de que es Yelina, y las dos estallan en carcajadas.

Levanto la vista y veo a Jericho, que viene hacia mí con los brazos abiertos.

—¿Estáis listos para pasar la mejor noche de vuestras vidas? —grita.

Acepto su ridículo abrazo y me río al responder:
—Mientras no acabemos borrachos y haciendo el idiota…

29

Ophelia

Han pasado unas horas y Lanston está borracho, cantando en el pequeño escenario con el brazo de Jericho sobre los hombros. Los dos se balancean con una cerveza en la mano.

Yelina vuelve a nuestra mesa de la esquina y me acerca otro vaso de cerveza de barril.

—Nunca lo había visto siendo tan… él mismo —dice mientras se sienta. Suspira mirando a los dos hombres, que cantan «Oh, what a life», de American Authors.

Los ojos embriagados de Lanston se cruzan con los míos y me sonríe como si nunca fuera a apartar la mirada.

—¿En serio? ¿Qué hay de diferente? —pregunto sin dejar de mirarlo.

Yelina se ríe y apoya los codos en la mesa.

—El hecho de que esté cantando ya me parece flipante. —Da un trago—. Creo que está loco por ti. La cuestión es: ¿cómo te sientes tú al respecto?

Eso capta mi atención. La miro y me encuentro unos ojos analizadores. Apoya la barbilla en la palma de la mano, con el codo sobre la mesa, y me sonríe.

Me tomo un momento. Quiero a Lanston. Lo amo más de lo que un corazón podría soportar. Es el hombre de mis sueños, un

compañero excelente para desafiar la crueldad de este mundo. Codo con codo, nos abrimos paso por la penumbra.

Yelina sonríe como si me estuviera leyendo los pensamientos y dice:

—¿Qué te impide decírselo?

—Esto va a sonar ridículo, pero es que considero que no soy merecedora de alguien como él. No puedo acompañarlo al más allá por mucho que queramos. —Siento los labios fríos al pronunciar esas palabras. A él no se lo he dicho, y no sé por qué me siento tan cómoda hablándolo con Yelina. Supongo que una parte de mí necesita que alguien más lo sepa.

Ladea la cabeza y frunce el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque yo no voy a ir donde va la gente buena…, y él sí. —Lo dejo así.

Ella me mira fijamente durante un instante largo. Las risas de fondo ya no son tan estridentes como antes; la noche se ha alargado hasta altas horas.

—Tienes razón.

Vuelvo a mirarla.

—¿Qué?

—Suena ridículo. Tú eres la que ha ido por ahí diciendo que no era demasiado tarde para hacer las cosas. Pues espabila y arregla lo que tengas que arreglar. A Lanston le importas mucho y estoy harta de excusas. —Su voz carece de amabilidad y por un momento me quedo en *shock*.

No se equivoca.

Pero ¿puedo arreglarlo? ¿Puedo redimir mis pecados?

Vuelvo a mirar a Lanston y Jericho mientras se tambalean hacia nuestra mesa. Lanston tiene la sonrisa más amplia que he visto en la vida. Su risa se retuerce en mi interior.

—Pues me parece que tienes toda la razón —digo. Yelina suspira y levanta la copa para terminársela. Una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios—. ¿Y tú y Jericho? Estáis liados, ¿no?

Escupe la bebida sobre la mesa y empieza a toser, ahogándose. Me río mientras los chicos se sientan en el reservado con las caras irradiando alegría.

Jericho se nos queda mirando.

—¿Qué nos hemos perdido? Tenéis cara de estar tramando algo. —Está tratando de ocultar su risa con la mano mientras Yelina intenta no ahogarse.

Cuando consigue volver a respirar con normalidad, me lanza una mirada asesina y gesticula con los labios:

—Chitón.

Me encojo de hombros.

—Ah, nada, solo hablábamos de cosas de chicas.

Lanston se acerca a mí, me rodea con los brazos y apoya la cabeza en mi hombro. Se acurruca en mi cuello y dice en un suspiro con aroma a whisky:

—Te he echado de menos.

Levanto el brazo y apoyo la palma en su mejilla. Él la presiona contra mi mano y me llena de besos. Pienso atesorar estas noches para siempre. Mi alma no se cansaría de pasar una eternidad con él.

—¿Cómo pueden emborracharse los fantasmas? —Me río, intentando que sus dulces palabras no se me suban demasiado a la cabeza.

Jericho apoya un brazo en el hombro de Yelina, y ella se sonroja antes de responder:

—¿Quién sabe? Tampoco hace falta cuestionar todo lo que es divertido.

Lanston la hace callar con un gesto y se endereza a mi lado.

—Tú no sabes lo que es tener una mente curiosa.

Yelina lo fulmina con la mirada.

—Creo que una de mis mejores cualidades es que no la tengo.

Jericho se ríe.

—¿Siempre tenéis que pelearos?

Los tres siguen lanzándose frases sarcásticas, y yo observo en silencio, disfrutando del sonido de la amistad y de la animada charla. Es algo que he echado en falta toda la vida: la amistad y el afecto sincero.

«No es demasiado tarde para encontrarlo», me recuerdo a mí misma, instándome a sonreír y a participar en las bromas.

Los cuatro nos reímos y seguimos tomando unas copas, compartiendo historias de nuestras aventuras hasta que el pub cierra y todas las personas vivas abandonan el edificio. Nos quedamos cantando y hablando hasta que sale el sol y ya estamos cansados.

—¿Dónde vamos a quedar en París? —le pregunto a Yelina en voz baja. Los dos hombres están tumbados sobre la barra, durmiendo. Sonrío al ver la expresión apacible de Lanston. Su mente parece tan en paz ahora mismo.

Yelina suelta un largo suspiro.

—¿Dónde dijiste que ibas a actuar?

—En el Palais Garnier.

—Procuraremos estar ahí. Podemos continuar donde lo dejamos esta noche y ahogar nuestras penas fantasmales en alcohol hasta que el amanecer venga a nuestro encuentro —propone con una sonrisa. Un rizo de humo se posa sobre sus hombros y se disipa tan rápido como ha aparecido. No es la primera vez que veo sus huellas y, sin embargo, sigue entristeciéndome el corazón.

—¿Recuerdas algo de la noche en que moriste? —le pregunto con cuidado, manteniendo el rostro inexpresivo.

Yelina baja la cabeza y se mira los pies. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta que descansa sobre su hombro y ahora le brillan los ojos al recordar.

—Lo recuerdo todo. —No me mira—. El fuego quemándome la piel, el dolor que no dejaba espacio para ningún otro pensamiento… A la mayoría los mató el humo antes que las llamas. Tuvieron suerte. —Su voz es pétrea. Luego me mira—. Recuerdo haber leído sobre tu caso… ¿Él lo sabe?

Sus palabras me hielan la sangre. «Lo sabe».

Niego con la cabeza y miro a Lanston, que sigue durmiendo plácidamente.

—¿Se lo piensas decir?

Asiento.

—Nos estamos contando nuestra historia poco a poco, a nuestra manera.

Yelina se queda pensativa unos minutos antes de murmurar:

—Espero que os contéis todo lo que no pudisteis contaros cuando estabais vivos.

La despedida es breve. Sabemos que los veremos dentro de una o dos semanas en París. Sin embargo, verlos marcharse, cogidos de la mano y chocando las caderas de forma juguetona me toca la fibra sensible. Ya los echo de menos.

Lanston mira hacia las nubes. Prometen lluvia. Nuestra mesa está bajo un toldo rojo, pero, si el viento arrecia, no evitará que nos mojemos.

Me meto el último trozo de bollo en la boca y lo acompaño con un sorbo de té caliente, disfrutando de la mezcla de sabores. Las pastas no son tan dulces como en Estados Unidos, pero no por ello están menos ricas.

—¿Qué es lo siguiente en la lista? —me pregunta Lanston, con aire distraído, mientras observa a la gente.

Cojo la lista de su bolso y se la tiendo.

Lista de cosas que hacer antes de morir de Lanston y Ophelia

Ir a París

Navegar en un yate

Practicar baile de salón Beber en la playa por la noche / acampar

Viajar en tren a un lugar desconocido

Visitar la biblioteca del Trinity College en Irlanda

Salvar una planta abandonada

—Beber en la playa bajo las estrellas, París y el baile de salón. —Aprieto los dedos alrededor de la página. ¿Solo queda eso? No quiero que esta aventura termine. Me muerdo el labio inferior e intento ser positiva—. Y salvar una planta abandonada.

Lanston da un sorbo a su *chai latte* antes de mirarme. Tiene cara de que se le están ocurriendo un montón de ideas. Tan entrañable como siempre.

—Lo próximo que podemos hacer es acampar en la playa. He encontrado la forma perfecta de movernos por la isla. —Su sonrisa es desenfadada. Solo tardo unos instantes en caer en la cuenta.

—Has encontrado una moto, ¿no?

30

Lanston

Los muslos de Ophelia me aprietan las caderas y sus brazos prácticamente impiden que el aire entre en mis pulmones. En este punto, la sonrisa que llevo empieza a ser dolorosa, pero parece que no puedo dejar que mis labios decaigan.

Después de las primeras horas, afloja su agarre y comienza a relajarse. Gira la cabeza para mirar mientras pasamos junto a castillos en la campiña irlandesa. Encontramos una playa en la costa oeste mientras viajamos hacia el norte desde Galway: la bahía de Keem, en la isla de Achill.

Está vacía cuando llegamos. En un día frío y lúgubre como este, no me sorprende.

Las estrellas ya asoman por el cielo. Se está poniendo el sol y solo llevamos dos bolsas, una manta y una botella de vino que Ophelia se llevó del pub.

—Es la playa más pequeña que he visto nunca —dice riendo. Lleva la cremallera de su chaqueta negra hasta la barbilla y unas largas ondas de pelo morado le caen por los hombros.

—Irlanda es conocida por sus acantilados, no por sus playas. —Me río por lo bajo, mirando las colinas a ambos lados de la costa. Las ovejas y las rocas son nuestros únicos vecinos, junto con un solitario edificio abandonado en lo alto de la ladera.

—Sí, pero, aun así, ¿estás seguro de que esta es la playa de tu lista de deseos?

Me encojo de hombros.

—Mientras esté contigo, todo cuenta. —A Ophelia se le ilumina la cara y se pone un poco roja. Luego un pensamiento se cruza por su mente y se pone taciturna. Enarco una ceja, pero no le pregunto qué le pasa. Se hace el silencio y luego coge la manta.

—Voy a preparar la cama —dice tan alegremente como puede, y se aleja por la playa antes de que pueda responder.

¿Está disgustada porque no le gusta este lugar? Puede que sea porque la lista es cada vez más corta… Me gustaría añadir mil cosas más. No quiero que nuestro tiempo juntos termine.

Noto que se aleja emocionalmente cada vez que intento hacerle saber lo que siento por ella. Mierda. Jericho hace que parezca tan fácil…

Anoche, borracho, me dijo que necesito dar el salto como hice con Wynn y confesarle lo que siento. Pero ella es tan reservada… No quiero que me vuelvan a hacer daño, aunque sea mi última oportunidad en el amor.

Un rayo de luz ilumina el cielo y atrae mi atención. Ophelia ahoga un gritito al notarlo también.

—Una estrella fugaz —decimos a la vez.

Vuelvo a sonreír y Ophelia me hace señas para que me acerque a la manta.

—¡Deprisa! —grita. Troto por la arena mojada y me arrodillo a su lado.

—¿Por qué tanta prisa?

Se acerca a mí, se me mete por debajo del brazo y mira fijamente la estrella fugaz.

—No quiero perderme este momento. Es una vez en la vida. —Su corazón late tan rápido que puedo sentirlo donde tengo apoyada la mano, justo encima de sus costillas.

—¿Qué deseo quieres pedir? —Mi voz es todo ternura y, aunque quiero ver la estrella fugaz, su asombro me resulta mucho más atractivo.

Ella me mira a los ojos. Nos quedamos así un momento, olvidándonos de las estrellas y los deseos de los que hablábamos.

Me roza el labio inferior con el dedo.

—Vivir otra vida, pero que esta vez tú estés conmigo.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Sí? ¿Y qué haríamos en esta nueva vida? —Se inclina hacia delante y apoya los brazos en las rodillas. Su cabeza se inclina hacia un lado mientras me mira fijamente.

—Nos reiríamos… tanto como ahora. Me traerías café y yo cantaría y bailaría para ti. Tú serías el artista, dibujarías y pintarías cuadros míos y otras cosas sombrías. Serías popular, pero no famoso. No te va todo el rollo ese de la fama. —Sus palabras son suaves y amables, como un cumplido. La visión de la vida de la que habla va tomando forma en mi mente. Una vida bonita. Y tranquila. Los dos envejeceríamos, pero nuestras almas seguirían siendo igual de jóvenes.

—¿Qué sería de ti en esta vida, mi dulce rosa? —pregunto, anhelando más de su imaginación.

—Bailaría en los teatros más renombrados, entre el público más entendido. Solo para ellos y para ti. —Los ojos de Ophelia brillan con

la luz de la estrella fugaz—. Al son de los violines y los violonchelos; de las canciones más sombrías.

«Solo para mí».

—Yo también deseo eso. —Mi voz es grave. Melancólica.

Pero otra parte de mí está contenta, abrumada por la sensación de que estábamos destinados a encontrarnos.

—¿Puedo decirte algo?

Parpadeo y sonrío para animarla.

Ella traga saliva.

—Tu luz es contagiosa. Brillante. Podría encontrarte en las profundidades del inframundo. A través de la niebla y la oscuridad. A través de todo.

Siento un calorcito por dentro mientras sonrío.

—Así de brillante, ¿eh? —Ella hace una mueca de vulnerabilidad. Respiro hondo, me inclino hacia ella y aprieto la frente contra la suya mientras susurro—: Te esperaría, aunque eso significara caminar por los fríos pasillos de una catedral hasta perder mi propia identidad. Hasta que lo único que supiera es que existes. —Presiono mis labios contra los suyos.

La beso como si fuera la única persona en todo el mundo. La única alma que pisa el mismo suelo que yo.

Un alma rota. Un espíritu errante. Una persona triste y perdida. Ahora encontrada.

Ophelia deja que su cabeza se relaje, besándome tan fervientemente como yo a ella. Como si cada roce de nuestras lenguas y labios pudiera ser el último. Suspira de deseo y baja la mano por mi pecho.

Nos tumbamos, y la manta y la arena nos tragan mientras nuestros mundos colisionan.

—Ophelia… —digo su nombre como quien susurra plegarias a una diosa.

Se sienta a horcajadas sobre mí, con el pelo largo perfilando sus rasgos gráciles. Tiene los ojos cubiertos por las pestañas oscuras, la boca entreabierta para decir algo, pero se queda inmóvil. Levanta la vista hacia algo en la entrada de la playa. El horror se apodera de su expresión y veo cómo todo su cuerpo se tensa de miedo.

El terror me invade, agitándome la sangre. Me giro hacia donde ella mira y veo que la oscuridad avanza por el borde del aparcamiento, en nuestra dirección.

«No. ¿Cómo nos han encontrado tan pronto?».

—¡Ophelia, ve al océano! —Me apresuro a cogerle la muñeca, pero ella me mira con el ceño fruncido. Entonces sé que está planeando hacer una tontería—. ¡Ophelia!

Me lanza una mirada de ternura, una que solo se tiene si uno está memorizando los rasgos de una cara o cuando la mira con adoración por última vez.

—Te quiero, cariño.

Sus palabras son dolorosas, un adiós tácito.

Luego cruza la playa tan rápido que no tengo tiempo para pensar siquiera, solo veo la nube de niebla susurrante persiguiéndola. Lo que parece un brazo envuelto en sombras sobresale y me golpea con tanta fuerza que el mundo cae a mi alrededor como pétalos y lluvia.

Se me cierran los ojos con lentitud y espanto, y todo se detiene.

Mi dulce rosa. Por favor, por favor, no te vayas.

No sin mí.

31

Lanston

—Lanston, querido, es hora de ir al colegio. —Mi madre me llamó desde el salón de nuestra casita destartalada. Era el primer día de mi tercer año de instituto.

Cogí mi alijo secreto de pinceles de arte, lápices de carboncillo y cuadernos de dibujo que había comprado en secreto durante el verano. Era peligroso arriesgarse, sabiendo cuánto despreciaba mi padre mi atracción por lo artístico. Pero ya debía de estar durmiendo. El turno de noche siempre lo agotaba mucho.

Mi madre llamó suavemente a mi puerta y se asomó.

—¿Estás listo? —me preguntó con dulzura.

Yo asentí. Aliviado porque por fin podía volver al colegio después de un largo verano atrapado en casa. La escuela era el único lugar donde podía escapar de esta vida de miedo e incertidumbre constantes.

Mi sonrisa duró poco, ya que mi padre se cernió ominosamente detrás de ella. La sonrisa de mi madre era débil, solo fingía felicidad. Me podría haber sentido traicionado, pero no era la primera vez que sonreía mientras él me acorralaba.

—Buenos días, señor —dije mientras mantenía la cabeza gacha para evitar mirarlo a los ojos.

—Lanston, ¿cuál es la última clase de tu horario? —Me tendió un papel doblado con la lista de las clases. Se me encogió el corazón. Sabía que se refería a la clase de arte. Debían de haber mandado un correo o algo—. ¿Y bien? —insistió.

Intenté pensar en algo que me eximiera de culpa, aunque era una asignatura extraescolar a la que me había apuntado a propósito.

—La clase de arte es obligatoria —mentí.

Él frunció el ceño, pero la cosa no llegó a más.

Mi madre mantuvo su falsa sonrisa pegada a la cara mientras me dejaba en el colegio.

Una bocanada de alivio me recorrió los pulmones al pisar el césped del centro. Unos escalones de cemento conducían al edificio y muchos alumnos se arremolinaban en grupos con sus amigos.

Me bajé las mangas del jersey hasta cubrirme las palmas, escondiendo las cicatrices del verano.

«Este año quiero vivir». Me hice una pequeña promesa.

El día pasó rápido. Caras nuevas, caras viejas, deberes. La gente era amable; algo que echaba mucho de menos.

La clase de arte se impartía al aire libre. Era un bonito y soleado día de septiembre, pero esas temperaturas no iban a durar mucho más, así que la profesora nos animó a todos a aprovecharlas. Dibujé un árbol alto y completamente negro, sin vida. Debajo había huesos en lugar de tierra.

Pensaba mucho en la muerte.

Algo en ella me atraía, la tristeza quizá, o tal vez el consuelo que me proporcionaba. Era algo innegable. Algo a lo que todos nos íbamos a enfrentar en algún momento. Nadie se escapaba de ella.

—Nevers, ¿puedo ver lo que has dibujado hoy? —preguntó con curiosidad la señora Bensen. Era mayor, rondaba los sesenta y probablemente estaba a punto de jubilarse. Su sonrisa era reluciente y rebosaba amabilidad. Aun así, dudé. Mis dibujos siempre eran percibidos como algo malo.

La gente pensaba que era raro, y tenían razón, pero eso no me hacía malo, ¿verdad?

Le enseñé el dibujo a la señora Bensen, y ella lo examinó detenidamente durante unos minutos. Las arrugas alrededor de sus ojos se multiplicaron al sonreír. Luego me lo devolvió. Me quedé esperando sus comentarios. Por alguna razón, me parecía importante. Dijera lo que dijera, quería oírlo.

—Tienes un gran talento, Nevers. La forma en que juegas con el sombreado es impresionante, y es una versión creativa del árbol que os he asignado —dijo con un tono amable.

Me confundió por un momento. Era imposible que pensara de verdad que era un buen dibujo. Sin embargo, su sonrisa era sincera y la luz en sus sabios ojos me reconfortó.

—¿No lo considera perverso? —le pregunté en voz baja, mirando a un lado y a otro para asegurarme de que nadie nos oía.

La señora Bensen se rio un poco y me dio una palmadita en el hombro.

—Hijo mío, la mayoría de los artistas más preciados del mundo tiene una mente como la tuya: llena de cosas oscuras y espantosas. ¿Y no es precisamente eso lo que nos atrae de ellos? Son diferentes y destacan. Prefiero ver una perspectiva oscura y retorcida que el mismo árbol una y otra vez. —Hizo un gesto para señalar a los alumnos que tenía detrás.

Todos estaban dibujando el árbol tal y como era, una réplica exacta. Verde y vivo, lleno de hojas y luz solar. El mío era el único atormentado.

—Eres único.

No pude quitarme la sonrisa tonta de la cara en toda la tarde. ¿Era único? Nunca había pensado algo así. Repetí sus palabras mentalmente una y otra vez mientras volvíamos a casa en coche. Estaba inspirado, quería dibujar y llevar mi pasión al siguiente nivel.

¿Esto es lo que se siente cuando alguien cree en ti?

Nunca lo había experimentado. Pero notaba una alegría en el pecho que no reconocía; la esperanza y los sueños me llenaban la mente.

Cuando llegamos a casa, le di las gracias a mi madre por recogerme del colegio. Normalmente tenía que volver a casa andando, pero ese día había llegado puntual. Me moría de ganas de tener el carné e ir por mi cuenta.

Entré en casa y me dirigí directamente al dormitorio con la intención de coger los cuadernos y lápices e ir a la biblioteca para poder dibujar en paz. La puerta crujió cuando la empujé con el hombro y se me cortó la respiración al ver a mi padre sentado al borde de la cama, hojeando las ilustraciones que había escondido durante todo el verano.

Mis ojos se abrieron por el miedo.

—¿Qué coño es esto? —preguntó en voz baja, amenazante. Al ver que no respondía, gritó—: ¡¿Qué coño es esto, Lanston?! —Tiró el cuaderno al suelo y se levantó bruscamente. Me estremecí y empecé a retroceder hacia el pasillo.

No encontraba palabras. Nada de lo que dijera lo calmaría.

—¡Te he dicho que no quiero que dibujes esta mierda! ¡Lárgate de mi casa, inútil! —Intentó darme un puñetazo en la cara. Me incliné hacia atrás para esquivarlo y caí de espaldas contra la pared del pasillo, tirando cuadros al suelo mientras luchaba por levantarme a toda prisa.

Me dio una patada en las costillas y ahogué el gemido de dolor. Me puse en pie tambaleándome y corrí por el agujero de mierda que era aquella casa, jadeando, llorando, apretando los dientes con tanta fuerza que me llegó el sabor a sangre.

Mi madre me miró con ojos horrorizados cuando pasé volando junto a ella. Sabía que no iba a decir nada; nunca lo hacía.

Me atreví a echar un último vistazo cuando llegué al final del camino de entrada y vi que los dos me estaban mirando como si fuera una decepción. Algo que los avergonzaba. Algo por lo que los vecinos les debían de juzgar. Tenían el ceño fruncido por el desdén y el hastío.

Estaban hartos de mí.

Pero ¿qué había hecho mal? ¿Qué había hecho?

Corrí hasta llegar a la biblioteca con la capucha puesta para que nadie viera mis ojos hinchados. La planta baja siempre estaba vacía, y ese día no era diferente. El escritorio del rincón estaba a oscuras y decidí que me quedaría allí tanto tiempo como pudiera.

Y allí me quedé, acurrucado bajo la mesa con la mochila bien metida entre el pecho y los muslos.

Lloré a viva voz. No me importaba nada. Los sollozos llenaron la oscura habitación, y nadie oyó las palabras que dije.

Nadie me escuchó.

—Quiero morirme.



Las olas resuenan en algún lugar lejano. Chocan contra la arena y suenan más furiosas de lo que jamás he oído al mar.

Abro los ojos con espanto. ¿Por qué he soñado con ellos? Sacudo la cabeza en un intento de despejar mis pensamientos de los horrores del pasado.

Un escalofrío me recorre la espalda y parpadeo varias veces mientras intento recordar dónde estoy. La arena está fría bajo mis manos y el cielo brilla con nubes que se separan en lo alto. El recuerdo llega a mí como un tren de mercancías. Los Que Susurran, la oscuridad, mi dulce rosa huyendo.

«Ophelia».

32

Ophelia

La oscuridad y los susurros se desvanecen cuando el amanecer rompe contra el mar, iluminando el cielo y aportando seguridad.

Caigo de rodillas sobre las rocas negras que bordean el acantilado. Respiro con dificultad, aspirando el aire con inhalaciones ásperas y entrecortadas.

Las lágrimas me resbalan por la nariz y quiero gritar. ¿Por qué? ¿Por qué me han seguido tan lejos? Su hambre es más potente que antes. Nunca me habían perseguido con tanta desesperación.

¿Por qué no pueden dejarme en paz?

Una brisa fría se cuela bajo mi abrigo, enfriando el sudor. Aprieto las manos contra el suelo, rechino los dientes y cierro los ojos.

No quiero poner fin a nuestra aventura juntos; es demasiado pronto para seguir caminos separados. Pero tampoco puedo dejar que corra peligro por mi culpa. Una sensación retorcida me recorre el estómago y me hace estremecer.

La playa es visible desde este acantilado. Lanston ya no está, quizá ha ido a buscarme.

—No me encontrará —le susurro al aire bajo mis pies descalzos. Miro el océano, oscuro y premonitorio, golpeando con furia las rocas negras.

Voy a alejar a la oscuridad susurrante de él, de mi amor.

Extiendo los brazos y el viento levanta las mangas de mi abrigo negro. He caído muchas veces en aguas tan oscuras como esta. Más incluso.

Levanto el pie y doy un paso hacia el cielo. Mientras caigo, cierro los ojos y pienso en él, siempre en él.

«Lanston».

Siento tener que romper nuestra promesa.

El agua me consume, devorándome el alma y ahuyentando cualquier otro pensamiento. Me rindo ante los susurros y finalmente escucho sus palabras.

Hasta que ya no soy nada. Hasta que soy oscuridad.



—¿Me quieres? —me susurró con dulzura.

Asentí y sonreí, encandilada. Me había enamorado dos veces en mi corta vida. Una a los dieciséis años y otra a los veinticinco.

Su sonrisa era astuta, como veneno en mi piel. Debería haber sabido que algo tan hermoso y cruel como él tenía dientes. Y veneno.

Pero lo que más me atraía era su capacidad para hacer que me odiara a mí misma tanto como me habían enseñado. Como si necesitara a alguien que me lo recordara y se asegurara de que no me desviaba y empezaba a pensar racionalmente. Había aprendido mucho observando las interacciones entre mis padres y yo.

El papel que yo desempeñaba en la familia.

El chivo expiatorio nunca se libra. Todos parecían saberlo menos yo.

—Sabes que sí —le respondí. No lo quería en absoluto, pero lo solté igualmente.

Él era amable cuando quería algo. Al día siguiente le cambiaría la cara.

Nos sentamos a la mesa de mi madrastra mientras preparaba la cena. Mi padre frunció el ceño cuando le hablé de la reciente actuación de baile para la que me habían contratado.

—Pasarás hambre si te empeñas en seguir esos sueños tontos —dijo con frialdad.

Había aprendido a asentir y a aceptar lo que me dijeran. Pero ese día quería que supieran lo bien que me iban las cosas. La vida que me había montado.

—En realidad, estoy ganando un sueldo decente. Podré pagar las clases y me quedará una buena cantidad para viajar. También voy a empezar a ir a terapia —dije con la boca chica.

Iba a ser mi primera vez yendo al psicólogo y estaba aterrorizada. Sabía lo que mi familia opinaba del tema, pero había oído decir a muchas otras personas que les había ayudado. Y si algo quería yo, era que alguien me ayudara. Lo necesitaba. Una parte de mí quería su aprobación. Sabía que era una estupidez, pero, aun así, la quería.

Me rasqué la piel, nerviosa, esperando que alguien dijera algo.

Mi madrastra dio un golpe en la encimera con los puños. El frío me recorrió el cuerpo como una bala. Empecé a sudar. Los platos cayeron al suelo y se hicieron añicos. Los ojos de mi novio se abrieron horrorizados y mi padre respiró hondo.

—¿Para qué? ¿Para que te encierren? ¡Van a ver lo mal que estás de la cabeza y lo horrible que eres! Serás asquerosa… ¡¿Sabes lo mucho que nos has arruinado la vida?! ¡¿Eres consciente de lo

mucho que hemos sacrificado por ti?! —me gritó. Tiró la jarra de té al fregadero. Los cristales salieron despedidos por todas partes.

Pero yo no podía ni pensar. La sangre en mis oídos sonaba más fuerte que nunca, rugiendo como una sirena. Diciéndome que huyera y escapara de este lugar.

—Algún día moriré de cáncer y será por tu culpa, por todo el estrés que me has causado. ¡Díselo! ¡Cuéntale al psicólogo todas las cosas que me has hecho! —gritó mientras me lanzaba su vaso de agua.

El agua me dio en un lado de la cabeza, pero ni me inmuté. Me quedé parpadeando, inmóvil. Sabía que debía moverme, pero no podía. Me quedé sentada y me clavé los dedos en la piel con tanta fuerza que me hice sangre.

«Esto no acabará nunca», pensé. «Shhh, venga, que no te vean llorar. Es mejor que te vayas y ya está. Esto no acabará nunca. Tú eres el problema».

Yo soy el problema.

Lentamente, me levanté de la mesa. En ese punto ya me estaban gritando todos, pero sus voces y palabras sonaban lejanas y difusas. Era como si un velo hubiera caído sobre mí, protegiéndome del horror. De alguna manera, aquello era culpa mía. Caminé con paso firme hacia la puerta principal y atravesé el césped con los pies descalzos.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —me gritó mi novio. Sus pasos resonaban contra el pavimento.

Me detuve en medio de la calle desierta, con la grava clavándoseme en las plantas de los pies, y le devolví la mirada.

Quería que me dijera algo agradable. Lo necesitaba desesperadamente.

¿No veían el dolor que estaban causando? ¿La desesperación?

Estaba cansada. Me estaba perdiendo. Cada vez más con cada palabra.

Se detuvo y me agarró de la muñeca.

—¿Qué? ¿Vas a volver a hacerte daño? Vamos, Ophelia. Vuelve dentro y cena. No hagas una montaña de un grano de arena.

¿Soy la única persona cuerda aquí? ¿Nadie más se da cuenta?

—¿Que vuelva dentro y cene? ¿Después de esa escena traumatizante? ¿Después de ser agredida? No. No pienso volver a entrar. —Me zafé de su agarre y él me dio una bofetada. La quemazón se extendió por mi mejilla y me quedé allí, aturdida e inmóvil mientras mi cabeza se movía conmocionada.

—Son tus padres, Ophelia. Debes respetarlos. Pase lo que pase. Se merecen un respeto.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Quieres que los respete? Tiene que ser una puta broma. —Me di la vuelta y seguí andando. Me siguió dando grandes zancadas. Había empezado a llover y en mi interior sentía que algo empezaba a hervir.

¿No sería mejor parar todo esto?

Mis emociones eran salvajes, como un fuego descontrolado por el bosque. Ardiendo y arrasando los pinos secos. Quería gritar y correr tan lejos como pudiera. Mi escondite no estaba lo bastante cerca para llegar a pie y el martilleo en mi cabeza no cesaba.

Por favor, basta. Ya está bien. Ya está bien.

Me di un golpe a un lado de la cabeza, como si el impacto pudiera acallar las voces. «No hagas ninguna estupidez. No lo hagas». Me golpeé la sien con el puño.

—Pues nada, ve a suicidarte, Ophelia. Haznos ese favor a todos. —Sus palabras eran de acero. Mis pies se detuvieron y me volví para mirarlo. Él hizo lo mismo. No había ni rastro de amor en sus ojos. Yo no le importaba lo más mínimo.

—Dime que no lo has dicho en serio —le pedí, y me alegré de que la lluvia ocultara mis lágrimas.

Su rostro carecía de emoción y era más frío que de costumbre. Detrás de él estaban las dos personas que más me odiaban en este mundo. ¿No se suponía que los padres eran a quienes más les tenías que importar? Dolía. Era el peor tipo de traición.

—No le caes bien a nadie. Eres irracional y una mala persona. Sacas lo peor de la gente. Ve y hazlo. No te echaremos de menos.

Lo soltó sin más.

Caí de rodillas. Las palabras me habían paralizado.

Entonces todos volvieron dentro. Pero yo me quedé ahí.

La voz en mi cabeza volvió a hablar alto y claro, como siempre había hecho. Una serpiente que me prometía descanso.

«Sabes cómo hacer que pare». Me llevé las manos a los ojos, negando con la cabeza. Pero los susurros no se detuvieron. No desaparecieron.

Ni cuando caminé ocho kilómetros hasta el puente.

Ni cuando me subí al borde y miré el agua oscura que rugía con furia.

Ni cuando me dejé llevar y cerré los ojos contra el dolor del mundo.

Ni cuando me convertí en fantasma.

33

Lanston

No hay rincón de Irlanda donde no la haya buscado. No hay castillo o ciudad que no haya recorrido. «Ophelia, ¿dónde estás? No puedes abandonarme, así no».

Le grito al universo hasta quedarme sin voz. Vuelvo al parque de Dublín donde exponen arte, intento parar a la gente y preguntarles si la han visto, pero nadie me oye.

No se gira ni una sola cabeza.

Así no.

No puedo soportarlo.

Al principio, los días pasan rápido, con pocas horas de sueño y muchas de búsqueda. Luego, las semanas se alargan y la esperanza se me escapa entre los dedos.

El cansancio me oprime el alma, pidiendo descanso, paz. Aun así, sigo, acariciando con el dedo nuestra lista de deseos en busca de algo que me aporte luz. Pero la luz ha desaparecido, el papel está desgastado y es ilegible.

Caigo en la desesperación buscando a mi dulce rosa.

Más aún cuando encuentro su última carta, que estaba escondida entre las páginas de mi cuaderno de dibujo. Supongo que debió de meterla ahí antes de que me despertara tras la noche en el pub. Me duele el pecho al pensar que es lo último que sabré de ella.

—No puedo leerla sin ti. —Me ahogo en lágrimas. Se me hace un nudo en la garganta. Me aferro a la carta, dispuesto a abrirla con manos temblorosas.

Lanston:

Hola. Esta es la última carta que te doy. Bueno, quizá no la última, pero me has demostrado que podemos hablar de las cosas que nos han pasado. Y quiero compartir esas cosas contigo como tú haces conmigo. Quiero seguir viéndote dibujar, dejando que la belleza de tu mente se proyecte sobre las páginas. Hasta entonces, te tendrás que conformar con esto.

La última parte de mi trágica historia.

Mi depresión empeoró después del instituto. La gente en mi vida no era amable con mi enfermedad. Incluso la fomentaba. ¿Quieres saber cómo morí? Te lo diré.

Fui yo. Mi asesina fue mi enfermedad: me llevó joven, cuando aún era ingenua. Salté del puente y caí a las profundidades del mundo. Donde la oscuridad finalmente vino a por mí.

Espero que no me odies... Sé que lo que hice estuvo mal, pero ¿y si te dijera que luché contra ello con todas mis fuerzas y durante mucho tiempo? ¿Y si te dijera que busqué la luz, pero no logré

encontrarla? ¿Seguiría siendo una mala persona? ¿Alguien que solo quería llamar la atención?

Te contaré otro secreto. Yo no quería llamar la atención. Solo quería irme. Quería alejarme de todas las cosas crueles que hacían que me odiara. De las palabras que hacían que me odiara.

El puente en el que nos conocimos, el banco en el que me paré y del que arranqué una rosa, es el banco conmemorativo que la iglesia local colocó en mi honor. No pusieron mi nombre en la placa. Mi familia no quiso que su apellido se relacionara con mi pecado, así que, en su lugar, pusieron rosales. Las rosas de Ophelia.

Estoy atrapada en la tierra porque me enseñaron que las personas que se suicidan están condenadas a ir al infierno, ya que es el peor de los pecados. Huyo de la oscuridad en la muerte más que en vida. Ni siquiera estoy segura de que lo del infierno sea verdad. Espero que no porque, bueno, no sería justo, ¿no te parece?

Pero, aun así, lo temo con todo mi corazón.

¿Quieres saber lo que dicen? ¿Quiénes son? Son las voces de mis padres y del resto de mi familia. Cada vez que pronuncian mi

nombre, siguen con un «Se suicidó, no sé si lo sabías», «Esa chica tan mala», «Va a ir al infierno».

Eso es lo que son los susurros, y me aterroriza que me atrapen algún día.

En fin. ¿Me vas a mirar raro a partir de ahora? Espero que no. Espero que simplemente me des un beso y me hagas reír como siempre.

Ojalá haber encontrado la cura de mi enfermedad.

Ojalá haber tenido una luz como tú.

Te quiero, Lanston. Hasta que mueran las estrellas.

Ophelia

Dejo la carta sobre mi regazo mientras las lágrimas caen sobre las páginas. ¿Cómo no me di cuenta antes? La marca de su muerte. El pelo mojado.



Oigo unos pasos que suben por el sendero que lleva al cementerio en el que estoy. Morboso, lo sé, pero quería estar en algún lugar deprimente para sentirme en sintonía.

—Ahí está —susurra alguien, seguido de otra voz, y los pasos acercándose.

No me hace falta girarme. Sé que son Jericho y Yelina. El mensaje que les envié hace dos semanas, cuando se suponía que habíamos quedado en París, probablemente bastó para que se preocuparan por mí.

Jericho se pone enfrente y se arrodilla poco a poco. Mantengo la cabeza gacha. Ya no aguanto el peso del mundo.

Las emociones que se agolpan en mi interior cuando pienso en Ophelia son insoportables. Ella era una parte de mí que nunca encontraré en otro lado. Mi alma se revuelve de dolor por ella.

Jericho me pone la mano en la rodilla y Yelina se agacha a su lado.

—Estás hecho un cuadro —murmura con esa actitud consoladora tan propia de él.

No respondo. Me limito a mirar el suelo y las lápidas que tengo delante. Toda la gente olvidada que yace aquí, durmiendo y ya sin recorrer el mundo.

¿Por qué todos me dejan atrás?

Un cosquilleo se extiende por mi mejilla y mi cabeza se sacude hacia la derecha. Por fin levanto la vista, sobresaltado. Yelina tiene una furia en los ojos que no había visto nunca. Se le saltan las lágrimas y su respiración es agitada.

«Me ha dado una bofetada». Con retraso, mi mano se desplaza inconscientemente hacia donde he sentido ese instante de molestia.

—¡¿Qué coño te pasa?! Nunca te había visto rendirte así. ¿Es que ya no te importa Ophelia? ¡¿Ya no te importa nada?! —me grita Yelina.

Sus gritos me provocan. Siempre me pasa. Una presión me recorre el cuerpo y el corazón me da un vuelco.

Me pongo en pie antes de saber lo que estoy haciendo. La ira se apodera de mí.

—¡Claro que me importa, Yelina! —La rudeza de mi voz y el volumen con el que respondo la pillan por sorpresa y la hacen retroceder. Al instante me veo reflejado en esa pose asustada.

Respiro hondo. No pienso ser como él.

Más calmado, digo:

—Me importa. Más de lo que jamás llegarás a entender. La he buscado por todas partes y no está en ningún sitio. Estoy agotado. —Se me quiebra la voz—. Joder, estoy tan tan cansado… Pero fue ella la que eligió irse. ¿Qué se supone que debo hacer?

Jericho y Yelina comparten una mirada de preocupación.

—Yelina, ¿por qué no vas a por algo de beber calentito? —dice Jericho, insinuando que le gustaría hablar conmigo en privado.

Ella me mira con ojos apenados antes de asentir y dejarnos solos en el cementerio.

Nos quedamos en silencio hasta que ya no se oyen sus pasos.

—Me voy esta noche —dice por fin Jericho.

Lo miro y enarco una ceja.

—¿Vuelves a Harlow?

Niega con la cabeza. Una sonrisa triste se dibuja en la comisura de sus labios.

—Nos vamos juntos.

Se me encoge el corazón.

—¿Has…? ¿Has encontrado lo que te retiene aquí?

Jericho sonríe y asiente. Levanta la mano y se frota la nuca.

—Sí, era tan obvio que parece ridículo.

Lo miro expectante.

Se inclina hacia mí y yo hago lo mismo.

—Hay algo dentro de ti que todavía supura. Vas a tener que enfrentarte a ello. Sabes lo que es, Nevers, sé que lo sabes —susurra. Se me hace un nudo en la garganta—. Y, si no, pronto lo descubrirás, pero mi pregunta es: ¿te ves capaz de hacerlo sin la señorita Rosin? —Su tono es cómplice.

Bajo la cabeza y miro al suelo.

—La he buscado. No la encuentro. —Un peso incómodo se instala en mi pecho—. Wynn y Liam no vinieron a verme el año pasado.

Jericho arquea las cejas, sorprendido. Sabe que estoy hablando de mi tumba, del aniversario de nuestra muerte.

Aprieto los puños contra las rodillas.

—Toda la gente que me importa, toda la gente a la que quiero… Todos se van. Ophelia eligió dejarme atrás. Aunque fuera para mantenerme a salvo…, se ha ido. —Las palabras salen como un susurro.

Jericho se pone de pie y me ofrece la mano para ayudarme a levantarme. Lo miro un momento antes de tomársela. Una vez erguido, me gira y me señala que mire hacia abajo.

—Dime, Nevers, ¿qué ves cuando miras esta lápida? ¿Ves a la persona? ¿A su fantasma? —me pregunta con nostalgia. Le he visto muchas veces contemplar su propia tumba en Bakersville. Aunque ahora me parece que fue en otra vida.

—No están aquí —murmuro.

Jericho asiente.

—No, no están. —Se agacha y limpia el musgo de la lápida, donde pone «Gregory Briggs».

Mis ojos se abren de par en par al recordar ese nombre. La fantasma de la catedral buscaba a un tal Gregory Briggs. Me arrodillo y limpio la parte inferior de la lápida. Hay una imagen de él apenas visible junto a unas palabras que me rompen el corazón.

Arquitecto de la catedral de Landertis, construida en honor a su querida Elanor.

—Me juego un dedo a que este tío ya ha pasado al más allá o está esperando a su amada en la catedral que construyó para ella. —Jericho sonríe y yo me quedo mirándolo.

Ni siquiera conoce a la fantasma sin rostro que Ophelia y yo encontramos hace semanas, bailando al son de una canción sin sonido, pensando en este hombre. Solo que está en otra catedral, esperando.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunto.

Él se ríe y me da una palmada en la espalda.

—A que no está morando alrededor de su lápida. De sus lazos mortales. Ni tú tampoco. Ni Yelina. Ni siquiera yo.

Su mirada es tranquila y paciente.

—Seguimos adelante. A través del dolor y la desesperación. No nos han olvidado, Nevers. Nunca nos olvidarán. ¿No crees que Wynn y Liam te llevan consigo todos los días? Probablemente, te ven reflejado en las nubes, en la brisa y en las estrellas. Estás en todas partes.

Se me encoge el corazón por la culpa. ¿Cómo he podido pensar que se habían olvidado de mí?

Levanto la cabeza y encuentro consuelo y orientación en Jericho.

—¿Sabes qué?

Sonríe satisfecho.

—¿Qué?

—Se te da de puta madre lo de ser terapeuta.

Echa la cabeza hacia atrás, riendo. El sonido me envuelve.

—¿Te das cuenta ahora?

Niego con la cabeza.

—No, pero pensé que debía decírtelo al menos una vez. —Sonrío.

Compartimos el silencio que sigue, respirando hondo y disfrutando de la fresca y brumosa mañana, la última juntos.

Yelina aparece unos minutos después con tres vasos de café. Cuando ve que tenemos los hombros relajados y una expresión tranquila, sonríe.

Nos sentamos entre las lápidas mientras bebemos y compartimos anécdotas de nuestra estancia en Harlow y de todos los momentos posteriores. Yelina se inclina hacia Jericho y le da un beso en los labios. La cercanía que hay entre ellos me recuerda lo mucho que echo de menos a Ophelia.

Nuestro amor está hecho para esta vida y la siguiente.

—¿Qué vas a hacer ahora, Lan? —Yelina rodea el pecho de Jericho con los brazos y apoya la mejilla en su hombro.

Los dos esperan a que responda.

Desvío la mirada hacia una bandada de cuervos que nos observan en silencio desde la siguiente fila de lápidas. Los cuervos siempre se callan cuando hay fantasmas cerca. Es una señal para cualquiera que se atreva a buscarnos.

—He decidido seguir buscándola. No importa el tiempo que tarde —digo, y, al hacerlo, la esperanza resurge en mi corazón. No dejaré que se convierta en la fantasma de la catedral. Sin rostro y sombría. Sola en su teatro de ópera.

No pienso permitirlo.

—Bien. ¿Y qué harás después? —insiste Jericho.

—Después me la llevaré conmigo al otro lado.

Yelina se levanta y se abalanza sobre mí, haciéndome caer de la lápida y abrazándome con fuerza.

—Ya era hora, imbécil —susurra emocionada—. No soporto la idea de que te quedes aquí solo.

La abrazo con la misma intensidad.

—No te preocupes por mí. Estaré bien.

Se echa hacia atrás y se seca las lágrimas. Jericho nos ayuda a levantarnos y caminamos hacia el muelle mientras la lluvia empieza a caer.

Nos quedamos hasta que el sol alcanza el centro del cielo y nos despedimos. Me pone nervioso pensar en lo que hay al otro lado. ¿Los volveré a ver? ¿Y si nuestros caminos no se vuelven a cruzar? ¿Y si no nos espera nada después de esto?

Entierro esos pensamientos, intentando aparentar que estoy contento por mis amigos mientras se dan la vuelta para marcharse.

Alargo la mano y agarro a Jericho por la muñeca. Se detiene y vuelve la cabeza hacia mí. Sus amables ojos brillan de cansancio. Su alma está lista para partir.

—Jericho… —digo con un nudo en la garganta.

Él solo sonríe con más ternura y dice:

—No tengas miedo.

—Lo tengo.

—Esa es una buena señal. Estás preparado para seguir adelante.

—¿Y si no volvemos a vernos?

Se ríe entre dientes y se gira para abrazarme, estrechándome una última vez. Cierro los ojos y absorbo el cariño que desprende. Ha sido como un padre para mí durante mucho tiempo, antes incluso de morir. Siempre me ha mostrado amabilidad y afecto, y ha compartido conmigo consejos y sabiduría. Sé que se suponía que solo era mi orientador y terapeuta, pero siempre fue mucho más que eso.

—Mi corazón me dice que volveremos a vernos —susurra.

Nos separamos y me quedo mirándolo, mordiéndome el labio inferior para sofocar la angustia.

—¿Nos vemos pronto, entonces? —Mi sonrisa está cargada de dolor.

Jericho me coge la gorra y se la pone; me siento totalmente vulnerable sin ella.

—Me las piro, vampiro. Te tomo prestada esta gorra. Te la devolveré cuando nos volvamos a ver, ¿vale? —Esas son las últimas palabras que me dice antes de darse la vuelta y coger la mano de Yelina. Juntos, caminan lentamente por el muelle. Los sigue un rastro de brasas; no me había fijado en ellas antes. Pienso en el pelo mojado de mi dulce rosa, en el río en el que pereció.

Observo en silencio hasta que los dos se dispersan en la niebla; sus voces y sus risas se van desvaneciendo hasta que vuelvo a quedarme solo, pero esta vez sonrío y me siento esperanzado.

34

Lanston

El mundo parece un lugar más oscuro sin mis amigos de Harlow. Sin embargo, guardo sus palabras en el corazón. La esperanza me envuelve. Llevo las cartas que Ophelia me escribió en la bolsa y la lista de cosas pendientes en el bolsillo.

Miro hacia la catedral, donde espero encontrar a Gregory. Está en un pueblecito a las afueras de Dublín. Ni siquiera hay un cartel que lo indique, pero el pueblo está lleno de gente pastoreando ovejas y recogiendo verduras de los huertos.

Las piedras que apuntalan las escaleras hasta el arco de la puerta están frías como el hielo. Avanzo con cuidado, buscando al fantasma. Aunque encontrar a este hombre no encabezaba mi lista de prioridades, sé que es importante para Ophelia. Y eso lo hace importante para mí.

No tropecé con su tumba por casualidad. Tiene que ser una señal. Si crees en ese tipo de cosas, claro. Yo estoy empezando a creer.

Al entrar en la catedral, el aire se vuelve dulce y cálido. El aroma de las velas encendidas y de los viejos bancos inunda mis sentidos. Hay varios ancianos sentados, rezando, mientras otros pasean por el edificio, observando la histórica estructura con asombro.

Elevo la mirada hacia la tribuna y veo un fantasma. Lleva una larga capa que le llega hasta los pies. Es de un color burdeos

apagado. Su piel es tan pálida como la de un muerto. Unos ojos oscuros me miran fijamente. Por un momento, me entran ganas de darme la vuelta y echar a correr, pero clavo los talones en el suelo y me trago el miedo. Si Ophelia estuviera aquí, me diría que no lo juzgara por su aspecto, por muy aterrador que sea.

Encuentro la escalera de caracol que sube y deslizo los dedos por la piedra mientras asciendo hacia la tribuna.

—¿Quién eres? —pregunta con una voz grave y seca.

Es joven, aunque de otra época. Tengo la sensación de estar en una de esas películas victorianas.

Me aclaro la garganta.

—Lanston Nevers.

Me inspecciona de pies a cabeza con una mirada de desaprobación.

—Un turista, supongo. —Asiento con una sonrisa vacilante, haciendo todo lo posible por mantener la cordialidad—. Yo soy Gregory Briggs —dice con un acento marcado.

Mi sonrisa se ensancha. Lo he encontrado, y, si puedo encontrar a alguien tan mayor, no hay universo en el que no pueda encontrar a mi querida Ophelia.

—Gregory, te he estado buscando. Elanor te espera.

Sus ojos se abren como platos y parece cobrar vida al mencionarla. Esos ojos oscuros ya no parecen tan negros; pasan a ser de un marrón claro. Su piel recupera algo de color y la ropa se vuelve de un granate más vivo.

—¿Elanor? ¿Mi querida Elanor? —La desesperación y el dolor en su voz me provocan escozor. El amor que siente por ella es palpable. La estaba esperando aquí, igual que ella a él.

Negándose a dejar este mundo sin el otro.

—Sí, te llevaré con ella.

Gregory sonríe mientras se le llenan los ojos de lágrimas y asiente.

Caminamos lentamente por el campo, en silencio. Para cuando llegamos a la ciudad, ya ha caído la noche y las luces de los pubs y las tiendas iluminan el camino.

Le llevo a la catedral de San Patricio, donde el silencio de la noche resulta ominoso y encantador al mismo tiempo. Gregory me mira con anhelo en los ojos.

—Está dentro —le digo en voz baja.

Prácticamente corre hacia las puertas y atraviesa los silenciosos pasillos. Lo sigo despacio, quedándome muy atrás para que puedan tener su momento. Como un verdadero fantasma, los observo, admirando su amor desde lejos.

Llego al final de la escalera a tiempo para verlos en el pasillo de pie, a un par de metros el uno del otro. Parecen aturdidos. Esperaba volver a ver el rostro inquietante de Elanor, pero sus rasgos han regresado. Tiene la piel suave, los ojos azules y un pelo rojizo y rizado que le cae hasta media espalda. Su sonrisa parece la de un ángel.

—Gregory —dice mientras se le caen las lágrimas.

Él acorta la distancia que los separa con un par de pasos y la coge en volandas.

—Mi Ellie. Por fin te encuentro. —Gregory gira con ella en brazos y ambos inclinan la cabeza para apoyar la frente en la del otro en una muestra de dolor, angustia y amor.

—Llevo siglos esperándote, mi amor. Estás igual que siempre. —Elanor le da un beso y ríen juntos.

Algo en lo más profundo de mi pecho se calma al verlos reunidos. El amor verdadero nunca muere. El tiempo no puede robárnoslo todo. Esto no. Ni los suaves besos y susurros en el crepúsculo del mundo. Ni la punzada que anida en nuestro pecho y florece cuando nuestras miradas se cruzan. El amor, en su forma más pura. El amor entre espíritus.

Elanor se da cuenta de que estoy apoyado en la pared al final del pasillo y me sonríe con alegría, pero la sonrisa se desvanece un instante después.

—¿Dónde está la mujer que te acompañaba?

Me muerdo el interior de la mejilla para no emocionarme.

—La he perdido como tú perdiste a Gregory. —Se me quiebra la voz.

Su mirada se suaviza y camina hacia mí.

—¿E incluso así has mantenido la promesa que me hizo? —pregunta con tristeza, pensativa—. Quiero darte esto, joven fantasma. —Levanto la vista mientras extiende el brazo. Abro la mano frente a ella y deja caer una piedrecita en el centro de la palma. Es negra y lisa. Me resulta familiar, pero no consigo ubicarla.

—¿Qué es?

Elanor sonríe.

—Es un ónice. Un símbolo de fuerza y esperanza. Ojalá la encuentres.

Liam tenía toneladas de estas. Cierro la mano, agarrando la piedra con fuerza.

—Gracias.

Los dos fantasmas se van andando juntos por los pasillos oscuros de la catedral. Van cogidos de la mano en dirección a algo que no

puedo ver. Luego, al igual que Yelina y Jericho, desaparecen, dejando tras de sí rastros de polvo dorado.

Puede que yo sea el único fantasma que queda en esta noche tan oscura, pero mi alma nunca ha emanado tanta esperanza.

Aferrándome a la piedra, susurro:

—No le tengo miedo a tu oscuridad, Ophelia. Nosotros somos la luz.

35

Ophelia

¿Existe un estado del ser que no esté ni aquí ni allá?

Creo que ese debe de ser el lugar en el que me encuentro. Acurrucada entre mantas que huelen a páginas y café. Con dibujos de Lanston arrugados en mis manos, apretados contra el pecho.

Él es mi único consuelo, mi único pensamiento. Incluso cuando estoy en guerra conmigo misma, él está presente. «Te quiero», quisiera susurrarle, aunque sé que no lo oirá. «Siempre te he querido».

Una vocecita me susurra algo desde fuera de las mantas. No suena como la oscuridad que me persigue; es otra persona, alguien que me resulta familiar.

—Ophelia.

Abro los ojos lentamente y alzo la cabeza hacia la voz.

—¿Yelina?

La manta se despliega y unas manos delicadas me alcanzan, sacándome de la tristeza y la oscuridad. Un dolor sordo me recorre el pecho mientras miro a las cuatro personas que tengo delante.

Jericho, Yelina y dos fantasmas que no reconozco.

Observo el vestido de la mujer y recuerdo habérselo visto puesto a Elanor, bailando por los pasillos de la catedral.

—¿Elanor?

Sonríe, algo hermoso de contemplar. Tiene el pelo rojizo con rizos marcados y pecas repartidas por su pálida piel.

—Hola, Ophelia. —Ve que me quedo mirando al joven que está a su lado. Elanor le coge la mano y dice con alegría—: Lanston encontró a mi amor, a mi Gregory.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Cómo me habéis encontrado?

Jericho sonríe y se cruza de brazos pensativo mientras dice:

—No podíamos dejar atrás a uno de los nuestros. Lanston te está buscando. Su corazón se rompe más cada día que no está contigo.

No puedo evitar que se me caigan las lágrimas, que aterrizan en el dorso de mis manos.

—Nunca se olvidará de ti, Ophelia. Y, si te quedas aquí, jamás te encontrará —añade Yelina en voz baja.

La emoción me ahoga la voz.

—Le quiero. Pero la oscuridad… no me abandona. Temo que le haga daño.

Elanor me pasa el pelo por detrás de la oreja y me da un cálido beso en la mejilla.

—Debes volver; no puedes quedarte en este purgatorio que te has creado. Esa oscuridad de la que hablas…, no la había visto al principio, pero ahora sí. Es tu miedo lo que le da vida. Tu propia agonía alimenta a la bestia y le da poder. Tienes que soltarlo, querida.

—¿Mi miedo?

Ella asiente, con los ojos mirando más allá de mí, hacia la oscuridad de la que me están sacando. Giro la cabeza y veo tres sombras. Mi padre. Mi madrastra. Él.

—Tú eres la fantasma, querida, pero ellos siguen siendo los que te acechan. Te persiguen con su veneno. Es hora de que paren. Es hora de decir basta. —Elanor toma mis manos y por primera vez veo las sombras como lo que realmente son: tres recuerdos lamentables.

¿Esto es a lo que llevo temiendo tanto tiempo?

—Al final resulta que somos nosotros mismos quienes creamos la oscuridad susurrante que nos persigue, ¿verdad? —digo con tristeza. Yelina me dedica un sombrío asentimiento—. No pienso permitirlo más. No si él me espera. —Parpadeo y me limpio los ojos.

—Su amor por ti es inconmensurable —añade Jericho inclinando la visera de la gorra. Me doy cuenta de que es la de Lanston y mi sonrisa crece. Los cuatro me miran con afecto y dulzura, y en ese momento siento que algo cambia dentro de mi corazón.

—¿Me quiere?

Yelina pone los ojos en blanco y Jericho se ríe entre dientes mientras ella dice:

—Menudos dos os habéis ido a juntar. Encuéntralo, y, una vez que lo hagas, nunca más lo vuelvas a soltar. Os estaremos esperando.

Me abraza y yo le devuelvo el abrazo.

—¿Os vais? —pregunto, aún llorando.

Jericho asiente.

—Pero no es un adiós definitivo. Le tengo que devolver la gorra a Lanston en algún momento.

Veo que los cuatro se alejan, dejándome atrás, pero no olvidada. Me han encontrado por Lanston…, y no pienso hacerle sufrir más. Desterraremos nuestros demonios. Juntos.

Respiro hondo mientras doy un paso hacia el vacío. Cierro los ojos y me concentro en Lanston. «Llévame hasta él. Por favor». Un

instante después, estoy en lo alto de un rascacielos, muy por encima de las luces de la ciudad. Abro los ojos con asombro ante la explosión de estrellas y el aire frío que me araña la piel.

Él está de pie en el borde, con las manos metidas en los bolsillos. Su pelo castaño claro ondea con el viento porque no lleva gorra. Tiene la cabeza levantada hacia el cielo.

—Lanston —digo sin aliento. Me recorren escalofríos por los brazos.

Él gira la cabeza rápidamente. Sus hermosas facciones forman una expresión desgarradora. Me mira con esos ojitos color avellana, y el universo se regocija en silencio, llenándose de color.

Corre hacia mí.

—¡Ophelia!

Chocamos. Las estrellas son testigos de cómo me levanta en brazos y me besa las mejillas y los labios. Nuestra risa me calienta el pecho y sus lágrimas se mezclan con las mías.

Me deja en el suelo sin dejar de estrecharme entre sus brazos.

—Te he buscado por todas partes. Te he buscado hasta que me ha empezado a doler el corazón y me han salido llagas en la planta de los pies.

Paso los dedos por su pelo, memorizando su rostro, hosco y apuesto. Una belleza como la suya debería enmarcarse, contemplarse, porque es digna de un dios.

El sollozo que tengo en el fondo de la garganta amenaza con interrumpir mis palabras mientras balbuceo:

—Lo siento mucho, Lanston. —Entierro la cara en su pecho y me aferro tanto a él que ni la mismísima parca podría separarme—. Fui

muy egoísta al dejarte. No podía soportar la idea de que Los Que Susurran te atraparan. Yo no… —El llanto se apodera de mí.

—Shh. —Lanston aprieta los labios contra mi cabeza y me acaricia el pelo con movimientos largos y lentos. Su suave tacto es suficiente para llevarme al borde de la locura. Ninguna persona debería verse privada de un amor tan puro como el suyo—. Me alegro de que hayas vuelto conmigo. Habría sufrido por el resto de mis días, solo y sin rumbo, vagando por este plano cargado de tristeza hasta volver a reunirme contigo.

Levanto los ojos hacia los suyos. Ambos sollozamos.

—No me merezco tu cariño.

—Sí que te lo mereces. Te lo mereces tanto que ni siquiera eres consciente de ello. —Lanston acerca su nariz a la mía. El calor de su aliento hace que mi corazón anhele latir junto al suyo durante toda la eternidad—. Quiero que tengas siempre presente lo mucho que te amo. Hasta que mueran las estrellas, hasta que toda el agua del océano se seque y seamos lo único que quede en este mundo cruel y oscuro.

Las constelaciones brillan a través de sus ojos. Lanston Nevers es una luz celestial.

—Te quiero, Lanston —consigo decir, a pesar de las lágrimas, con una sonrisa vacilante en mis labios—. Juntos aguantaremos lo que venga. Dos fantasmas en medio de la oscuridad, de la crueldad. Nuestro amor tiene heridas, pero está curado con lazos irrompibles. Alumbraremos el camino.

Lanston presiona su frente contra la mía, dejando caer las lágrimas mientras el cielo baila a nuestro alrededor.

—Para todos los que se han extraviado.

—Para todos los que se han extraviado —confirmo.

«Tras una noche interminable, se acerca al amanecer».

Nuestros labios se encuentran y nuestras manos se deslizan por el pecho, la cintura y los muslos del otro. Él me acaricia las caderas, sigue la curvatura y se hunde por donde la carne se une al hueso.

—Jericho y Yelina han sido los que me han encontrado. Elanor y Gregory también —admito, apartándome un poco, y sus ojos se abren un poco antes de derramar más lágrimas—. Me han dicho que nos esperarán. Dondequiera que sea.

Él sonríe, una sonrisa esperanzada y encantadora.

—Tendrán que esperar un poco; aún tenemos un baile de salón y algunas cosas más pendientes. —Lanston me inclina y me besa el cuello, enviando una ola de calor a través de mi cuerpo.

—Elanor me contó lo que hiciste por ellos. —Se me quiebra la voz —. Y, a cambio, ella me ayudó a ver lo que realmente era la oscuridad que me perseguía.

Lanston se aparta y busca mi mirada.

—¿De verdad?

Asiento.

—Era mi miedo. Todo este tiempo era yo. —Se me quiebra la voz. Es difícil admitir que he sido yo quien ha causado tanta desesperación. Tanto dolor.

Me echa el pelo hacia atrás y me calma.

—Encontré tu última carta —dice por fin. Yo ahogo un grito y contengo el aliento. El miedo hace acto de presencia. «Por favor, no me mires diferente»—. Ojalá hubiera podido estar a tu lado. Ser quien te consolara cuando más lo necesitabas. Poder decirte que estaban equivocados.

No hay palabras. Entierro la cara en su hombro y descubro que ya he derramado todas mis lágrimas.

—No dejaré que sigan haciéndome daño —digo con firmeza.

Lanston se echa hacia atrás y sonríe antes de girarme para que mire hacia la ciudad.

—¿Te vienes conmigo de acampada? No pudimos terminar la noche en la playa. —Se ríe, dejando caer las manos a mis costados y haciéndome cosquillas.

—¡Lanston! —grito entre risas, y me suelto de su agarre. Me persigue por la azotea hasta que nos quedamos sin aliento y no podemos reír más. Robamos mantas y sábanas del ático del hotel y las tendemos sobre la azotea.

Me acerca a él y me señala las estrellas, contándome todo lo que sabe sobre ellas, que no es mucho, pero, aun así, lo escucho con el corazón calentito y una sonrisa reluciente.

Lanston se calla y lo único que oigo son los latidos de su corazón contra el mío. Curiosa, levanto la vista hacia él. Sus ojos ya están clavados en mí. Siento el calor y el cariño que desprenden al recorrerme la cara. Sus suaves labios piden que los bese.

Me acerca, me enreda los dedos en el pelo y me da un beso. Al principio, son varios pequeños. Luego abrimos la boca, buscando y anhelando el baile de lenguas con el que estamos tan familiarizados.

—Te he echado tanto de menos… —dice entre jadeos.

Deslizo los dedos por su cuello, sobre los músculos flexionados que se unen a su clavícula.

—Eres lo único en lo que pensaba mientras caía hacia la oscuridad.

Se aparta un poco y pasa a besarme el cuello. Me aferro a su pelo corto y dejo caer la cabeza hacia atrás con un suave gemido. Me presiona el cuello con los labios y luego va bajando por el pecho. Sus dedos me recorren la columna y su otra mano me pasa por las costillas hasta encontrar uno de mis pechos.

El fino vestido negro que llevo me cae por los hombros, exponiendo mi escote. Lanston se aferra a mi espalda y me empuja contra él mientras se sienta y me obliga a hacerlo a mí también. Me atrae hacia su regazo y vuelve a centrar su atención en mis pechos.

Su erección es evidente. Noto un calor en mi interior que tiene ganas de él.

Percibe mi creciente deseo y empieza a besarme el pecho. Cuando llega a la garganta, pasa la lengua por el centro, arrancándome un gemido ahogado. Lanston acalla ese jadeo con su beso, apasionado.

Me tumba hasta que mi espalda descansa en el suelo.

Mientras se pone de rodillas para quitarse los pantalones, murmuro:

—Me gustas más a la luz del universo.

Él suelta una carcajada; es un sonido grave y seductor que me estremece.

—¿Y eso? —pregunta liberando su erección y volviendo a acercarse a mí.

Nos besamos y le susurro:

—Pareces un dios con las constelaciones detrás de ti.

Su sonrisa contra mis labios me hace flaquear.

—Y yo que pensaba que eras una diosa a la que adoraba en secreto. —Toma aire y entra en mí de una embestida. Su gruñido es

profundo y le resuena en el pecho, haciendo que la lujuria recorra mis venas como una droga.

Arqueo la espalda por instinto mientras él me penetra. Nuestras piernas se enredan y nos convertimos en una sola alma. Nos buscamos, nos besamos, nos mordemos. No hay parte de él que no adore. Acerca los ojos entrecerrados a los míos; el sudor hace que se le pegue el pelo en la frente.

Nuestras miradas se cruzan justo en este instante y entonces todo aquello que yo aún no he dicho, todo aquello que él no ha podido decir, se hace evidente ante nosotros. ¿Se puede sentir el peso de un corazón a través de la mirada de un hombre? Yo lo siento. Plenamente.

—Te oigo —le digo acariciándole la mejilla—. Tus ganas de vivir son ensordecedoras. —Sus movimientos se ralentizan. Presiona su cadera contra la mía hasta que casi se fusionan.

—Tú eres la mariposa —dice mirándome como si fuera la persona más importante del mundo—. Yo soy la polilla.

«Mi tatuaje». Que su brillante mente nos identifique como esas criaturas sombrías me reconforta.

Nos quedamos serios, mirándonos, contemplando nuestras almas.

Lanston baja su pecho hasta el mío. Una nueva oleada de placer me recorre mientras se empieza a mover lentamente. Nuestras extremidades vuelven a enredarse y nuestros corazones claman hasta que ambos nos corremos entre gemidos y espasmos.

Cuando recuperamos el aliento y la tormenta de mi mente se despeja, pregunto:

—¿Por qué crees que yo soy la mariposa?

Lanston me atrae hacia su pecho y apoyo la cabeza en su esternón mientras contemplamos el cielo nocturno.

—Porque eres vivaz y colorida, como una mariposa.

—¿Y por qué eres tú la polilla?

—Porque siempre estoy persiguiendo tu luz.

36

Lanston

Ophelia, con el vestido más cautivador que he visto nunca, corre junto a la bahía. Las mangas blancas están hechas de encaje con algún detalle en beis y espigas de trigo bordadas. Es un *look* liviano y entrañable, con mucha luz, algo que contrasta con su estilo habitual.

En secreto, me imagino que es su vestido de novia y que el traje negro que llevo yo es el de novio.

Ella me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. La brisa me despeina. París tiene un fresco aroma a vino en el aire, con sabor a rosado y champán.

Mientras miro cómo mi dulce rosa contempla la ciudad, imagino lo que podríamos haber sido si hubiéramos estado predestinados a conocernos en vida. Pienso en ella comiendo dulces y rogándome que la lleve a la ópera. Le habría regalado entradas de primera fila, que cuestan una fortuna, pero nos habría dado igual. Habríamos sido frugales en otras cosas. La habría llevado a las librerías, esas que tienen un aire oscuro y gótico. Luego, con nuestras mochilas llenas de cosas innecesarias, la habría llevado a casa en moto, conduciendo un poco demasiado rápido, disfrutando de la sensación de sus brazos alrededor de mis pulmones, estrujándome como si fuera a desaparecer si me soltara.

Suspiro y me río para mis adentros, sintiéndome un poco tonto, dado que ya estamos haciendo todas esas cosas. Pero habría sido más divertido en vida. Habría podido llamar a Liam para presumir de mis aventuras, con las risas de Wynn y Lanny de fondo.

No estaba escrito en mi destino que así fuera. Esa es la conclusión a la que he llegado.

Ahora ya lo tengo aceptado.

Jericho me recordó que las tumbas no nos retienen. Nuestros espíritus son libres, atrevidos y capaces de tomar decisiones. Igual que nosotros.

Ophelia me hace señas para que me acerque y yo sonrío, feliz de encontrarme con ella junto al agua.

—Este puente me recuerda al de casa —dice con tristeza.

La miro, preguntándome qué debe de estar pasando por su mente en estos momentos.

Se me ocurre que tal vez no sea apropiado decirlo, pero lo hago de todos modos:

—Durante todo este tiempo pensé que alguien te había asesinado. Un ex rencoroso, un maltratador de tu familia, alguien. Pero nunca me planteé que pudiera haber sido cosa de tu enfermedad.

Ella se queda mirando con el semblante serio las pequeñas olas que se forman en el agua, debajo de nosotros.

—¿Estás enfadado? —Aprieta los puños con fuerza contra la barandilla de cemento. Creo que le da miedo ser juzgada.

Pongo mi mano sobre la suya y miro hacia la tumba cubierta de agua.

—Ophelia, no fue culpa tuya. No cometiste ningún crimen. Estabas enferma y sucumbiste a tu enfermedad. No es culpa tuya que tu

órgano más importante fallara y te dijera que la muerte era una buena ruta de escape. —Ella respira hondo y me mira con desesperación, aferrándose a cada palabra que digo—. Solo un necio se enfadaría contigo por eso. Estabas enferma y, por mucho que lo intentaste, fuiste incapaz de encontrar una luz. ¿Culparías a una persona con cáncer por haber desarrollado un tumor? No, ¿verdad? Tu enfermedad mental era eso: una enfermedad de la mente. Solo que ellos no lo veían. Ojalá hubieras encontrado ayuda. Así te habrías dado cuenta de que no estabas sola en esto.

—¿No me odias? —lo pregunta en un susurro tan bajito que me duele el alma.

—No. Nadie que entienda la llamada de la oscuridad sería capaz de odiarte, mi dulce rosa. —Le doy un beso en la sien y ella me da un fuerte abrazo.

—Siempre sabes qué decir. Eres joven, pero más sabio que la mayoría —admite mirándome. Me encantan sus pestañas cuando tiene los ojos entrecerrados. Siento que me estoy enamorando aún más de ella.

—Quizá hemos vivido muchas vidas. Nuestras historias nos persiguen, pero puede que ahora tengamos la oportunidad de asentarnos y descansar —digo suavemente contra sus labios. Ella echa la cabeza hacia atrás y me besa con ternura.

—Nada me gustaría más que eso, cariño.



El Palais Garnier es más grandioso que cualquier catedral, biblioteca o edificio arquitectónico que haya visto hasta ahora. Los muros son

propios de una fortaleza divina. Sinceramente, es un poco abrumador. Hay más ventanas enmarcadas de las que puedo contar y estatuas con acabados dorados.

Ophelia suelta una risita y me da un codazo, atrayendo mi atención hacia su cara sonriente.

—Impresionante, ¿verdad?

—Sí, y se queda corto —digo ensimismado, admirando la pintura blanca y dorada.

Esta noche bailaremos con cualquier música. Sea cual sea el espectáculo que representen en ese momento, nos sirve. Ophelia me asegura que el baile que me enseñó es universal, siempre que la canción sea lenta y bonita.

La gente se reúne fuera, vestida con sus mejores galas para un acontecimiento como este. No puedo evitar sonreír. El ambiente es diferente, pero me recuerda mucho a la noche en que conocí a Ophelia, bailando en un pequeño escenario sin ninguna preocupación.

Entramos en el gran edificio y nos abrimos paso entre la multitud hacia el escenario, deslizándonos tras el telón y riéndonos de nuestras travesuras.

Creo que es lo que más me gusta de Ophelia: lo mucho que me hace reír. Siempre me arranca una sonrisa fácil y pura.

—¿Serías tan amable de recordarme por qué esto está en tu lista de cosas que hacer antes de morir? —le digo de broma, enarcando una ceja. Ella me da un suave puñetazo en el brazo como respuesta.

—Yo me he tragado lo de tener que ir a una playa y beber bajo las estrellas, así que cierra el pico.

No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mis labios. Despliego la lista y tacho algunas cosas más.

Lista de cosas que hacer antes de morir de Lanston y Ophelia

~~Ir a París~~

~~Navegar en un yate~~

~~Practicar baile de salón~~

~~Beber en la playa por la noche / acampar~~

~~Viajar en tren a un lugar desconocido~~

~~Visitar la biblioteca del Trinity College en Irlanda~~

Salvar una planta abandonada

Salvar una planta abandonada es lo único que queda. Poso mi mirada sobre los ágiles hombros de Ophelia y sonrío, sabiendo que no tardaremos en tachar el último punto.

—Vamos, no finjas que no te ha encantado.

Ella se encoge de hombros con descaro.

Clavo los ojos en su pecho y me imagino desnudándola para hacerle el amor aquí, delante de todos.

Ophelia ladea un poco la cabeza y sonríe.

—¿En qué estás pensando? Has puesto una cara muy rara.

Me río y niego con la cabeza.

—Nada, nada.

—¡Dímelo! —Me rodea el cuello con los brazos y, antes de que pueda responder, se abre el telón.

Un millón de luces nos ciegan desde todos los ángulos imaginables y miles de rostros entre la multitud nos miran fijamente.

Por un momento, sus rostros atónitos me hacen creer que nos ven. Pero entonces un puñado de artistas aparece en el escenario, corriendo, saltando, bailando.

Los ojos de Ophelia se iluminan y siento su alegría en mi pecho. Es ahí cuando me doy cuenta de que lo de la lista de deseos era una farsa. Encontrar la paz no consiste en experimentar cosas tangibles o ver lugares bonitos, sino en disfrutar de la compañía, del significado y el amor que se entreteje en nuestras almas, de los colores y las imágenes que guardamos de nuestros seres queridos y de vivir juntos aquello que tanto ansiábamos.

Con Ophelia, me he convertido en el artista que siempre soñé ser, y ella está bailando en el escenario sobre el que siempre quiso actuar.

Mi dulce rosa le añade todos los matices de rojo a mi alma.

Qué placer poder experimentar tanta felicidad.

Ella levanta la mano, suave y delicada. Yo la cojo. Estamos en el centro del escenario y noto un cosquilleo cuando empieza a sonar la música.

«Chem trails», de Lana Del Rey.

Arqueo una ceja porque esperaba algo antiguo y orquestal, y Ophelia se ríe, sorprendida pero encantada.

—La música moderna se está abriendo camino en los teatros antiguos —dice con astucia. Su sonrisa es demasiado socarrona.

—¿Has amañado tú la música? —Me río mientras empezamos a bailar despacio, moviendo los pies al ritmo de la canción.

Ella asiente.

—No he podido evitarlo. Quería que fuera perfecto. —Me pasa las manos por el cuello y nos deslizamos por el escenario entre los confusos artistas. Bailan a nuestro lado, siguiendo su rutina, aunque la canción haya cambiado.

—¿Cómo lo has conseguido? No sabía que podíamos alterar cosas del mundo de los vivos. —Empiezan a dolerme las mejillas de tanto sonreír, pero no puedo parar. Esta mujer me cautiva con todo lo que hace.

—Si un fantasma desea algo lo bastante, nuestras súplicas pueden ser escuchadas. Quería bailar contigo con esta canción de fondo. Y besarte. Y decirte que te quiero una y otra vez, si no te cansas de oírlo.

Acerco mi cabeza a la suya, presionando contra su frente.

—¿Qué más deseos has tenido, mi dulce rosa? —pregunto en voz baja, sin querer interrumpir la música o este momento con ella. Una de mis manos está entrelazada con la suya y la otra la poso en su espalda.

—He deseado que las plantas que guardo en mi teatro vuelvan a la vida algún día. Que las almas cansadas del mundo encuentren esperanza. —Hace una pausa y me mira. Parpadea ante las luces que nos rodean. Yo solo la veo a ella—. He deseado sobre todo cosas relacionadas contigo. Que descubras lo que te retiene aquí, que encuentres la felicidad y el amor. Las piezas que te faltan.

Su pelo morado brilla bajo los focos, sus ojos nunca habían tenido un color tan vivo, resulta fácil perderse en ellos; y su piel tiene un color radiante.

—Yo he deseado que lo nuestro sea eterno —digo finalmente. Y siento como si llevara siglos esperando para decir estas palabras—.

Siempre había anhelado un alma como la tuya. Y aquí estabas. Ophelia, incluso si nos quedamos atrapados en esta tierra para siempre, encontraría consuelo en saber que estamos juntos.

La canción llega a su fin. Dejamos de bailar y nos miramos con amor.

Y entonces llega de nuevo la oscuridad.

Los focos echan chispas y se apagan. Los gritos de la multitud y los murmullos de pánico se extienden por la sala. Ophelia se gira hacia mí y yo hacia ella.

Decimos al unísono:

—Los Que Susurran.

Nos cogemos de las manos y ocurre algo maravilloso. Nuestros cuerpos emiten luz y nuestras respiraciones se vuelven una.

—Aléjalos, Ophelia. Solo tú puedes hacerlo —grito por encima de los fuertes susurros que nos rodean. Es como si ahora les tocara a ellos actuar sobre el escenario. Una obra críptica y oscura.

El pelo de Ophelia se agita, nuestra luz parpadea.

—¡No sé cómo! Pensé que se habían ido. Lanston, tengo miedo.

Entrecierro los ojos entre tanta oscuridad.

—Ahora sabes la verdad. Sabes que lo que te dicen son mentiras. Nunca más me iré de tu lado; libérate.

Me aprieta los dedos y flexiona la mandíbula con determinación.

De repente, las voces se vuelven muy claras y comprendo que estoy oyendo lo que ella ha oído todo este tiempo.

«Eres una pecadora. Irás al infierno. El pecado supremo. Has cometido el peor de los crímenes. Tu alma está condenada. Egoísta. Mala persona».

La ira y el odio en las voces hacen que se me salten las lágrimas. Son tanto de hombres como de mujeres, personas que estoy seguro conocía bien.

Se me oprime el corazón y aprieto la mandíbula, incapaz de mantener las palabras dentro de mi cabeza.

—¡Estaba enferma! ¿Cómo os atrevéis a decirle cosas tan horribles a un alma como la suya? Ophelia Rosin es la criatura más bella que ha pisado esta tierra. El alma más buena. Basta. ¡BASTA!

Como un aliento que se extingue, los susurros cesan, atónitos. Parece que nunca habían oído a nadie llevarles la contraria.

Ophelia me mira mientras las lágrimas caen por sus mejillas. Luego esboza una leve sonrisa. La luz entre nosotros aumenta hasta que la oscuridad se desvanece, hasta que la sala queda completamente iluminada y las estrellas nos oyen. Hasta que lo único que mira el público asustado es el escenario, podría parecer que nos miran a nosotros.

Silencio.

Luego, un susurro de mi dulce rosa:

—Lanston.

—¿Sí?

—Llevo toda la vida esperando para escuchar esas palabras. Aunque yo las pensara, oírte decirlas… —Me mira. Se la ve en paz—. Gracias.

Me doy cuenta de que, en medio del caos, hemos caído de rodillas. Nuestras manos se aferran a las del otro, seguras. No tengo palabras, me limito a mirarla. Aprovecho ahora porque no sé cuándo desapareceremos.

Siento que el momento se acerca. Algo me tira desde lo más profundo del pecho. Una llamada interior.

—Creo que ya casi es la hora —murmura ella, llevándose la mano al pecho. También lo siente.

Asiento despacio y me inclino para besarla.

—Casi. Pero todavía no.

37

Lanston

Boston es un lugar triste, como Seattle o un frío día de octubre en Montana.

Miro al cielo, pensando en París y en Irlanda, en el tren que cogimos para cruzar Estados Unidos, en los recuerdos vividos. Ophelia está envuelta en mis brazos, durmiendo, soñando. Ya no necesitamos huir de la oscuridad susurrante. Es agradable poder tomarnos nuestro tiempo, aunque el final esté cerca.

El parque está lleno de gente.

Decidimos esperar aquí, bajo un árbol. En un mundo diferente al de todas estas personas. No cambiaría nada de mi historia.

La quiero. Más de lo que jamás creí posible. La amo.

Las pestañas de Ophelia son largas y acarician sus delicadas facciones al despertarse. Me mira y sonríe. Alza la mano para acariciarme la mejilla y yo me inclino hacia ella.

—¿Han venido?

—Aún no —le digo.

Se incorpora lentamente. Me encanta estar cerca de ella. Es reconfortante.

Charlamos en voz baja durante horas, sin preocuparnos de nada, sin que el tiempo se nos eche encima. Entonces Ophelia se endereza, sobresaltándome.

—¿Qué pasa? —pregunto con una mirada inquisitiva.

Sus labios se separan lo justo para captar mi mirada.

—Lo siento en el aire, en mi corazón.

—¿Que sientes qué? —Me río apartándole un mechón de la cara.

Ophelia mira al frente, imperturbable, y dice:

—Tu corazón.

Abro los ojos, sorprendido, y miro hacia el parque. Dos almas familiares cruzan el césped con una más pequeñita entre ellas.

Mi cura.

Estoy como en trance, desesperado por correr hacia ellos y contarles mis historias, lo feliz que soy después de haber encontrado la paz. Quiero hablarles de Ophelia, que la conozcan y la quieran tanto como yo. Levanto la mano para alcanzarlos, a ellos y a los planes de vida que tenía pensados para nosotros.

Pero sé que no voy a poder hacer ninguna de esas cosas. Y, por raro que parezca, ya no me molesta. Un extraño sentimiento revolotea en mi interior, como si fuera obra de polillas y mariposas. Paz.

Bajo la mano y permanezco de pie junto al árbol, al lado de mi amada. Ophelia se levanta y observa atentamente mi expresión.

—¿Vas a ir con ellos? —me pregunta en voz baja.

Una sonrisa temblorosa se dibuja en mi rostro, pero mi voz es tranquila.

—No.

—¿Por qué?

Observo a los tres viviendo su vida, felices. Una parte de mi alma siempre estará con ellos, pero ha llegado el momento de decirles adiós.

Esta vez para siempre.

—Porque todos hemos aceptado la situación. Algún día nos volveremos a encontrar. Y, además… —le lanzo una mirada atrevida —, tengo que coger un tren con la fantasma más guapa que conozco.

Ophelia me sonríe con tristeza. Sus ojos son mi hogar.

—¿Estás seguro? Hemos venido hasta aquí para eso.

Los miro por última vez. Se los ve más mayores, pero siguen siendo mis dos mejores amigos. Ya no siento la necesidad de quedarme por aquí.

—Estoy seguro.

38

Lanston

Harlow Sanctum, ahora desaparecido junto con todos los fantasmas que albergaba, cobra vida en forma de Never Haven. Las piedras están colocadas en orden y los jardines resplandecen, frescos y rebosantes de vida.

Es la primera vez que lo veo bien. La primera vez que camino por los pasillos y veo a los nuevos pacientes metiéndose en los mismos líos que me metía yo. El personal es atento y el lugar es tan bonito como lo fue en su día Harlow.

Solo me queda una cosa por hacer.

Ophelia recorre los pasillos a mi lado, cogidos de la mano, con cara de asombro. Nos detenemos en el invernadero, hogar de tantos horrores hace siete años. Qué lejano parece eso ahora.

Coge un puñado de rosas, amapolas, paniculatas y crisantemos.

Inclino la cabeza y le ofrezco la mano. Ella la coge y me sonríe.

—¿Para quién son? —le pregunto.

—Para todos nosotros.

Caminamos hacia el monumento, con flores y deseos en la mano. Un hombre está sentado a solas, con el sol a sus espaldas y la brisa del bosque susurrando a su alrededor.

Está mirando fijamente la columna de piedra con los nombres grabados, el mío el primero.

Ophelia deja las flores junto al hombre. Él no se da cuenta porque, obviamente, somos fantasmas. Lo mira a la cara y después me mira a mí. Se da cuenta de algo.

—Lanston, ¿conoces a este hombre?

Aprieto los labios y paso por su lado para poder verle la cara.

Su pelo gris se mezcla con mechones castaño claro. Tiene una barba desaliñada y los ojos cansados y hundidos, oscurecidos por las noches de insomnio. Lleva un abrigo negro, vaqueros oscuros y botas negras. Tiene un cigarrillo entre los labios y el humo asciende en el aire.

«Padre».

Me quedo mirándolo un momento, sin saber qué hace aquí, y las emociones se agolpan en mi interior, dolorosas y desconocidas.

—Es mi padre.

Ophelia frunce el ceño y va alternando la mirada entre él y yo antes de hacer una mueca.

—¿Quieres que te deje un momento a solas?

Me lo pienso. No sería más difícil si se quedara, pero las cosas que quiero decirle… tienen que ser privadas. No quiero que oiga cómo me desahogo.

Me pone la mano en el hombro y me da un beso en la mejilla.

—Estaré ahí arriba viendo la puesta de sol.

Asiento y la veo subir por el sendero hasta desaparecer tras los árboles.

Durante un rato, me limito a observar el alma cansada que tengo delante. No se parece al hombre que recuerdo. Al fin y al cabo, han pasado muchos años desde que lo vi.

Dicen que el tiempo cura todo tipo de heridas. Sin embargo, yo no creo que sea cierto. Creo que el tiempo solo entierra las cosas, de forma que cada vez cuesta más llegar a ellas.

Aunque, desde luego, ya no estoy tan enfadado como antes.

—Hola, papá —le digo en voz baja, sabiendo que no puede oírme. Eso, por algún motivo, me da fuerzas. Supongo que porque así sé que no puede replicarme ni decir cosas hirientes—. Cuánto tiempo, ¿eh?

Respiro hondo girándome hacia la columna.

Tras unos segundos de silencio, me vuelvo para mirarlo. A pesar de haber pasado un montón de tiempo, sigue costándome mirarle a la cara. Creo que su rostro siempre me perseguirá. Mi mente no puede borrar esas miradas de odio y rencor.

Finalmente, me obligo a fijar la vista en sus ojos cansados.

El viejo dolor de mi corazón vacila.

Sus ojos color avellana están llenos de lágrimas y tiene las manos juntas, aferradas con fuerza. Su chaqueta está planchada, como si la hubiera llevado a un sastre solo para venir a visitarme. Los zapatos están lustrosos. Lleva un reloj en la muñeca.

Se me hace un nudo en la garganta y me invade un sentimiento desconocido. No es tristeza ni alivio, pero tampoco es ira ni resentimiento.

Mis lágrimas empiezan a caer antes que las suyas. Por fin ha venido a verme.

Permanece en silencio y me pregunto cuánto tiempo se quedará. Mi padre nunca fue un hombre de muchas palabras. ¿Por qué iba a empezar ahora?

Decido que es momento de decirle todo lo que he callado.

—Eras una persona horrible. Lo tuyo no era cuestión de haber tenido un mal día o de estar pasando por una mala racha; realmente, eras de lo peor que hay en este mundo. No merecía las cosas que me hacías. Ni lo que me decías. —Hago una pausa, apartando la vista de su inexpresivo rostro para mirar el campo de flores—. Aunque sé que me odiabas…, quiero que sepas que yo te quería. A pesar de todas las palizas y del maltrato psicológico, seguía buscando tu aprobación, tu amor. Ojalá hubieras sabido verlo.

Se limpia los ojos y se levanta. «¿Ya te vas?».

Contengo mis emociones y digo con crueldad:

—No tuviste el valor de derramar ni una sola lágrima en mi entierro. ¿Por qué has venido ahora? ¡¿Por qué?! —grito. Caigo de rodillas y doy puñetazos contra la tierra—. ¿Y no tienes nada que decirme?

Mi padre se detiene como si hubiera oído una voz en el aire y vuelve la cabeza hacia atrás, mirando el monumento.

Me quedo inmóvil, esperando, conteniendo la respiración, deseando. Deseando que diga…

—Sé que ahora ya no te sirven de nada. —Saca un cuaderno de dibujo de debajo de su abrigo y una cajita de pinturas acrílicas, y los deja junto a la columna—. Pero ahora veo… lo equivocado que estaba. Lo cruel que fui. —Mi padre entrecierra los ojos con angustia y le tiemblan los labios.

Abro los ojos, estupefacto, y mis dedos se hunden más en la tierra.

No dice nada más. Al cabo de unos instantes vuelve a emprender el camino por el sendero y se marcha. Me quedo mirando el cuaderno y las pinturas con toda la cara cubierta de lágrimas.

«¿Por qué tuve que morir para que finalmente me aceptara tal como era?».

Se acercan unas pisadas por el camino de grava y noto una mano cálida en mi espalda.

—¿Te ha pedido perdón? —pregunta vacilante.

Levanto la vista y me limpio las lágrimas de los ojos.

—A su manera.

39

Ophelia

Lanston sonríe más esta noche. No le digo nada sobre la carta secreta que he dejado en Never Haven mientras hablaba con su padre. No es para él, pero espero que la persona para la que la he escrito la encuentre algún día.

El ambiente ha cambiado. El universo nos empuja hacia el más allá. Esta noche es la noche.

Lo siento en lo más profundo de mi ser.

Una banda toca una alegre melodía en la esquina donde el puente se une con mi calle. Nos detenemos y escuchamos un rato, sonriendo y aplaudiendo al ritmo de la música. Cuando se cansan, cogen sus instrumentos y se van.

—¿Tú también lo sientes? —pregunta Lanston con una sonrisa maravillosa que le hace aún más guapo. Sus pómulos marcados tienen un color rosado y el cansancio ya no le apena el alma.

Deslizo los dedos entre los suyos y apoyo la mejilla en su hombro.

—Es como una suave brisa que me hace señas. Vendrás conmigo, ¿verdad? —le pregunto, aunque ya sé que sí. Sin embargo, sigo estando inquieta.

Lanston abre la puerta de mi ópera y se arrodilla como si fuera a pedirme matrimonio. Me da un beso en el dorso de la mano y me mira desde abajo como un príncipe azul.

—Te querré hasta que mueran las estrellas. Te seguiría en la noche más oscura —dice con una leve sonrisa.

Me ruborizo

—Estás hecho todo un poeta —digo con descaro.

—Y tú eres mi musa.

Me río cuando me coge en brazos. Él también se ríe mientras me mete en el teatro en volandas y el sonido retumba en mí.

—¿Crees que nos reiremos así para siempre? —le pregunto.

Enarca una ceja como si se lo estuviera pensando.

—No veo qué nos lo iba a impedir. Yo soy demasiado gracioso y a ti todo te hace gracia.

Nos reímos hasta que llega al escenario y me deja en el suelo.

Todo está como cuando nos fuimos. Las vigas siguen polvorientas, la luz de la luna se cuela como hilos de seda. Las plantas mantienen el espacio lleno y verde. La tristeza me invade; ojalá hubieran encontrado una nueva vida. Sé que a mí me parece que están vivas, pero en el lado de los vivos deben de estar tristes y marchitas.

Lanston se sube al escenario de un salto y me entrega una cinta como la que se usa a veces en gimnasia artística. Es larga y de color morado, igual que mi pelo. Esbozo una sonrisa mientras le doy una gorra que he pillado en la última parada del tren.

—Eres demasiado considerada —dice mientras frunce las cejas con cariño. Se la pone y desliza la punta de los dedos por el borde.

—Y tú eres demasiado encantador —le respondo.

La sonrisa de Lanston me estremece el corazón. Nadie me mira como él.

Me ofrece su mano, cálida y llena de vida bajo la luna. El universo ha elegido iluminarnos con una luz azul pálido, una despedida

demasiado lúgubre incluso para nosotros, los fantasmas.

Nuestras manos se encuentran y ambos damos un respingo al sentir la presión del viento, de la tierra, de todo lo que ha existido, existe y existirá bajo las estrellas.

Lanston empieza a reírse primero, con lágrimas cayéndole por la cara. Entonces yo estallo en carcajadas porque…, bueno, porque nunca me había sentido tan feliz. Nunca pensé que encontraría la paz.

Nuestras risas cesan cuando empezamos a desvanecernos.

Lanston me acerca, me levanta la barbilla y junta nuestros labios mientras bailamos lentamente, suspendidos en el tiempo. En el espacio. En la muerte.

Luego, un pequeño susurro:

—Te quiero, Ophelia. Salvaje e incondicionalmente. Hasta que mueran las estrellas.

Sé que no es un adiós, que nuestro viaje acaba de empezar, pero no puedo evitar memorizar la curva de su mandíbula, la suavidad de sus labios y la profundidad de sus ojos.

—Y hasta que el océano se seque.

Epílogo

Wynn

Las vigas del teatro de ópera abandonado están llenas de agujeros. La lluvia gotea sobre los viejos bancos y llena el aire de almizcle y humedad. Por algún motivo, el espacio está lleno de mesas; mesas inclinadas de cualquier manera, algunas incluso apiladas. Uno podría pensar que esto es obra de fantasmas.

Enredaderas, hiedra inglesa, helechos de Boston… Hay un montón de plantas metidas en diferentes recipientes: macetas de terracota, de cemento, cestas colgantes… También hay rosas, suculentas y cactus.

Vivas. Prosperando en este lugar olvidado.

Toda una colección, regada por las gotas de lluvia que caen por los agujeros del tejado. «Alguien salvó estas plantas».

Esbozo una sonrisa. Un deseo.

—Mami, ¿quién ha puesto todas estas plantas aquí? —pregunta Lanny con la cara iluminada por la curiosidad.

Liam está a mi otro lado, con las manos en los bolsillos, mirando fijamente el único rayo de luz que se filtra a través del polvo y aterriza en el otro extremo de la habitación. Está llorando en silencio, con una gran sonrisa que le tira de los labios.

A mí también se me caen las lágrimas mientras contemplo el escenario vacío de la ópera.

Una gorra y una larga cinta morada descansan en el centro. También hay un papel arrugado que parece una especie de lista. Alguien o algo se la debió de dejar olvidada.

Hay algo en el aire. Una sensación pesada. A mi mente le encanta sentir esperanza.

«Lanston».

—Sabía que tramabas algo —susurro por si algún fantasma me escucha.

Liam me mira a los ojos en silencio y con complicidad.

—No me lo imaginaba convirtiéndose en un obseso de las plantas, la verdad —bromea.

Estallo en carcajadas y las lágrimas caen con la misma fuerza.

Suena «The night we met», de Lord Huron, en una radio fuera del edificio. Es una versión ralentizada, y la voz del cantante es más grave y sombría.

Nos quedamos un rato, callados y quietos. Empapándonos del ambiente porque temo que sea la última vez que lo sienta.

Lanny tira de la manga de Liam y le ruega que le dé un helado, como le hemos prometido antes. Sonrío porque el destino nos ha traído hasta aquí. No estoy segura de quién dejó ese dibujo clavado en el tablón de Never Haven. En él aparecía este teatro y dos amantes bailando en las sombras. Iba acompañado de una breve carta con bellas palabras sobre estrellas que mueren y mares que se secan.

Pero, de alguna manera, estoy segura de que estaba destinado a nosotros.

Al cabo de un rato nos vamos.

Mientras las dos personas que más amo caminan delante de mí, me giro para echar un último vistazo, con la esperanza de sentir su presencia. Una señal. Cualquier cosa sirve.

Me llevo la mano al pecho y mi corazón se detiene.

Hay dos fantasmas en el escenario, con las manos entrelazadas y los labios rozándose. Bailan despacio, como si el tiempo no existiera, al ritmo de una canción que nadie conoce. Por un instante, quizá arrastrados por el viento, sus risas llenan cada sombra del mundo y dejan un rayo de esperanza para las almas cansadas. Se hace evidente para todo aquel que quiera oírlo. *Una balada de fantasmas y esperanza*.



Agradecimientos

Gracias a todos mis lectores, especialmente a los *fans* incondicionales de *El tejido de nuestras almas*. Este libro no existiría si no fuera por vosotros. Lanston ha sido y siempre será uno de mis personajes favoritos.

Me gustaría dar las gracias a mis lectoras beta, Jay y Kenz. Ambas aportáis una gran perspicacia y me permitís mirar la historia con nuevos ojos. Sin vosotras, mi síndrome del impostor camparía a sus anchas.

Gracias a mi correctora y asistente personal, Cierra. Respondes a todas las preguntas y siempre me alegras el día. No sé qué haría sin ti.

Gracias a mis editoras, Leanne y Kelsey, por dar forma a mis historias para que sean la mejor versión posible. Siempre me gusta profundizar en lo que hay que trabajar más para causar un mayor impacto sobre los lectores.

Por último, me gustaría darle las gracias a mi marido por apoyarme siempre cuando escribo. Gracias por escucharme hablar de los personajes hasta que se pone el sol y llorar por ellos como si fueran mis mejores amigos.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com